BREVE HISTORIA de la...



CORONA DE ARAGÓN

David González Ruiz

Descubra la andadura de uno de los reinos más poderosos de la Edad Media. Reviva la expansión por el Mediterráneo y el cénit de la Corona de Aragón con figuras de la talla de Jaime I el Conquistador, San Vicente Ferrer, Pedro II el Grande, Ramón Llull, el almirante Roger de Flor o Fernando II el Católico

nowtilus
saber

Breve historia
de la
Corona de Aragón

Breve historia de la Corona de Aragón

David González Ruiz



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la Corona de Aragón
Autor: © David González Ruiz
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

ISBN-13: 978-84-9967-308-0
Fecha de edición: Abril 2012

Para Irene, Anna, Xevi y mis padres.

A ellos les debo todo lo que soy.

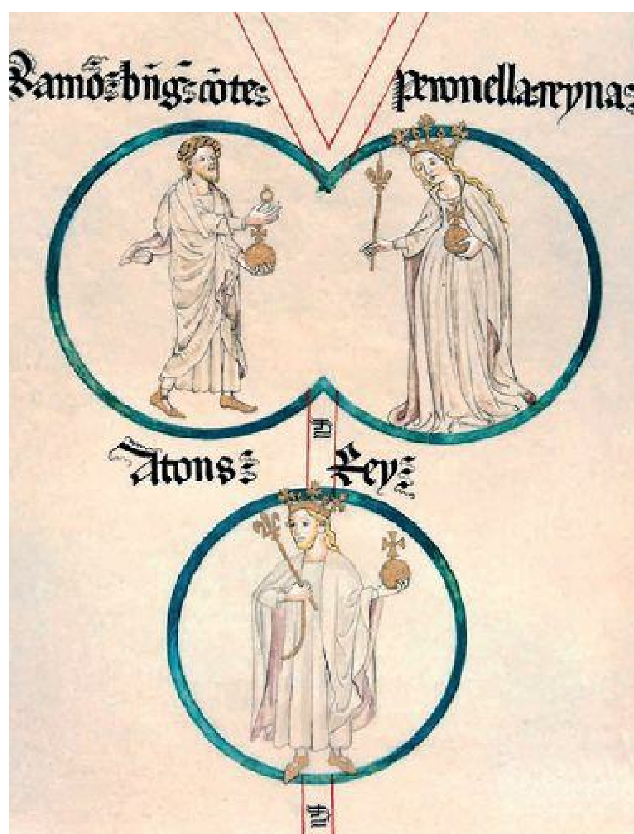
Introducción

Al escribir *Breve Historia de la Corona de Aragón* pienso en todos los lectores aragoneses, catalanes, valencianos, mallorquines de este libro y también en aquellos que, próximos o lejanos a este floreciente reino de la Edad Media, quieren descubrir su historia con rigor y amenidad. No cabe duda de que el germen de la polémica les acompañará en muchos pasajes del libro. Pero esta obra, desde la modestia, pretende exponer con argumentos sólidos y demostrables los acontecimientos más importantes de la vida política, social y cultural de la Corona de Aragón. Eso sí, sin evitar el debate que tantos ríos de tinta ha hecho correr pero, a su vez, rehuyendo discursos ideológicos e ideas tendenciosas.

En primer lugar, fijemos nuestra atención en un elemento de discordia tan importante como ha sido la terminología utilizada para denominar la unión de este conjunto de reinos y territorios bajo la figura de un mismo soberano. Algunos historiadores contemporáneos todavía evitan utilizar la denominación *Corona de Aragón*. Prefieren obviar la realidad y hablan de *Corona catalano-aragonesa* o *Confederación catalano-aragonesa*, una invención que no tiene ningún tipo de base histórica y que tergiversa intencionadamente los hechos para servir a sus intereses partidistas. He de advertir al lector, no obstante, que en algunos pasajes de la obra utilizo la expresión *catalano-aragoneses* pero no aludiendo a una figura jurídico-política sino refiriéndome a la procedencia de los protagonistas de los hechos.

Como veremos en capítulos venideros, el término *Corona de Aragón* se utilizó para designar la forma política aparecida en 1137, después del matrimonio entre la joven Petronila de Aragón y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Esta unión fue meramente dinástica y ambos territorios conservaron sus leyes y costumbres. Sin embargo, entre los siglos XII y XIV, la expresión más habitual en la documentación para referirse al nuevo estado fue siempre *Casal de Aragó*.

Durante el reinado de Jaime I el Conquistador (1213-1276), con la expansión hacia el sur y el Mediterráneo se añadieron los reinos de Valencia y Mallorca con sus fueros propios. Entonces, se acuñaron expresiones como *Corona Aragonum et Catalonie* (‘Corona de Aragón y Cataluña’), aparecida en el *Privilegio de anexión de Mallorca a la Corona* en 1286. Pero no será hasta el reinado de Jaime II el Justo, a finales del siglo XIII, que se designarán las posesiones del rey como *Corona regni Aragonum* (‘Corona del reino de Aragón’), *Corona Regum Aragoniae* (‘Corona de los Reyes de Aragón’) o *Corona Aragonum* (‘Corona de Aragón’). Siempre anteponiendo el título del reino por delante del condado, tal y como afirma Pedro el Ceremonioso a mediados del siglo XIV: «regne Darago lo qual regne es titol e nom nostre principal» (‘el reino de Aragón el cual es nuestro título y nombre principal’).



Rollo de Poblet. Manuscrito sobre pergamino. A la izquierda aparece el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV; a la derecha Petronila de Aragón; y abajo, Alfonso II de Aragón. Petronila aparece con corona, manto, cetro y pomo, atributos de la realeza. Ramón Berenguer, con anillo que simboliza el enlace. Fuente: Ernest Belenguer y Felipe Vicente Garin (eds. lits.), *La Corona de Aragón, siglos XII-XVIII*. Madrid: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, 2006.

Otro elemento de discrepancia entre los historiadores son los ordinales utilizados para designar a los monarcas de la Corona de Aragón, que varían en función del territorio al que se hace referencia. Por ejemplo, si nos referimos a Alfonso el Magnánimo, sería Alfonso V si tenemos en cuenta los reyes aragoneses anteriores a la unión dinástica de 1137. Pero la historiografía moderna catalana ha simplificado la nomenclatura adaptándola al título de los condes de Barcelona, siendo para ellos Alfonso IV. Lo mismo ocurre cuando la Corona de Aragón se integra dentro de la monarquía hispánica de los Austrias. Entonces, la numeración castellana discrepa de la seguida por los reyes de la Corona de Aragón y Felipe II (1556-1598) se convierte en Felipe I de Aragón.

Esta es una cuestión abierta que despierta acalorados debates entre los especialistas. Ante la dualidad de criterios y buscando una solución de consenso, algunos historiadores han apostado por prescindir del ordinal, mencionando al rey sólo por su nombre y sobrenombre. Sin embargo, este procedimiento no me parece el adecuado y, con el ánimo de no confundir al lector, en el presente libro adoptaré la numeración de los reyes de Aragón hasta Fernando II el Católico y la del Reino de Castilla para toda la dinastía de los Austrias, la más habitualmente usada por los historiadores.

En lo que se refiere a la cronología, la Corona de Aragón inició su andadura con la unión dinástica entre el reino de Aragón y el condado de Barcelona, tal y como hemos señalado antes. Pero su historia se extiende hasta los Decretos de Nueva Planta dictados por Felipe V entre 1707 y 1716. Para entender mejor la génesis de la Corona de Aragón, el siguiente capítulo del libro está dedicado a descubrir sus antecedentes, prestando especial atención a la formación de la Marca Hispánica y el Condado de Aragón.

Otros sugestivos temas ampliamente analizados son el conflicto del catarismo en el sur de Francia, los detalles de la conquista de Mallorca y Valencia en tiempos de Jaime I el Conquistador, la creación de un imperio en el Mediterráneo occidental, la crisis bajomedieval y el fin de la dinastía iniciada por el conde Wifredo el Velloso. Además de vislumbrar cómo la familia castellana de los Trastámara llegó al trono de la Corona de Aragón en 1412, aumentando el distanciamiento que existía entre las instituciones y el rey.

Asimismo, también aclararemos por qué el enlace de los Reyes Católicos en 1469 supuso una unión dinástica pero no territorial. Cómo en tiempo de los Austrias, Castilla y la Corona de Aragón conservaron su propia organización política, sus costumbres y sus leyes. Para acabar haciendo especial hincapié en la llegada de los Borbones, tras la Guerra de Sucesión, que liquidó aquella monarquía hispánica plurinacional.

En pocas palabras, *Breve Historia de la Corona de Aragón* aspira a ser una síntesis actual, amena y objetiva de una época apasionante. Una historia que a menudo se ha visto invadida por multitud de tópicos tendenciosos, demasiado arraigados en el imaginario colectivo. Por delante queda pues la ardua labor de explicar con rigor las claves de este período de una forma tan rigurosa como interesante. Afronto esta responsabilidad con ilusión, esperando despertar en el lector el interés por un período no tan lejano de nuestra historia. Por último, no puedo acabar estas líneas sin mostrar mi más sincero agradecimiento y admiración a José Luis Ibáñez Salas, por estimularme con sus exigentes comentarios y darme la oportunidad de cumplir otro sueño.

LA FORMACIÓN DE LA MARCA HISPÁNICA

Para entender los orígenes de la Marca Hispánica tenemos que remontarnos a la conquista musulmana de la península ibérica, cuando un ejército liderado por el general bereber Tariq Ibn Ziyad desembarcó en las costas de la actual Gibraltar, en abril del 711. El entonces rey visigodo Rodrigo acudió al encuentro de los invasores, debilitado por las rencillas nobiliarias, más pendientes de satisfacer sus ansias de poder que del peligro inminente que les acechaba. La batalla de Guadalete, en julio de ese mismo año, acabó con la vida del rey Rodrigo y abrió al islam las puertas del reino visigodo.

La aplastante derrota supuso un duro golpe a la moral visigoda y finiquitó cualquier atisbo de resistencia, mostrando, una vez más, la poca cohesión de la nobleza autóctona, que ante el avance sarraceno prefirió mayoritariamente la capitulación en condiciones favorables frente a la resistencia armada.

Mientras tanto, en el bando musulmán, el gobernador del norte de África Musa ibn Nusair decidió liderar la ofensiva militar, celoso de los éxitos de su general Tariq Ibn Ziyad. Por ello, en el 712, un poderoso ejército de dieciocho mil soldados, en su mayoría árabes, desembarcó en lo que hoy es la gaditana Algeciras, rumbo a las principales ciudades visigodas, entrando primero en Sevilla, luego en Mérida y después en Toledo. El embate musulmán encontró focos de fuerte resistencia en zonas del nordeste peninsular y ciudades del actual litoral catalán como Barcelona, Mataró o Ampurias, que aguantaron el pulso islamita hasta las campañas del valí Al-Hurr durante los años 717-718. La antigua provincia romana de Hispania se había convertido en al-Ándalus.

La virulencia de los ataques musulmanes continuó más allá de los Pirineos con la ocupación de Narbona en el 720 y la sumisión de la Septimania, llegando a dominar todo el sur de la Galia hacia el 725. Esta expansión se vio repentinamente frenada, en el 732, por la derrota en la batalla de Poitiers a manos de los francos dirigidos por su rey Carlos Martel.

Tras este decisivo episodio bélico, se escondían las fuertes tensiones por el liderazgo en el bando islámico que contrastaban con la unidad del reino franco alrededor de la dinastía Carolingia. Pero la situación cambió en el 755, cuando Abd al-Rahman, último superviviente de los califas de Damasco, cruzó el estrecho y desembarcó en las costas de la actual Málaga. Su familia había sido brutalmente asesinada y las tumbas de sus antepasados profanadas por el clan rival de los hachemitas. La venganza de Abd al Rahman se consumó al imponer su autoridad sobre las élites sirias de al-Ándalus y, al año siguiente, proclamar el emirato independiente de Córdoba, rompiendo sus vínculos con los nuevos califas de Bagdad.

Nacía así una nueva etapa política para al-Ándalus, pero no todos los líderes musulmanes estaban dispuestosa olvidar antiguas rivalidades políticas y renunciar a sus intereses. Uno de los insurrectos fue Sulaymán al-Arabi, valí de Barcelona, que ofreció a los francos la sumisión de las plazas que gobernaba a cambio de su apoyo militar. El todopoderoso rey franco Carlos I el Grande, más conocido como Carlomagno, aceptó la oferta y en el 778 partió con un ejército hacia la ciudad de

Saraqusta, actual Zaragoza, un punto geoestratégico clave en el nordeste peninsular.

La negativa del gobernador Hussayn al-Ansarí a rendir la ciudad y un asedio fallido propiciaron la retirada franca que culminó con la derrota en la batalla de Roncesvalles a manos de los vascones. El cantar de gesta *La Chanson de Roland* relata de forma legendaria y poética lo acontecido en el Pirineo navarro el 15 de agosto del 778, cuando murieron algunos de los mejores caballeros de Carlomagno, entre ellos el prefecto de la marca de Bretaña, un tal Hruodlandus o Rodlando, héroe de la *Chanson*.

Tras el descalabro de Roncesvalles, multitud de familias hispanogodas que habían mantenido una actitud hostil ante la ocupación musulmana decidieron huir hacia la Galia. Las fuentes francas se refieren a ellos como *hispani* y el rey Carlomagno los acogió ofreciéndoles tierras y desgravaciones fiscales a cambio de sus servicios militares. Los *hispani* siempre mantuvieron el ánimo de volver a sus tierras natales y participaron en las futuras expediciones carolingias contra *Al-Targ al-Ala*, la frontera o Marca Superior situada al nordeste de al-Ándalus.

Una muestra más de la frágil dominación musulmana en el nordeste peninsular fue la rendición de la ciudad de Gerona a Carlomagno por las élites locales gobernantes, en el 785. A ella la siguieron los territorios circundantes como Besalú, Vallespir, Peralada o Ampurias, desencadenando un proceso de incorporaciones progresivas al que en el 789 se añadirían Urgel, Cerdaña, Ribagorza y Pallars, organizados en condados supeditados a la autoridad carolingia.



Óleo sobre tela de *La batalla de Poitiers*, obra del pintor francés Charles de Steuben. Pintado entre 1834 y 1837, actualmente se conserva en el Museo del Castillo de Versalles, en Francia. La derrota de Poitiers obligó a los musulmanes a centrarse en sus dominios peninsulares y los francos tomaron conciencia real del peligro que suponía la voluntad expansionista musulmana.

La reacción islámica no se hizo esperar y, en el 793, una expedición encabezada por el general

Abd al-Malik fracasó en la conquista de Gerona pero arrasó con toda impunidad la Septimania, sembrando el terror entre la población autóctona y reuniendo un botín considerable al retirarse, antes de la llegada del invierno. La incursión de Abd al-Malik dejó al descubierto, por un lado, la fragilidad y desorganización defensiva de la frontera y, por otro, la insuficiencia de las plazas de Urgel y Gerona para garantizar la seguridad del reino franco ante la amenaza musulmana.

Pero en junio del 796 la muerte sorprendió al entonces emir de Córdoba Hisham I. Su última voluntad dejaba como sucesor a un joven e inexperto Al-Hakam I, decisión que revitalizó antiguas rencillas familiares. La reacción carolingia no se hizo esperar, y Carlomagno aprovechó el estado de confusión en el bando musulmán para lanzar una nueva ofensiva sobre la frontera pirenaica en el 798. Animado por los buenos resultados, el monarca franco ordenó a su hijo Luis I el Piadoso la conquista y definitiva incorporación al dominio carolingio de la ciudad de Barcelona, el 3 de abril del 801, tras siete meses de duro asedio. Este glorioso episodio fue relatado por el monje aquitano Ermoldo el Negro, entre el 826 y el 828, con estas palabras:

> [...] Finalizaba el segundo mes cuando el rey con sus tropas francas afrontan el ataque definitivo. Las máquinas multiplican sus golpes, las murallas son atacadas por todos los frentes; la furia de la batalla se multiplica cada vez más. Las flechas caen como lluvia sobre la ciudad. Los moros, asustados, no gozan subir a las murallas ni se preocupan de vigilar al enemigo. Agotados por la lucha y las privaciones, deciden rendirse. Abren las puertas de la ciudad; la ciudad ha caído en poder del rey franco. Los francos entran en la ciudad deseada. Al día siguiente, día de fiesta, el rey Luis entraba triunfalmente en la ciudad y cumplía los deberes con Dios: purificó el templo donde los moros sacrificaron al Diablo y dio gracias a Dios.

Consolidada la conquista, entre el 804 y el 807, Luis el Piadoso siguió avanzando hacia el bajo Ebro, y cruzó el campo de Tarragona en dirección a Tortosa, pero el emir Al-Hakam respondió enviando un ejército que obligó a los francos a batirse en retirada.

Pese a la gran inestabilidad política de la frontera pirenaica, la conquista de Barcelona permitió afianzar bajo dominio franco un territorio al nordeste peninsular delimitado geográficamente por los ríos Llobregat, Segre y Cardener. Esta tierra de frontera con los musulmanes fue bautizada por los textos coetáneos con el nombre de *Marca Hispánica* y encajaba dentro de la política geoestratégica que los monarcas carolingios habían aplicado en otras regiones fronterizas de su imperio como las Marcas de Bretaña, al noroeste de Francia, o de Friuli, en la zona nororiental de la actual Italia, entre otras.

Organización de los condados y nacimiento de la dinastía nacional

La *Marca Hispánica* era una entidad geográfica, política y militar en la zona fronteriza del sureste pirenaico bajo el dominio franco. Ahora bien, aunque la expresión Marca Hispánica nunca fue utilizada por los documentos oficiales carolingios, ni tampoco existió el cargo oficial de marqués o duque de la Marca, el caso es que los cronistas coetáneos a los hechos, movidos por la necesidad de denominar de alguna forma la zona liberada de la ocupación musulmana, utilizaron fórmulas como *Marca Meridional*, *Marca de Gotia* o, a partir del 821, *Marca Hispánica.*

La falta de un nombre concreto para denominar la nueva entidad, que con el tiempo se convertirá en la actual Cataluña, favoreció el uso de la designación geográfica de Marca Hispánica. Pero no

deja de ser un cultismo de uso limitado que no llegó a arraigar ni en la Cancelería Real, el órgano administrativo de los futuros reyes de la Corona de Aragón, ni en las clases más populares.

Al parecer, la carencia de otra locución geográfica hizo que fuera adoptada por eruditos posteriores e historiadores modernos para designar esta porción de la península ibérica que había adquirido una personalidad propia. Sea como fuere, los habitantes de sus tierras se sentían hispanos o hispanogodos y las relaciones entre la población indígena a ambos lados de la frontera debió de ser fluida.

A efectos administrativos, la Marca Hispánica estaba bajo la autoridad directa del rey franco Carlomagno, emperador a partir del 800, y de sus sucesores. Pero en la práctica, la imposibilidad de atender todos los asuntos del imperio obligaba al monarca a delegar el poder en personas de confianza que gobernaban en su nombre: los condes.

Tras ser elegidos directamente por el monarca, los diferentes condes de la Marca Hispánica ejercieron de representantes de la autoridad franca, dirigiendo los asuntos administrativos, recaudando impuestos, garantizando el orden público y aplicando la administración de justicia. La función de conde teóricamente era una investidura estrictamente personal, pero el paso del tiempo favoreció la creación de dinastías familiares que arraigaron en el cargo y en el territorio.

En la mayoría de los casos, la aristocracia franca ocupó los principales cargos en los condados de la Marca Hispánica como un medio de progresión económica y social. Aunque también, a causa de sus constantes traiciones y revueltas, existieron notables excepciones en favor de la nobleza autóctona como Bera, primer conde de Barcelona (801-820) e hijo de Guillermo, conde de Tolosa; o Sunifredo, descendiente del legendario conde Bellón I de Carcasona y padre del futuro Wifredo el Velloso.

Si bien inicialmente, en tiempos de Carlomagno, cada condado de la Marca Hispánica estaba gobernado por un conde, las circunstancias políticas favorecieron rápidamente un cambio de tendencia con la acumulación de cargos en unas pocas familias aristocráticas, debido a: los ataques musulmanes a la frontera, la rebelión de sectores descontentos de la nobleza indígena, como el magnate hispanogodo Aizón en el 826 y el 827, o la participación de los condes de la Marca en las luchas dinásticas del propio Imperio carolingio.

Un arquetipo ilustrativo de las constantes interferencias de la nobleza franca en los problemas de la dinastía Carolingia fue Bernardo de Septimania, conde de Barcelona en dos ocasiones. Este despótico personaje era un confabulador nato y cambiaba de bando a su conveniencia, unas veces apoyando al rey franco contra los musulmanes o las revueltas de la nobleza local, y otras, posicionándose al lado de los bandos aristocráticos en contra de la autoridad real.

Cuando en el 840 murió Luis el Piadoso se abrió una lucha fratricida entre sus hijos por el reparto del Imperio carolingio. Tres años después, el Tratado de Verdún confirmó los derechos de Carlos II el Calvo sobre las regiones meridionales obteniendo el reconocimiento de la mayoría de los condes de la Marca Hispánica. La primera acción de Carlos II el Calvo fue un golpe de autoridad contundente, apresó al noble rebelde Bernardo de Septimania y ordenó decapitarlo ante las murallas de Tolosa en el 844.

Por su parte, la aristocracia franca, ávida de poder, seguía utilizando sus cargos como un

instrumento de poder e incumpliendo, por tanto, sus obligaciones como representantes de la autoridad del rey en la zona fronteriza. Por ello, como ya hiciera Luis I el Piadoso, Carlos II el Calvo premió la lealtad de magnates indígenas tal que hizo con Sunifredo, hijo de Bellón, conde de Carcasona, nombrándole conde de Barcelona, Osona, Besalú, Gerona, Narbona, Agde, Béziers, Lodève y Nimes.

Fue en este contexto cuando, en el 848, Guillermo de Septimania, hijo de Bernardo de Septimania, planeó una revuelta para vengar la muerte de su padre y obtener su herencia política. Con un éxito inicial fulminante se apoderó de Ampurias y Barcelona. Los rebeldes infestaban la Marca Hispánica que ardía en guerra civil y los condes Sunifredo y Suñer de Ampurias acudieron en defensa de los intereses reales encontrando la muerte en el campo de batalla. Dos años más tarde, la rebelión fue sofocada cuando Carlos II el Calvo apresó en Barcelona a Guillermo de Septimania y mandó ajusticiarlo como a su padre.

Frente a la situación de anarquía generalizada que vivían los condados francos de la Marca Hispánica, la dinastía Carolingia recompensó la fidelidad a ultranza que siempre habían mostrado los descendientes del ya mencionado conde Bellón en la figura de Wifredo el Velloso, hijo de Sunifredo. En junio del 870, durante la asamblea de Attigny, celebrada en el nordeste de la actual Francia, el rey Carlos II el Calvo nombró a Wifredo conde de Urgel y Cerdaña. Y, más adelante, en agosto del 878, el concilio celebrado en la ciudad francesa de Troyes invistió a Wifredo conde de Barcelona, Gerona y Besalú.

Las investiduras de Attigny y Troyes parecían más la restitución de unos derechos familiares que la asignación de un cargo de representante de la autoridad carolingia. Wifredo había obtenido de los monarcas francos casi el mismo territorio que su padre había gobernado treinta años antes.

Tras la muerte de Carlos II el Calvo en el 877, Wifredo gobernó sus condados de forma totalmente autónoma. El Imperio carolingio entraba en una fase de inestabilidad política debido a que, por un lado, en once años se sucedieron tres emperadores, Luis II el Tartamudo (877-879), Carlomán (879-884) y Carlos III el Gordo (884-888); y, por otro, a los ataques de los piratas normandos que acechaban las costas del norte de Francia. De modo que, evidentemente, ese contexto favoreció la pasividad de la monarquía franca, más preocupada de solucionar sus problemas internos, en el control de los condados de la Marca Hispánica. Era el primer paso hacia la independencia política.

En una época no exenta de dificultades y contratiempos, Wifredo el Velloso promovió la fundación de monasterios como Santa María de Ripoll (880) y San Juan de las Abadesas (885), en la actual comarca del Ripollés, en el prepirineo catalán. También impulsó la repoblación de la Plana de Vic, convertida en tierra de nadie desde la rebelión del conde Aizón en el 826, con habitantes procedentes de las montañas de Urgel, Pallars y Cerdaña. Paralelamente, reorganizó la administración eclesiástica en las tierras repobladas restableciendo el obispado de Vic con el obispo Gomar en el 887.

Estas acciones de repoblación y ampliación de la frontera no pasaron inadvertidas a los dirigentes musulmanes, por ello, el choque armado no podía hacerse esperar. Fue entonces cuando Llop ibn Muhammad, señor de la ciudad de Lérida, lanzó en el verano del 897 una virulenta ofensiva que llegó a las puertas de Barcelona. Las tropas del conde Wifredo salieron al encuentro del caudillo musulmán pero fueron destrozadas en la batalla de Valldora, en la actual comarca de El Solsonés. En el lugar del desdichado acontecimiento, Wifredo sucumbió de una lanzada mortal durante el combate,

era el 11 de agosto de aquel funesto año. Su cuerpo yace sepultado en el monasterio de Santa María de Ripoll, panteón de los condes de Barcelona desde entonces.

Sin embargo, la muerte de Wifredo siempre ha estado rodeada de aspectos legendarios. El prestigio acumulado le atribuyó la creación de un estandarte con cuatro barras rojas sobre un fondo dorado, símbolo del actual escudo de Cataluña. Pero estos hechos son falsos y no tienen relación alguna con la actividad del conde Wifredo el Velloso. La fraudulenta leyenda la difundió el historiador y sacerdote de origen alemán Pere Antoni Beuter en 1551, y al parecer antes de esta fecha era totalmente desco-nocida. Tal y como veremos más adelante, el primer conde que utilizó el diseño de la actual bandera catalana fue Ramón Berenguer IV a mediados del siglo XII.

Así reza un fragmento de la segunda parte de la *Crónica general de España* escrita por el citado Pere Antoni Beuter, en la cual desarrolla plenamente la falsa leyenda del origen de la bandera con cuatro barras asociada erróneamente al conde Wifredo el Velloso:

> En este comedio, los normandos entraron por la tierra de Francia, y huvo de hazer gente el emperador Loís para resistirles. Y fue a servirle el conde con los cavalleros barceloneses que con él se hallaron. Y pelearon con los normandos valerosamente y venciéronlos. En esta batalla, según he hallado escrito en unos cuadernos de mano, diz que pidió el conde Iofre Valeroso al emperador Loís que le diesse armas que pudiesse traher en el escudo, que llevava dorado sin ninguna divisa. Y el emperador, viendo que havía sido en aquella batalla tan valeroso que, con muchas llagas que recibiera, hiziera maravillas en armas, llegóse a él, y mojóse la mano derecha de la sangre que le salía al conde, y passó los quatro dedos ansí ensangrentados encima del escudo dorado, de alto a baxo, haziendo quatro rayas de sangre, y dixo: «Estas serán vuestras armas, conde». Y de allí tomó las quatro rayas, o bandas, de sangre en el campo dorado, que son las armas de Cathaluña, que agora dezimos de Aragón.

Por desgracia, esta falsa identificación de la figura de Wifredo con el símbolo de las cuatro barras ha oscurecido la principal aportación del conde al devenir histórico de la futura Corona de Aragón: la transmisión hereditaria a sus hijos de los territorios que gobernó en la Marca Hispánica. Esta práctica era la muestra más clara de la debilidad del poder franco y de una progresiva ruptura de los vínculos personales con los descendientes de Carlomagno. Tras su muerte, da comienzo la dinastía nacional de los condes de Barcelona, un hecho trascendental para la futura vertebración de Cataluña.



La muerte de Wifredo I el Velloso, obra del pintor barcelonés Claudio Lorenzale Sugrañés en 1843. A pesar de ser una leyenda falsa, el

origen de las cuatro barras en el escudo de Cataluña captó el interés de muchos artistas que reprodujeron la historia a través de la pintura o la poesía. Entre los más destacados encontramos nombres tan ilustres del siglo XIX como el poeta Jacint Verdaguer, el escritor Joaquim Rubió i Ors o el pintor Pau Bejar.

A pesar de que es difícil distinguir realidad de leyenda en cuanto a su biografía se refiere, su papel como padre fundador de la dinastía de los condados catalanes empezó a forjarse en obras como la genealogía*Regum Navarrae et Aragoniae et comitum Barchinonae*, un manuscrito del siglo XIV encargado por el rey Juan I de Aragón. En ella se concede al conde Wifredo el título de *Pater Patriae* o 'Padre de la Patria'; un honor antiguamente otorgado por el Senado romano y reservado a unos pocos elegidos. De esta forma, los reyes de la Corona de Aragón honraban la memoria del fundador de su dinastía nacional alimentando su mito.

Con el surgimiento de la *Renaixença*, el más significativo movimiento cultural catalán del siglo XIX, también se divulgó la idea de Wifredo el Velloso como artífice del nacimiento de Cataluña. El poeta y dramaturgo catalán Serafín Pitarra popularizó frases como: «Hijos de Wifredo el Velloso, esto quiere decir catalanes».

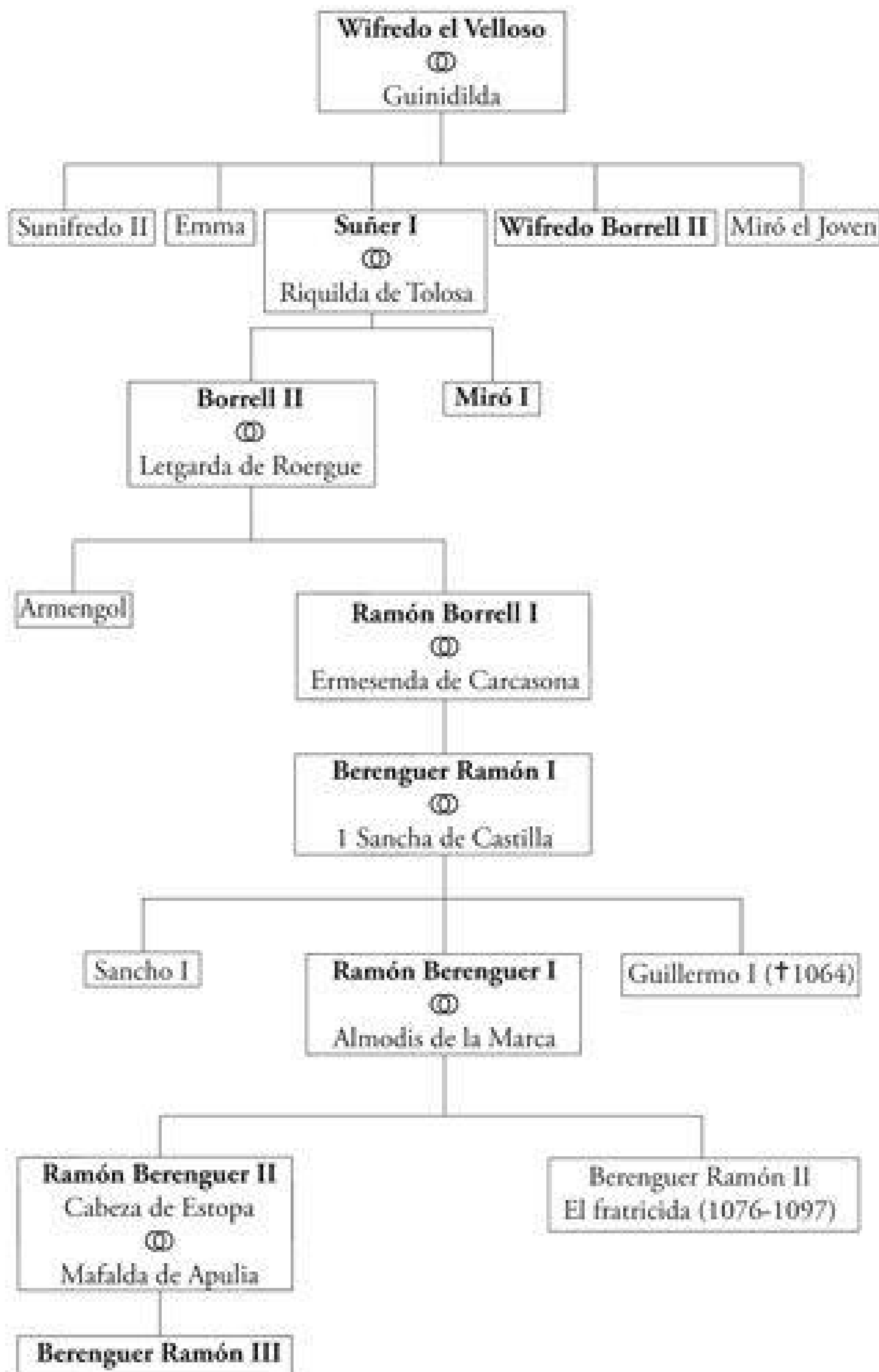
Lo cierto es que, a finales del siglo IX, la Marca Hispánica estaba gobernada por la dinastía de los condes de Barcelona y otras dos familias: por un lado, los condes de Ampurias-Rosellón, de origen franco, y por el otro las familias condales de Pallars y Ribagorza, de origen hispanogodo. La sucesión hereditaria de ambos linajes autóctonos supuso el triunfo sobre la aristocracia franca del norte y un distanciamiento definitivo de la autoridad imperial carolingia.

A finales del siglo IX, la palabra *Cataluña* todavía no figura en ningún documento y los habitantes de los territorios de la Marca Hispánica no sentían la necesidad de encontrar un gentilicio que expresara un sentimiento nacional colectivo. Pero la desaparición de grandes estructuras políticas como el Imperio romano, el reino visigodo o el Imperio carolingio favoreció la aparición de organizaciones más pequeñas como los condados que actuaban de forma totalmente autónoma.

Supremacía del condado de Barcelona y primera expansión

Tras la muerte de Wifredo el Velloso, la dignidad condal era un título de transmisión hereditaria y las nuevas dinastías de la Marca Hispánica se distribuyeron el poder como si de bienes privados se tratase. Wifredo II Borrell (897-911) sucedió al Velloso al frente de los condados de Barcelona, Gerona y Osona creando un núcleo central hegemónico de territorios alrededor del cual se fueron aglutinando el resto de condados de la Marca Hispánica.

El nuevo conde de Barcelona retomó temporalmente las relaciones con la monarquía franca tras la coronación, en enero del 898, de Carlos el Simple, hijo póstumo de Luis el Tartamudo, recuperando así la dinastía Carolingia tras la muerte del intruso Odón I. Esta aproximación, que no cuestionó el principio de herencia de la sucesión condal, se limitaba a no ser otra cosa que una adhesión de la nobleza a la autoridad del poder real, si bien en la práctica los condes de la Marca Hispánica continuaban actuando con plena libertad.



Genealogía de la dinastía de los Condes de Barcelona iniciada por Wifredo el Velloso

Fue entonces cuando, entre mayo y junio del 899, una expedición diplomática liderada por el conde Wifredo II Borrell visitó la corte real franca en Tours sur Marne, en el nordeste de Francia, con el principal cometido de renovar los antiguos pactos de vasallaje. A cambio de su fidelidad, el conde recibió la investidura de todas las tierras despobladas de las actuales comarcas de Osona y Manresa, en lo que es hoy la Cataluña central. De hecho, el conde ya ejercía su autoridad sobre estos territorios, pero ley en mano todavía pertenecían al rey y sólo este último podía otorgar un título en propiedad. Como veremos seguidamente, Wifredo II Borrell fue el último conde de Barcelona en

reconocer la autoridad y el dominio del rey franco sobre sus territorios.

Wifredo II Borrell falleció el 26 de abril del 911 sin descendencia masculina y fue enterrado en el monasterio benedictino de San Pablo del Campo, situado en lo que es hoy el barrio del Raval de Barcelona. Le sucedió su hermano Suñer I (911-947), que lidiaría con el califato de Córdoba para ampliar sus fronteras más al sur del río Llobregat, por la comarca del Penedés, llegando hasta el castillo de Olérdola.

Pero estas constantes incursiones sobre la frontera hallaron una sangrienta respuesta en julio del 935, cuando una flota musulmana de unas cuarenta naves cargadas de nafta y sofisticados artilugios bélicos atacó los puertos de Pals y Ampurias asesinando a quien hallaban en su camino. Seguidamente, la feroz escuadra naval dirigió sus miras hacia la ciudad de Barcelona, donde derrotó a la guarnición que la defendía. Según el historiador musulmán del siglo XI Ibn Hayyan, un año después el conde de Barcelona Suñer respondió a la brutal agresión organizando un gran ejército que partió en dirección al campo de Tarragona. Las tropas musulmanas, nuevamente, salieron a su encuentro y el 23 de agosto del 936 infligieron una grave derrota a las huestes cristianas, enviando a Córdoba mil trescientas cabezas como trofeo.

La presión musulmana en las tierras de frontera volvió a ser acuciante a partir del 939. Ibn-Hayyan documentó embajadas del obispo Gomar de Gerona a Córdoba para pactar las condiciones de paz con el califa Abderramán III en el 940. Estos tratados pronto quedaron en papel mojado porque la nobleza fronteriza actuaba por cuenta propia en los confines con los musulmanes.

A los salvajes ataques islamitas sobre la Marca Hispánica hubo que añadir la terrible devastación ocasionada por una incursión de miles de guerreros húngaros en junio del 942. Este lejano pueblo procedente de la cuenca de los Cárpatos, en la Europa oriental, cruzó los Pirineos procedente del norte de Italia en busca de botín. Sus huestes formadas por veloces jinetes eran capaces de disparar flechas a doscientos metros de distancia causando el pánico y la confusión entre el ejército enemigo, normalmente más acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo.

Tras entrar por el Vallespir, la temible mesnada húngara destruyó los monasterios de Banyoles, Santa Coloma de Farners y San Pedro de las Puellas, avanzando por el Bages y el Solsonés hacia las fértiles tierras de Lérida. Ante la imposibilidad de apoderarse de la ciudad musulmana de Lérida retrocedieron por los condados de Urgel y Cerdaña en dirección a los Pirineos, llevándose consigo un sustancioso botín. Superada la sorpresa inicial, los condes de la Marca Hispánica reclutaron un poderoso ejército que derrotó a los jinetes húngaros en la batalla de Baltarga, en agosto del 942. En la contienda falleció el conde Armengol, hijo primogénito del conde de Barcelona Suñer I.

No es, pues, de extrañar que el trágico suceso afectara profundamente al conde Suñer I que, en el 947, tomó el hábito monacal en la abadía benedictina de Lagrasse, a las orillas del río Orbieu en Carcasona, y cedió sus dominios a sus hijos Borrell y Miró, que debían gobernar conjuntamente. El correinado de ambos duró hasta el fallecimiento de Miró I en el 966, quedando Borrell II como único representante al frente de los condados.

Entre las prioridades de Borrell II se encontraba la de mantener unas relaciones amistosas con el papado y con el califa de Córdoba. Por ello, envió hasta cuatro embajadas (en los años 950, 966, 971 y 974, respectivamente) a las cortes de Abd al-Rahman III y Al-Hakam II para ratificar los acuerdos de paz del 940 a cambio de la obediencia y fidelidad al califa. Esta buena sintonía se

rompió con la entronización de Hisham I (976-1009) y el ascenso político de la figura de Almanzor, el caudillo musulmán que se propuso recuperar el esplendor militar inicial de al-Ándalus.

A pesar de los esfuerzos diplomáticos del conde de Barcelona, los condados de la Marca Hispánica no se libraron de las razias de Almanzor. El 5 de mayo del 985 un ejército partió de Córdoba cruzando el litoral mediterráneo en dirección al campo de Tarragona. Almanzor avanzó a sangre y fuego hacia Barcelona por las actuales comarcas catalanas del Penedés, Llobregat y Vallés, mientras el conde Borrell II organizaba a la desesperada la defensa de sus territorios. Monasterios de los alrededores de Barcelona como San Cucufate, San Pablo del Campo o San Pedro de las Puellas fueron destruidos y sus comunidades asesinadas.

Acto seguido, los aterrados habitantes de las cercanías de Barcelona se encerraron tras las murallas de la ciudad condal, que fue asediada el primero de julio. La resistencia duró poco, el lunes 6 de julio Almanzor arrasó Barcelona llevándose consigo un cuantioso botín y un elevado número de cautivos que más adelante serían vendidos como esclavos o rescatados a cambio de importantes sumas de dinero. El conde Borrell II había sufrido una derrota difícil de olvidar, y las crónicas bautizaron este triste suceso como «el día que Barcelona murió». Quedaba así demostrado que la posición procordobesa mantenida por el conde había fracasado.

A primeros de enero del 992, sólo seis años y medio después del trágico suceso, un cartulario del monasterio barcelonés de San Pedro de Puellas narraba los hechos con estas palabras:

> El año del señor 986, en el trigésimo segundo aniversario del rey Lotario, rey de los francos, [los musulmanes] vinieron a Barcelona, devastaron toda la tierra, conquistaron Barcelona, la despoblaron y la sometieron a un magno incendio, en el que todo fue consumido. Y se perdieron muchos instrumentos, tanto cartas como diversos volúmenes, parte consumidos por el fuego y parte fueron llevados por los musulmanes a su tierra. Y entre tales documentos se perdieron cartas de munificencia, donaciones, concesiones, dotaciones, conmutaciones, compras y libros confeccionados con las notaciones de los preceptos reales y privilegios ordenados y corroborados del monasterio del santísimo apóstol Pedro de las Puellas, [...] la abadesa y todas las siervas de Dios allí residentes haciendo servicio divino murieron todas en dicha destrucción.

Efectivamente, la traumática experiencia obligó al conde Borrell II a intentar retomar las relaciones con los francos. Ofreció al rey Lotario la renovación del juramento de fidelidad a cambio de auxilio militar que garantizase la protección del país frente a nuevos ataques musulmanes. Pero la petición de ayuda coincidió con una grave crisis de la dinastía Carolingia, Lotario murió en el 986 y su sucesor Luis el Joven también falleció prematuramente en el 987. La nueva dinastía de los Capetos tuvo que defender la corona franca de insurrecciones internas y tampoco atendió las peticiones de auxilio del conde barcelonés.

Dado que nadie respondió a la demanda de auxilio del conde Borrell II, no es de extrañar que cuando en el 987 el rey Hugo I Capeto exigió renovar los vínculos políticos con la corona franca la respuesta fuera un mutismo total, de tal manera que ese fue el último contacto exigiendo la subordinación de los condes de la Marca Hispánica a los monarcas francos. Era la independencia *de facto* de la dinastía condal de Barcelona, no reconocida jurídicamente hasta la firma del Tratado de Corbeil siglos después, ya en 1258, tal y como veremos en el cuarto capítulo.

Por lo que respecta a las relaciones con la Santa Sede, la intención de Borrell II era crear un nuevo arzobispado en Vic que agrupara los obispados de la Marca Hispánica mientras Tarragona

estuviera en manos musulmanas. Si el conde de Barcelona conseguía su propósito, sometería a su control las autoridades eclesiásticas de la Marca y, a su vez, rompería los lazos con el arzobispado de Narbona, bajo influencia franca. Parece ser que el papa Juan XIII acogió favorablemente las propuestas que le expusieron el obispo de Vic Atón, el monje Gerberto de Aurillac y el propio Borrell II en su viaje a Roma el 970. Pero el asesinato del obispo Atón un año después frustró una tentativa que mostraba la clara voluntad de afirmación política y religiosa del conde barcelonés.

Tras la muerte de Borrell II en el 992, el testamento dividió los condados entre sus dos hijos varones. El núcleo central de Barcelona, Gerona y Osona fue a parar al primogénito Ramón Borrell I (992-1018) y el condado de Urgel al hijo menor Armengol (992-1010). Las heridas de la razia de Almanzor estaban muy recientes y el país se reconstruía lentamente. Pero en el verano del 1003 un nuevo ataque musulmán, esta vez liderado por el hijo de Almanzor, Abd al-Malik al-Muzaffar, devastó varios castillos del Penedés y destruyó la ciudad de Manresa, haciendo inútil la tarea restauradora de los últimos años.

Sin embargo, el proceso de descomposición del califato de Córdoba tras la muerte de Abd al-Malik fue aprovechado por los condes de Barcelona y Urgel para organizar una expedición militar apoyando al sedicioso caudillo musulmán Muhammad al-Mahdi. Una fuerza conjunta de treinta y nueve mil soldados saqueó Córdoba en 1010, pero la victoria tuvo un precio muy alto, en la contienda fallecieron personajes notables como el conde Armengol o los obispos Aecio de Barcelona, Odón de Gerona y Arnulfo de Vic.

A todas estas gestas militares siguió una intensa actividad repobladora que ensanchó los límites del condado por el Bages y la Segarra, en el interior de la actual Cataluña. Espoleado por la buena coyuntura, en 1016, Ramón Borrell I lideró una nueva expedición contra los musulmanes llegando hasta los ríos Segre y Ebro. Pero la muerte le sobrevino repentinamente el 25 de febrero de 1018 a la edad de 46 años.

Muerto Ramón Borrell I, le sucedió su hijo Berenguer Ramón I con tan solo doce años. Por ello, el testamento estableció que su madre, la condesa Ermesenda de Carcasona, asumiría el gobierno del condado de Barcelona durante la minoría de edad. A lo largo de este período, la condesa se mostró enérgica e inteligente rodeándose de sabios consejeros como su hermano Pedro o el famoso Oliva, abad del antes mencionado monasterio de Santa María de Ripoll y obispo de Vic.

Contrariamente al carácter de su madre, Berenguer Ramón I, apodado el Curvo probablemente por un defecto físico o enfermedad degenerativa, resultó ser un hombre de poco carácter, amante de la paz y la justicia. En este período la frontera no avanzó demasiado, pero la estabilidad favoreció un incremento de la población y el impulso del comercio interior alrededor de las plazas donde había mercados. Fue en este contexto cuando surgió una institución tan importante como la Paz y la Tregua de Dios, de la que hablaremos con más detenimiento en el apartado del proceso de feudalización

No obstante, el 15 de mayo de 1035, Beren-guer Ramón I falleció a temprana edad sin apenas haber cumplido los treinta años. Su testamento fue un buen ejemplo de división patrimonial, esta vez entre los hijos de sus dos matrimonios. Pero la, en estos momentos, ya sexagenaria condesa Ermesenda de Carcasona no estaba dispuesta a fragmentar la herencia familiar y conservó bajo su poder el condominio de todos los condados, desempeñando de nuevo con autoridad la dirección del condado de Barcelona, esta vez, ante la minoría de edad de su nieto, el futuro Ramón Berenguer I el

Viejo (1035-1076).

Mientras tanto, las fronteras con al-Ándalus quedaron estabilizadas con el pago de las parias, los impuestos que pagaban los reyes musulmanes de los reinos de taifas para no ser atacados por los reyes cristianos. Ramón Berenguer I el Viejo se unió a los gobernantes cristianos peninsulares que prefirieron el oro musulmán a conquistar nuevos territorios. Parte de los tributos cobrados a las taifas de Lérida, Tortosa y Zaragoza fueron invertidos en la compra de los condados de Carcasona y Rasez, entre 1067 y 1070, afianzando la proyección de la dinastía condal barcelonesa en la zona del Languedoc, en el sureste de la actual Francia.



El castillo de la Suda, una impresionante fortaleza musulmana que dominaba el río Ebro y la fronteriza ciudad de Turtuxa, actual Tortosa, era uno de los núcleos urbanos más importantes de la Marca Superior de al-Ándalus. Las parias castigaron duramente la ciudad en el siglo XI, tal y como describe el cronista Ibn Hayyan: «La gente de Tortosa, situada en el extremo del territorio del islam, se quejó del peso de sus tributos, por la situación de inferioridad frente a un enemigo fuertemente armado [...]».

Pero, algunos nobles del Penedés, aglutinados alrededor del sedicioso señor feudal Mir Geribert, autoproclamado príncipe de Olérdola, no aceptaron la política tributaria y pacifista del conde de Barcelona con los musulmanes. Consideraban que esta actitud era ruinosa para la nobleza, que, sin conquistas, se veía privada de la fuente de riqueza que les aportaba el botín y el saqueo. Aun así, Ramón Berenguer I acabó consolidando su primacía sobre el resto de familias nobiliarias de la Marca Hispánica con la firma de pactos de vasallaje con los condados de Besalú (1057), Urgel (1063) o Ampurias (1067). Este reconocimiento también se pudo ver en el gran acto de consagración de la catedral de Barcelona en el 1058 durante el cual todos los asistentes aceptaron su soberanía.

Tras este período de paz el testamento de Ramón Berenguer I, consciente de la importancia de conservar indiviso su patrimonio, resolvió dejar los condados a sus dos hijos gemelos Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa (1076-1082) y Berenguer Ramón II el Fratricida (1076-1097), que debían gobernar por tanto conjuntamente. Pero ambos hermanos mantuvieron una nefasta relación hasta que el infortunio se cebó, implacablemente, sobre Cabeza de Estopa, que sufrió un misterioso accidente de caza el 5 de diciembre de 1082. Según la leyenda, el cadáver fue encontrado por un campesino al escuchar los lamentos del halcón del conde, que posaba sobre una rama de la poza donde yacían sus restos. Como en tantas ocasiones, no se hallaron pruebas definitivas de quién

ordenó el presunto magnicidio, pero todas las sospechas apuntaron a su hermano Berenguer Ramón II que fue conocido por los cronistas con el antes mencionado apodo de el Fratricida.

A partir de entonces, se abrió un período convulso en el que los condados de Carcasona y Rasez, que tanto dinero habían costado, fueron ocupados por el vizconde de Beziers, Bernat Ató, alegando falsos derechos hereditarios, en 1085. A su vez, la nobleza local obligó a Berenguer Ramón II el Fratricida a ejercer de tutor de su sobrino, el futuro Ramón Berenguer III, hasta que llegara a la mayoría de edad y estuviera preparado para gobernar en su lugar. Para ello exigieron al conde que permaneciera soltero.

Consciente de su mala fama, Berenguer Ramón II el Fratricida dedicó todo su tiempo a luchar contra los musulmanes. Los juegos de alianzas con los reyezuelos de las taifas vecinas de Lérida y Zaragoza le llevaron a enfrentarse varias veces con las huestes de Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid, desterrado por el rey castellano. La decisiva batalla de Tévar en 1090 fue la derrota más sonada del conde de Barcelona, que fue capturado, junto con muchos de sus caballeros, por El Cid, lo que motivó el pago de cuantiosos rescates.

En los últimos años de su gobierno, el Fratricida tuvo que someterse a un juicio en la corte castellana del rey Alfonso VI por la muerte de su hermano. Al ser declarado culpable, huyó a Tierra Santa, donde según la *Gesta comitum*, una crónica del siglo XII escrita por los monjes de Santa María de Ripoll, murió en Jerusalén como peregrino.

A pesar de su juventud, Ramón Berenguer III el Grande (1097-1131) empezó a gobernar a la edad de quince años. El nuevo conde desarrolló una acción unificadora del territorio ayudado por una política matrimonial intencionada que incorporó los condados de Besalú (1111), Cerdaña (1117) y Provenza (1112) extendiendo sus dominios por buena parte de Occitania, situada en el actual tercio sur del estado francés. A su vez, los condados de Pallars, Urgel, Rosellón y Ampurias, que todavía se mantenían independientes de la hegemonía barcelonesa, firmaron con él sendos pactos de vasallaje.



Estatua ecuestre del conde Ramón Berenguer III, obra del reconocido escultor modernista catalán Josep Llimona Bruguera. Fue presentada en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 obteniendo la medalla de oro concedida por el tribunal internacional de escultura. Actualmente está ubicada en la plaza de Ramón Berenguer, frente a la Vía Laietana de Barcelona.

Otro gran logro de la política condal fue la restauración del arzobispado de Tarragona por el papa Gelasio II en 1118. De esta forma se rompía la obediencia de la iglesia catalana al arzobispado de Narbona, una sumisión que había durado trescientos años. Para materializar el proyecto se encargaron las tareas de repoblación de las tierras tarraconenses al caballero normando Robert de Bordet.

Al mismo tiempo, el foco de atención de la actividad de Ramón Berenguer III también estaba puesto sobre el Mediterráneo, donde la piratería musulmana castigaba las costas europeas. Para entonces, el papa Pascual II había promovido una cruzada contra la isla de Mallorca y, acto seguido, contingentes pisanos, corsos, sardos y lombardos desembarcaron por error en la costa gerundense de Blanes en 1113. La recién llegada milicia pidió a Ramón Berenguer III que dirigiese la poderosa flota. De este modo en junio de 1114 unas quinientas naves zarparon rumbo a Ibiza, que se rindió tras un asedio de treinta días. El siguiente objetivo fue la ciudad de Mallorca, la cual por su parte, resistió hasta abril de 1115. Pero Ramón Berenguer III apenas tuvo tiempo de saborear el triunfo pues los almorávides, unos grupos nómadas provenientes del norte de África que habían conseguido reunificar al-Ándalus, aprovecharon su ausencia para atacar la frontera, obligando al conde a volver

para defender sus territorios.

Esta expedición contra la piratería musulmana de Mallorca fue narrada, en 1114, por el cronista Enrique de Pisa en el poema latino *Liber Maiolichinus de Gestis Pisanorum Illustribus* donde, por primera vez, encontramos mención al gentilicio *catalanes* y al topónimo *Cataluña* cuando el autor se refiere al victorioso conde Ramón Berenguer III como «dux catalanensis» y «catalanicus heros».

Así pues, sorprendentemente, la primera referencia documental al nombre de Cataluña procede de una pluma extranjera. Este hecho demuestra que existía una denominación que definía perfectamente parte de la actual Cataluña y a sus habitantes en pleno siglo XII. A pesar de ello, cabe preguntarse si esta mención es una prueba suficiente para argumentar que tras ellas pudiera haber una conciencia colectiva de identificación nacional.

Estas discusiones y razonamientos alrededor del topónimo *Cataluña* o el gentilicio *catalán* ha dividido a historiadores y lingüistas sin hallar, hasta ahora, una solución satisfactoria para todas las partes. Por un lado, a partir de mediados del siglo XII, es fácil encontrar en la documentación coetánea formas latinizadas como *catalani*, *catalanus* o *catalanorum*. Pero en cambio, tales expresiones continuaron sin aparecer en la relación de títulos nobiliarios que siempre encabezaba los textos expedidos por los condes de Barcelona.

Entonces, al leer el nombre de Cataluña en las fuentes medievales del siglo XII, ¿estamos ante la referencia a una estructura política consolidada o ante una connotación exclusivamente geográfica? La respuesta de prestigiosos historiadores catalanes como Ramón de Abadal, Ferrán Valls Taberner; Jesús Mestre Godes, entre otros, coincide en afirmar que los siglos XI y XII fueron decisivos para la vertebración política de Cataluña.

Sin ir más lejos, a la muerte de Ramón Berenguer III el 19 de julio de 1131, el condado de Barcelona había acumulado un sólido prestigio internacional fruto de su intensa política matrimonial, diplomática y militar. A su vez, paulatinamente, consolidó su superioridad frente al resto de condados de la Marca Hispánica. A estos hechos hay que sumar un distanciamiento del reino franco, que debió ser decisivo para crear la visión del conde barcelonés y sus soldados expresada por el *Liber Maiolichinus*. No obstante, siempre nos quedará la duda de saber cuánto tiempo hacía que las palabras *catalán* y *Cataluña* estaban en boca de la gente.

EL CONDADO DE ARAGÓN: DE LA INTERVENCIÓN CAROLINGIA A LA INFLUENCIA PAMPLONESA

Tras conocer la creación y evolución de la Marca Hispánica, dirijamos ahora nuestra atención hacia el vecino valle del Ebro, donde, en el 714, los musulmanes habían ocupado pacíficamente la ciudad de Zaragoza extendiendo su dominio hasta las sierras de Santo Domingo y Guara, en el actual Pirineo aragonés. El control de las zonas montañosas debió ser más nominal que real, la orografía del terreno y la necesidad de concentrar los esfuerzos en controlar los principales núcleos de población limitó la ocupación musulmana del territorio pirenaico a algunas expediciones militares desde los bastiones de vanguardia en Lérida o Huesca.

No es de extrañar que la entrada de los musulmanes en las tierras del Ebro se produjera sin violencia. Seguramente, sus habitantes ya sabían que los principales centros urbanos del reino

visigodo, entre ellos la capital Toledo, habían sido sometidos al yugo del invasor y que el mismo rey Rodrigo había muerto en la batalla de Guadalete. De este modo, la mayoría de la población prefirió la sumisión a la resistencia armada y solo algunas élites militares y religiosas huyeron hacia las montañas pirenaicas.

A pesar de que no disponemos de muchos datos por la falta de fuentes contemporáneas fidedignas, seguramente los invasores se mostraron clementes con cristianos y judíos ofreciéndoles la posibilidad de mantener su fe a cambio de algunas prestaciones fiscales. Pero esta tolerancia de culto con las religiones del Libro (cristianos, judíos y musulmanes) no entorpeció un proceso de islamización que fue rápido y pronto impregnó el valle del Ebro. Es muy probable que la mayoría de la población indígena aceptara a los nuevos dominadores y se convirtiera al islam por las ventajas sociales y tributarias que ello conllevaba. Así pues, la colaboración de este nuevo grupo social de conversos llamados *muladíes*, cuyo nombre significaba 'engendrado de madre no árabe', fue esencial para consolidar el dominio musulmán e incluyó notables ejemplos como el antiguo linaje hispanorromano de los *Casio*, convertidos ahora en los *Banu Qasi*.

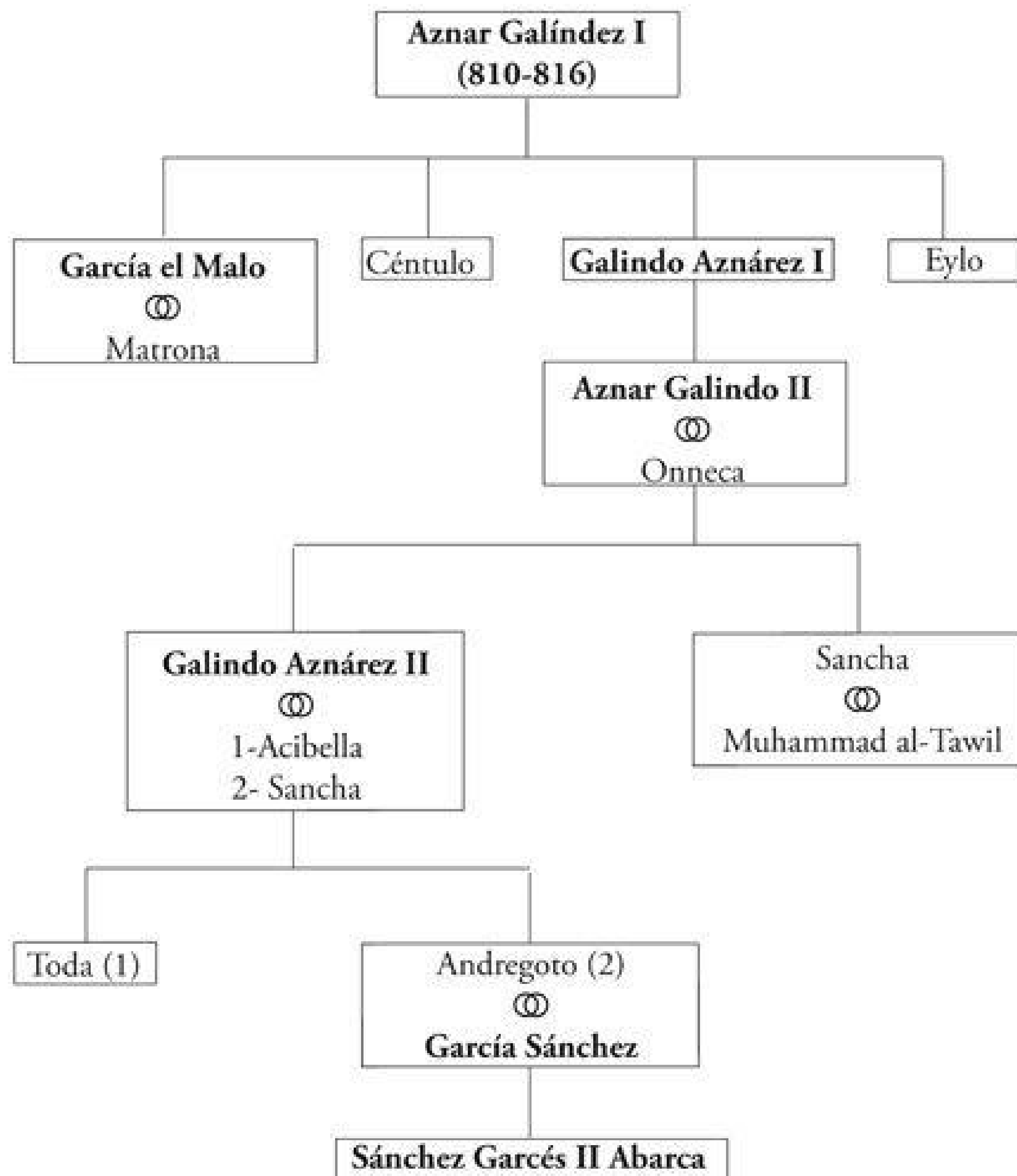
Tras este episodio de esplendor, las disidencias en el bando andalusí pusieron fin a la expansión territorial en el noreste peninsular y el valle del Ebro se integró en una zona fronteriza bautizada con el nombre de Frontera Superior o *Al-Tagr al-Ala*. Esta demarcación fue controlada por importantes contingentes de árabes yemeníes, sobre todo del linaje de los Tuyibíes, cuyos dirigentes a menudo actuaban con independencia de la capital cordobesa.

Como se ha señalado en el apartado anterior, la entronización de la dinastía Omeya en al-Ándalus con la llegada del ya mencionado Abd al-Rahman I, en el 755, alentó la rebelión de estos gobernadores de las provincias fronterizas que se oponían abiertamente al nuevo emir. Para lograr sus fines independentistas buscaron la complicidad del monarca franco Carlomagno que en la pascua del 778 partió desde Chasseneuil, en el centro de Francia, con un ejército para conquistar Zaragoza. El fracaso de la expedición carolingia y la derrota en la batalla de Roncesvalles no hicieron más que confirmar el interés estratégico que tenían los Pirineos para los francos. Asegurar que la frontera no sería cruzada de nuevo por los musulmanes era un objetivo prioritario para Carlomagno y sus sucesores, que favorecieron la aparición de núcleos cristianos contrarios a la dominación musulmana en las zonas montañesas.

El primer nombre conocido representando a la autoridad franca en tierras aragonesas fue el conde Aureolus o Aureolo. Los *Annales Regni Francorum*, una crónica del siglo IX que narra la historia de los monarcas carolingios entre el 741 y el 829, mencionan al dicho Aureolus como el responsable de «velar por las comunicaciones entre España y la Galia» localizando sus dominios «más allá de los Pirineos, frente a Huesca y Zaragoza». Según la tradición el conde carolingio dio nombre al emblemático monte de Peña Oroel, situado en la actual comarca oscense de la Jacetania.

Pero el poder de Aureolus fue efímero y tras su muerte, en el 809, el gobernador de la Marca Superior de al-Ándalus, Amrus ibn Yusuf, reconquistó el territorio instalando guarniciones en los principales castillos. Como en otras ocasiones, Amrus se había revelado contra la autoridad del emir cordobés Al-Hakam I y aspiraba a reforzar su insurgencia pactando con los monarcas francos. Sin embargo, esta vez Carlomagno prefirió acordar una tregua con el emir Al-Hakam I, firmada en el 810 y renovada en el 812, restaurando su autoridad en el Pirineo aragonés.

Al poco tiempo de la muerte de Aureolo, apareció una nueva dinastía de origen aragonés, encabezada por el conde Aznar Galíndez, que gobernaba un territorio no muy bien definido entre los valles de Ansó, Hecho y Canfranc. Asimismo, cabe destacar, que Aznar Galíndez seguía siendo un funcionario franco que acató la soberanía carolingia después del 810 a cambio de ser reconocido conde de Aragón por Carlomagno. Su mandato se caracterizó por las intrigas familiares. García el Malo, su yerno, repudió a su esposa Matrona por adulterio e incesto con su hermano Céntulo. Finalmente, una revuelta liderada por García el Malo, posiblemente en el 816, acabó desposeyendo del condado aragonés a su suegro Aznar Galíndez, quién se refugiaría en Francia.



Genealogía de los Condes de Aragón

Llegados a este punto, el conde Aznar Galíndez se encomendó a la protección de los monarcas carolingios, quienes en el 824 le encargaron dirigir una expedición militar contra Pamplona que pretendía alejarse de la influencia franca. Los navarros utilizaron la táctica de aparentar sumisión a las órdenes imperiales, pero de regreso las tropas francas fueron derrotadas y sus líderes capturados en la segunda batalla de Roncesvalles. Afortunadamente para Aznar Galíndez, sus orígenes vascones le valieron la libertad y tras acudir a la corte del emperador Luis el Piadoso fue compensado por sus servicios con los condados de Urgel y Cerdaña, donde murió alrededor del 839.

Fallecido Aznar Galíndez, el condado de Urgel pasó a manos de su hijo menor Galindo Aznárez I. Sabemos que este apoyó la revuelta de los hijos del emperador Luis el Piadoso contra su padre, decisión que le costó el cargo. Pero el imperio carolingio ya estaba en plena desintegración y la política de distanciamiento con la dinastía franca le valió la amistad de la poderosa familia pamplonesa de Íñigo Arista. Mientras tanto, Galindo Aznárez I consiguió recuperar el condado de Aragón expulsando a Galindo Garcés, hijo y sucesor de García el Malo, gobernando entre el 844 y 867 bajo la influencia del reino de Pamplona.

La instalación de una dinastía condal aragonesa alrededor de los oscenses valles de Ansó, Hecho, Aisa y Canfranc fue una realidad a partir de Galindo Aznárez I. El conde aragonés impulsó la reconstrucción del territorio y la restauración de la espiritualidad alrededor del monasterio románico de San Pedro de Siresa, situado en el valle pirenaico de Hecho. El cenobio se convirtió en el principal foco de religiosidad de la zona durante los primeros tiempos del condado aragonés. Gracias a las visitas de ilustres personajes como el obispo mozárabe Eulogio de Córdoba conocemos de su esplendor y la fama de su fantástica biblioteca. Actualmente, el único testigo del monasterio de San Pedro de Siresa es una iglesia remodelada en el siglo XIII.

A su muerte, le sucedió su hijo Aznar Galindo II (¿867-893?) del que pocas noticias tenemos. Pero a pesar de la escasez de datos, parece claro que para garantizar su supervivencia el condado de Aragón optó por una política de pactos con sus vecinos sin reparar en que estos fueran cristianos o musulmanes. Un buen ejemplo de ello fue el matrimonio entre Sancha, hija del conde aragonés, con el musulmán Muhammad al-Tawil, gobernador de la ciudad de Huesca. Desconocemos la fecha de la boda, pero en el 913 un hijo del matrimonio era gobernador de Huesca y seguramente esta alianza libró a Aznar Galindo II de las incursiones ismaelitas.

Algo similar ocurrió cuando el propio conde aragonés Aznar Galindo II casó con la princesa Onneca, hija del rey de Pamplona García Íñiguez, estrechando las relaciones entre ambos territorios. Estos lazos se fortalecieron con nuevas estrategias matrimoniales a lo largo de todo el siglo X. Más muestras de las buenas relaciones y la influencia navarra sobre el condado de Aragón fueron las segundas nupcias del conde Galindo Aznárez II (893-922), hijo y sucesor de Aznar Galindo II, con Sancha, hermana de Sancho Garcés, rey de Pamplona.

Casi simultáneamente, hacia el 872, en el extremo oriental del pirineo aragonés, los vecinos condados de Pallars y Ribagorza se independizaron del condado franco de Tolosa gracias al autoproclamado conde Ramón I. Fallecido este, hacia el 920, se consumó la división de Pallars y Ribagorza entre sus cinco hijos. Uno de ellos, Bernardo Unifredo, dirigió los destinos del condado de Ribagorza destacando como un valiente guerrero que expulsó definitivamente a los musulmanes de la zona y, a su vez, consiguió la independencia eclesiástica de la Seo de Urgel con la creación del obispado de Roda, a principios del siglo X. La nueva dinastía ribagorzana también emparentó con los condes aragoneses al pactarse el matrimonio entre Bernardo Unifredo y Toda Galindona, hija del ya mencionado Galindo Aznárez II. Estamos pues ante un nuevo ejemplo de la red de alianzas tejida entre las familias gobernantes de la zona para intentar garantizar la supervivencia de su estirpe en el poder.

Pero volvamos al condado de Aragón, porque la muerte del conde Galindo Aznárez II sin un heredero varón provocó un conflicto sucesorio que se resolvió, en el 919, con los esponsales entre

Andregoto, hija de Galindo Aznárez II, y su primo García Sánchez de Pamplona (925-970), mucho más joven que ella. El matrimonio fue anulado por motivos de parentesco pero consumó la unión del condado de Aragón con el reino de Pamplona, reconociendo en el hijo y heredero Sánchez Garcés II Abarca (970-994) la doble herencia. El condado de Aragón se había convertido en la segunda mitad del siglo X en un territorio feudatario de la corte de Pamplona.

En resumen, los últimos años del siglo X fueron decisivos para la consolidación de los estados feudales pirenaicos. Se rompió con las injerencias políticas y la sumisión a la monarquía franca, demasiado preocupada en resolver las intrigas de sus cortesanos en París. Como es normal la distancia también ayudó a enfriar unas relaciones que ya estaban rotas antes de la entronización de la nueva dinastía de los Capetos en el 987.

Al otro lado de la frontera, el envite inicial de la invasión musulmana se había diluido fruto de las disidencias internas favoreciendo el fortalecimiento de los primitivos condados cristianos. A su vez, las pretensiones independentistas de los gobernadores musulmanes de la Marca Superior estrecharon las relaciones políticas, familiares, sociales y culturales con los núcleos políticos cristianos del noreste peninsular. Pero, del mismo modo, en los años finales del siglo X las comunidades pirenaicas también sufrieron el azote del caudillo musulmán Almanzor, del que hemos hablado con anterioridad, que castigó con una de sus temidas razias el condado aragonés destruyendo todo a su paso en el 999. Esta expedición, junto la campaña contra los condados de Sobrarbe y Ribagorza dirigida por su hijo Abd al-Malik en 1006, fueron el punto de inflexión del poder musulmán en la frontera pirenaica. A partir de entonces, la desmembración de al-Ándalus en los reinos de taifa fue aprovechada por líderes cristianos como el rey Sancho Garcés III, del que hablaremos con detalle a continuación, para ampliar sus territorios.

El Reino de Aragón: de Sancho III el Mayor a Alfonso I el Batallador

La decadencia de al-Ándalus tras la muerte del célebre Almanzor invirtió los papeles entre los estados cristianos y el poder musulmán. El primero en aprovechar este cambio de coyuntura para avanzar posiciones fue el rey de Pamplona Sancho Garcés III el Mayor (990-1035) que logró extender su autoridad por prácticamente todos los territorios cristianos de la península ibérica. El soberano navarro gobernó sobre el ya conocido reino de Pamplona y los condados de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. También estrechó las relaciones con el ducado de Gascuña, dominó el condado de Castilla y conquistó las ciudades de Astorga y León, convirtiéndose en el más poderoso de los reyes peninsulares del momento. Documentos como el de una donación al monasterio de Leire, fechado en diciembre de 1032, así lo atestiguan:

> [...] Reinando el serenísimo rey Sancho en Pamplona y en Aragón, en Sobrarbe y en Ribagorza, en toda Gascuña y en toda Castilla y, además de todo esto, imperando en León y en Astorga por la gracia de Dios.

El mismo año, una autoridad tan influyente como el abad Oliva, obispo de Vic, calificó en una carta a Sancho Garcés III de *Rex Ibericus* o rey de Iberia. La popularidad del monarca también fue

más allá de los Pirineos, tal como atestigua el coetáneo cronista francés Rodolfus Glaber, que describió a Sancho Garcés III como *Sancio rege Navarriae Hispaniarum* o Consagrado rey de Navarra y España. Su reinado coincidió plenamente con la crisis del califato de Córdoba, tras la muerte de Almanzor en 1002, y culminó con la creación de los reinos de taifas en 1031.

Antes de su muerte, sucedida el 18 de octubre de 1035, el rey Sancho Garcés III el Mayor repartió sus dominios entre sus hijos. Otorgó al primogénito García el territorio del reino de Pamplona con cierta primacía sobre sus hermanos que le debían fidelidad, a Fernando el condado de Castilla con el título de reino, al ilegítimo Ramiro el antiguo condado de Aragón acrecentado con algunas tierras que incrementaban notablemente la superficie respecto al núcleo originario del siglo IX; mientras que a Gonzalo le asignó los condados de Sobrarbe y Ribagorza. Lo trascendente de esta nueva situación fue el surgimiento de dos nuevos reinos decisivos en la futura historia peninsular: El reino de Castilla y el reino de Aragón.

Ramiro I de Aragón (1035-1063), el primer monarca de Aragón, dio con su reinado inicio a una dinastía que se extendió hasta la muerte de Alfonso I el Batallador en 1134. Ramiro era el primer hijo natural del rey de Pamplona Sancho Garcés III con una doncella noble llamada Sancha de Aibar, nacido fuera del matrimonio legítimo, circunstancia que lo apartó de la primogenitura en favor de su hermano García, que como vimos había heredado el reino de Pamplona. Durante su mandato, el monarca aragonés no se atrevió a titularse rey en la documentación oficial, adoptando fórmulas como *quasi pro rege* o «hijo del rey Sancho». No obstante, pese a la discusión sobre sus orígenes y las dudas sobre su intitulación, Ramiro I es considerado unánimemente el primer rey de Aragón.

Sin embargo, las relaciones entre los descendientes de Sancho Garcés III el Mayor no siempre fueron buenas. Ramiro I de Aragón combatió contra su hermano García Sánchez III, entonces rey de Pamplona, en 1043 por los dominios navarros en la batalla de Tafalla. Un año después, otro de sus hermanos, Gonzalo, moría en extrañas circunstancias y Ramiro incorporaba al reino de Aragón los condados de Sobrarbe y Ribagorza.

Curtido durante años en el arte de la guerra, el rey aragonés también presionó a las taifas de Lérida y Zaragoza, aliándose con el conde de Urgel a través de políticas matrimoniales para frenar las ansias expansionistas del conde de Barcelona Ramón Berenguer I. Esta unión de fuerzas permitió a Ramiro conquistar los castillos de Laguarres, Lascuarre, Falces, Luzás, Viacamp y Benabarre entre 1060 y 1062, situados todos ellos en la actual provincia de Huesca y en la Comunidad Foral de Navarra.

Motivado por los avances conseguidos, Ramiro I se decidió a asaltar la sólida fortaleza de Graus, situada en la confluencia de los ríos Ésera e Isábena, en la actual provincia de Huesca. Acto seguido, el poderoso rey de Zaragoza Al-Muqtadir, ayudado por tropas castellanas, acudió en persona a defender la plaza y rechazó a los aragoneses. Durante el trance de la batalla, el infortunio se cebó con el rey Ramiro I que murió de una lanzada en la frente ante las puertas de Graus, en mayo de 1063.

En pocas palabras, podemos afirmar que gracias a su iniciativa, el rey aragonés Ramiro I superó unos primeros años difíciles, amenazado por el lento pero inexorable predominio castellano, y acabó su mandato duplicando la extensión del territorio heredado de su padre. Su reinado fue el comienzo de la política expansiva hacia la frontera del valle del Ebro, entonces ocupada por los musulmanes. La obra interrumpida tras su muerte la culminaron sus sucesores, como veremos a continuación

Tras el desdichado episodio de Graus le sucedió su hijo Sancho Ramírez I (1063-1094), que potenció la proyección exterior del reino de Aragón para hacer frente a las ansias expansionistas de los reyes de Castilla. Entre sus acciones cabe destacar un viaje a Roma en 1068 y la conversión del reino de Aragón en feudatario de la Santa Sede, prometiendo el pago de quinientos mancusos de oro anuales a cambio de la protección del papado. También casó en segundas nupcias con Felicia de Roucy, descendiente del monarca francés Roberto II el Piadoso. Relaciones estas, con Roma y las casas nobiliarias francesas, que atraerían la presencia de caballeros extranjeros en las campañas reconquistadoras de los monarcas aragoneses. En tanto que, en el aspecto cultural, la influencia europea se tradujo en la introducción de la regla benedictina en los monasterios de San Juan de la Peña y San Victorián, alrededor de 1071.

La actividad militar de Sancho Ramírez I continuó la labor emprendida por su padre, pero hará falta esperar a la confluencia de circunstancias favorables para la obtención de resultados espectaculares: la muerte del rey Sancho Garcés IV de Navarra en 1076, la del rey de la taifa de Zaragoza Al-Muqtadir en 1081 o la invasión almorávide de la península ibérica en 1086 que obligó al rey Alfonso VI de León a prestar más atención a los asuntos del sur.



Monasterio de San Juan de la Peña, una joya del románico construida en un espectacular entorno natural al suroeste de la ciudad de Jaca, en la actual provincia de Huesca. En el 920 fue consagrada la iglesia mozárabe por el conde Galindo Aznárez II. En 1025 el rey Sancho Garcés III el Mayor fundó un nuevo cenobio sobre el ya existente. Pero fue a partir del reinado de Sancho Ramírez que adquirió la categoría de panteón real.

Cuando en aquel año de 1076 el rey navarro Sancho Garcés IV fue asesinado por sus hermanos durante una cacería en Peñalén, en el actual municipio navarro de Funes, los nobles se negaron a ser gobernados por el fratricida y eligieron como sucesor al monarca Sancho Ramírez, incorporando de esta forma la corona de Pamplona al reino de Aragón hasta el año 1134. El ingreso del nuevo territorio aumentó la base económica y humana del reino aragonés que, unido al debilitamiento de la taifa de Zaragoza, tras el citado fallecimiento en 1081 de Al-Muqtadir, favoreció su salida del aislamiento y la expansión territorial hacia el sur.

Pero las fuerzas aragonesas todavía eran escasas para plantear un enfrentamiento a campo abierto contra el invasor musulmán. Por ello, la táctica empleada fue la construcción de fortalezas en puntos

estratégicos, elevados y fáciles de defender que permitieran cortar las comunicaciones y el suministro a las ciudades musulmanas fronterizas. Así, Sancho Ramírez I ocupó entre 1083 y 1089 las fortalezas de Graus y Ayerbe y construyó castillos como Montearagón, Loarre o Labata cerca de la ciudad musulmana de Huesca.

Ahora el objetivo final era la conquista de Huesca, rodeada por una inexpugnable muralla de noventa torres y nueve puertas de entrada. Debido a los escasos medios de asedio, el rey aragonés optó por rendir a la ciudad de hambre, quemando sus cosechas y cortando las principales rutas de abastecimiento. Sin embargo no todo fueron buenas noticias en estos años. Pues en junio de 1094, durante el asedio de la capital oscense, Sancho Ramírez I murió inesperadamente por el impacto de una flecha cuando inspeccionaba las murallas. La ciudad, finalmente, fue sometida por su hijo Pedro I dos años después, en 1096.

Por último, no podemos acabar el reinado de Sancho Ramírez sin antes mencionar otro hecho trascendental: la fundación de Jaca como capital del reino aragonés y sede episcopal en 1077. Para favorecer su repoblación, Sancho Ramírez I le concedió un fuero que articuló una vía comercial inexistente hasta entonces, esta vía no era otra que el Camino de Santiago del que hablaremos con más detalle en próximos capítulos.

Tras el fallecimiento de Sancho Ramírez I, el trono aragonés pasó a manos de su hijo primogénito Pedro I de Aragón (1094-1104) que había sido asociado al trono como conde de Sobrarbe y Ribagorza en 1085. El nuevo monarca dedicó sus energías a las campañas militares adelantando la frontera hasta la sierra de Alcubierre y los Monegros, entre las actuales provincias de Huesca y Zaragoza.

Sin embargo, la victoria más espectacular aún estaba por llegar. En mayo de 1096, el rey Pedro I, con un ejército en su mayoría formado por campesinos y ganaderos, ordenó asediar de nuevo la ciudad de Huesca, donde años atrás había fallecido su padre. Los oscenses, escasos de alimentos por las malas cosechas y los repetidos cercos, decidieron pedir ayuda al vecino rey musulmán de Zaragoza, Mostain II. Este partió con un descomunal ejército dispuesto a romper un asedio que entonces ya duraba seis meses.

Ambos ejércitos se encontraron en los llanos de Alcoraz, cerca de la sitiada Huesca, el 19 de noviembre de 1096. El resultado final de la contienda fue catastrófico para el bando musulmán. Tal fue la magnitud de la derrota que las crónicas sarracenas elevaron a más de diez mil su número de víctimas, mientras que las fuentes cristianas aumentaron la cantidad hasta los treinta mil. A pesar de la tendencia de las fuentes medievales a exagerar las cifras, se puede afirmar, sin riesgo de error, que la batalla de Alcoraz fue la primera gran batalla ganada por los cristianos aragoneses. Por fin, el 27 de noviembre de 1096, tras su rendición, las huestes del rey Pedro I entraban en Huesca convirtiéndola en la nueva capital del reino y sede episcopal.

Según la tradición, el temible ejército sarraceno de Mostain II fue derrotado en la batalla de Alcoraz gracias a la providencial intervención del caballero San Jorge. Desde entonces, y sobre todo a partir del siglo XIII, se ha popularizado la protección de San Jorge sobre la Corona de Aragón, dando lugar a nuevas apariciones en combates como veremos en capítulos posteriores. Así fue como la imagen del caballero se convirtió en una seña de identidad que actualmente perdura en el tercer cuartel del escudo de Aragón, junto con cuatro cabezas de moros, representando la implacable

victoria de Pedro I en Alcoraz.

A partir de entonces, las exitosas acciones militares de Pedro I continuaron con la conquista de centros urbanos tan notables como Barbastro o Sariñena en 1100. Mientras tanto, llegaban a la península ibérica las noticias de la toma de Jerusalén por los ejércitos cruzados el 15 de julio de 1099. Como es normal, el suceso desató una ola de fervor y júbilo en el bando cristiano donde los caballeros rivalizaban por partir hacia Tierra Santa. Tubo que ser el mismo papa Pascual II quien en una carta les recordase que también había que combatir a los almorávides en la península y, para tal fin, concedió la indulgencia de los pecados a aquellos que lucharan contra al-Ándalus.

Empapado por la exaltación religiosa del momento, Pedro I de Aragón organizó en 1101 una *cruzada* contra la ciudad de Zaragoza, en árabe *Saraqusta*. Durante el asedio fortificó su actual barrio de Juslibol cuyo nombre deriva del grito de guerra cristiano *Deus lo vol* o 'Dios lo quiera'. La tentativa aragonesa contra Zaragoza fracasó, pero acto seguido el monarca incorporó los territorios oscenses de Bolea (1101) o Almuniate (1102). Poco tiempo después, el día 28 de septiembre de 1104, Pedro I falleció en extrañas circunstancias en el valle de Arán, cuándo se dirigía hacia Bearn, al suroeste del Pirineo francés.

El nuevo rey fue Alfonso I el Batallador (1104-1134), hijo del segundo matrimonio de Sancho Ramírez y hermanastro de Pedro I, al que sucedió. Su prestigio quedó reflejado en crónicas como la de *San Juan de la Peña*, fuente narrativa del siglo XIV considerada una de las más completas e importantes de la historia medieval aragonesa, dónde se menciona al monarca aragonés con estas palabras:

> Clamábanlo don Alfonso batallador porque en España no ovo tan buen cavallero que veynte batallas venció.

La incesante actividad militar del monarca y su voluntad de dar un impulso definitivo a la expansión territorial a costa del islam le llevaron a pactar una boda de conveniencia con la reina Urraca de Castilla en agosto de 1109. El matrimonio fracasó debido al carácter dominante e irascible de ambos cónyuges. Si la misoginia de Alfonso I le hizo afirmar que «un verdadero soldado debe vivir con hombres y no con mujeres», Urraca acusó a su marido de que «no sólo la había injuriado continuamente con groseras palabras, sino que muchas veces ha llenado de confusión sus mejillas con sus inmundas manos». Tras cinco años de guerra civil entre los partidarios de ambos bandos, el papa Pascual II anuló el matrimonio por razones de parentesco, ratificando su decisión en el Concilio de Palencia en 1114. Alfonso I el Batallador no dudó en repudiar a su mujer «porque no quería vivir en pecado con ella» y las crónicas castellanas siempre guardaron un nefasto recuerdo del rey al que calificaron de «impío aragonés», «bárbaro cruel» o «león sanguinario».



Estatua del rey Alfonso I el Batallador en el parque Primo de Rivera de Zaragoza. La escultura de 6,5 metros de altura fue construida para celebrar el octavo centenario de la conquista de la ciudad de Zaragoza (1118) por el monarca aragonés. Obra del escultor José Bueno y labrada en mármol de Carrara, tomó como modelo el retrato del rey pintado por Francisco Pradilla en 1879.

A pesar de sus problemas conyugales, la labor conquistadora y repobladora de Alfonso I el Batallador fue enorme. Durante su reinado incorporó a la corona aragonesa unos veinticinco mil kilómetros cuadrados, aprovechando el fin de la dinastía de los Banu Hud en la taifa de Zaragoza y su propio ímpetu de monarca entregado en cuerpo y alma a la lucha contra el infiel.

El avance militar se inició con la toma de las plazas de Ejea y Tauste en 1105 por el oeste, situadas en la actual comarca zaragozana de las Cinco Villas, y Tamarite en 1107, por el este, en la hoy denominada Franja de Aragón. Pero la gran hazaña bélica de Alfonso I el Batallador todavía estaba por llegar, la conquista de la ciudad de Zaragoza. En efecto, el 18 de diciembre de 1118 sometió una de las principales ciudades de al-Ándalus y abrió la vía de nuevas tentativas expansionistas hacia territorio valenciano.

Así pues, el asedio y ocupación de Zaragoza, en árabe *Saraqusta*, atrajo tanto la presencia de la flor y nata de la nobleza aragonesa como a prestigiosos caballeros extranjeros que fueron recompensados por el rey con la concesión de señoríos: tal fue el caso del vizconde Gastón IV de Bearn, que recibió la mismísima ciudad de Zaragoza en reconocimiento a sus méritos militares. Alfonso I el Batallador se mostró conciliador con los derrotados y reconoció a los musulmanes que se quedaron el derecho a conservar su religión, derecho y patrimonio. Tal magnanimidad pretendía evitar la despoblación de la ciudad y mantener la actividad manufacturera del centro urbano. A

continuación se reproducen las palabras con que el historiador musulmán del siglo XII Ibn al-Kardabús describió el trato recibido por las familias musulmanas que decidieron abandonar Zaragoza. De su discurso puede deducirse el fuerte impacto psicológico que causó la derrota en el bando musulmán.

> Aceptadas estas condiciones por ambas partes, y prestado el juramento de cumplirlas, los musulmanes entregaron las llaves de la ciudad al hijo de Ramiro. [...] No bien hubieron ocupado la ciudad los malditos cristianos, cuando la mayor parte de los habitantes marcharon a otras partes del país ocupadas por los musulmanes. Se dice que el número que dejaron Zaragoza en esta ocasión excedió de los cincuenta mil, entre chicos y grandes, hembras y varones. Cuando estaba dispuesta esta multitud para la marcha, cabalgó el rey cristiano fuera de la ciudad con su escolta y, presentándose ante los emigrantes, les ordenó formar en filas y mostrarle cuantos bienes, grandes o pequeños, llevara cada uno consigo. Hecho esto, fueron exhibidos tesoros sin cuento, y con todo, cosa extraña, aunque el rey sabía muy bien que jamás en su vida volverían a recrearse sus ojos en tal cúmulo de riquezas, se abstuvo de tomar nada. [...] Desde ese día hasta el de su muerte Dios permitió que este insolente cristiano venciera siempre a los musulmanes.

La expansión continuó con éxitos como la conquista de Tudela el 22 de febrero de 1119 o la aplastante derrota un año más tarde del ejército almorávide en la batalla de Cutanda, en la actual provincia de Teruel, que acabó con las esperanzas musulmanas de recuperar Zaragoza y permitió a Alfonso I ocupar las plazas de Calatayud y Daroca, llegando a las inmediaciones de Teruel.

Entre 1124 y 1126, Alfonso I el Batallador emprendió varias expediciones hacia el corazón de al-Ándalus, adentrándose por el bajo Ebro y cruzando Peña Cadiella, actual sierra de Benicadell en las provincias de Alicante y Valencia, para llegar a cercar sin éxito la ciudad de Granada. Tras el saqueo del fértil valle del Guadalquivir retornó cargado de un suculento botín y acompañado por mozárabes que deberían ayudar a repoblar los territorios recién conquistados.

Poco después, en 1129, el rey aragonés sitió la ciudad de Valencia despedazando al ejército del emir Yusuf en la batalla de Cullera. Sin embargo, los musulmanes de Lérida aprovecharon su ausencia para adentrarse en el interior de Aragón y obligar al monarca a acudir en defensa de sus vasallos.

En la etapa final de su reinado, en 1133, ocupó Mequinenza y Horta de San Juan, situadas en las actuales comarcas del Bajo Cinca y la Terra Alta, en el límite entre Aragón y Cataluña, fijando el confín oriental de la frontera aragonesa. Un año más tarde asedió la ciudad de Fraga con apenas unos quinientos caballeros, mas al ser derrotado y herido gravemente acabó por morir a finales de verano de ese año 1134. Ante el disgusto de los nobles aragoneses, el testamento de Alfonso I reconocía como herederas de sus posesiones a las órdenes militares de los Templarios, Hospitalarios y Santo Sepulcro de Jerusalén.

En síntesis, la desaparición de Alfonso I el Batallador abrió una profunda crisis política motivada por la falta de descendencia de su fallido matrimonio con la reina Urraca de Castilla y un testamento inesperado en favor de las órdenes militares. Era el fin de una etapa que estuvo a punto de acabar con los logros de sus antecesores, pero gracias a la unión con la dinastía condal de Barcelona se abrirán las puertas de nuevos horizontes, tal y como veremos en el siguiente capítulo.

EL PROCESO DE FEUDALIZACIÓN

En la sociedad hispanogoda de la Marca Hispánica anterior al año mil apenas existían rasgos de feudalización. El Derecho romano seguía vigente en aspectos tan importantes como la propiedad de la tierra que se transmitía libremente en herencia, sin restricción alguna. La pequeña propiedad era predominante y la tierra estaba en manos de quien la trabajaba. También existían grandes dominios en manos de la nobleza y la Iglesia que se dividían en parcelas o *tenencias* y eran explotadas por campesinos a cambio de una renda fija o una parte proporcional de la cosecha.

Por entonces los condes de la Marca Hispánica encarnaban la función pública y, como representantes del rey franco, eran los encargados de hacer respetar la ley. Bajo su tutela tenían gran cantidad de propiedades públicas, llamadas *fisci*, que de forma piramidal eran cedidas en beneficio a los diferentes colaboradores del gobierno para que las administraran. Finalmente, existían prados, pastos y bosques reservados al uso de la comunidad que eran potestad del monarca.

Pero la expansión de la frontera a pasos agigantados impregnó la sociedad prefeudal de un gran dinamismo. Muchas familias cristianas de las zonas montañosas, amenazadas por las malas cosechas y el hambre, se trasladaron a los valles pirenaicos en busca de mejores oportunidades pese a la proximidad de las huestes musulmanas. Este proceso colonizador, llamado *aprisio*, se basaba en la ley goda que concedía la propiedad de la tierra a quien la hubiera trabajado ininterrumpidamente durante treinta años.

Pero en algunos casos la rápida expansión militar de los estados cristianos conllevó serios problemas de despoblación, pues la mayoría de los musulmanes prefirió huir hacia los territorios del sur que todavía estaban en sus manos. El ejemplo más significativo fue el de la ciudad de Zaragoza donde, según las exageradas fuentes árabes, el éxodo superó las cincuenta mil personas.

A todo esto, la conquista contrapuso dos sistemas sociales y económicos muy distintos. En primer lugar, una sociedad cristiana basada en un modelo rural donde la posesión de la tierra era la principal fuente de riqueza. Y en contraposición, la comunidad musulmana, mucho más urbana, donde la ciudad era un centro económico además de político y religioso.

No obstante, la rápida expansión militar de los estados cristianos acabó formando una sociedad guerrera con acuciadas diferencias sociales. La nobleza, internamente muy jerarquizada y enriquecida por sus acciones militares, se situó en la cúspide de la pirámide. Una tupida red de castillos protegía el territorio de los envites musulmanes pero a la vez servía para sangrar a los campesinos con la institucionalización de nuevos impuestos arbitrarios llamados *usaticos* o malos usos. Era una clara apropiación privada de las funciones públicas, un nuevo sistema social basado en una visión jerárquica del mundo iba a imponerse: el feudalismo.

Aprovechando la inseguridad creada por las sucesivas invasiones y la falta de un Estado central fuerte, muchos campesinos se vieron obligados a buscar la protección de los poderosos señores feudales mediante una vinculación personal: el *pacto de vasallaje*. Este acuerdo se escenificaba en el *acto del homenaje*, donde el señor acogía entre sus manos extendidas las del vasallo simbolizando su obligación de protegerle. Acto seguido se contraía el *juramento de fidelidad* mutua ante un objeto sagrado, normalmente simbolizado por la Biblia o una reliquia. Y al final del ritual, el señor hacía entrega al vasallo de un *beneficium* o lote de tierras sin que ello implicara el traspaso de la propiedad. A cambio el vasallo estaba obligado al pago de un tributo, la prestación de un servicio militar o *auxilium* y asesoramiento o *consilium* cuando para ello fuera requerido.



Escenas de la vida rural en una miniatura de la *Biblia de Ripoll* a principios del siglo XI. El Derecho visigodo, vigente en la alta Edad Media, permitía favorecer a un hijo en el repartimiento de la herencia familiar para evitar la fragmentación del patrimonio. Los alodios o pequeñas propiedades fueron predominantes en la Marca Hispánica y Aragón antes del año 1000.

En estas circunstancias, y ante la violencia de los señores feudales, los campesinos que cultivaban la tierra en propiedad prefirieron entregarla al poder condal a cambio de que se les permitiera seguir trabajándola y se les garantizara su seguridad. A finales del siglo XI, la pequeña propiedad alodial había casi desaparecido en favor de las *tenencias*. Esta supeditación sometió a la comunidad rural al *mandamentum* y *districtum* del señor feudal, de forma que si el primero, el *mandamentum*, autorizaba al señor a cobrar impuestos, alistar tropas y recibir juramento de fidelidad; con el segundo, el *districtum*, podía aquel juzgar y castigar a sus vasallos.

La resistencia a la feudalización y al monopolio del poder por parte de los nobles se manifestó a través de la Iglesia con la creación de las *sagreras* y el establecimiento de la *paz y la tregua de Dios*. El objetivo era frenar la violencia feudal pero no eliminarla, pues la Iglesia no cuestionaba el nuevo orden social del que ella formaba parte.

En seguida, las *sagreras* se convirtieron en un espacio de paz de un radio de treinta pasos alrededor de los templos, en el que estaba prohibido guerrear. Los campesinos aprovecharon esta zona de seguridad para construir casas y almacenes fomentando un hábitat concentrado. De esta forma, en el siglo XI, nació el barrio de la Sagrera en Barcelona como zona protegida alrededor de la iglesia de San Martín de Provençals.

Pero para asegurar el clima de convivencia se tenía que ir más lejos, había que frenar los abusos perpetrados por los nobles feudales y, con tal fin, se crearon las asambleas de paz y tregua. El primer testimonio es la asamblea de Toluges, en la actual región francesa del Languedoc-Rosellón, celebrada en 1027 bajo la presidencia del abad Oliva. En ella se prohibieron los combates entre la novena hora del sábado y la primera del lunes, saquear propiedades de la Iglesia, asaltar a clérigos o a todo aquel que se dirigiera a un lugar de culto. El incumplimiento sería castigado con la pena de excomunión.

En materia religiosa, la conquista carolingia supuso una ruptura con el pasado hispanogodo. La monarquía franca persiguió las creencias adopcionistas del obispo Elipando de Toledo que

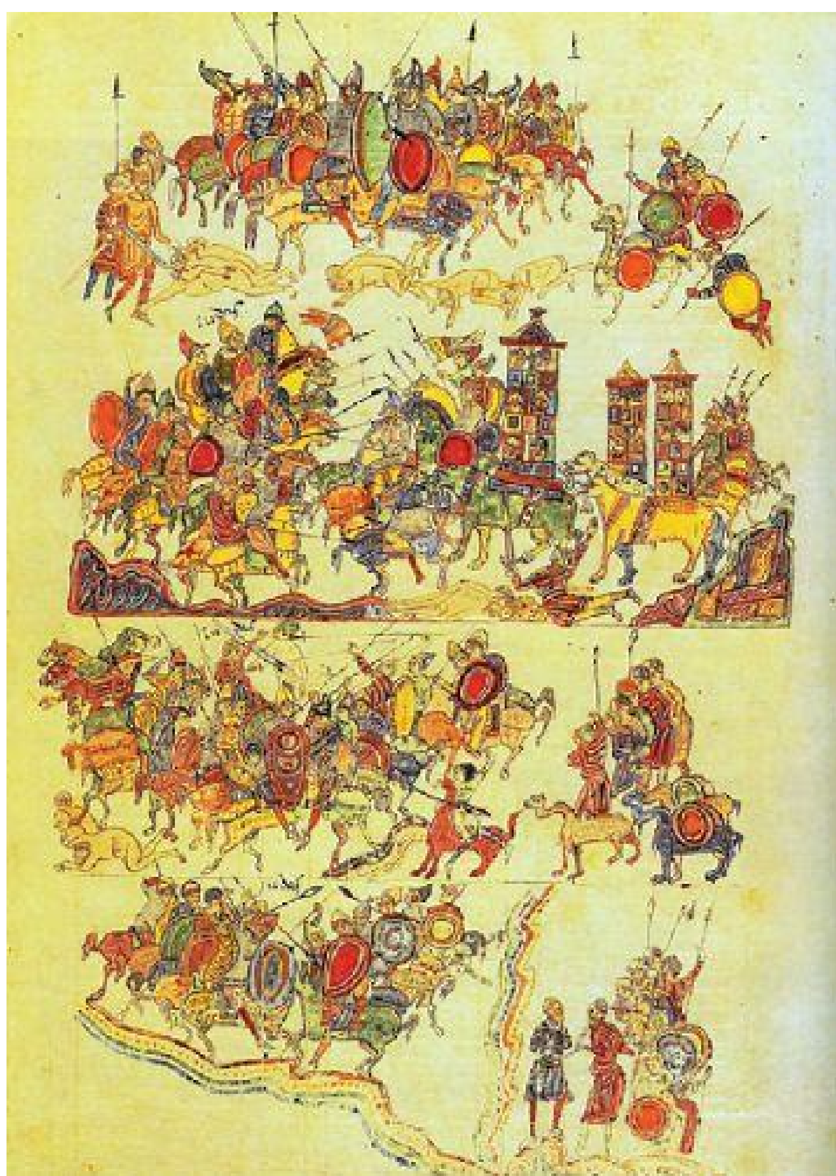
profesaba parte del clero y las condenó repetidamente en varios concilios hasta obtener la abjuración del obispo Félix de Urgel, en Aquisgrán, en el 799. También se reformaron las órdenes monacales con la introducción de la regla benedictina, en torno al año 812, con la fundación del monasterio de San Esteban de Bañolas. El control de la Iglesia, supeditada a las órdenes del arzobispado de Narbona,era una forma de uniformizar la sociedad a través de un canal con una enorme influencia social y económica.

Como en buena parte de la Europa medieval, los monasterios tenían el monopolio de la cultura y el arte. El centro más activo de la época, sin lugar a dudas, lo constituyó el monasterio de Santa María de Ripoll que, desde su fundación en el 888, fue protegido por los condes de Barcelona, gozó de una intensa actividad cultural y llegó a gozar de la presencia de algunos de los mejores intelectuales europeos como Gerberto de Aurillac, futuro papa Silvestre II. La biblioteca de Ripoll abundó en textos científicos aprovechando su situación privilegiada entre la Europa carolingia y al-Ándalus. También se fundaron monasterios con comunidades monásticas femeninas como San Juan de las Abadesas (887) o San Pedro de las Puellas (945).

Otro hito destacado fue el nacimiento y auge inmediato de las rutas de peregrinación del Camino de Santiago. En el 844, el rey Ramiro I de Asturias había derrotado a las tropas musulmanas del emir Abd al Rahman II en la batalla de Clavijo, acontecida pocos kilómetros al sur de la actual ciudad de Logroño, supuestamente gracias a la milagrosa intervención del apóstol Santiago a lomos de un caballo blanco. Tras la victoria, Ramiro I proclamó que había vencido gracias a la divina intervención del santo y estableció la obligación de peregrinar a su tumba. Era el nacimiento de un héroe invencible para la iconografía cristiana, conocido popularmente como Santiago Matamoros y del que hablaremos varias veces a lo largo de este libro.

Entre los siglos XI y XII, el Camino de Santiago vivió sus momentos más esplendorosos. Miles de viajeros dejaron sus casas durante meses o años para visitar la tumba del apóstol. Y, en lo que respecta al objeto de este libro, la presencia de extranjeros que seguían las rutas de peregrinación en territorio aragonés favoreció la creación de infraestructuras para garantizar su seguridad y desplazamiento. Muchos de ellos se establecieron en comunidades alrededor de las poblaciones del camino dedicándose sobre todo al comercio.

Los reyes y la nobleza cristiana peninsular se convirtieron en los primeros patrocinadores de esta ruta. Ejemplo de ello son la construcción de albergues como Roncesvalles y Santa María de Somport, ambos en el Pirineo navarro-aragonés, o como, en pleno siglo XII, los condes de Barcelona instauraron un sistema de guías para que sus invitados llegaran a Santiago de Compostela sanos y salvos. Además, en la misma época, el monje francés Aimeric de Picaud escribió el *Codex Calixtinus*, considerada la primera guía de viaje del Camino de Santiago.



Miniatura con la representación de una batalla en la Biblia de Ripoll, un manuscrito del siglo XI copiado en el *scriptorium* del monasterio catalán de Santa María de Ripoll. La sociedad feudal se polarizó entre gobernantes o *maiores* y gobernados o *minores*. La violencia y codicia de los primeros acabó con la pequeña propiedad y las libertades de los campesinos.

En suma, el Camino de Santiago alentó una vida urbana más rica y variada en las ciudades de sus alrededores. Los frecuentes intercambios comerciales eran el preludio del florecimiento de importantes mercados. Valga como ejemplo el fuero concedido por el rey aragonés Sancho Ramírez, en el siglo XI, a la ciudad de Jaca, que la convertía en un oasis de libertad para comerciar. Igualmente en la Marca Hispánica, alrededor del siglo X, otras ciudades como Barcelona o Gerona experimentaron un notable crecimiento de la densidad de población intramuros. Como consecuencia de ello, desaparecieron los huertos que había dentro de las murallas, se habitaron las antiguas torres de defensa abandonadas y hubo un crecimiento extramuros dando lugar a los actuales barrios del Mercadal en Gerona o Santa María del Mar en Barcelona. Sin lugar a dudas, el Camino de Santiago a día de hoy ha recuperado la atracción que despertaba en los peregrinos medievales. Por ello, en 1987, fue declarado Primer Itinerario Cultural Europeo y en 1993 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Junto a la renovación económica, la vida urbana también fue un ejemplo de convivencia entre las culturas cristiana, islámica y hebrea. La comunidad judía, escasamente documentada antes del año 1000 salvo en las grandes ciudades, destacó por sus actividades económicas y profesionales. A

partir del siglo XII, numerosas referencias atestiguan los barrios o *call* de Barcelona o Gerona y la aljama de Zaragoza. De la simbiosis entre las tres culturas surgieron personajes de la talla de Benjamín de Tudela, un viajero judío del siglo XII que recogió en su obra impresiones de la visita a las comunidades de Asia y África.

Resumiendo, el crecimiento económico y demográfico de los siglos XI y XII fue un cambio lento y progresivo, cimentado sobre una sociedad guerrera jerarquizada y un modelo económico inicial basado en una agricultura de subsistencia y ganadería de trashumancia. Durante este período, el reino de Aragón y el condado de Barcelona salieron de la autarquía económica gracias a los ingresos de las parias procedentes de los debilitados reinos de taifas. Estos impuestos sirvieron para sufragar los gastos militares y la expansión hacia el valle del Ebro. Con la conquista de importantes ciudades musulmanas y la potenciación de nuevas rutas comerciales como el Camino de Santiago cristalizó lo que el prestigioso historiador francés del siglo XX, George Duby, llamó la revolución feudal.

Cronología

711 d. C.	Batalla de Guadalete. Derrota y muerte del rey visigodo Rodrigo frente a las huestes musulmanas dirigidas por Tariq ibn Ziyad.
732 d. C.	Batalla de Poitiers. El avance musulmán más allá de los Pirineos es frenado por el rey franco Carlos Martel.
778 d. C.	Batalla de Roncesvalles. El ejército franco del rey Carlomagno es derrotado en una emboscada por el pueblo de los vascones.
785 d. C.	La nobleza de Gerona entrega la ciudad a los francos.
800 d. C.	Carlomagno recibe el título de emperador en la catedral de Aquisgrán.
801 d. C.	Conquista de la ciudad de Barcelona por el rey franco Luis el Piadoso tras siete meses de asedio.
809 d. C.	Muerte del conde Aureolus o Oriol, primer representante de la autoridad franca en Aragón.
810 d. C.	Aznar Galíndez actúa como conde de Aragón bajo la autoridad del emperador Carlomagno.
826-827 d. C.	Revuelta de la nobleza en la Marca Hispánica liderada por Aizón que devasta la plana de Vic.
870 d. C.	Asamblea de Attigny. Wifredo el Velloso recibe los condados de Urgel y Cerdaña de manos del rey franco.
878 d. C.	Asamblea de Troyes. Wifredo el Velloso es investido por el rey franco conde de Barcelona, Gerona y Besalú.
880 d. C.	Fundación del monasterio de Santa María de Ripoll bajo la protección de Wifredo el Velloso.
897 d. C.	Muerte de Wifredo el Velloso que deja en herencia los condados a sus hijos, iniciando la dinastía de los condes de Barcelona.
919 d. C.	Esponsales entre Andregoto, hija de Galindo Aznárez II, y su primo García Sánchez consumando la unión del reino de Pamplona y el condado de Aragón.
942 d. C.	Batalla de Baltarga. Derrota de las huestes de jinetes húngaros que habían asolado la Marca Hispánica.
985 d. C.	Razia de Almanzor contra los condados de la Marca Hispánica.
987 d. C.	El conde de Barcelona Borrell II ignora a la petición del rey franco Hugo Capeto para renovar los pactos de vasallaje.
1035 d. C.	Testamento del rey Sancho Garcés III el Mayor que concede a su hijo ilegítimo Ramiro el antiguo condado de Aragón.
1068 d. C.	Conversión del reino de Aragón en feudatario de la Santa Sede.

1076 d. C.	Sancho Ramírez incorpora la corona de Pamplona al reino de Aragón tras la muerte de Sancho Garcés IV.
1096 d. C.	Conquista de la ciudad de Huesca por el rey Pedro I de Aragón.
1114-1115 d. C.	Expedición a las islas de Ibiza y Mallorca para castigar la piratería musulmana. Las tropas fueron lideradas por el conde de Barcelona Ramón Berenguer III el Grande.
1118 d. C.	Conquista de la ciudad de Zaragoza por el rey aragonés Alfonso I el Batallador.
1134 d. C.	Muerte del rey Alfonso I el Batallador durante el asedio de Fraga. Testamento de sus posesiones a favor de las órdenes militares.

SUCESIÓN DEL REY DE ARAGÓN ALFONSO I EL BATALLADOR

El rey Alfonso I fue un cristiano fervoroso que dedicó toda su vida a luchar contra los musulmanes en la península ibérica. Amante obsesivo del arte de la guerra y obediente seguidor de los postulados de la Iglesia romana, olvidó sus obligaciones matrimoniales con la reina Urraca de Castilla hasta perecer sin descendencia en 1134, siendo enterrado en el castillo de Montearagón, en los aledaños de Huesca.

El rey aragonés dictó un idealista testamento que dejaba sus territorios a las órdenes militares, unas instituciones religiosas imbuidas del espíritu caballeresco y consagradas a la lucha armada contra el infiel. Con esta sentencia abrió una profunda crisis en el reino de Aragón que, amenazado por la disgregación de sus territorios, vio cómo se precipitaban rápidamente los acontecimientos para intentar evitar que dicha escisión fuera definitiva.

Por un lado, la nobleza navarra aprovechó la situación para proclamar rey a García Ramírez, apodado el Restaurador, y de este modo romper la unión existente con el reino de Aragón desde 1076. Por otro, el papa Inocencio II exhortaba al cumplimiento del testamento. Y además, el rey castellano Alfonso VII había ocupado La Rioja y la ciudad de Zaragoza presentando así su candidatura al trono. Testimonio de este último suceso es el león rampante que preside el escudo de la actual capital aragonesa y que era el emblema de Alfonso VII.

Temerosa de las pretensiones del rey castellano, la nobleza aragonesa tampoco respetó la voluntad del difunto monarca y escogió como soberano a Ramiro II el Monje, hermano de Alfonso el Batallador y obispo de Roda-Barbastro. Los primeros meses de su reinado estuvieron marcados por las dificultades. A las presiones del papado y las aspiraciones castellanas hubo que añadir la oposición de parte de su propia nobleza, ávida por alcanzar más cotas de poder, y una crisis económica que obligó a recurrir a los tesoros de las iglesias y a devaluar la moneda jaquesa, la antigua moneda del reino de Aragón emitida por la ceca de Jaca.

A pesar de su escasa experiencia política, Ramiro II sofocó con éxito las revueltas nobiliarias. En una de esas disputas, estuvo a punto de perder el trono exiliándose temporalmente en Besalú, en la actual provincia catalana de Gerona, entre agosto y septiembre de 1135. A su regreso aconteció el legendario suceso de la campana de Huesca que acabó con la oposición de los insurrectos.

Esta leyenda forma parte del acervo popular aragonés y cuenta cómo el rey Ramiro II decapitó a los nobles que se oponían a su voluntad. En plena anarquía, el monarca mandó un mensajero a su antiguo maestro, el abad del monasterio francés de San Ponce de Tomeras, para pedirle consejo y hallar una solución a tanta incertidumbre. El abad no respondió a las preguntas del emisario pero le condujo hasta un jardín lleno de coles, o rosas según la versión. Acto seguido, desenvainó un cuchillo y cortó la cabeza a aquellas que sobresalían más dejando sólo las más pequeñas. Esta acción fue interpretada por Ramiro II como la necesidad de eliminar a todos los que se oponían a su designación, por ello, convocó Cortes en la ciudad de Huesca con la excusa de mostrar a la nobleza una campana que se oiría en todo el reino. Una vez allí, el rey les hizo entrar uno a uno en la sala

degollando a los sediciosos a medida que iban entrando. Luego dejó pasar al resto de los nobles para que escarmentaran.

Si bien durante mucho tiempo la leyenda de la campana de Huesca ha sido considerada verídica, diferentes estudios históricos delatan que se trata de un plagio de fuentes clásicas como el relato del historiador y filósofo griego Herodoto o el también filósofo griego Aristóteles. Al parecer, la base histórica de los hechos hay que buscarla en el saqueo de una caravana musulmana que en tiempo de tregua pasaba por territorio aragonés. Entonces un grupo de nobles descontrolados asaltó el cargamento rompiendo el armisticio firmado por el rey, hecho que derivó en la ocupación de Mequinenza y otras plazas por los musulmanes. En represalia, Ramiro II ordenó la decapitación de los culpables, un acto despiadado que tiene sus paralelismos con la leyenda de la campana de Huesca.

Siendo todavía un eclesiástico, a finales de 1135, Ramiro II casó con la viuda Inés de Poitou, hija del conde de Aquitania y vizcondesa de Tours, buscando con desesperación dotar de un heredero al trono. Este matrimonio irritó al papado y produjo indignación en Castilla, que aspiraba a incorporar el reino de Aragón a sus dominios. Con todo, en 1136, fruto del enlace nació una niña de nombre Petronila que estaría destinada a ser la solución a la crisis.



El óleo titulado *La leyenda del rey monje* o *La campana de Huesca* es uno de los cuadros más truculentos de la pintura española. En la escena se pueden ver doce cabezas decapitadas formando un círculo y una treceava colgando de una cuerda, que se identifica con el rebelde obispo de Huesca. Este lienzo, obra del pintor español José Casado del Alisal, fue presentado públicamente en 1880 y actualmente está expuesto en el Museo del Prado.

Esponsales entre Petronila y Ramón Berenguer IV

Volvamos por un momento a la Marca Hispánica, donde en 1131 Ramón Berenguer IV, apodado el

Santo, sucedió a su padre Ramón Berenguer III al frente de los condados de Barcelona, Gerona, Osona y Cerdaña; y, sin apenas tiempo de hacer nada, se vio implicado en el conflicto sucesorio del reino de Aragón.

Mientras tanto, en el reino aragonés, el nacimiento de Petronila había cambiado la estrategia expansionista del rey Alfonso VII. Ahora el monarca castellano pretendía pactar con Ramiro II una boda entre la princesa Petronila y su hijo primogénito Sancho. A cambio Ramiro II recibiría el señorío de Zaragoza pero la princesa sería educada en la corte castellana.

La nobleza aragonesa rechazó el matrimonio entre Petronila y el príncipe Sancho por temor a que su reino quedara diluido dentro de la poderosa corona castellana. Así pues, el 11 de agosto de 1137 se acordaron en la ciudad oscense de Barbastro los esponsales entre la princesa aragonesa y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. De este modo, se frustraba nuevamente la tentativa de unir los reinos de Aragón y Castilla; anexión que ya había fracasado con el convulso matrimonio de Alfonso I el Batallador y la reina Urraca, tal y como vimos en el capítulo anterior.



Retrato de la reina Petronila de Aragón y el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona. Óleo sobre tela conservado en el Museo del Prado de Madrid cuyo original, obra de Filippo Ariosto en 1586, fue destruido durante la Guerra de la Independencia española en 1809.

Siendo todavía una niña, pues apenas contaba con un año de edad, Petronila fue entregada como esposa al apuesto conde barcelonés que sumaba veintitrés. Así fue como, finalmente, Ramiro II consiguió retirarse al priorato de San Pedro el Viejo en Huesca, dejando gobernar a su nuevo yerno. El *Liber Feudorum Maior*, un cartulario recopilado por el rey Alfonso II de Aragón hacia 1192, describe cómo el rey aragonés entregó a su hija a la vez que cedió todo el reino a Ramón Berenguer IV:

> En nombre de Dios. Yo, Ramiro, por la gracia de Dios, rey de Aragón, te doy a ti, Ramón, conde y marqués de Barcelona, mi hija por esposa, con todo el reino de Aragón íntegramente, tal como mi padre, el rey Sancho y mis hermanos Pedro y Alfonso no lo tuvieron nunca mejor [...]. Y te encomiendo todos los hombres del dicho reino en homenaje y juramento, que te sean fieles en aquello que toca a tu vida [...]. Todas estas cosas sobreescritas, yo, el dicho rey Ramiro, te las hago talmente a ti, Ramón, conde y marqués de Barcelona, que si mi hija moría, tu conservases la donación del dicho reino libremente y sin variarla y sin ningún impedimento después de su muerte [...]. Redactado el día 3 de los idus de agosto [11 de agosto], en el año de la Encarnación del Señor de 1137.

Los esponsales de Barbastro fueron ratificados con una boda celebrada en Lérida en 1150, cuando Petronila ya tenía catorce años de edad, la mayoría establecida por el Derecho canónico para poder contraer matrimonio. La operación había servido para ofrecer un frente sólido a las ansias expansionistas castellanas e impedir que Alfonso VII se convirtiera en emperador de toda la península ibérica. A la vez que garantizaba la supervivencia del título de rey de Aragón y permitía al conde de Barcelona obtener ayuda para ampliar sus fronteras meridionales.

No obstante, Ramón Berenguer IV nunca fue rey de Aragón porque Ramiro II mantuvo este privilegio hasta la fecha de su muerte. El conde barcelonés se intituló *princeps* o príncipe y *dominador del reino*, ejerciendo tal potestad sobre todo el territorio aragonés. De este modo, la documentación coetánea titula a Ramón Berenguer IV «conde de Barcelona, príncipe de Aragóny marqués o duque de Lérida». Mientras Ramiro II conservaba la dignidad real como *rex, dominus et pater* ('rey, señor y padre') de Aragón.

Sin embargo, Ramón Berenguer IV también heredóel rechazo del papado al matrimonio de su suegro y las reclamaciones de las órdenes militares exigiendo el cumplimiento del testamento de Alfonso I el Batallador. Sólo consiguió que estas le cedieran sus derechos testamentarios, entre 1140 y 1143, a cambio de fuertes contrapartidas económicas y la promesa de que en caso de muerte sin descendencia el reino volvería a sus manos. Dichos acuerdos fueron ratificados por el papa Adriano IV en 1158 zanjando definitivamente el asunto. Con ello, templarios, hospitalarios y miembros de la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén se asentaron sólidamente en Aragón y Cataluña amasando grandes fortunas.

A partir de entonces el nuevo príncipe de Aragón emprendió una política de expansión territorial en detrimento de al-Ándalus, incapaz de mantener su unidad después de que los almorávides dejaran paso a un segundo y breve período de los reinos de taifas. A la conquista de Tortosa, acontecida en 1148 en el bajo Ebro, siguieron el sometimiento de Lérida y Fraga, en 1149, y poco después, la rendición de la ciudad de Mequinenza, situada en la actual comarca aragonesa del Bajo Cinca.

Paralelamente a estos sucesos, el papa Eugenio III predicaba de forma entusiasta la Segunda Cruzada en 1146 con la creación de una gran armada que partió del puerto inglés de Dartmouth hacia

Tierra Santa. Durante el trayecto, los cruzados visitaron la tumba del apóstol Santiago en Compostela y participaron en diversas campañas como el largo y duro asedio ya mencionado de la ciudad musulmana de Tortosa en 1148. En el cerco también participaron caballeros templarios y una flota de marinos genoveses y pisanos. Tras la victoria, algunos de estos caballeros extranjeros se establecieron en la ciudad recibiendo jugosos donativos y formando parte de la oligarquía local. Poco después, en 1152, de nuevo el papa Eugenio III equiparó la lucha contra el infiel en la península ibérica a la desplegada en Palestina.

Ahora bien, en 1149, las huestes musulmanas contraatacaron intentando recuperar el enclave de Tortosa aprovechando que Ramón Berenguer IV asediaba con el grueso de su ejército las plazas de Lérida y Fraga. Como quedaban pocos hombres en la ciudad, las mujeres lideraron la resistencia obligando a los musulmanes a levantar el cerco y huir vergonzosamente. En reconocimiento a tan valerosa gesta, el conde de Barcelona creó la Orden de la Hacha, una distinción a las mujeres defensoras de Tortosa y sus descendientes, que se identificaban con una vestimenta especial y gozaban de privilegios y exenciones económicas. Tal costumbre pervivió hasta el siglo XV y actualmente el Ayuntamiento la ha recuperado para condecorar a las jóvenes que representan las diferentes instituciones de la ciudad.

El último reducto musulmán de la actual Cataluña que resistió los envites de Ramón Berenguer IV fue el castillo de Siurana. Encumbrado en las montañas de Prades, en la hoy comarca tarraconense del Priorato, esta fortaleza de enorme valor estratégico resistió épicamente un asedio de dos años entre 1151 y 1153. La tenacidad de sus defensores dio lugar a leyendas como el salto de la reina mora que con el tiempo ha pasado a formar parte de la cultura popular catalana.

Esta falsa leyenda, recopilada a mediados del siglo XX por el folclorista catalán Joan Amades Gelats, cuenta cómo las inexpugnables murallas de Siurana fueron quebrantadas gracias a la traición de un judío que abrió las puertas a las huestes cristianas. Tras aniquilar a la mayoría de la población, los soldados entraron en el palacio y ante ellos apareció montada sobre un elegante caballo blanco la reina mora Abdelazia, esposa del señor del castillo Almemoniz. Confiados por su superioridad numérica, los caballeros se burlaron de la osada reina, pero esta, llena de orgullo, espoleó su caballo al galope hasta saltar por un precipicio de 80 metros de altura. Todavía hoy pueden verse las huellas de la herradura en la piedra que permitieron al caballo de Abdelazia dar el impulso mortal. Sin duda un relato fantasioso fruto de la imaginación de algún juglar que pretendía glorificar una gesta épica como fue la conquista del hasta entonces invencible castillo de Siurana.

A esta intensa actividad conquistadora siguió una larga tarea de colonización y reorganización del territorio. Para ello, Ramón Berenguer IV contó con el inestimable apoyo del Císter, la orden monástica que promovía la austeridad y el ascetismo como elementos cardinales de su doctrina. Este modelo de vida cristiana se refleja en una nueva estética arquitectónica, encaminada hacia el arte gótico, que se puede apreciar en la construcción de los imponentes monasterios de Poblet y Santas Cruces (en los actuales municipios de Vimbodí y Aiguamurcia, ambos en la provincia de Tarragona), Vallbona de las Monjas (en la comarca del Urgel, provincia de Lérida) o Veruela (situado en Vera de Moncayo, provincia de Zaragoza).

Finalmente, enfermo y fatigado, Ramón Berenguer IV dictó sus últimas voluntades poco antes de morir. En el testamento dejaba como heredero de sus honores sobre Aragón y Barcelona (*omnem*

suum honorem de Aragone et Barchinona) a su primogénito Raimundo, rebautizado más adelante como Alfonso II el Casto por su madre en honor a su abuelo Alfonso I el Batallador. Al infante Pedro, segundo hijo del matrimonio, le dejó el condado de Cerdaña, el señorío de Carcasona y otros dominios, con la condición de rendir pleitesía a su hermano mayor. Por último, su esposa Petronila heredó para su manutención las gerundenses villas de Besalú y Ribas.



Vista de la impresionante Puerta Real del monasterio de Poblet, flanqueada por dos torres poligonales. Este magnífico conjunto arquitectónico fue fundado por doce monjes cistercienses de la abadía francesa de Fontfroide, en agosto de 1150, gracias a la donación de tierras efectuada por Ramón Berenguer IV.

Ramón Berenguer IV murió el 7 de agosto de 1162 en el burgo de San Dalmacio, muy cerca de la ciudad de Turín, en la región italiana del Piamonte, cuando se dirigía a entrevistarse con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Federico I Barbarroja. Su cuerpo fue trasladado al monasterio benedictino de Santa María de Ripoll, donde recibió sepultura en un lujoso sarcófago, y pasó así a ser el último conde de la dinastía iniciada por Wifredo el Belloso que era enterrado en dicho cenobio. Sus despojos fueron varias veces saqueados hasta desaparecer en el deplorable incendio del monasterio en 1835 provocado por los «tiradores de Isabel II», una milicia de voluntarios activa durante la Primera Guerra Carlina. Pocos años después, en 1893, se construyo un cenotafio en el crucero de la basílica pagado por la Orden del Santo Sepulcro para honrar su memoria que, esta vez sí, se ha conservado hasta nuestros días.

Llegados a este punto, podemos afirmar, sin riesgo a error, que la unión dinástica del reino de Aragón con el condado de Barcelona forjó el nacimiento de la Corona de Aragón. Una fusión que cristalizó con el nacimiento del heredero Alfonso en 1157, el primero en tomar los títulos de rey de Aragón y conde de Barcelona. Con todo, las dos partes nunca perdieron su identidad conservando sus leyes, costumbres, instituciones y estructuras de poder.

ALFONSO II EL CASTO, PRIMER REY DE LA CORONA DE ARAGÓN

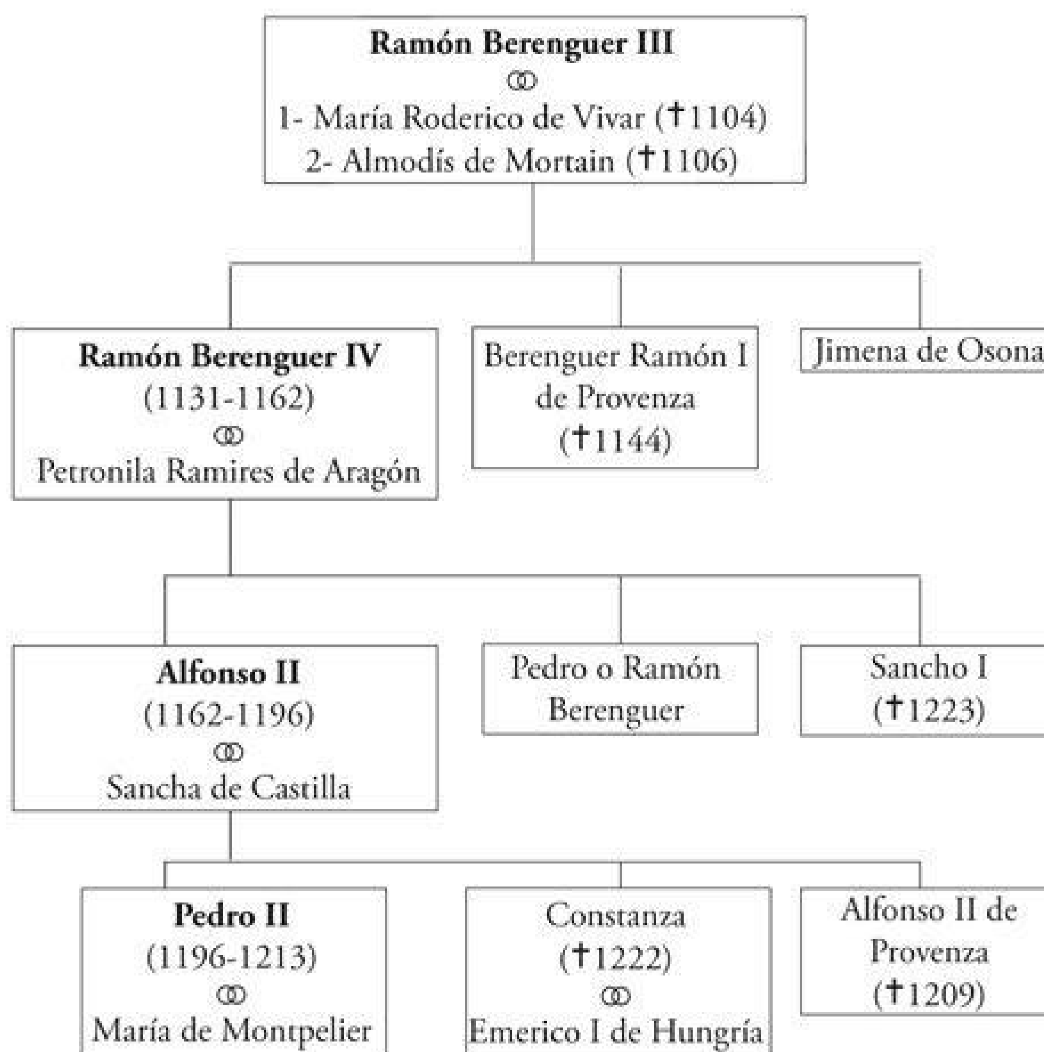
Siempre se ha fijado el nacimiento de la Corona de Aragón en los esponsales entre Petronila y el conde Ramón Berenguer IV. Pero esta afirmación es anacrónica para su época pues no fue hasta la coronación de Alfonso II, con el título de «rey de Aragón y conde de Barcelona», que podemos

hablar del primer rey propiamente dicho de la Corona de Aragón.

Alfonso II, apodado el Casto o el Trovador, nació el año 1157 en Huesca, la ciudad regia por excelencia donde todas las reinas aragonesas iban a dar a luz a sus hijos primogénitos. Tras fallecer su padre, en agosto de 1162, se plantearon problemas sucesorios, pues Alfonso apenas tenía cinco años de edad y todavía no estaba listo para gobernar. Por ello, Ramón Berenguer IV designó tutores honorarios de sus hijos a un buen amigo como era el rey Enrique II de Inglaterra y a su sobrino el conde Ramón Berenguer III de Provenza. Una tutoría más simbólica que real, ya que el gobierno efectivo recayó en un consejo de regencia formado por magnates catalanes y aragoneses hasta 1174, año en que Alfonso II asumió la mayoría de edad.

El 24 de febrero de 1163, el joven Alfonso juraba solemnemente el cargo de conde de Barcelona y un año después, en junio de 1164, la reina Petronila renunciaba a sus derechos sobre el reino de Aragón en favor de su hijo con estas palabras:

> […] Yo, Petronila, por la gracia de Dios reina de los aragoneses y condesa de los barceloneses […] doy y te concedo a ti mi querido hijo Alfonso, rey de Aragón y conde de Barcelona […] y a toda tu posteridad, todo el reino aragonés íntegramente, […] y con todos los términos y posesiones y pertenencias que al citado reino de Aragón pertenecen y de cualquier modo deben pertenecer...



Genealogía de la dinastía de los condes de Barcelona y los primeros reyes de la Corona de Aragón según la *Gesta Comitum Barcinonensium,* la crónica del siglo XII redactada por los monjes del gerundense monasterio de Santa María de Ripoll.

Durante el reinado de Alfonso II se culminó la expansión territorial hacia el Bajo Aragón y la zona del Delta del Ebro en detrimento del dominio musulmán. Tras la firma de sucesivos tratados de paz con el rey Lobo de Valencia, prorrogados cada cuatro años entre 1149 y 1161, la tregua se rompió a partir de 1165 y fue entonces cuando se ocuparon masivamente las tierrasal sur del río Ebro. A la conquista de Teruel y Albarracín siguieron otras plazas, hoy pertenecientes a la provincia de Tarragona, como Gandesa, Orta de San Juan, Amposta o Ulldecona. Pero este ímpetu se vio frenado por las mismas ansias expansionistas del reino de Castilla, tal y como veremos más adelante en este mismo capítulo.

En la consolidación de las nuevas conquistas tuvieron un papel decisivo las órdenes militares del Calatrava y Alfambra, ambas fundadas a lo largo del siglo XII en la península ibérica. En recompensa a los servicios prestados recibieron de Alfonso II de Aragón generosas donaciones como el castillo de Alcañiz la primera, o el castillo de Alfambra la segunda, lugar de donde toma el nombre.

Otro frente que reclamó la atención del monarca fue la política occitana. La muerte, en 1166, de su primo y tutor Ramón Berenguer III de Provenza sin descendencia masculina dejó a Alfonso II el Casto como heredero. No obstante, el rey aragonés prefirió delegar la dirección del condado de Provenza a su hermano Pedro, que gobernó como Ramón Berenguer IV. A pesar de que la historia del condado de Provenza no es el objeto central de este libro, cabe precisar que su destino estuvo unido a la Corona de Aragón durante treinta años, entre 1166 y 1196, fecha de la muerte de Alfonso II de Aragón. Tras esta valiosa incorporación siguieron la anexión del condado del Rosellón en 1172 y el Valle de Arán en 1175, ampliando todavía más los dominios de la Corona .

Sin embargo, no todo fueron alegrías para el rey Alfonso II de Aragón. En 1181, su hermano, Ramón Berenguer IV de Provenza fue asesinado por los seguidores del conde Ramón V de Tolosa, desatándose una guerra que no halló final hasta la muerte de sus dos protagonistas.

En cuanto a la política interior de Alfonso II de Aragón cabe destacar que en 1173 tenemos la primera referencia documental al código de los Usatges, una recopilación de normas jurídicas que se convirtieron en la base del Derecho feudal catalán. El objetivo de los Usatges era resolver los déficits del *Liber Iudiciorum*, la fuente legislativa de origen visigodo vigente hasta entonces. Con su promulgación se pretendía situar la autoridad real por encima del poder de la nobleza feudal y restablecer la paz civil con unas prácticas judiciales basadas en un código jurídico y no en duelos mortales.

Como era de esperar, la nobleza catalana y aragonesa rechazó los recortes de sus privilegios urdiendo todo tipo de artimañas para desprestigiar la figura del rey. Llegaron al extremo de difamar la calumnia de que su tío abuelo, el rey Alfonso I el Batallador, seguía vivo. Pero acto seguido, el rey aragonés capturó al farsante que se hacía pasar por el difunto monarca y ordenó colgarlo en Barcelona. Este suceso fue aprovechado por algunos trovadores contrarios al rey, como el corrosivo Guillermo de Berguedá, para acusarle de haber matado al mítico Alfonso I el Batallador, una auténtica patraña con trasfondo político.

Deseoso de que sus gestas pasaran a la épica y las crónicas, el rey captó el potencial político de la poesía trovadoresca y atrajo a su corte a algunos de los mejores poetas occitanos, destacando el tolosano Piere Vidal, para crear un clima favorable a su figura. El mismo Alfonso cultivó los placeres de la poesía componiendo diversas obras, razón por la cual también fue apodado el

Trovador. De hecho, este período de la poesía provenzal ha sido bautizado más recientemente como «época Alfonsina» en honor al monarca aragonés.

Al final de su vida, preocupado por las disensiones entre los reinos cristianos peninsulares, emprendió un peregrinaje a Santiago de Compostela, en noviembre de 1195. Tras visitar la tumba del Apóstol, aprovechó para entrevistarse con los reyes Sancho el Fuerte de Navarra, Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León. Acto seguido, viajó a Portugal para reunirse con su cuñado Sancho I y proponerle crear un frente común contra los almohades, la dinastía musulmana de origen bereber establecida en al-Ándalus desde mediados del siglo XII que ese mismo año había derrotado de forma estrepitosa al rey castellano Alfonso VIII en la batalla de Alarcos, cerca de Ciudad Real. Pero sus planes de formar una gran alianza cristiana peninsular nunca llegaron a ver la luz.

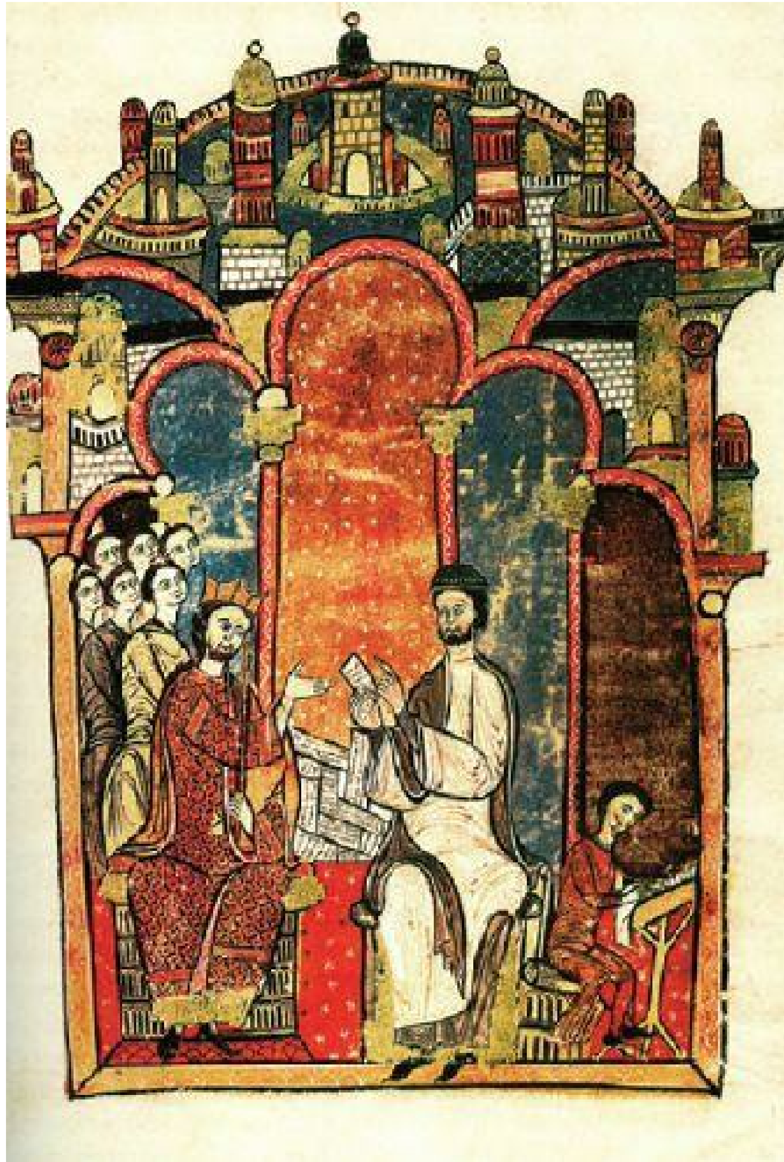


Ilustración del *Liber feudorum maior*, un cartulario recopilado por el rey aragonés alrededor de 1192 y conservado en el Archivo de la Corona de Aragón, que muestra a Alfonso II el Casto disponiendo la ordenación del Archivo Real al jurista Ramón de Caldes.

En marzo de 1196 Alfonso II el Casto regresó a la Corona de Aragón, para morir el 25 de abril de ese mismo año en Perpignan, entonces capital del condado de Rosellón. Con el objeto de no levantar suspicacias y tener que escoger entre el monasterio de Santa María de Ripoll, mausoleo paterno, o el cenobio cisterciense de Santa María de Sigena, ordenado construir por su esposa Sancha de Castilla, fue enterrado en la también abadía cisterciense de Santa María de Poblet.

Cuando se aproximaba la hora de su muerte, Alfonso II dispuso en testamento que los territorios de la Corona de Aragón fueran divididos entre sus dos hijos. Al primogénito Pedro le donó el reino de Aragón y los condados catalanes. Su segundo hijo, Alfonso, heredó los condados de Provenza, Amilláu, Gavaudán y Rouerge, iniciando un camino separado de la Corona de Aragón. Por último, su otro hijo, Fernando, fue destinado como monje al propio monasterio de Poblet.

RELACIONES CON LA CORONA DE CASTILLA

A lo largo de la Edad Media, las coronas de Aragón y Castilla rivalizaron por la hegemonía peninsular. En su lucha por este liderazgo intentaron, a través de diversos tratados, definir los límites fronterizos entre los dos reinos para poder centrar sus esfuerzos militares contra los musulmanes de al-Ándalus.

De este modo, el 22 de febrero de 1140, en el municipio de Carrión de los Condes, hoy provincia de Palencia, se firmó el conocido como Tratado de Carrión. Este acuerdo supuso la devolución por parte de Castilla de las plazas de Zaragoza, Tarazona, Calatayud y Daroca al reino de Aragón, arrebatadas tras la muerte de Alfonso I el Batallador. A cambio, el conde Ramón Berenguer IV se comprometía a prestar vasallaje al rey Alfonso VII de Castilla que se intitulaba a sí mismo «emperador de Hispania». Y al mismo tiempo ambos se conjuraban para conquistar y repartirse el reino de Navarra, recién separado de Aragón. Este último propósito fracasó por los intereses castellanos y las habilidades diplomáticas del rey navarro García Ramírez. Ambas partes acabaron pactando el matrimonio del príncipe Sancho, primogénito de Alfonso VII y anteriormente repudiado por Petronila de Aragón, con Blanca Garcés, hija de García Ramírez de Navarra.

Otro de los acuerdos significativos para fijar los límites de la expansión en el levante peninsular fue el Tratado de Tudillén, rubricado de nuevo por el conde barcelonés Ramón Berenguer IV y el rey castellano Alfonso VII, a principios de 1151. En él se recuperó la pretérita aspiración de conquistar el reino de Navarra y fijar las áreas de influencia ante la futura invasión del decadente al-Ándalus. De este modo, la Corona de Aragón se reservaba el derecho de ocupar Valencia, Denia y Murcia, excepto los castillos de Lorca y Vera, a cambio de continuar rindiendo vasallaje al monarca castellano. No obstante, la prematura muerte de Alfonso VII en 1157 y el ascenso del poder almohade dificultaron el cumplimiento del acuerdo.

El posterior Tratado de Cazorla, suscrito en marzo de 1179 por los reyes Alfonso II de Aragón y Alfonso VIII de Castilla, fijó un nuevo reparto de al-Ándalus. Este nuevo pacto dejaba para los monarcas aragoneses la conquista de las tierras levantinas y reservaba Murcia para los castellanos. Los firmantes, recelosos entre ellos, refrendaron el acuerdo con la cláusula:

> Que ninguno de los dos quite o disminuya al otro algo de la parte a cada uno asignada, ni de otro modo uno de los dos maquine astutamente algún obstáculo contra la ya dicha división.

Sin embargo, las hostilidades entre ambos por la hegemonía peninsular favoreció otra vez su reiterado incumplimiento, hecho que obligó a la firma de otro nuevo compromiso: el Tratado de Alzimira, en 1244, del cual hablaremos con más detenimiento en el próximo capítulo.

Así fue como la Corona de Aragón poco a poco se consolidó como uno de los reinos cristianos más poderosos de la península ibérica; acrecentando su supremacía a partir de la época de Alfonso II el Casto, su sucesor Pedro II el Católico y finalmente con el futuro Jaime I el Conquistador, protagonista del siguiente capítulo de este libro. Afianzados en suelo peninsular, los reyes aragoneses ampliaron sus pretensiones anexionistas hacia territorio occitano. Una política con trágicos resultados finales por la cruzada contra el catarismo, tal y como veremos a continuación.

LOS CÁTAROS Y EL GENOCIDIO OCCITANO

El catarismo era un movimiento religioso de inspiración cristiana que se propagó, entre los siglos X y XV, por Europa y Asia Menor. Su doctrina se basaba en un principio dualista de inspiración maniquea que contraponía dos mundos en conflicto permanente: el del Bien y el del Mal. Según sus creencias, Dios era el creador del bien y de todo aquello que procede del espíritu, por el contrario, Satanás era el responsable del mundo físico y la materia que nos corrompe induciéndonos hacia el pecado.

Siguiendo estos preceptos, los cátaros negaban el bautismo por considerar el agua un elemento material e impuro, y también se oponían al matrimonio con fines de procreación ya que ello suponía aprisionar una alma pura dentro de un cuerpo corrupto. Así pues, valores como el ascetismo, la virginidad y el vegetarianismo eran vistos como una forma de encontrar la paz interior del espíritu alejándolo de los males terrenales.

Otra creencia cátara era la reencarnación continua del alma en cuerpos materiales creados por el diablo como castigo. Sólo aquellos que llevaran una vida pura, conocidos como perfectos, podrían romper el ciclo y reencarnarse en un cuerpo apto para favorecer su desarrollo espiritual. De este modo, los cátaros negaban la existencia de la Virgen y la encarnación de Cristo, pues el hijo de Dios jamás se hubiera simbolizado en una forma material al estar contaminada por el pecado.

En contra de lo que muchos pudieran pensar, el catarismo era una religión cristiana que, como se ha dicho antes, se basaba en un principio dualista. Los cátaros leían el evangelio de San Juan y creían en Cristo, pero a diferencia de la Iglesia católica, estaban desprovistos de rituales de culto y de templos, siendo la naturaleza el marco ideal para elevar sus plegarias a Dios.

El catarismo arraigó a la perfección en todos los estamentos sociales. Las críticas a la opulenta vida de la jerarquía eclesiástica, la protección de la creatividad del ser humano, el amparo del desarrollo comercial, la defensa de la mujer y unos principios religiosos basados en la tolerancia para conseguir el diálogo entre civilizaciones pusieron en jaque la doctrina vaticana.

Por entonces, los ministros de la Iglesia católica estaban más preocupados en guerrear, acumular riquezas e inmiscuirse en asuntos políticos que en encontrar soluciones a los problemas espirituales de sus feligreses. Por esa razón el catarismo atacó frontalmente el poder y la influencia de la Iglesia católica recriminando que sus principios nada tenían que ver con una concepción cristiana del mundo.

Occitania, un territorio cuya extensión coincide con el actual Mediodía francés, el valle de Arán catalán y algunas zonas alpinas del Piamonte italiano, fue donde el catarismo arraigó con más fuerza. Tierra de trovadores y encrucijada de culturas, la filosofía cátara encontró un excelente caldo de cultivo en importantes ciudades de la región como Toulouse (conocida por la historiografía al uso

como Tolosa), Carcasona o Béziers, entre otras.

Sin embargo, los pontífices romanos tenían muy claro que había que erradicar los brotes de herejía a cualquier precio, y la expansión del catarismo era demasiado evidente para no ponerle remedio. El carismático papa Alejandro III, en el Concilio de Tours celebrado en 1163, expresó con franqueza su preocupación: «una condenable herejía se ha levantado en el país de Tolosa, desde donde han llegado hasta la Gascuña, infectando a gran número de personas».

Otro excelente testimonio es la carta que el conde Ramón V de Tolosa dirigió, en 1177, a la orden del Císter mostrando su desesperación por la expansión del catarismo en sus tierras:

> Este contagio pestilente de la herejía se ha extendido por todos los sitios. Ha creado la discordia entre los que estaban unidos, dividiendo el marido y la mujer, el padre y el hijo. Hasta los mismos sacerdotes están corrompidos por la infección. En cuanto a mí, reconozco que las fuerzas me faltan [...] ya que los nobles de mi tierra están tocados por el mal de la infidelidad.

Al principio, el papado envió legados a las zonas *infectadas* que se enfrascaron en interminables discusiones dialécticas al más alto nivel, como la acontecida el año 1165 en la localidad francesa de Lombers, situada dieciséis kilómetros al sur de la ciudad de Albí. Ante la falta de resultados visibles, fue el papa Inocencio III quién, tras su llegada al poder en 1198, envió a la región del Languedoc a varios monjes cistercienses para reprimir y convertir a los herejes sembrando el terror con los tribunales religiosos.

Esta nueva estrategia coincidió con la presencia en territorio occitano del canónigo Domingo de Guzmán, fundador de la orden de los dominicos, en compañía del obispo Diego de Osma. En 1208, desesperado por la escasa incidencia de sus sermones, Domingo de Guzmán sentenció:

> [...] He suplicado, he llorado, pero como se dice vulgarmente en España, donde no vale bendición prevalecerá el palo.



Santo Domingo de Guzmán presenciando una quema de libros tras la disputa teológica con representantes cátaros en la localidad occitana de Fanjeaux, situada en el sureste de Francia. Los libros heréticos ardieron de inmediato, mientras que los católicos milagrosamente rechazaron las llamas por tres veces. Óleo sobre tabla titulado *Santo Domingo y los albigenses*, obra del pintor renacentista español Pedro de Berruguete, en 1495.

A su vez, el Vaticano había engrasado toda su maquinaria propagandística, asegurando que el nombre *cátaro* derivaba del latín *cattus* y que sus seguidores adoraban al demonio en forma de gato negro. Afirmación del todo incorrecta, pues la palabra *cátaro* etimológicamente procede del griego *kazarós*, que significa 'puro'. Las difamaciones siguieron con graves acusaciones como las del teólogo francés y obispo de París. Guillermo de Auvernia. que sentenció:

> Se le consiente a Lucifer su aparición ante los devotos adoradores bajo la forma de gato negro o de un sapo, y les exige ser besado en señal de pleitesía: si gato, abominablemente, debajo del rabo; si sapo, horriblemente, en la boca.

Pero la gota que colmó el vaso fue el asesinato de Pedro de Castelnau, un despiadado legado papal famoso por excomulgar a los nobles occitanos que protegían la doctrina cátara. El controvertido monje cisterciense se había reunido la noche del 14 de enero de 1208 con el conde Raimundo VI de Tolosa reclamando su colaboración para extirpar la herejía a cambio de levantarle la excomunión. El encuentro acabó de malos modos con la amenaza del conde tolosano: «Id con cuidado por donde vayáis, por tierra o por agua, no os perderé de vista». Al día siguiente, Pedro de Castelnau fue asesinado a orillas del río Ródano y la noticia de su muerte fue la mecha que encendió el fuego.

Para vengar la muerte de su legado, ese mismo año, el pontífice Inocencio III convocó una cruzada contra el catarismo dirigida por el rey de Francia Felipe Augusto. No obstante, el monarca francés rehusó arguyendo disputas fronterizas pero permitió a sus nobles acudir a la contienda: «Si mis barones quieren ir que lo hagan, pero yo y los míos tenemos otras obligaciones». A pesar de la negativa, la convocatoria fue un éxito y cerca de cien mil caballeros cruzados se pusieron a la orden del despótico Arnaud Amaury, abad de Cîteaux. Este era el inicio de una disputa que duraría cuarenta y cinco años y causaría cerca de un millón de muertos. Los campos del Mediodía francés estaban a punto de teñirse de sangre.

Entre tanto, un atemorizado conde Raimundo VI de Tolosa suplicó la reconciliación al papa Inocencio III, que dispuso una humillación pública ejemplar frente al templo de Saint Gilles du Gard, situado en el actual departamento francés del Languedoc-Rosellón. El conde, desnudo hasta la cintura, fue flagelado y, arrodillado, tuvo que escuchar su larga lista de faltas jurando cumplir penitencia. Por si fuera poco el bochorno, Raimundo pidió unirse al ejército cruzado que se hallaba en Valence, al sureste de Francia. Episodio que provocó la mofa del coetáneo cronista Pierre Vaux de Cernay: «Ahora el enemigo de Cristo, se asocia con el ejército de Cristo».

Después de la humillación del conde tolosano, el grueso del ejército cruzado se puso en marcha. Los acontecimientos se sucedían con celeridad, pues hacía falta resolver la cruzada antes de cuarenta días, fecha en la que los caballeros participantes quedarían absueltos de las faltas cometidas con anterioridad y volverían a sus hogares libres de cargas morales.

La primera operación militar tuvo lugar en julio de 1209 contra la fortaleza de Béziers, a orillas del río Corb, cerca del Mediterráneo francés. Tras la exigencia de entregar una lista de doscientos veintidós nombres considerados herejes, los habitantes de la ciudad contestaron a los sitiadores con la famosa frase:

> Antes nos dejaremos ahogar en la mar salada que consentir estas proposiciones [...] más vale morir heréticos que vivir cristianos.

Pero paradójicamente, el asedio sólo duró un día, pues al parecer, el desastroso olvido de una patrulla de reconocimiento dejó abierta una de las puertas de la muralla a los asaltantes. La extrema brutalidad del ataque desencadenó una matanza de grandes dimensiones. El cronista Guillermo de Tudela recuerda los hechos del 22 de julio con estas trágicas palabras:

> [...] Nada puede proteger a nadie de la muerte, ni cruces, ni altares [...] han degollado capellanes, mujeres y niños, sin que ninguno pudiera escapar. Temo que nunca, ni en el tiempo de los árabes, se tolerara una mortalidad tan espeluznante.

Sólo en la iglesia de la Madeleine, situada en el punto más alto de Béziers, murieron más de dos mil personas. En pocas horas esta rica ciudad se había convertido en un sangriento cementerio de cadáveres mientras los caballeros cruzados se disputaban el botín de los muertos «patinando sobre la sangre».

Después de la monstruosidad de Béziers, todas las fortalezas, grandes o pequeñas ,capitularon sin

combatir. De este modo, el ejército cruzado llegó en sólo seis días ante la *cité* de Carcasona, la ciudad mejor amurallada de todo el Languedoc. El calor del mes de agosto y la acción de las catapultas, anulando los sistemas de abastecimiento de agua, obligaron a rendir la plaza de Carcasona el 15 de agosto de 1209. Esta vez, la ciudad estaba vacía y sus abundantes riquezas fueron custodiadas por caballeros armados para evitar el pillaje.

La primera parte de la cruzada había finalizado. Por ello, parte de la nobleza francesa deseosa de volver a sus hogares abandonó la contienda cargada de indulgencias y un suculento botín. Atrás quedaba la carnicería de Béziers que para siempre debió pesar en sus conciencias. A partir de entonces, el nuevo líder era Simón de Montfort, un caballero de origen normando sin escrúpulos que mucho daño hizo a la Corona de Aragón, como veremos seguidamente.

La Batalla de Muret y la muerte del rey Pedro II

A finales del siglo XII, la cristiandad se tambaleaba. Como se ha dicho anteriormente, en 1195, los almohades habían derrotado espectacularmente al rey castellano Alfonso VIII en la batalla de Alarcos y en 1203 se apoderaron de las islas Baleares. En lugar de aunar esfuerzos, el papa Inocencio III prefirió castigar la herejía cátara eliminando cualquier atisbo de disidencia interna.

En estas complejas circunstancias, Pedro II de Aragón heredó la corona de su padre a la edad de veintidós años. Durante su mandato, no renunció a la política occitana de sus antepasados y, mediando en los conflictos de sus vasallos con el papado, encontró la muerte en la célebre batalla de Muret, el 12 de septiembre de 1213, a manos de su peor enemigo, el cruzado Simón de Montfort.

En noviembre de 1204 había sido coronado por el papa Inocencio III en la iglesia de San Pancracio de Roma con las insignias reales de la Corona de Aragón. Motivo que le valió el sobrenombre del Católico, un apodo poco merecido ya que sus futuras relaciones con la Santa Sede fueron como mínimo tormentosas. Cuenta una falsa leyenda que Pedro II ordenó construir una corona de pan blando para evitar la humillante tradición pontificia de colocar la corona con los pies como símbolo del predominio espiritual de la Iglesia. De este modo obligó al papa Inocencio III a emplear las manos en la investidura.



Retrato del rey Pedro II de Aragón. Lienzo del pintor italiano Filippo Ariosto, actualmente conservado en el Museo Militar de Montjuic, en Barcelona. Esta obra forma parte de una colección de cuarenta y seis retratos de algunos reyes francos y los condes de Barcelona por encargo de la Generalitat de Cataluña en 1587.

Ese mismo año casó con María de Montpelier con el único objetivo de acceder al territorio que esta ostentaba. Su matrimonio fue un sonado fiasco por las ansias de grandeza de Pedro II, que pidió la anulación en 1206 para poderse casar de nuevo con María de Montferrato, heredera del reino de Jerusalén. La petición fue denegada por el papa Inocencio III y ello alimentó para siempre un odio mordaz en el corazón del monarca hacia su esposa.

Entre tanto, el rey aragonés participó en una de las batallas más grandes jamás libradas hasta entonces en la península ibérica: la batalla de las Navas de Tolosa, acontecida el 16 de julio de 1212 cerca de Santa Elena, en la actual provincia de Jaén. En la contienda, una coalición de reyes cristianos aplastó a las huestes del califa almohade Muhammad Al-Nasir. Fue un punto de inflexión que mostró la decadencia del imperio almohade y abrió las puertas de al-Ándalus a la conquista de los reinos cristianos peninsulares.

La destacada actuación del rey Pedro II de Aragón en la batalla de las Navas de Tolosa fue reconocida por todas las fuentes coetáneas. Según Bernat Desclot, un brillante cronista catalán del siglo XIII, las tropas catalano-aragonesas se infiltraron la noche antes de la batalla en la retaguardia almohade, escondiéndose tras el cerro del Pocico. Al día siguiente, durante el despiadado enfrentamiento, sus maniobras desestabilizaron al ejército almohade, que, humillado, huyó en desbandada. La victoria conseguida reforzó el prestigio de Pedro II el Católico, quien a partir de

entonces podía abordar con más crédito el preocupante conflicto occitano.

Mientras tanto, en Occitania, el cruzado Simón de Montfort iniciaba la conquista de la inexpugnable zona de Corbières, en el Pirineo oriental. Durante la primavera de 1210 ocupó los sólidos bastiones de Bram, Minerve y Termes utilizando las tácticas más crueles que uno pueda imaginar. Para intimidar a los defensores no dudó en mutilar a cientos de prisioneros y lanzar sus cuerpos ensangrentados contra las murallas. En el asedio de la antes citada fortaleza de Minerve empleó una catapulta de grandes dimensiones bautizada como *Malevoisine* o 'la Maldita' con la que destruyó las reservas de agua obligando a los defensores a capitular de sed.

En marzo de 1211, con las manos teñidas de sangre, el ejército cruzado se lanzó sobre el castillo de Lavaur, al nordeste de Toulouse, gobernado por la dama Giralda, que era una herética convencida. Tras escasamente dos meses de asedio, Lavaur capituló y según Guillermo de Tudela «hubo una mortandad tan grande que creo que se hablará de ella hasta la fin del mundo». Giralda fue violada, lapidada y sus restos lanzados dentro de un pozo; sus ochenta caballeros degollados y el resto de la población pereció pasto de las llamas.

Estas atroces acciones avivaron el sentimiento de rechazo entre la nobleza occitana hacia los cruzados. Pero para poder enfrentarse a Simón de Montfort, los nobles occitanos liderados por el conde Raimundo VI de Tolosa necesitaban un aliado poderoso con un prestigio político y religioso incuestionable. Este era el rey Pedro II el Católico, que acababa de regresar victorioso de la batalla de las Navas de Tolosa.

Intentando hallar una solución pacífica al conflicto, se convocó, en enero de 1211, un concilio en la ciudad francesa de Narbona, a orillas del Mediterráneo. Al sínodo asistieron todos los protagonistas: el conde Raimundo VI de Tolosa, el cruzado Simón de Montfort y también el rey Pedro II el Católico. Como muestra de buena voluntad durante la negociación, el rey aragonés prometió en matrimonio a su primogénito Jaime, futuro Jaime I el Conquistador, con la hija de Simón de Montfort. Pero todos los esfuerzos conciliadores no sirvieron de nada, pues el fanático ejército cruzado de Montfort siguió despedazando Occitania con horribles matanzas.

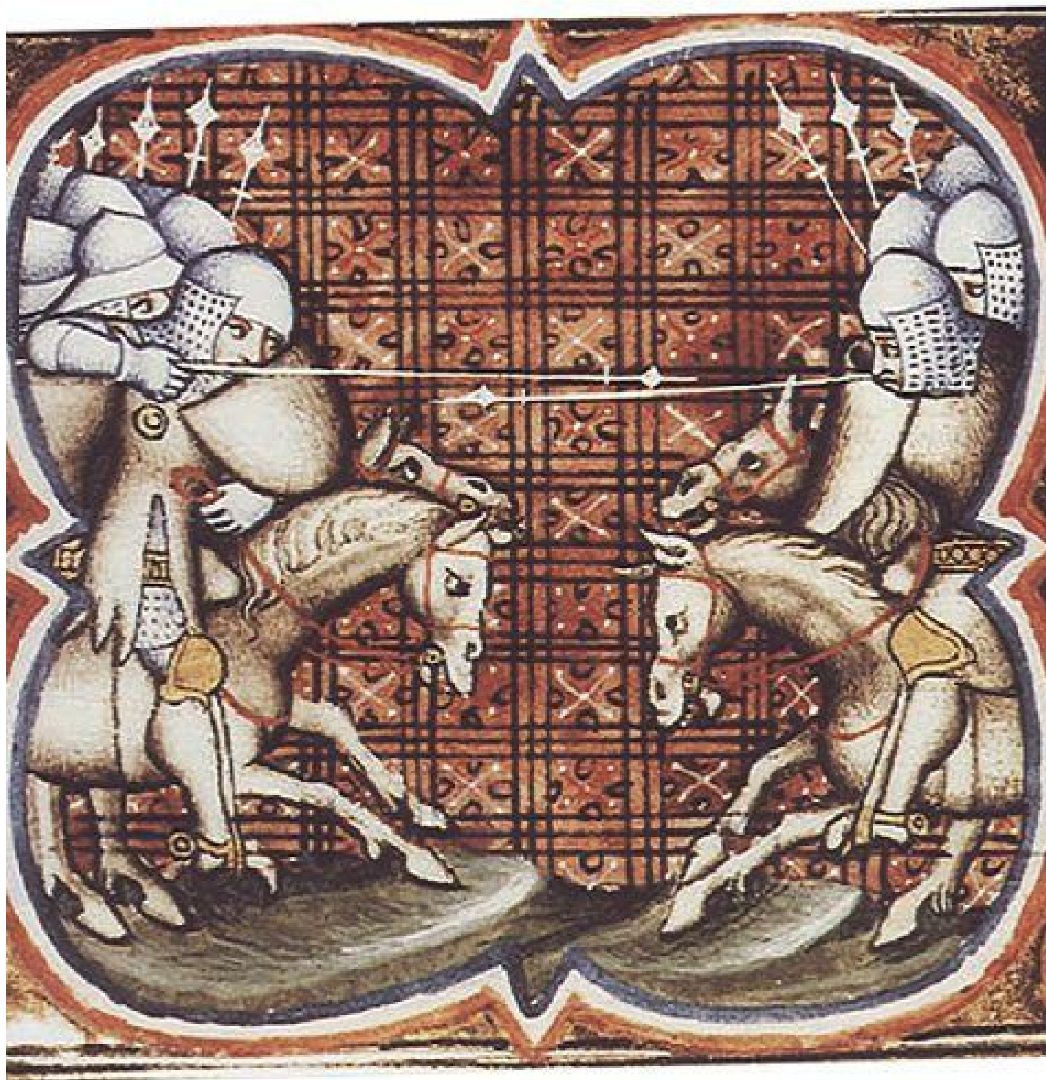
Harto de la barbarie de los cruzados, en agosto de 1213 el rey Pedro II atravesó los Pirineos con un ejército de dos mil caballeros para ayudar a sus vasallos occitanos. En una acción de manual militar, las tropas tolosanas y catalano-aragonesas cercaron la ciudad de Muret, un enclave estratégico a veinte kilómetros de Tolosa, buscando atraer la presencia del temido Simón de Montfort.

A priori, el ejército del rey Pedro gozaba de superioridad numérica y supuestamente por ello rechazó cualquier atisbo de armisticio. Así pues, el 13 de septiembre de 1213 fue el día de la decisiva batalla de Muret. Por la mañana la caballería cruzada emergió de repente con el objetivo de atraer a los aliados a una lucha a campo abierto, confiando en la ferocidad y veteranía de sus tropas.

En el otro bando, la falta de planificación y la imprudencia del rey Pedro, que salió en defensa de su mesnada, acrecentaron la sensación de confusión. El choque de los dos ejércitos y el combate cuerpo a cuerpo fue terrible, en palabras del cronista del siglo XIII Guillermo de Puillorenç: «Se sentía como un bosque de árboles cuando es abatido a golpes de hacha». Entonces Pedro II, que había cambiado su armadura con otro caballero por cautela, tras observar cómo este era abatido, gritó «el rey está aquí», delatando su posición. Desprotegido y rodeado de infinidad de caballeros

cruzados, el monarca aragonés cayó muerto víctima de su insensatez.

La noticia de la muerte de Pedro el Católico corrió como la pólvora entre los aliados, que huyeron en desbandada. Aniquilada la caballería, los caballeros cruzados persiguieron a la infantería tolosana hasta el cercano río Garona, donde muchos de sus miembros perecieron ahogados buscando un lugar entre los botes para huir. Según Guillermo de Tudela: «No hubo batalla, sólo una matanza». Era el fin del sueño occitano.



Miniatura de la batalla de Muret en las *Grandes Chroniques de France*, una compilación histórica escrita entre los siglos XIII y XIV. Esta decisiva batalla influyó en la configuración del mapa europeo. Después del desastre de Muret los reyes de la Corona de Aragón renunciaron a sus aspiraciones territoriales más allá de los Pirineos.

Para concluir, sobre el período comprendido entre 1134 y 1213, podemos afirmar que unió los destinos del reino de Aragón y Cataluña sin que ambos territorios perdieran sus señas de identidad. El impulso económico y la expansión territorial definieron una etapa floreciente que, sin embargo, dio comienzo y finalizó con traumáticas derrotas militares.

CRONOLOGÍA

1134 d. C.	Muerte del rey Alfonso I el Batallador.
1137 d. C.	Esponsales entre la princesa aragonesa Petronila y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV.
1140 d. C.	Tratado de Carrión por el que los reyes de Aragón y Castilla planean repartirse el vecino reino de Navarra.
1148 d. C.	Conquista de Tortosa por Ramón Berenguer IV.
1150 d. C.	Conquista de Lérida y Fraga por Ramón Berenguer IV y tratado de Tudillén entre el conde barcelonés y Alfonso VII de Castilla y León.
1153 d. C.	Conquista de Ciurana, el último reducto musulmán en Cataluña.
1162 d. C.	Muerte de Ramón Berenguer IV en el burgo italiano de San Dalmacio.
1171 d. C.	Conquista de Teruel por el rey aragonés Alfonso II el Casto.
1179 d. C.	Tratado de Cazorla entre los reyes Alfonso II de Aragón y Alfonso VIII de Castilla.
1196 d. C.	Muerte del rey Alfonso II el Casto, que es enterrado en el monasterio de Poblet.
1204 d. C.	Pedro II el Católico investido rey de la Corona de Aragón por el papa Inocencio III en Roma.
1208 d. C.	Asesinato del legado pontificio Pedro de Castelnau, desatando una cruzada contra el catarismo.
1209 d. C.	Matanza de Béziers a manos de los caballeros cruzados y rendición de la *cité* de Carcasona.
1212 d. C.	Derrota de los almohades en la batalla de la Navas de Tolosa.
1213 d. C.	Batalla de Muret y muerte del rey Pedro II el Católico.

EL NACIMIENTO MILAGROSO Y UNA DURA INFANCIA

Jaime I, considerado uno de los monarcas más brillantes de la Corona de Aragón, ha pasado a la historia con el sobrenombre del Conquistador. Pero tan decisiva figura para la historia del reino aragonés fue engendrada en circunstancias inverosímiles y durante sus primeros años padeció una dura infancia, como veremos a continuación.

Nacido el 1 de febrero de 1208, el infante Jaime era hijo de Pedro II el Católico y la doncella María de Montpellier, por las venas de la cual corría sangre imperial bizantina, pues esta descendía de la importante dinastía de los Comnenos al ser hija de la princesa Eudoxia. A pesar de que Pedro había prometido sobre los Evangelios no separarse de su esposa, su carácter libertino le impulsaba a seducir a cualquier hermosa dama de la corte salvo a la desdichada María, a quién repudiaba por no haberle dado hasta entonces un hijo varón.

Por ello el rey Pedro planeaba anular su matrimonio con María de Montpellier para casarse con María de Montferrato, reina de Jerusalén, y de paso incrementar su caché uniéndose a una reina. Ante la negativa del papa Inocencio III de acceder a las peticiones del soberano aragonés, este se libró con desenfreno a una vida liviana.

En una de esas noches lujuriosas, estando el rey en la ilerdense villa de Miravalls, se dirigió hacia sus aposentos, convencido que le esperaba una cortesana en la alcoba. Pero María de Montpellier, aprovechando la oscuridad, había substituido a la amante y ambos disfrutaron de una noche de placer sin que el rey supiera que realmente se estaba acostando con su esposa. Según el cronista Ramón Muntaner, el suceso fue una autentica conspiración, pues en los aposentos también se escondieron hasta el amanecer, con velas y rezando, el séquito de la reina para sobresalto del rey al despertar.

A raíz de aquel engaño, María quedó encinta de un niño varón: el futuro rey Jaime. Más adelante, el propio soberano aragonés calificaría el engendramiento como un hecho «milagroso» fruto de la «voluntad divina», según el relato del *Llibre dels Feyts del rey en Jacme*, la crónica de su vida que él mismo dictó y una fuente imprescindible para conocer de primera mano la vida del monarca. Cabe destacar que esta obra, escrita con un lenguaje espontáneo y sincero, fue la primera de las cuatro grandes crónicas de la Corona de Aragón escritas por los propios reyes o por reputados cronistas a lo largo de la baja Edad Media.

Nada más nacer, en la ciudad materna de Mont- pellier, situada en el actual sureste francés, María envolvió al bebé entre sus brazos y, aquella misma noche, partió hacia la iglesia de Santa María, donde al entrar sonaban cánticos del *Te Deum Laudamus*, un himno cristiano tradicional de acción de gracias. Acto seguido, prosiguió su marcha en dirección a la iglesia de San Fermín, en la que se escuchaba el *Benedictus Dominus Deus Israel*, todo un presagio para los cronistas medievales que insisten en envolver la figura de Jaime de una protección divina, en augurio del gran destino que le esperaba.

Prueba de ello fue el nombre escogido por su madre, nada común en las dinastías europeas de la época. Para elegirlo la reina mandó encender doce velas del mismo peso y tamaño en el altar de la

iglesia mayor de Montpellier. Debajo de cada una escribió el nombre de un apóstol y decidió que el cirio que alumbrara más tiempo sería el nombre del futuro rey de la Corona de Aragón. De este modo el nombre de San Jaime se vinculó al recién nacido.

Pero la infancia de Jaime no estuvo exenta de dificultades. La agitación política en los condados occitanos favoreció que, en busca de una salida diplomática al conflicto, su padre no dudara en pactar un matrimonio entre el pequeño Jaime, con apenas tres años de edad, y la hija de su peor enemigo, el despiadado Simón de Montfort. Así fue como el infante Jaime abandonó Montpellier en dirección a la corte del temido líder cruzado.

En septiembre de 1213, tras la aplastante derrota en la batalla de Muret y la muerte de su padre en la contienda, el panorama no era nada halagüeño para Jaime, que entonces ya contaba con cinco años de edad. Por si fuera poco, su madre había fallecido poco antes testando que en caso de muerte de los progenitores su hijo y heredero a la corona aragonesa fuera educado por la Orden del Temple. Voluntad que debía hacer cumplir el papa Inocencio III, en quien María de Montpellier depositó la responsabilidad de cuanto aconteciera al infante Jaime.



El castillo de Monzón se asienta sobre un cerro de laderas escarpadas en la localidad del mismo nombre, en la actual provincia de Huesca. Fue uno de los principales baluartes de la Orden del Temple en la Corona de Aragón. En él se educó Jaime I durante su infancia y fue testimonio de varias Cortes de los reyes aragoneses.

Las presiones del papa surtieron efecto y el 25 de abril de 1214 Simón de Montfort entregó el infante a una comisión de nobles catalanes y aragoneses. Estos, en agosto del mismo año, le juraron fidelidad a cambio de la concesión de importantes privilegios durante las Cortes celebradas en la ciudad de Lérida.

A continuación, Jaime fue confiado a los incorruptibles templarios para que se encargaran de su educación en el oscense castillo de Monzón, bajo la tutela del caballero Guillermo de Mont-Rodon.

Durante su minoría de edad, la regencia de la Corona de Aragón recayó en su tío abuelo paterno, el conde Sancho Raimúndez. Este compás de espera fue aprovechado por la nobleza feudal para imponer sus condiciones debilitando el poder real.

Mientras, en Occitania, volvían a sonar los tambores de guerra con el beneplácito del nuevo regente que practicaba una política continuista con la del difunto rey Pedro II. El 13 de septiembre de 1217, justo cuatro años después de Muret, el ejército cruzado de Simón de Montfort fue estrepitosamente derrotado por una coalición de nobles occitanos y catalanes en un lugar conocido como La Salvedad, cerca de la ciudad de Tolosa. Meses después el propio Simón de Montfort perecía asediando la capital tolosana tras el impacto de una piedra lanzada por una catapulta provocando que «los ojos, el cerebro, los dientes, la frente y las barras le saltaran a pedazos y el conde cayera al suelo muerto, sangrando y negro» según una crónica occitana.

Pero el nuevo papa, Honorio III, no estaba dispuesto a tolerar la reciente belicosidad occitana. Así que, en una misiva, recordó al joven Jaime I que era rey gracias al apoyo del papado. De olvidar tales advertencias tendría que atenerse a las consecuencias, resucitando los viejos fantasmas de la batalla de Muret. En consecuencia, el rey decidió destituir a Sancho Raimúndez, influido por los ambiciosos consejos de parte de la nobleza catalana y aragonesa, deseosa de hacerse con el poder. Esta decisión le costó al bisoño Jaime las críticas de los trovadores occitanos que no entendían el inesperado giro político. Algunos como Guillermo de Montanhagol tenían claro que era el final de una etapa al trovar poemas como «este país no debe llamarse ya Proensa ('valentía'), debe tomar el nombre de Falhensa ('cobardía'), ya que ha cambiado una señoría leal y suave por una codiciosa tiranía».

Los nuevos consejeros del joven príncipe le recomendaron contraer matrimonio rápidamente para dotar de un heredero a la Corona. Jaime accedió y la doncella elegida fue Eleonor de Castilla, hija del rey castellano Alfonso VIII. La ceremonia nupcial se celebró el 6 de febrero de 1221 en la iglesia de la Virgen de la Peña en Ágreda, situada en la frontera aragonesa con Castilla, a orillas del río Queiles. Entonces Jaime era un adolescente de trece años y, más adelante, recordará en el *Llibre dels Feyts* que, durante el primer año del enlace, «no podíamos hacer aquello que los hombres deben hacer con sus mujeres, pues no teníamos la edad».

Su primer matrimonio fue un fiasco, llegado a la pubertad Jaime rechazó a su esposa alegando consanguinidad de sexto grado y el esponsalicio fue anulado por el papado en 1229. El monarca había dejado de ser un niño y ahora presentaba un aspecto físico que causaba la admiración en cuantos le rodeaban. Cronistas medievales como Bernat Desclot lo describen como:

> El hombre más hermoso del mundo, era un palmo más alto que el resto y muy bien formado, y perfecto en todos sus miembros. Tenía un gran rostro, sonrosado y fresco, la nariz larga y bien recta, la boca grande y bien dibujada, y dientes grandes, bonitos y blancos que parecían perlas, y ojos verdes y bonitos, rubios semejantes al hilo de oro, y anchas espaldas y cuerpo largo y delgado, y los brazos fuertes y bien contorneados, y bellas manos y largos dedos, y los muslos gruesos, y piernas largas, rectas y gruesas de acuerdo con su estatura.

Esta hermosa apariencia no pasó desapercibida al género femenino, llegando a ser calificado por los cronistas medievales como un *hom de femmes*, o lo que es lo mismo, un seductor.

Todo el mundo deseaba aprovechar la minoría de edad de Jaime I para sacar tajada y la realeza fue sometida a las mayores humillaciones. En una ocasión,el joven rey Jaime y su esposa Eleonor fueron secuestrados durante tres semanas en Zaragoza por nobles aragoneses, debiendo ceder a todas sus pretensiones.

Después del ultraje zaragozano, Jaime se dirigió hacia Tortosa y convocó la curia real, formada por sus consejeros más allegados, con el objetivo de animar a sus vasallos a luchar contra el islam. En agosto de 1225, las tropas del rey asediaron la fortaleza musulmana de Peñíscola, situada en el norte de la taifa de Valencia. Pero la campaña acabó en otro sonado fracaso por la posición privilegiada del castillo sobre el mar y las abundantes reservas de sus moradores, que resistieron más de dos meses el cerco.

Sólo un año más tarde del revés de Peñíscola, en junio de 1226, el monarca lo volvió a intentar de nuevo convocando a la nobleza aragonesa en Teruel. A pesar de la escasa respuesta de sus vasallos, el gobernador valenciano accedió a una tregua a cambio de pagar un importante tributo anual. Este éxito parcial tuvo inoportunas consecuencias, pues una hueste de caballeros aragoneses dispuesta a romper la tregua fue interceptada por la mesnada del rey, y en el lance un noble del séquito real mató al notable Pero Ahonés. Este episodio provocó el alzamiento de los magnates aragoneses que el rey Jaime I sofocó tras enormes dificultades y nuevas concesiones.

La accidentada juventud del rey Jaime había curtido su carácter. Definitivamente, tras los últimos sucesos el monarca había madurado, desarrollando un carácter carismático que muchos éxitos iba a dar a la Corona de Aragón, tal y como veremos a lo largo de este capítulo.

LA CONQUISTA DE MALLORCA

La conquista de Mallorca fue la oportunidad de solucionar de una tacada muchos de los males endémicos que acontecían a la corona aragonesa. En primer lugar, permitiría subsanar la precaria Hacienda real y también limpiar la «mala fama» de la aristocracia catalana sumida en constantes luchas internas.

De este modo, destacados barones, eclesiásticos y mercaderes catalanes se reunieron el mes de noviembre de 1228 en un banquete celebrado en la costera ciudad de Tarragona. Allí se propuso al rey Jaime I organizar una expedición para someter a los piratas musulmanes de la isla de Mayûrqa, actual Mallorca, que tanto castigaban el comercio marítimo.

El rey aragonés aceptó deseoso de canalizar la belicosidad de sus nobles hacia los debilitados almohades de al-Ándalus. Así fue como el 5 de septiembre de 1229 de los puertos de Salou, Cambrils y Tarragona partieron ciento cincuenta naves que transportaban ochocientos caballeros y mil peones con el objetivo de conquistar la ansiada isla. Pero no habían surcado veinte millas cuando surgieron las primeras dificultades, un temporal de Levante puso a prueba una tripulación inexperta dirigida por un rey poco acostumbrado a capear las olas. Después de implorar su salvación a la Virgen María la flota llegó sana y salva a la cala de Santa Ponsa, actualmente una conocida localidad turística en la parte occidental de la isla.



Juramento de fidelidad de los vasallos al rey Jaime I el Conquistador. Miniatura del *Libro Verde* de privilegios de la ciudad de Barcelona, un códice recopilado entre los siglos XIV y XVII que recoge el trato de favor recibido por los dirigentes de la ciudad condal.

Al avistar Medina Mayûrqa desde la sierra de Portopí el rey quedó maravillado de la esplendorosa ciudad que estaba a punto de conquistar. Tal y como relata él mismo en el *Llibre dels Feyts*, «era la villa más bella jamás vista». Y no había para menos, pues la capital era una próspera ciudad con más de veinticinco mil habitantes y una superficie de cien hectáreas, tres veces más grande que la Barcelona de aquellos tiempos.

Acto seguido, el día 11 de aquel mes de septiembre, el ejército andalusí salió de la ciudad y se desplegó en una posición ventajosa entre la sierra de Portopí y el mar. La gran batalla tuvo lugar al día siguiente y a juzgar por las crónicas sucedió en un gran desorden. Los caballeros cristianos retrocedieron varias veces ante la acérrima resistencia musulmana y sólo las amenazas del rey al grito de «vergüenza caballeros» lograron cambiar su actitud. Una muestra de esta cobardía fueron las excusas presentadas por el caballero Guillermo de Mediona que pretendió ausentarse de la batalla porque una pedrada le había sangrado el labio. El soberano le reprendió con firmeza que «por tan poca cosa un caballero no abandona».

Tras la derrota de Portopí, las huestes musulmanas se refugiaron en el interior de la ciudad, que pronto fue cercada por Jaime I. Las sólidas murallas de Medina Mayûrqa auguraban un largo asedio y ambos bandos optaron por la guerra psicológica. Por un lado, los invasores lanzaban cabezas de los prisioneros decapitados con el objetivo de atemorizar a la población y los musulmanes colocaron prisioneros frente la muralla para evitar los proyectiles.

El asedio también se convirtió en un duelo de ingeniería, las tropas de Jaime I bombardeaban las murallas con piedras pesadas de enorme poder destructivo. A su vez, cuerpos de zapadores construían minas con el objetivo de llegar a la base de la muralla y hundir sus fundamentos. Todo ello

debía ir acompañado de la construcción de torres de asalto para cuando aconteciera el ataque definitivo.

Después de semanas de espera, a finales de diciembre, se acercaba la hora del asalto final. Antes de la contienda, el rey obligó a sus caballeros a jurar que no retrocederían si no estaban heridos de muerte. Y en la misa anterior a la batalla los soldados cristianos lloraban y se abrazaban seguros de que no volverían a ver amanecer. Finalmente, el 31 de diciembre de 1229, centenares de peones y caballeros ávidos de venganza se lanzaron sobre los defensores de Medina Mayûrqa. El desenlace fue una auténtica masacre, la ciudad fue saqueada por espacio de siete días y en este intervalo de tiempo veinte mil personas fueron pasadas a cuchillo. Todo parecía un mal sueño, la nobleza enloqueció ante el botín de guerra y saqueaba cuanto hallaba en su paso. Los peones y caballeros más modestos se rebelaron al comprobar, con desagrado, que las subastas de los tesoros favorecían los nobles más poderosos. Incluso el propio Jaime I tuvo que comprar al gobernador Abû Yahya regateando el precio a sus caballeros. Por si fuera poco el caos, una epidemia de peste asoló las tropas catalano-aragonesas, que no habían podido enterrar a todos los muertos.

Los escasos supervivientes musulmanes se escondieron en cuevas de las sierras de Artá y Tramontana. Pero, entre junio de 1230 y el verano de 1232, el rey Jaime redujo los rebeldes a cautiverio con la ayuda inestimable de las órdenes militares del Temple y el Hospital. La victoria tuvo un efecto dominó, pues los andalusíes de Menorca se rindieron en junio de 1231, temerosos de seguir la suerte de sus vecinos. Sólo quedaban Ibiza y Formentera, entonces una isla esta última deshabitada, que fueron conquistadas por el arzobispo de Tarragona, Guillermo de Montgrí, en 1235.



Palacio Real de la Almudaina, edificado por los reyes aragoneses encima del antiguo alcázar musulmán. Sus torres son los restos más emblemáticos de lo que fue Medina Mayûrqa, actual Palma de Mallorca. Las inundaciones de 1403, aparte de ocasionar miles de muertos, sirvieron para borrar lo que quedaba del rastro musulmán en la ciudad.

En síntesis, la conquista de Medina Mayûrqa fue un expolio en toda regla de la codiciosa nobleza catalana liderada por el «tirano de Barcelona», según los cronistas musulmanes de la época. Pero Jaime I regresó a Cataluña con la popularidad por las nubes, pues había sido el primer rey cristiano capaz de conquistar la isla. Tras catorce meses de ausencia, su recibimiento en el puerto de Tarragona fue auténticamente conmovedor. Puede que esto fuera lo que entonces realmente importara

al monarca.

La conquista de Valencia

Tras la conquista de Mallorca, Jaime I era un monarca carismático que empezaba a sentar las bases de la grandeza de la Corona de Aragón. Impulsado por su poderosa personalidad y los tratados firmados anteriormente con el reino de Castilla (Tudillén en 1151 y Cazorla en 1179), se lanzó a la conquista del Levante peninsular.

Por entonces, Valencia era en palabras del poeta musulmán Ibn Hariq, «la morada de la belleza» aunque este paraíso siempre había estado «cercado por dos infortunios: el hambre y la guerra». Y como si de una profecía se tratara, la desintegración del califato almohade y la división de al-Ándalus en un nuevo conglomerado informe de reinos de taifas allanaron el camino a las belicosas intenciones del soberano aragonés.

A diferencia de las islas Baleares, en la conquista de Valencia el rey Jaime I tuvo que apoyarse inicialmente sobre todo en la nobleza aragonesa, debido a que los caballeros catalanes todavía estaban invirtiendo todas sus energías en la pacificación de Mallorca y la conquista de Ibiza, dirigida por el arzobispo de Tarragona. Ello no significa que la alta alcurnia catalana no ayudara al rey a extender sus dominios hacia el sur peninsular. Su participación se antojaba crucial, por el mayor peso demográfico de Cataluña en aquellos momentos y por la necesidad de disponer de fuerzas navales a tenor del perfil marítimo del territorio que se disponían a conquistar.

Se puede afirmar, sin riesgo a error, que la conquista de Valencia fue una operación detalladamente planificada por el rey. En un primer momento, la nobleza aragonesa había tomado la iniciativa conquistando, a finales de 1232, el bastión de Morella, un enclave estratégico limítrofe con la frontera musulmana. Esta acción obligó a Jaime I a tomar las riendas del asunto para no fortalecer el poder de una nobleza que tantos quebraderos de cabeza le había dado durante los primeros años de su reinado.

Así fue como a principios de 1233 se convocó una reunión al más alto nivel en el castillo de Alcañiz, situado en la actual comarca del Bajo Aragón. A ella asistieron el rey, el maestro de la Orden del Hospital Hugo de Fullalquer y el noble aragonés Blasco de Alagón. Allí pactaron expandir territorialmente la Corona de Aragón hacia el sur y su primer objetivo fue cercar la ciudad de Burriana, en el sureste de la actual provincia de Castellón.

Inesperadamente para los intereses catalano-aragoneses, Burriana no fue una plaza fácil de conquistar. De nada sirvió el uso de modernos artefactos de guerra diseñados por ingenieros italianos: los defensores de esta pequeña medina estaban decididos a resistir hasta el final. Ante tanta hostilidad Jaime I se mostró sorprendido porque «un lugar tan vil como aquel, que no es mayor que un corral» se resistía a su voluntad. Por ello, y en un alarde de heroicidad que buscaba levantar la moral de las tropas «por dos veces nos descubrimos todo el cuerpo para que nos hiriesen, pero nuestro Señor Jesucristo sabe cómo deben hacerse las cosas, de modo que no quiso que nos hicieran daño ni nos golpeasen, y tomamos la villa», tal y como relata el mismo rey en el *Llibre dels Feyts*.

Con Burriana bajo control, diversas fortalezas andalusíes fueron fácilmente conquistadas destacando baluartes como Peñíscola, Castellón o Alcalatén, todos ellos situados en lo que es hoy la

provincia de Castellón. A partir de entonces, las tropas del rey Jaime I ya estaban preparadas para castigar con incursiones militares la huerta valenciana. Pero el monarca se sentía sólo tras la nulidad del matrimonio con Eleonor de Castilla y pospuso la campaña valenciana hasta contraer un nuevo enlace, en diciembre de 1235, con Violante de Hungría, hija del rey húngaro Andrés II.

Este matrimonio era una maniobra política meticulosamente meditada. Por un lado limaba asperezas entre las dinastías aragonesa y húngara tras la expulsión del trono de Constanza de Aragón, tía de Jaime I y casada con el rey húngaro Eimerico II. Por otro lado, consolidaba el linaje aragonés al enlazar con una reputada familia real europea. Sea como fuere, el amor surgió entre los cónyuges y Jaime I le dedicó emotivas palabras a la que fue su segunda esposa y «queridísima mujer mía».

A mediados de 1236 el monarca aragonés reactivó la campaña valenciana. Tras convocar Cortes Generales en la aragonesa villa de Monzón y conseguir una bula del papa Gregorio IX que distinguía la expedición como una cruzada, avanzó con paso firme hacia Balansiya, nombre con el que era conocido la actual ciudad de Valencia. Primero conquistó, en 1237, el Puig de Santa María, una plaza geoestratégica entre Sagunto y Valencia que permitía progresar hacia la ciudad valenciana. Acto seguido, según la crónica real, concentró un ejército de mil caballeros y sesenta mil peones ante Balansiya.

En el curso del asedio valenciano, en 1238, el rey Jaime I recibió un ballestazo en la cabeza. Pero en otra muestra de coraje, se arrancó la flecha de un cuajo para seguir dirigiendo las operaciones. Curiosamente este suceso ha servido para identificar posteriormente los restos del rey en el panteón real del monasterio de Santa María de Poblet, en la provincia de Tarragona. Con su sacrificio Jaime I era consciente de que «una vez tengamos la gallina después vendrán los polluelos», refiriéndose que tras la conquista de la capital caerían los alrededores.

La suerte estaba echada, la llegada de nuevos contingentes cristianos y la caída de las fortificaciones extramuros de Xerea y Boatella habían sentenciado a la ciudad de Valencia. Conscientes de ello, los musulmanes empezaron a negociar la capitulación con el rey Jaime I. Pero la rendición tampoco quedó exenta de polémica, pues parte de la nobleza aragonesa se molestó por la firma de un tratado que salvaba a la ciudad y sus habitantes del saqueo. El monarca recuerda en el *Llibre del Feyts* cómo al comunicar la noticia a sus nobles algunos «perdieron los colores como si les hubiera herido derecho en el corazón». Finalmente, el 28 de septiembre de 1238, una bandera en forma de bocel con cuatro barras rojas sobre un fondo amarillo, conocida como el Pendón de la Conquista, ondeó en la torre de Alí Bufat en señal de rendición y días después, el 9 de octubre, el soberano cristiano hacía la entrada triunfal en la ciudad acompañado por todo su séquito.



La cabeza del rey Jaime I el Conquistador, fotografiada en 1856 aprovechando un cambio de emplazamiento de sus restos en la catedral de Tarragona. La aparente herida sobre la ceja izquierda delataría que se trata del monarca. Pero estudios recientes ponen en duda esta tesis ante la posibilidad de que en la tumba se hallen mezclados huesos de diversas procedencias.

En aquel instante, Jaime no pudo contener la emoción y recordará que «cuando vimos nuestra señera sobre la torre descabalgamos del caballo, mirando hacia oriente, nuestros ojos lloraron y besamos la tierra por la gran merced que Dios nos había hecho». Esta muestra de júbilo contrastaba con la honda tristeza de los más de cincuenta mil musulmanes que abandonaron la ciudad. El poeta y dignatario político musulmán Ibn al-Abbâr lo reflejó amargamente en sus versos:

> ¡Venid hacia Valencia con vuestros jinetes! Allá, nuestras gentes han caído en desgracia. En las mezquitas, ahora iglesias, la llamada a la oración se ha hecho volteo de campanas. ¡Cuánta pérdida! ¿Cómo revivir el pasado? ¡Sólo son ruinas los colegios aquellos donde todos recitaban el Corán! El jardín que con deleite encantaba nuestros ojos, las arboledas verdeantes, ya se han secado y endurecido. Los parajes de los alrededores ya no existen, aquellos que al viandante invitaban a permanecer o pasear. Un infiel ha venido a borrar tanta belleza; designado por el destino para traerle perdición, deshacerla quiere a pedazos, y ni duerme ni reposa. ¡Venid hacia Valencia con vuestros jinetes!.

La conquista de Balansiya no significó el fin de la campaña militar, las hostilidades siguieron durante los años siguientes entre el sur del río Júcar y la fronteriza población de Biar, en las estribaciones de la sierra de Mariola, en la actual provincia de Alicante. En 1239, las huestes catalano-aragonesas ocuparon Cullera y el poderoso castillo de Bayrén, en Gandía. Cuatro años más tarde, le tocó el turno a Alcira y el año siguiente al de Játiva, considerado por la reina Violante «el

castillo más bello del mundo». El fin de las hostilidades llegó con la toma del castillo de Biar, en febrero de 1245, cuya situación fronteriza le valió la leyenda de *Claudo et aperio regnum* ('cierro y abro el reino') que figura en su escudo heráldico.

Pero, tras la dilatada campaña, surgieron nuevos quebraderos de cabeza debido a que los *mudéjares* valencianos término que deriva del árabe *mudaÿÿan*, en castellano, 'doméstico'; y que se utiliza para denominar a los musulmanes que vivían en territorio cristiano se revelaron en diversas ocasiones dirigidos por el caudillo militar Al-Azraq, '*el de los ojos azules'*. Entre 1244 y 1258, los insurrectos se atrincheraron en las zonas montañosas, hartos de las reiteradas promesas incumplidas por el monarca. En una ocasión, el mismo Jaime I estuvo a punto de sucumbir víctima de una emboscada por la traición de uno de sus consejeros. Aún así, la revuelta fue la excusa perfecta para orquestar una persecución indiscriminada de la población musulmana, obligando a los mudéjares a una conversión forzosa o a abandonar el reino.

A pesar todo, el rey aragonés antepuso los pactos de rendición con los andalusíes a la violencia de los asaltos, pero en muchos casos la población musulmana prefirió huir al sur, hacia Granada. Por consiguiente, Jaime I sabía que se enfrentaba a un problema delicado, en primer lugar debía repoblar los territorios abandonados, pero, a su vez, repartir territorios entre la nobleza sin herir susceptibilidades entre catalanes y aragoneses.

El aluvión de población cristiana procedente de la Corona de Aragón fue desigual en el territorio recién conquistado. La zona septentrional en manos de magnates aragoneses y las órdenes militares fue masivamente abandonada por la población autóctona. No sucedió lo mismo en la parte central, colonizada por catalanes y aragoneses, donde la población musulmana continuó siendo numerosa. Finalmente, la zona meridional, entre el río Júcar y Biar, mantuvo mayoritariamente la antigua población musulmana con poca presencia de moradores cristianos. En definitiva, alrededor de 1272, en los dominios valencianos de Jaime I vivían treinta mil cristianos frente a doscientos mil musulmanes.

Urgido por la necesidad de reorganizar sus vastos dominios, Jaime I también se sumergió en una intensa labor legislativa. La primera tarea consistió en redactar unos fueros que tuvieran un carácter nacional, ya que la mayoría de los privilegios concedidos a las ciudades eran distintos entre ellos y tenían un alcance local. Así, en 1247, el rey convocó Cortes Generales en Huesca con la intención de compilar en un sólo documento las normas que debían regir las relaciones privadas y la administración de justicia: los Fueros de Aragón. Para su redacción contó con la inestimable colaboración de reputados juristas como el obispo de Huesca, Vidal de Cañellas. Dichos Fueros se promulgaron el 6 de enero de 1247 y su vigencia se extendió a casi todo el territorio de Aragón, excepto las comunidades de Teruel y Albarracín que no lo adoptaron hasta finales del siglo XVI.

Pocos años después, el 7 de abril de 1261, el rey Jaime I juró ante las Cortes convocadas en la ciudad del Turia los Fueros de Valencia. Esta supeditación del monarca a los fueros creaba una moderna estructura sociopolítica con una mayor fuerza de los núcleos urbanos, a cambio, la realeza recibiría importantes contraprestaciones económicas. Era el nacimiento del reino de Valencia, una hábil maniobra política que consolidaba el poder real sobre las apetencias nobiliarias en el proceso de expansión hacia el sur.

En definitiva, tras las conquistas de Mallorca y Valencia, Jaime I era un hombre maduro que

rondaba los treinta años. A pesar de su juventud, era un soberano experto cuyo objetivo primordial había sido la expansión territorial a costa de los musulmanes, convirtiéndose en un modelo de rey medieval por su profunda religiosidad. También supo gestionar hábilmente la aplicación de la justicia real y las ambiciones de la nobleza, restándoles fuerza e influencia, al dotar de una entidad jurídica propia al nuevo reino de Valencia.

LOS SUCESOS DE MURCIA

El avance de la conquista hacia Alicante y Murcia puso en alerta al vecino reino de Castilla debido a la inexactitud con que se habían fijado los límites territoriales en el anterior Tratado de Cazorla (1179). Por ello, el infante castellano don Alfonso, futuro Alfonso X el Sabio y futuro yerno del monarca aragonés, inició una campaña para anexionarse el reino musulmán de Murcia y, durante la contienda, negoció con el alcaide de Játiva el sometimiento de una ciudad que también apetecía a Jaime I.

La tensión estaba a flor de piel, pues Jaime I no estaba dispuesto a renunciar a tan bella ciudad y advertía que «quien en Játiva querrá entrar sobre nosotros tendrá que pasar». La diplomacia parecía ser la única fórmula para evitar que estallara un conflicto entre los dos reinos cristianos peninsulares más poderosos. Fue entonces cuando, a petición del infante Alfonso, ambos dirigentes se reunieron en 1244 en el campo de Mirra, en lo alto del cerro de San Bartolomé, hoy provincia de Alicante.

El litigio sobre Játiva centró las discusiones entre los emisarios castellanos y el rey aragonés. En varios momentos pareció que las negociaciones se iban a romper ya que las posturas de ambos bandos parecían irreconciliables. Sólo las súplicas de la reina Violante de Hungría, preocupada porque ya se había pactado el matrimonio entre el infante don Alfonso y su hija mayor, aportaron la calma necesaria para llegar a un desenlace pacífico.

Efectivamente, el llamado Tratado de Almizra suscrito el 26 de marzo de 1244 aclaró las controversias territoriales entre la Corona de Aragón y el reino de Castilla. Se había impuesto el sentido común delimitando con exactitud las zonas de frontera. Ambas partes cedieron en sus planteamientos: Alfonso renunciaba a Játiva, pero a cambio la Corona de Castilla se aseguraba una salida al mar a través de la frontera murciana y cerraba la expansión hacia el sur peninsular a la Corona de Aragón. A Jaime I les correspondían los castillos de Biar, Almizra y todas las tierras entre Játiva y Denia.

Actualmente, cada 25 de agosto, en la localidad alicantina de Campo de Mirra, se recrea, mediante una representación teatral, el mencionado tratado ante la fachada de la iglesia. El acto forma parte de la programación de las fiestas de moros y cristianos muy arraigadas en este municipio situado en la comarca del Alto Vinalopó.

Lejos de ser un acuerdo definitivo, el Tratado de Almizra evitó, durante un período de sesenta años, el enfrentamiento armado entre las dos grandes potencias cristianas peninsulares. La configuración definitiva de la frontera quedaba a merced de futuros tratados como la Sentencia Arbitral de Torrellas (1304) o el Tratado de Elche, en tiempos del rey Jaime II el Justo, tal y como veremos más adelante.

Ahora bien, en 1264, aconteció un nuevo episodio fronterizo que puso al ya rey Alfonso X el

Sabio contra las cuerdas. Una revuelta generalizada de la población andalusí en territorio murciano, apoyada por huestes granadinas y magrebíes, obligó a la corona castellana a pedir ayuda a la vecina Corona de Aragón.

Consciente de que si su yerno era derrotado en Murcia la rebelión podía llegar a tierras valencianas, Jaime I reunió un ejército para erradicar a los insurrectos. Espoleado por su fama, el monarca aragonés vivió una segunda juventud a las órdenes de su mesnada. La sola presencia de sus tropas infundía pavor entre los musulmanes murcianos que, en la mayoría de los casos, prefirieron capitular en condiciones favorables a combatir sin esperanza. De este modo, Murcia cayó sin luchar en febrero de 1266 y fue retornada generosamente al reino de Castilla.

Pero como su sobrenombre indica, Jaime I era antes un conquistador que un hombre de palabra y cuando fue necesario quebrantó sus promesas con los musulmanes. La conquista de Murcia ofrece múltiples ejemplos de ello como: la construcción de una catedral incumpliendo el compromiso de respetar todas las mezquitas; o el salvaje ataque a los refugiados andalusíes que fueron saqueados, presos y posteriormente vendidos como esclavos cuando abandonaban la ciudad. Excitado por los buenos resultados, Jaime I quiso adentrarse hasta Almería, pero sus seguidores le frenaron arguyendo que ya se habían cumplido los objetivos.

El Tratado de Corbeil. La independencia definitiva del Rey Franco

El Tratado de Corbeil puso cara a cara a dos de los paladines de la cristiandad, los reyes Jaime I de la Corona de Aragón y Luis IX de Francia. Ambos rondaban los cincuenta años pero tenían personalidades muy diferentes. Luís, apodado el Santo, era frío y racional, por contra, Jaime I era un galán seductor imbuido de heroísmo religioso. Los dos deseaban fijar los límites de sus fronteras territoriales en la zona de los Pirineos.



Miniatura de las *Cantigas de Santa María*, obra del rey castellano Alfonso X el Sabio y conservadas en la Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial. En la escena, el rey aragonés Jaime I el Conquistador recibe una embajada musulmana. Las enseñas de ambas coronas muestran las estrechas relaciones, políticas y familiares, que mantuvieron los dos soberanos.

No obstante, no podemos olvidar que durante los últimos años la casa real francesa había tomado ventaja en Occitania gracias a una política matrimonial muy activa y a las presiones religiosas, amparadas por un papado siempre favorable al rey francés. Ejemplo de ello fueron los matrimonios de los hermanos del rey Luis IX con las hijas de los principales condes de la zona. Incluso el propio rey francés enlazó con Margarita, hija mayor del conde de Provenza. Ante este elenco de desposorios, Jaime I podía hacer poca cosa y prefirió el pacto a un trágico destino parecido al de su padre en Muret.

El Tratado de Corbeil fue firmado por los reyes Luis IX de Francia y Jaime I el Conquistador el 11 de mayo de 1258 en la actual localidad francesa de Corbeil-Essonnes, en la región de la Isla de Francia, muy cerca de la capital parisina. Según el acuerdo, Jaime I renunciaba a cualquier pretérito derecho sobre los territorios occitanos con la única excepción de la villa de Montpellier y sus alrededores. A cambio, el monarca francés rehusaba a las aspiraciones que pudiera tener sobre los condados de la antigua Marca Hispánica como heredero del emperador Carlomagno.

Acto seguido, el acuerdo fue sellado con un matrimonio entre la infanta Elisabet, hija pequeña del rey aragonés, y Felipe el Atrevido, heredero del rey francés. Tras la firma, Jaime I debía reflexionar cuáles serían los nuevos horizontes territoriales de la Corona de Aragón pues era consciente de que los tratados de Almizra y Corbeil, firmados con las coronas castellana y francesa respectivamente, limitaban su expansión peninsular, y sólo le quedaba un camino posible para seguir creciendo: el

Mediterráneo.

La cruzada a Tierra Santa

Llegados a este punto, Jaime I el Conquistador se había convertido en un prestigioso abanderado de la fe cristiana que ampliaba sus dominios a costa de campañas contra los musulmanes. Pero a sus sesenta y seis años todavía le quedaba un cometido por cumplir para culminar su carrera triunfal: organizar una cruzada a Tierra Santa.

Por extravagante que pudiera parecer a ojos de sus allegados, las súplicas de los embajadores del kan mongol Abaqa y del emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo surtieron efecto en el fervoroso rey, que decidió lanzarse a la mar. Desde su punto de vista, era la oportunidad perfecta para liderar una alianza de los estados feudales europeos con los mongoles ante la amenaza de los musulmanes en Oriente, convirtiéndose de este modo en un paladín de la cristiandad. Esta buena voluntad contrastó con las duras réplicas que el papa Clemente IV aprovechó para lanzar sobre su promiscuidad a raíz de la relación que mantenía con la concubina real Berenguera Alfonso:

> Si bien hemos sabido que os proponéis acudir en auxilio de Tierra Santa, queremos que sepáis que el Crucificado no acepta el servicio de aquel que, manchándose con un contubernio incestuoso, lo crucifica de nuevo.

Cualquier argumento esgrimido por Jaime parecía absurdo, y voces como la de Alfonso X el Sabio o su hijo primogénito Pedro suplicaron al rey que abandonara un proyecto tan disparatado. Sin embargo, el 4 de septiembre de 1269 zarparon del puerto de Barcelona treinta naves con alrededor de dos mil quinientos peones y caballeros rumbo a Tierra Santa. Era la culminación de un sueño. Finalmente, el soberano aragonés cumplía su deseo de tomar la Cruz y aumentar, aún más si cabe, la épica de sus gestas.

Pero el destino tenía reservado un final funesto a la expedición catalano-aragonesa. Una tormenta inesperada dispersó las naves y obligó al buque real a retroceder y recalar en la costera localidad de Aigües-Mortes, cerca de Montpellier. Sólo diecisiete navíos siguieron navegando hasta llegar a San Juan de Acre, la capital del reino cruzado de Jerusalén, dirigidos por los hijos ilegítimos del rey: Fernán Sánchez de Castro y Pedro Fernández de Híjar. Pronto el kan mogol Abaqa informó de que con tan pocos refuerzos no participaría en la nueva cruzada y todo quedó en agua de borrajas.

La aventura había durado apenas diez días y el rey asumió su fracaso, justificado, a su entender, por la insuperable fuerza de la naturaleza y la voluntad divina. Ante este duro revés cabe preguntarse: ¿por qué la flota partió a principios de septiembre cuando era tiempo de lluvias e incluso huracanes?, ¿por qué arriesgaron y no esperaron a principios de julio?, ¿por qué no fue asesorado el rey de los peligros de la mar?

Como en tantas ocasiones, el ímpetu regio pudo más que la opinión de sus consejeros. Jaime I sabía que la gloria le esperaba al otro extremo del Mediterráneo y no estaba dispuesto a permitir que el rey francés Luís IX se le adelantara en tal cometido, pues los rumores apuntaban a que este también estaba armando un ejército para acudir a Tierra Santa. El soberano aragonés pretendía emular las gestas de otros venerados reyes cristianos como el inglés Ricardo I Corazón de León, el

emperador Federico I Barbarroja o Felipe II Augusto de Francia.

Este bochornoso episodio no cambió la opinión de Jaime I, que siguió obsesionado con la idea de organizar una cruzada a Tierra Santa hasta el fin de sus días. Muestra de ello fue la postura del rey en el Concilio de Lyon, celebrado en 1274, donde se mostró partidario de iniciar una nueva campaña ante la oposición de los templarios. Frente a la indecisión de los asistentes, Jaime I decidió abandonar la reunión sentenciando: «Barones ya podemos marcharnos, hoy al menos hemos dejado bien puesto nuestro honor».

PROBLEMAS FAMILIARES, TESTAMENTO Y MUERTE

Los dos últimos años del reinado de Jaime I fueron realmente duros, llegando a peligrar todos los logros conseguidos hasta entonces. A los ya habituales enfrentamientos con la nobleza catalano-aragonesa hubo que añadir una nueva revuelta de los mudéjares valencianos. Pero incluso en estos difíciles momentos, el rey se puso al frente de las operaciones, a pesar de sus sesenta y siete años de edad.

Corría la primavera de 1275 cuando tropas benimerines, procedentes del Magreb, se unieron a contingentes nazaríes de Granada para liberar al-Ándalus del yugo cristiano bajo la promesa: «La tierra hispana será pronto conquistada y habrá tierra para todos los musulmanes». Los ismaelitas cayeron como una plaga de langostas sobre el valle del Guadalquivir derrotando al ejército castellano que, nuevamente, se vio obligado a pedir socorro a Jaime I.

Otro tanto sucedió en Valencia, donde huestes cristianas se sublevaron contra los oficiales reales saqueando las propiedades de sus convecinos mudéjares. Estimulados por las victorias de benimerines y granadinos, los mudéjares valencianos se revelaron por tercera vez contra el mandato de Jaime I. Con todo, el momento más crítico de la revuelta se vivió tras la derrota de Luchente, en la parte oriental del valenciano valle de Albaida, cuando en junio de 1276 unos quinientos caballeros y tres mil peones cristianos fueron vencidos por los sediciosos. Al enterarse del desastre, el rey Jaime I, que estaba agonizando en Játiva, ordenó que le trasladaran en litera para estar junto a sus tropas y así recuperar la plaza.

Finalmente, en julio de 1276, hallándose el monarca enfermo y fatigado en la residencia real de Alcira decretó el traspaso de poderes en favor de su primogénito Pedro, futuro Pedro III el Grande del que hablaremos con detalle a partir del próximo capítulo. A continuación, Jaime tomó católicamente todos los sacramentos y, tras vestirse el hábito del Císter, dispuso lo necesario para trasladarse al monasterio de Santa María de Poblet, al pie de las tarraconenses montañas de Prades. No obstante, la muerte le visitó antes de lo previsto y el rey falleció el 27 de julio de 1276, en la antes mencionada localidad valenciana de Alcira.

El mandato de Jaime I fue uno de los más largos de la Edad Media y el mismo rey se vanagloriaba de ello en el *Llibre dels Feyts*, atribuyéndolo a la voluntad divina:

> Nuestro Señor nos había hecho reinar a su servicio más de sesenta años, más que no haya yo memoria, ni encuentra hombre que ningún rey, desde David o Salomón hasta aquí, hubiese reinado tanto.

Su pérdida conmovió profundamente la Corona de Aragón. El rey había muerto en el frente de combate haciendo honor, como no, a su apelativo del Conquistador. Provisionalmente, el cuerpo fue depositado en la catedral de Valencia, hasta sofocar la revuelta de los mudéjares, y dos años más tarde su hijo Pedro pudo sepultarlo en el monasterio de Santa María de Poblet, tal y como había ordenado. El cronista Ramón Muntaner narra el dolor de los vasallos cuando los restos mortales del difunto rey fueron trasladados a Poblet:

> Todos aquellos que eran honrados acompañaron el cuerpo en cada castillo, villa o lugar [...] así le recibieron con grandes lloros, gritos y plantos.

Tras la muerte del rey Jaime I, los territorios de la Corona de Aragón se dividieron entre sus dos únicos hijos que quedaban vivos: los infantes Pedro y Jaime. Así pues, el sexto testamento del monarca estipuló que el mayor de ellos, Pedro, recibiría el reino de Aragón, el reino de Valencia y Cataluña dando continuidad a la Corona de Aragón con el grueso de los territorios peninsulares. En cuanto al legado de Jaime, el Conquistador le testó los condados de Rosellón y Cerdaña, los territorios occitanos que incluían la varonía de Montpellier y la isla de Mallorca dando nacimiento al reino de Mallorca.

Con la partición del reino, el monarca aragonés pretendía compensar a sus dos hijos pero, en realidad, estaba fomentando la rivalidad entre ambos y debilitaba el potencial de la Corona de Aragón. Jaime I intuyó las ambiciones del primogénito Pedro y días antes de morir, tras oír misa juntos, le pidió con emotivas palabras que respetara su voluntad y se conformara con la parte ventajosa de la herencia.

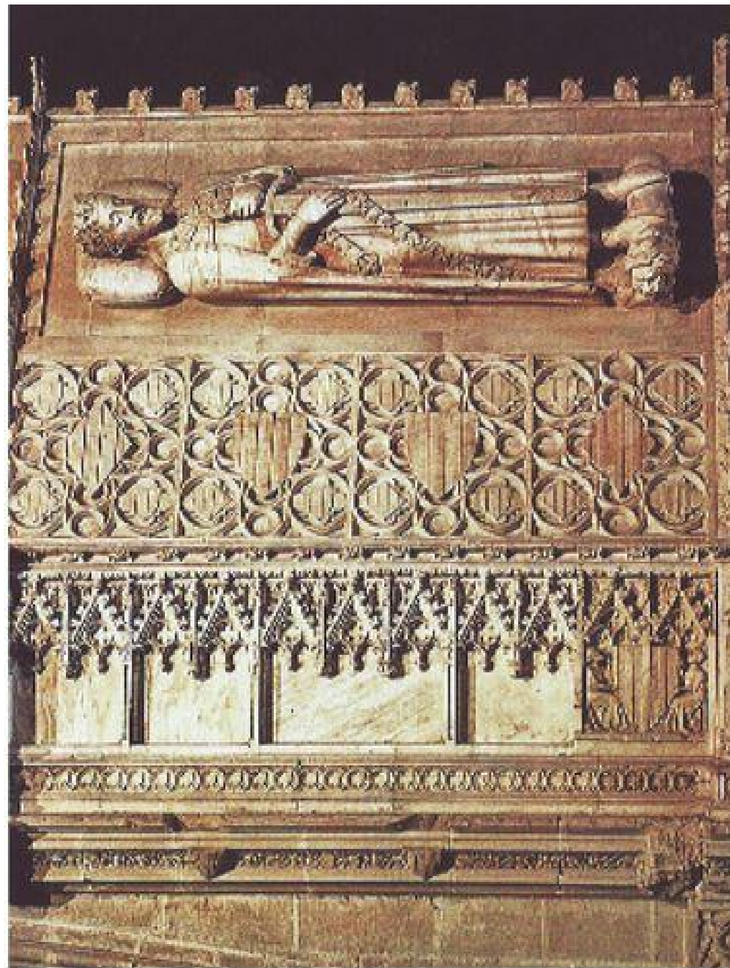
Sin embargo, Pedro no estaba dispuesto a consentir que su hermano menor se quedara con unos territorios de vital importancia para su política expansionista. A su vez, el infante Jaime, convertido en Jaime II de Mallorca tras la muerte de su padre, se alió con la sediciosa nobleza catalana para protegerse de las apetencias su hermano. Esta traición envenenó todavía más las relaciones entre las dos coronas y fue el primero de los muchos desencuentros que tuvieron.



Óleo sobre tela titulado *Últimos momentos de Jaime I*, obra del pintor valenciano Ignacio Pinazo Camarlench, de 1887 y actualmente conservado en el Palacio de la Generalitat valenciana. En la escena, el rey Jaime entrega a su primogénito Pedro una espada bajo la atenta mirada de la nobleza.

En pocas palabras, Jaime I el Conquistador fue indiscutiblemente un modelo de rey medieval. Su obra conquistadora marcó el arranque del período de máximo esplendor de la Corona de Aragón que continuó con las campañas de su hijo Pedro III el Grande. Hombre tenaz y hábil negociante, su sola presencia en el campo de batalla infundía pavor entre los enemigos que muchas veces prefirieron capitular a enfrentarse a él.

No cabe duda de la incesante actividad política y militar del rey recorriendo tierras propias y ajenas hasta el día de su muerte. Tras salir del castillo de Monzón, empezó visitando el monasterio de Santa María de Sigena y terminó sus días en Valencia. En particular, sus obligaciones como gobernante o los compromisos familiares también le llevaron fuera de los dominios de la Corona de Aragón, visitando los reinos de Castilla, Francia, Navarra o Murcia.



Sepulcro de Jaime I el Conquistador en el cisterciense monasterio de Poblet. Al parecer, la primera sepultura era mucho más sencilla que la actual y fue el rey aragonés Pedro IV el Ceremonioso, en el siglo XIV, quien mandó construir el panteón real de alabastro que podemos contemplar. Los restos fueron profanados en el siglo XIX, de manera que el escultor catalán Federico Marés fue el encargado de reconstruirlos en 1952.

Cabría destacar por último, cómo su espíritu seductor contrastaba con una profunda religiosidad y devoción por la Virgen María. Anteriormente hemos visto que Jaime I, al igual que su padre, era conocido por ser un *hom de femmes* o mujeriego. Muestra de ello fueron los tres matrimonios y, al menos, la media docena de amantes reconocidas que le acompañaron hasta el fin de sus días;

complementando a la perfección la áspera vida de guerrero sin afectar a su moralidad cristiana. Puede que esta actitud disoluta le impidiera alcanzar la santidad que sí habían logrado otros monarcas contemporáneos como Fernando III de Castilla o Luis IX de Francia.

CRONOLOGÍA

1208 d. C.	Nacimiento de Jaime I en la ciudad de Montpellier.
1213 d. C.	Muerte del rey aragonés Pedro II y María de Montpellier.
1214 d. C.	Simón de Montfort entrega al joven príncipe y este es educado por los templarios en el castillo de Monzón.
1221 d. C.	Matrimonio con Eleonor de Castilla, hija del rey Alfonso VIII.
1225 d. C.	Fracasa el intento de ocupar la fortaleza de Peñíscola.
1226 d. C.	Revuelta de la nobleza aragonesa tras la muerte de Pero Ahonés.
1229 d. C.	Nulidad del matrimonio de Jaime I con Eleonor de Castilla y conquista de Medina Mayûrqa.
1231 d. C.	Rendición de los musulmanes de Menorca.
1233 d. C.	Reunión en el castillo de Alcañiz para planificar la conquista de Valencia y ataque a la plaza de Burriana.
1235 d. C.	Conquista de Ibiza por el arzobispo de Tarragona Guillermo de Montgrí y enlace matrimonial del rey Jaime I con Violante de Hungría.
1238 d. C.	Conquista de la ciudad de Valencia por Jaime I.
1244 d. C.	Tratado de Almizra entre el infante castellano don Alfonso y el rey aragonés Jaime I.
1245 d. C.	Conquista del alicantino castillo de Biar por el rey aragonés.
1247 d. C.	Aprobados los Fueros de Aragón en las Cortes Generales de Huesca.
1258 d. C.	Tratado de Corbeil entre Luis IX de Francia y Jaime I. Era el fin del sueño occitano.
1261 d. C.	El rey Jaime I jura los Fueros de Valencia.
1266 d. C.	Conquista de Murcia por Jaime I, que la retorna a su yerno Alfonso X el Sabio.
1269 d. C.	Fracaso de la expedición organizada por el monarca aragonés a Tierra Santa.
1275 d. C.	Incursión de tropas benimerines procedentes del Magreb y revueltas mudéjares en el reino de Valencia.

1276 d. C. Muerte de Jaime I el Conquistador.

PEDRO III EL GRANDE Y LA INTERVENCIÓN DE SICILIA

Al acceder al trono en 1276, el infante Pedro, que pasará a ser conocido por la historiografía como Pedro III el Grande, era un hombre de treinta y seis años, curtido en la acción de gobierno, que conocía bien los entresijos de la política cortesana. Por entonces, el Mediterráneo occidental se había convertido en un tablero de ajedrez que se disputaban la familia imperial alemana de los Hohenstaufen y la monarquía francesa con el apoyo incondicional del papado. El matrimonio de Pedro III con la joven Constanza de Hohenstaufen en 1262 colocó al monarca en el epicentro de las disputas por el dominio de la estratégica isla de Sicilia.

Tras la muerte de Manfredo Hohenstaufen en 1266, su hija Constanza se había convertido en la heredera del reino de Sicilia. En este contexto, Carlos de Anjou, hermano del rey Luis IX de Francia y valedor de los intereses del papado contra los Hohenstaufen, ocupó la isla y gobernaba despóticamente sobre sus vasallos. Si bien inicialmente Pedro III sólo se limitó a acoger en el seno de su corte a destacados refugiados sicilianos, como el almirante Roger de Lauria, los hechos no tardaron en precipitarse.

En Pascua de 1282, explotó en Palermo una sangrienta rebelión que acabó con una multitudinaria matanza de franceses. Los hechos, conocidos históricamente como las «Vísperas Sicilianas», obligaron al rey aragonés a enviar una flota que en teoría sólo pretendía controlar a los piratas del emir tunecino pero que a la postre desembarcó, en septiembre del mismo año, en la isla y proclamó triunfalmente soberanos a Pedro y Constanza.

Como cabía esperar, un conflicto de grandes dimensiones estaba servido. El papa Martín IV no tardó en excomulgar a Pedro III y declarar vacante el trono de la Corona de Aragón, coyuntura que fue aprovechada por Felipe III de Francia para lanzar una poderosa ofensiva militar contra el Pirineo catalán bajo la bandera de las Cruzadas.

La situación era grave: una coalición formada por el papado, el rey de Francia, la familia de los Anjou y el rey de Mallorca Jaime II, hermano de Pedro III y tildado de *traidor* por la mayoría de los cronistas, amenazaba la integridad de la Corona de Aragón. Además, la nobleza aragonesa se amotinó contra el rey exponiéndole un listado interminable de agravios y exigiendo reparaciones a cambio de prestar su ayuda ante la invasión francesa.

Así pues, la guerra tenía dos escenarios distintos, uno en la isla de Sicilia y otro en la frontera norte de la Corona de Aragón. El rey necesitaba dinero para afrontar ambas campañas militares y claudicó a las presiones de la insurrecta nobleza aragonesa concediéndoles el Privilegio General en las Cortes de Tarazona de 1283.



Desembarco del rey Pedro III el Grande, reconocible porque lleva una corona, en la ciudad siciliana de Trapani. Miniatura perteneciente a la *Nuova Cronica*, obra del mercader y cronista italiano del siglo XIV Giovanni Villani.

Por lo que respecta a Cataluña, ese mismo año en Barcelona Pedro III también adquirió el compromiso de reunir las Cortes «una vez al año […] con prelados, religiosos, barones, caballeros, ciudadanos y hombres de la villa». Este acuerdo, que inicia su rezo con el ya célebre «queremos, establecemos y ordenamos», fue uno de los pilares del pactismo, una política que configuraría el estilo de gobierno de la dinastía aragonesa.

Entretanto, el rey francés Felipe III el Atrevido asedió la ciudad de Gerona, que se rindió en septiembre de 1285 diezmada por fuertes epidemias. Pero a pesar de la derrota y las dificultades para movilizar su ejército, el rey Pedro III el Grande reaccionó gracias a varias victorias navales lideradas por el almirante Roger de Lauria y los temidos almogávares, unas tropas mercenarias de las que hablaremos con detalle más adelante.

Estos éxitos militares decidieron la suerte de la guerra a favor de los intereses catalano-aragoneses. Y por si fuera poco, una epidemia de peste se cebó con el ejército francés durante su retirada, arrebatando la vida al mismo rey Felipe III el Atrevido que, moribundo, falleció en Perpiñán en octubre de 1285. Devastado el ejército invasor, era la hora de castigar a Jaime II de Mallorca por ayudar a las tropas francesas. Pero el infortunio sorprendió al rey Pedro III cuando en el mes de noviembre enfermó repentinamente antes de liderar a la flota que debía escarmentar a su sedicioso hermano.

Tal y como establecía su testamento, recibió cristiana sepultura en el monasterio cisterciense de Santa María de Santes Creus, una de las joyas del gótico catalán situado en la actual provincia de Tarragona. Cabe destacar que los restos mortales de Pedro III el Grande han permanecido intactos hasta nuestros días, un hecho excepcional en las tumbas de los reyes feudales que fueron saqueadas o

profanadas en la mayoría de los casos. Por ello, en 2010 un grupo de expertos capitaneados por el Museo de Historia de Cataluña inició unos análisis de ADN que han de permitir descubrir, entre otras, las características físicas del rey, las causas de su prematura muerte o determinar qué restos de otros panteones reales son auténticos.

En suma, el reinado de Pedro III el Grande significó la consolidación de la expansión hacia el Mediterráneo iniciada por Jaime I el Conquistador al incorporar Mallorca. Con la conquista de Sicilia se añadió un punto estratégico clave a los dominios de la Corona de Aragón, a la vez que se incrementaron las reservas de trigo, esenciales en la economía de los estados feudales.



La muerte de Pedro III el Grande, obra del pintor catalán Claudio Lorenzale en 1870. Los primeros resultados del análisis de sus restos demostraron que el difunto rey medía ciento setenta y tres centímetros, una altura considerable para la época y, como otros monarcas de su tiempo, se teñía el pelo de rubio con un derivado de la ginesta y se maquillaba el rostro con carmín.

La plenitud de la Corona de Aragón: los reinados de Alfonso III el Liberal y Jaime II el Justo

Los hechos se precipitaban sin dilación porque tras la muerte del monarca aragonés el testamento volvía a dividir los territorios entre sus dos hijos, igual que sucedió en época de Jaime I el Conquistador. Aunque ahora la diferencia estaba en la actitud de colaboración que mantuvieron el primogénito Alfonso, que heredaba el bloque de territorios continental, y Jaime, coronado rey de la recién incorporada Sicilia.

Entre noviembre de 1285 y enero de 1286, el nuevo rey aragonés Alfonso III cumplió el último deseo de su padre e incorporó la isla de Mallorca a la Corona de Aragón, castigando así a su tío por colaborar con los franceses en el conflicto siciliano. Embravecido por los éxitos, a finales de ese mismo año, lanzó una nueva ofensiva militar contra la isla de Menorca que entonces estaba en manos de los musulmanes. Como mandaban las costumbres de la época, tras la rendición de Ciutadella, la

capital, sus cuarenta mil habitantes fueron esclavizados por ser de otra religión y la isla fue repoblada de «buena gente catalana» según el cronista Ramón Muntaner.

Pero a pesar del alud de victorias, el desgaste de la Corona de Aragón en el conflicto siciliano estaba siendo enorme y cabía encontrar una solución definitiva lo antes posible. El papado y la monarquía francesa eran rivales demasiado poderosos para mantener con ellos un contencioso a largo plazo. Por ello, el rey Alfonso III el Liberal empezó a negociar la paz y buscar el perdón de la Iglesia con la mediación del rey inglés Eduardo I.

Fruto de esta política fueron los fallidos tratados de Olorón, en julio de 1287, o Canfranc, en octubre de 1288, y el incumplido Tratado de Tarascón en febrero de 1291. En virtud de este último, el rey Alfonso III se comprometía a viajar a Roma para pedir perdón al papa, luchar en Tierra Santa en pro del cristianismo y a desasistir a su hermano Jaime, rey de Sicilia, en el enésimo intento de someter la isla al dominio de la Santa Sede. Pero todos los planes se truncaron con la prematura muerte del monarca aragonés el 17 de junio de 1291.

Antes de morir, Alfonso III el Liberal también lidió con las pretensiones de la rebelde nobleza aragonesa. Aceptó que el fuero de Aragón se aplicara en territorio valenciano como precio a la colaboración aragonesa en la empresa menorquina. Aún así, las reticencias del monarca a ceder a más peticiones de los insurrectos crearon un clima de guerra civil a lo largo de 1287. Movido por la cólera, Alfonso III llegó a ejecutar a doce nobles en Tarazona y a preparar el asedio de la ciudad de Zaragoza. Pero debilitado por las exigencias de su política exterior, finalmente claudicó al aceptar convocar Cortes anuales y rodearse de un consejo real formado por los rebeldes. Las Cortes de Monzón en 1289 pacificaron el ambiente y reforzaron ligeramente la posición real ante la díscola nobleza.

El reinado de Alfonso III el Liberal había sido breve, murió en plena juventud cuando apenas había cumplido veinticinco años. Su testamento instituía heredero de todos sus reinos a su hermano menor Jaime, hasta entonces rey de Sicilia, que a su vez debía renunciar a la codiciada isla a favor de Federico, el tercero de los hermanos.

Así fue como Jaime II, apodado el Justo por la ponderación y equidad con que gobernó a sus súbditos, accedió a la corona de Aragón en agosto de 1291. Pero una vez afianzado en el trono, Jaime II se encargó de dejar bien claro que era rey en cumplimiento de los últimos designios de su padre y desestimó la opción de ceder la isla de Sicilia a su hermano menor Federico, que actuaría como mero lugarteniente.

En la esfera internacional, la cuestión siciliana todavía coleaba y el rey Jaime II decidió zanjarla por la vía diplomática con un acuerdo multilateral entre la Santa Sede, Francia, el reino de Nápoles y la Corona de Aragón. Según la paz firmada en la ciudad italiana de Anagni en 1295, Jaime II restituía el reino de Mallorca a su tío Jaime y el reino de Sicilia a la Santa Sede. A cambio, recibió doce mil libras del papado, el levantamiento de la excomunión, la renuncia de Carlos de Valois, hijo del rey de Francia, a sus pretensiones sobre la Corona de Aragón y la promesa secreta de la cesión de las islas de Córcega y Cerdeña.

Como era de esperar, este intercambio de coronas no fue del agrado de los sicilianos, que proclamaron nuevo rey a Federico, hermano menor de Jaime II, que se vio obligado a combatirlo. El fin definitivo de las hostilidades no llegó hasta la firma de la Paz de Caltabellotta, en agosto de 1302,

que reconocía a Federico II como rey de Sicilia, si bien a su muerte la isla habría de pasar a manos de la familia francesa de los Anjou.

Por lo que respecta a Córcega y Cerdeña, Jaime II se vio acuciado por las dificultades de las finanzas reales después de las guerras sicilianas y los múltiples frentes abiertos, motivo por el que retardó la conquista de las islas que le habían sido infeudadas por el papado en 1297: algo de lo que hablaremos con detalle más adelante.

Mientras, en el vecino reino de Francia, la madrugada del viernes 13 de octubre de 1307, el rey Felipe IV el Hermoso detenía por sorpresa a todos los caballeros templarios bajo acusaciones de prácticas heréticas y homosexualidad. Su último maestro, Jacques de Molay, ardería en la hoguera a orillas del Sena con las manos libres para poder rezar mirando a la catedral de Nôtre Dame, pero antes de morir pudo maldecir a sus verdugos con estas palabras: «Dios sabe quién se equivoca y ha pecado y la desgracia se abatirá pronto sobre aquellos que nos han condenado sin razón». Así desaparecía una orden surgida doscientos años atrás por iniciativa de unos caballeros que, cubiertos por una capa blanca y con una cruz roja a la altura del pecho, pretendían defender los santos lugares y los peregrinos que viajaban a ultramar.

Sin duda alguna, el rey Felipe IV actuaba movido por la codicia, la supresión de la Orden del Temple le permitiría apoderarse de sus numerosas riquezas y así sanear la maltrecha economía del reino franco. Por entonces, los templarios distaban mucho de las funciones previstas en el momento de su fundación. Habían pasado de ser el brazo armado de la cristiandad a convertirse en una gran compañía económica ejerciendo de banqueros, prestamistas o consejeros de las principales fortunas europeas. La caída en 1291 de San Juan de Acre, el último gran bastión cristiano en Tierra Santa, y el fracaso militar de las Cruzadas todavía dificultaba más justificar su existencia.

Cuando a finales de 1307 la noticia de la extinción de la orden llegó a la corte del rey aragonés Jaime II, este no se lo podía creer, pues las relaciones de los templarios con los distintos reinos peninsulares eran buenas y venían de antaño. De hecho, ya en julio de 1131, su antepasado, el conde de Barcelona Ramón Berenguer III, había ingresado en la Orden del Temple cinco días antes de morir legando su caballo y el castillo de Grañena, situado en la Cataluña interior. Tan solo tres años más tarde, en 1134, los templarios recibieron inesperadamente la generosa donación del rey aragonés Alfonso I el Batallador que testaba su reino en favor de las órdenes militares del Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro. Poco después, en 1149, los caballeros templarios colaboraron en la conquista de las entonces plazas musulmanas de Lérida, Fraga y Mequinenza y, cuatro años más tarde, ayudaban en el asedio del castillo de Miravet, a orillas del río Ebro. Otros sucesos de gran importancia fueron la educación del pequeño Jaime I en el castillo de Monzón o la decisiva participación en la victoria cristiana de las Navas de Tolosa, en julio de 1212, episodios todos ellos reseñados con más detalle en capítulos anteriores. Todo un elenco nada despreciable de ejemplos que hacían dudar a Jaime II sobre la veracidad de las acusaciones.



El austero castillo de Miravet, situado en la actual provincia de Tarragona, es un excelente ejemplo de arquitectura militar que domina el entorno con el río Ebro a sus pies. Construido por los musulmanes en el siglo XI, fue uno de los últimos reductos de resistencia islámica en la Marca Hispánica. El conde Ramón Berenguer IV donó el castillo a los templarios, que lo reformaron a lo largo de los siglos XII y XIII dándole el aspecto que ha llegado a nuestros días.

Inicialmente, Jaime II el Justo no dio crédito a las acusaciones que se cernían sobre los templarios «porque siempre oyemos muy buena fama de los templeros de nuestra tierra e havemos visto que en nuestro tiempo han vivido honestamente». Indeciso, prefirió esperar las instrucciones del papa Clemente V, aunque la idea de apropiarse de sus bienes también era una tentación muy apetecible.

Por entonces, las malas noticias habían llegado a oídos de los templarios aragoneses que, inquietos, decidieron fortificar sus castillos y pedir audiencia al rey para conocer su opinión sobre las graves injusticias que se estaban cometiendo. Poco después, el 22 de noviembre de 1307, el papa Clemente V condenaba a los templarios con la bula *Pastoralis Praeminentiae* y ordenaba a todos los reyes cristianos detenerles y confiscar sus bienes.

De este modo, el rey Jaime II abandonaba los recelos iniciales para cumplir, al igual que el resto de monarcas europeos, la bula papal. La sentencia cogió por sorpresa a la mayoría de templarios aragoneses, que no pudieron reforzar a tiempo sus fortalezas. A finales de 1307 sólo resistían siete castillos que se prepararon para un largo asedio: Monzón, Miravet, Chalamera, Cantavieja, Castellote, Villel y Libros. Tuvieron que pasar dieciséis meses de cerco para que, en marzo de 1309, todos los enclaves templarios se rindieran, incluso los inexpugnables castillos oscenses de Monzón y Chalamera.

Ahora empezaba el proceso que determinaría si las terribles acusaciones que habían escandalizado la cristiandad eran ciertas en la Corona de Aragón. A pesar de las torturas físicas, los templarios se reafirmaron en su inocencia, hecho que fue aprovechado por Jaime II para declarar públicamente su absolución el 4 de noviembre de 1312 y liberarlos de inmediato sin cargos.

Aquellos hombres acusados injustamente recibieron una pensión vitalicia para vivir dignamente el resto de sus días, gastos que serían cubiertos por los bienes confiscados a la desaparecida orden templaria. Su destino fue dispar, algunos ingresaron en otras órdenes militares como el Hospital o la recién creada Orden de Montesa, otros se integraron en la vida civil, llegando a contraer matrimonio,

y, los más devotos, continuaron llevando una vida piadosa y de privaciones. En cuanto a los preciados bienes de la orden, la bula papal *Ad providam Christi vicarii* disponía que estos debían pasar a manos de la orden del Hospital, pero Jaime II esquivó la sentencia alegando que los bienes confiscados le ayudarían a sufragar los gastos militares habidos. Sea como fuere, la historia de aquellos heroicos monjes había llegado a su fin.

Otro frente que también reclamaba la atención del nuevo soberano aragonés eran las relaciones con el vecino reino de Castilla. A pesar de que inicialmente eran firmes aliados, la relación entre ambos territorios se deterioró cuando en 1295 Jaime II contrajo matrimonio con Blanca de Anjou, hija del rey Carlos II de Nápoles, rechazando así a su primera esposa, Isabel, hija del rey Sancho IV de Castilla.

Mientras, el rey aragonés maniobraba con gran habilidad política y, durante la minoría de edad de Fernando IV, aprovechó las disputas sucesorias en la corona castellana para ensanchar la fachada mediterránea de la Corona de Aragón. En febrero de 1296 Jaime II inició los preparativos para la conquista de Murcia. Su primer objetivo fue Alicante, un excelente puerto con la imponente fortaleza de Santa Bárbara que el monarca no dudó en calificar como «la llave del reino». Durante el asedio alicantino, el alcaide Nicolás Pérez, espada y llaves del castillo en mano, peleó heroicamente hasta la muerte en un combate cuerpo a cuerpo contra Jaime II, que se jugó el físico en la contienda. Cruel con sus enemigos, el rey ordenó echar su cuerpo a los perros.

Acto seguido, las tropas aragonesas se dirigieron hacia la ciudad de Elche que capituló el 27 de julio. Entretanto, otra parte del ejército se apoderó de todo el valle del Vinalopó. A Jaime II sólo se le resistían algunas fortalezas limítrofes con Castilla como: Lorca, Alcalá o Mula. La conquista de Murcia, ya fuese mediante pactos o por las armas, había sido bastante rápida y el rey decidió hacer un paréntesis para atender los asuntos sicilianos de los que hemos hablado anteriormente.

No fue hasta febrero de 1298 cuando se retomó la lucha en tierra murcianas con un largo asedio a la fortaleza de Alhama, situada a los pies de Sierra Espuña. Tras la rendición del castillo, un exultante Jaime II informaba del suceso al rey de Granada con estas palabras «vos facemos saber que somos venidos al regno de Murcia contra nuestros enemigos de Castilla e asitiamos el castiello de Alhama el qual, loado sea Dios, habernos preso et tenemos». El siguiente objetivo era Lorca, la fortaleza mejor defendida de toda Murcia, que se rindió en diciembre de 1300, antes de la llegada de refuerzos castellanos, traicionada por su alcaide Nuño Pérez.

Sin embargo, tras la ocupación de las tierras murcianas, la población de origen castellano se mostró hostil a la ocupación catalano-aragonesa y se sublevó en varias ocasiones. Esta actitud disgustó mucho a Jaime II, que decretó la expulsión del reino de todos los habitantes que no fueran de origen catalán o aragonés, o sea los castellanos que no fueran vasallos de probada fidelidad. Las tensiones entre los pobladores fueron inevitables aunque, con el paso del tiempo, muchos pudieron volver a sus hogares.

El cansancio empezaba a mellar ambos bandos y comenzó a cobrar fuerza la idea de poner fin a las tensas relaciones que el reino de Castilla y la Corona de Aragón habían alimentado los últimos años. La Sentencia Arbitral de Torrellas (1304) y el Acuerdo de Elche (1305) fueron el resultado de arduas negociaciones políticas que dividieron Murcia en dos partes, fijando la frontera divisoria en el bajo Segura, salvo Cartagena, que quedaba bajo soberanía aragonesa. Gracias a estos acuerdos,

Jaime II ampliaba los territorios de la Corona de Aragón hasta las actuales provincias de Murcia y Alicante, pero, por contra, no pudo evitar que Castilla mantuviera una salida al Mediterráneo.

A pesar de los acuerdos y las buenas relaciones, las correrías fronterizas continuaron a lo largo de los años siguientes. Jaime II pretendía llevar la frontera hasta Almería y, para conseguirlo, pactó con Fernando IV de Castilla y el sultán de Marruecos una expedición para castigar el reino nazarí de Granada.

Fruto de esta alianza, Castilla asediaría las ciudades de Algeciras y Gibraltar, y la Corona de Aragón la ciudad de Almería. Los dos reinos se comprometían a no firmar nunca la paz con los musulmanes sin el consentimiento mutuo, pues el deseo de Jaime II «era multiplicar la santa fe católica». La primera hazaña bélica fue la conquista de Ceuta, en poder de los nazaríes, el 20 de julio de 1309.

Acto seguido, una escuadra de doscientas naves y un magnífico ejército terrestre con los mejores caballeros de la Corona de Aragón iniciaba el asedio de Almería el 15 de agosto de 1309. Durante el cerco, ambos bandos utilizaron todo tipo de astucias para conseguir la victoria. Los cristianos construyeron avanzados artefactos de ingeniería militar, excavaron minas y también edificaron barreras y muros para defender su campamento de posibles ataques sorpresa. Por su parte, según el cronista musulmán del siglo XVI Ahmad Ibn al-Qadi, los sitiados no dudaron en lanzar el contenido de las letrinas sobre la hueste catalano-aragonesa para defender su ciudad. Según el mencionado Al-Qadi, los almerienses:

> [...]acertaron en la forma de hacerlo porque unieron dos cosas que siempre van juntas: los hispanos y los excrementos. Todo el mundo fue víctima de esta treta. Los caballeros, vestidos con bellas armaduras, se cubrieron de porquería y fueron objeto de burla por sus compañeros.

Al principio parecía que las operaciones eran favorables a los intereses catalano-aragoneses, pero un doloroso calvario estaba a punto de empezar. El asedio duraba más de lo esperado y los cuantiosos gastos de la expedición lo hacían insostenible, había dificultades en el abastecimiento de la tropa y el pago de las soldadas. A ello hubo que añadir una nueva alianza entre el reino de Granada y el sultán de Marruecos, hecho que complicó aún más la situación.

Pero es que, además, hasta el abandono del sitio de Almería se convirtió en una tragedia para el ejército de Jaime II. Se acercaba el invierno y, como no había suficientes naves para todos los caballeros, una parte de los hombres partió por mar con la promesa de regresar al cabo de ocho días a por el resto de los soldados. Como la flota no llegaba, algunos se aventuraron a volver por tierra, pereciendo muchos en el intento. De los que se quedaron en Almería, la mayoría enfermó. Según Ibn al-Qaysi, un poeta musulmán del siglo XV, los supervivientes suplicaban a los musulmanes «tened piedad de nosotros, vosotros que tenéis buen corazón».



Jaime II el Justo en un códice miniado de 1410. Influido por el proyecto de *rex bellator* o 'rey guerrero', defendido por Ramón Llull, se ofreció al papado para liderar una cruzada en Tierra Santa y mandó embajadas a Saladino para recuperar la Vera Cruz.

Por desgracia, no acababan aquí las malas noticias para Jaime II. El 13 de octubre de 1310 su esposa Blanca de Anjou fallecía durante el parto de la infanta Violante. El monarca, profundamente turbado, escribía: «Os informamos con esta carta, con gran amargor y aflicción en el corazón, como la ilustre señora Blanca, de grata memoria reina de Aragón y carísima mujer nuestra, plació a Dios que muriera y le librase el espíritu [...] después de gravísimos dolores que hubo de sufrir por razón del parto». Había sido un matrimonio prolífico pues en quince años había alumbrado a diez hijos, una cifra nada excepcional que estaba en la media de las reinas en el siglo XIII. Valga como ejemplo Violante de Hungría, esposa de Jaime I el Conquistador, que también había engendrado diez vástagos en diecisiete años.

No obstante, la desazón duró poco, pues Jaime II el Justo era un hombre calculador que a menudo anteponía los asuntos de Estado a sus sentimientos o vida familiar. Así fue como en las Cortes de Barcelona, celebradas en junio de 1311, el monarca anunció su intención de contraer nuevo matrimonio con la princesa chipriota María de Lusignan. No era una idea alocada, Jaime II soñaba con incorporar el reino chipriota a la Corona de Aragón si el rey Enrique II, hermano de María de Lusignan, moría sin descendencia, y como este carecía de hijos el panorama era halagüeño. Es cierto que Chipre estaba muy lejos, pero su control reportaría enormes beneficios a los mercaderes de la Corona de Aragón y supondría tener el control de la puerta al Mediterráneo oriental.

Así fue como la novia viajó por mar hasta la catalana ciudad de Gerona donde, a mediados de diciembre de 1315, se casó con Jaime II en una pomposa celebración. Pero pronto empezaron a planear incertidumbres sobre el reciente matrimonio. María de Lusignan resultó ser una mujer madura, tenía cuarenta y dos años, y poco atractiva que no se adaptó a la nueva vida cortesana. Ello influyó en el ánimo de Jaime II que, malhumorado, se compadecía porque María «era demasiado vieja y no le daba ni descendencia ni compañía». Estas frías relaciones escondían la decepción del

monarca aragonés al saber que Enrique II de Chipre había prometido el reino a uno de sus sobrinos en vez de a su hermana María. Finalmente, la reina murió sola el 10 de septiembre de 1322 y sus restos reposan en una urna de la catedral de Barcelona, lejos de su país natal.

En otoño de 1318, el rey cayó gravemente enfermo. Sus disputas conyugales y el distanciamiento con su primogénito, el infante Jaime, acrecentaron su pesadumbre. Las relaciones eran tan malas que su hijo mayor no le visitó en toda su larga convalecencia. Ese mismo año, cuentan las crónicas, se encontró un hábito de monje en la habitación del futuro heredero contraviniendo la voluntad de su padre que pretendía casarlo con la infanta castellana doña Leonor, hija del rey Fernando IV.

Ante tantas presiones, el infante Jaime confesó a su padre que jamás había mantenido contacto carnal con una mujer y que su mayor deseo era entrar en una orden religiosa. El disgusto paterno fue enorme, estaban en juego las relaciones con Castilla y la ceremonia nupcial debía celebrarse al precio que fuera. Tras la mediación del papa Juan XXII y una violenta entrevista familiar, en otoño de 1319 el infante «airado y dolido en su corazón» accedió a casarse con aquella niña de nueve años.

El enlace se celebró en la tarraconense ciudad de Gandesa el 18 de octubre de 1319 y fue un fracaso escandaloso. Cuentan las crónicas que durante la ceremonia el infante Jaime se negaba a dar la paz a la novia ante el asombro de los asistentes y tras la misa aprovechó la aglomeración de gente para montar un caballo y darse a la fuga dejando a todos «confusos y avergonzados». Tan solo unas horas antes había escrito una carta, dirigida a su padre, renunciando al trono y tomando los hábitos de la Orden de San Juan de Jerusalén. Este bochornoso episodio ha trascendido a la historia como «la farsa de Gandesa». Tras la renuncia, fue declarado heredero de la Corona de Aragón el infante don Alfonso, segundo hijo del matrimonio con Blanca de Anjou y futuro Alfonso IV el Benigno, del que hablaremos en breve.

Ante tantas amarguras familiares, Jaime II decidió volver a casarse a la edad de cincuenta y cinco años. Esta vez, rehuyendo dinastías exóticas, escogió una dama del país: Elisenda de Montcada, perteneciente a uno de los linajes más importantes de Cataluña. Tras recibir una dispensa pontificia por consanguinidad, se celebró una discreta ceremonia en la más absoluta intimidad en la catedral de Tarragona el día de Navidad de 1322.

La nueva reina tenía todas las virtudes que la sociedad del siglo XIV podía esperar de una esposa: joven, bella, piadosa, humilde y caritativa. Sin embargo, fue el fervor religioso lo que más unió a los esposos. A menudo Jaime II obsequiaba a su devota esposa con libros de materia teológica o con objetos de culto, en gran parte procedentes de la extinguida orden de los templarios. En plena exaltación religiosa, la reina Elisenda de Montcada fundó el monasterio de Santa María de Pedralbes en 1327, situado en la villa de Sarriá, hoy un barrio de la capital catalana. Este cenobio de monjas clarisas se convirtió en un centro de espiritualidad femenino donde residieron damas de alta alcurnia catalana.

Recuperado Jaime II de sus dolencias físicas y emocionales, había llegado el momento de organizar su última gran gesta: la conquista de Cerdeña, una isla que, recordemos, había recibido por la investidura del papa Bonifacio VIII en 1297. Pero la intervención en los asuntos sardos conducía indefectiblemente a un choque de intereses con las repúblicas italianas de Pisa y Génova, que tenían importantes intereses comerciales en ella.

Transcurrieron varios años hasta que Jaime II consiguió reunir el dinero necesario y reclutó para

su causa algunas de las familias más influyentes de la isla. En junio de 1323 una flota de trescientas naves comandada por el infante Alfonso partió del puerto de Portfangós, en el delta del Ebro, rumbo a Cerdeña. El rey Jaime II, cansado y fatigado tras el fracaso de Almería, prefería dejar la dirección de las operaciones en manos de su heredero.

La resistencia de los pisanos fue larga y tenaz hasta la decisiva batalla de Lucocisterna, el 1 de marzo de 1324. Tras la capitulación de importantes ciudades como Cagliari o Iglesias, los pisanos renunciaron a sus derechos sobre la isla y los sardos aceptaron el dominio de la Corona de Aragón. Pero será un dominio precario pues, como veremos en próximos capítulos, los genoveses tomaron el relevo de los pisanos y alentaron un sinfín de revueltas de los sardos, causando graves problemas a Jaime II y sus sucesores.

Alfonso regresó triunfalmente a Barcelona el 1 de agosto de 1324. Durante el desembarco se produjo una anécdota, recogida por el historiador catalán del siglo XV Gabriel Turell, cuando el infante Alfonso apareció vestido a la moda sarda, cosa que no complació nada a su padre Jaime II que «no le dijo nada ni le dio la mano a besar», ante el desconcierto del público asistente. Más tarde volvieron a verse en palacio y, esta vez sí, Alfonso llevaba los atuendos propios de la corte aragonesa, siendo calurosamente recibido por el rey. Preguntado por su esposa Elisenda de Montcada, Jaime II alegó que «si por la mañana hubiera venido vestido con las ropas del vencedor, sin duda yo le habría hecho el honor que ahora le he hecho, pero como vino con las ropas de los vencidos, se merecía lo que le hice». Sin duda una muestra más del fuerte carácter del soberano aragonés.

Tras este episodio de esplendor, la delicada salud de Jaime II empeoró tanto que, viéndose morir «a causa de las enfermedades que hemos havidas», manifestó su voluntad de recibir sepultura en el monasterio catalán de Santes Creus, al lado de su difunta esposa Blanca de Anjou. Falleció el 2 de noviembre de 1327, a la edad de sesenta años. La Corona de Aragón perdía a uno de los grandes protagonistas de su historia, durante cuyo complejo reinado alcanzó el cenit de su expansión al convertirse en una potencia política y militar de primer orden. A partir de ahora, tal y como veremos en el próximo capítulo, empezaba una etapa de dificultades sin precedentes.



El nombre de Pedralbes procede del latín *Petras Albas*, cuyo significado es 'piedras blancas'. En este distinguido monasterio barcelonés se retiró Elisenda de Montcada cuando enviudó de Jaime II. Entre el claustro y la iglesia se halla su sepulcro, una de las obras

escultóricas más notables de la época a pesar de que desconocemos el autor.

LOS ALMOGÁVARES Y LA PRESENCIA CATALANO-ARAGONESA EN GRECIA

La figura de los almogávares es legendaria a la par que histórica. A menudo, la historiografía española y especialmente la catalana, siguiendo los relatos del cronista Ramón Muntaner, han mezclado realidad e imaginación glorificando sus hazañas. En las próximas líneas analizaremos con rigor quiénes eran estos aguerridos soldados, qué vínculos tuvieron con los reyes de la Corona de Aragón y en qué consistió su increíble odisea por el Mediterráneo oriental.

Estos temidos guerreros conformaban compañías de infantería ligera que lucharon por el Mediterráneo entre los siglos XIII y XV a sueldo de los reyes de la Corona de Aragón o como cuerpos autónomos al servicio del mejor postor. Hay un cierto consenso entre los historiadores al considerar que sus primeras acciones tuvieron lugar en la conquista de Mallorca (1229) y Valencia (1235), aunque allí todavía no destacaran por su pericia militar.

Sobre la etimología del nombre, este procede del árabe *al-mogauar*, que significa ‘el que provoca disturbios’, aunque también se aceptan otras teorías como *al-mugawir* (‘el que realiza una expedición’) o *al-mujābir* (‘el portador de noticias’).

Alcanzaron la fama con las guerras sicilianas, cuando el rey aragonés Pedro III el Grande decidió enviar un contingente de dos mil almogávares para defender la isla en 1282. En un primer momento causaron una pésima impresión entre los lugareños por su andrajoso aspecto, tal y como cuenta el cronista Ramón Muntaner, testigo directo de los hechos:

> Iban con un zurrón de pan, sucios, con harapos, sin escudos ni armas largas, tan solo con *coltells*[una especie de cuchillo], puñales y dardos». Pero las dudas se disiparon pronto, cuando al alba atacaron a los franceses y, en palabras del propio Muntaner, «hicieron tal carnicería que era una maravilla.

Otro autor ya mencionado, Bernat Desclot, autor de una de las cuatro grandes crónicas medievales de la literatura catalana, habla de ellos con estas palabras:

> Estas gentes que se llaman Almogávares no viven más que para el oficio de las armas. No viven en las ciudades ni en las villas, sino en las montañas y los bosques, y guerrean todos los días contra los Sarracenos [...] Soportan condiciones de existencia muy duras, que otros no podrían soportar. [...] Y no llevan más que una gonela o una camisa, sea verano o invierno, y en las piernas llevan unas calzas de cuero y en los pies unas abarcas de cuero. Y traen buen cuchillo y buena correa y un eslabón en el cinto. Y trae cada uno una buena lanza y dos dardos, así como una panetera de cuero a la espalda, donde portan sus viandas. Y son muy fuertes y muy rápidos, para huir y para perseguir; y son catalanes y aragoneses y sarracenos.

Además, antes de empezar la batalla, golpeaban sus armas entre ellas o contra el suelo hasta que salpicaban chispas para levantar su moral. Mientras jaleaban terribles gritos como «¡San Jorge!», «Aragón» o el conocido *Aur, aur, desperta ferro, matem, matem!* (‘Despierta hierro, matemos, matemos’) para atemorizar a sus enemigos.

A diferencia de otros ejércitos que normalmente se movían con pesadas intendencias, los almogávares se caracterizaron por una vida espartana aprovechando los recursos naturales, viviendo del pillaje o incluso ayunando. Su estrategia de combate no era ninguna novedad, aprovechaban la orografía del terreno en beneficio propio y, con una ferocidad insólita, debilitaban a las huestes rivales con una lluvia de saetas antes de cargar, sin ningún tipo de formación, sobre el enemigo. En la lucha cuerpo a cuerpo se sabían superiores pues su mayor movilidad y falta de escrúpulos les hacían temibles.

Volviendo al conflicto siciliano, tras la firma del Tratado de Caltabellotta (1302), muchos almogávares se quedaron sin trabajo. Fue entonces cuando surgió la *Magna Societas Catalanorum* o Gran Compañía Catalana de Oriente, un ejército mercenario liderado por el antiguo templario Roger de Flor, que pronto encontró nuevos retos al servicio del emperador bizantino Andrónico II Paleólogo. Era una tropa heterogénea, el grueso de la milicia lo formaban gente de la Corona de Aragón, especialmente catalanes, pero también había sicilianos, calabreses, occitanos, e incluso griegos o turcos.

En septiembre de 1303, una hueste de seis mil quinientos almogávares entraba triunfalmente en Constantinopla, donde fueron agasajados por el emperador Andrónico con generosas soldadas. Su líder, Roger de Flor, recibió el título de megaduque, la dignidad más alta después de la de emperador, y casó con la princesa bizantina María Asenina. A partir de aquí empezó un alud de victorias contra la amenaza turca que permitieron a los cristianos recuperar Asia Menor en un tiempo record: los almogávares ya eran una leyenda.

Sin embargo, las campañas victoriosas de los almogávares despertaron los recelos de la corte bizantina, que pasó a ver a la Gran Compañía como una amenaza capaz de crear su propio imperio. Todas las sospechas se confirmaron cuando Roger de Flor recibió el título de césar del Imperio en 1304. Entonces, una conspiración palaciega, liderada por el hijo del emperador Miguel, planificó acabar con los almogávares en todos los recodos bizantinos.



Entrada de Roger de Flor en Constantinopla, obra del pintor malagueño José Moreno Carbonero en 1888. Para poder pintar este óleo de grandes dimensiones, el artista trasladó el lienzo a la plaza de toros de Málaga, donde desfilaron algunos de sus amigos como modelos. El Senado español, autor del encargo, lo recompensó con cuarenta mil pesetas.

El complot tuvo lugar el 5 de abril de 1305 en Adrianópolis, cuando el propio emperador organizó un banquete en honor a Roger de Flor y sus capitanes. Aprovechando la relajación de los almogávares, una cuadrilla de griegos y alanos asesinó sin reparos a todos los asistentes. A su vez, todos los enclaves almogávares del imperio fueron atacados con la esperanza de que, faltos de líderes, se rindieran.

Lejos de capitular, los supervivientes se atrincheraron en Gallípoli, su cuartel de invierno, y tras asegurar la defensa de la fortaleza empezó la llamada «Venganza Catalana». Movidos por la ira, su crueldad no tuvo límites. Devastaron pueblos y ciudades de las regiones de Tracia y Macedonia sin respetar vida alguna, sembrando el pánico entre los bizantinos, que sólo estaban seguros en la inexpugnable Constantinopla. Tampoco escaparon de su rabia los alanos, cómplices de la muerte de Roger de Flor, los cuales, sabedores de lo que les esperaba, prefirieron matar ellos mismos a sus hijos y esposas.

Mientras el grueso de las tropas almogávares derrotaban al ejército bizantino, el almirante genovés Antonio Spínola asedió de nuevo Gallípoli en julio de 1306. Ramón Muntaner, cronista y entonces administrador de la ciudad, recuerda cómo en su interior sólo quedaban mujeres, niños y poco más de un centenar de guerreros para defender la fortaleza. Falto de recursos, Muntaner decidió armar a las mujeres, que contra pronóstico rechazaron diversos ataques enemigos ante el estupor de los genoveses. Como en tantas ocasiones, las gestas de los almogávares volvieron a pasar a la épica cuando, en un ataque relámpago, Muntaner y los pocos supervivientes de Gallípoli abrieron las puertas de la ciudad para lanzarse sobre Antonio Spínola y sus jinetes, acabando con la vida del caudillo genovés.



El castillo de Gallípoli, situado en la hoy ciudad turca de Gelibolu, fue escenario de la resistencia almogávar que durante el asedio prefirió hundir sus naves para evitar la tentación de huir y, de este modo, luchar hasta la muerte contra los bizantinos.

La Gran Compañía se había convertido en lo que algunos historiadores han calificado como una «república de soldados». Tras zanjar algunas discrepancias internas, los almogávares decidieron prestar sus servicios a un nuevo postor: el barón de origen franco Gualterio V de Brienne, duque de Atenas, que en 1310 requirió su auxilio para solventar disputas fronterizas con sus vecinos.

En una campaña de seis meses, los almogávares recuperaron más de treinta castillos para Gualterio, su nuevo amo. Pero la historia volvía a repetirse, acabado el trabajo, el duque de Atenas quiso desprenderse de los almogávares pagándoles sólo una parte del sueldo. Traicionados de nuevo sin explicación alguna, la Gran Compañía volvería a vengar su honor venciendo a la poderosa caballería feudal franca el 13 de marzo de 1311 en la batalla del río Cefís, cerca del lago Copais, en la actual provincia griega de Beocia.

Algunos historiadores la han calificado como una de las batallas más extraordinarias de la historia. En ella, unos almogávares en clara inferioridad numérica plantaron cara a su antiguo señor, el duque Gualterio de Brienne, desviando el curso del río Cefís y creando unas marismas artificiales, disimuladas por hierbajos de los alrededores. La trampa dejaba a los almogávares sin retirada pero sólo permitía al enemigo un ataque frontal. Cuando la selecta caballería franca apareció en el horizonte, interpretó tan clara su superioridad que quiso acabar por la vía rápida y lanzó un ataque dispuesto a aniquilar a sus rivales. Fue entonces cuando el peso de sus armaduras les hundió en el camuflado lodo y los almogávares se libraron a aquello que mejor sabían hacer, exterminar a su enemigo sin dejar supervivientes. La victoria fue tan rotunda que el ducado de Atenas pasó a manos de la Gran Compañía. Por fin los almogávares dejaban de ser un ejército nómada.

A continuación, en 1319, expandieron sus dominios hacia la ciudad de Tebas y la provincia griega de Tesalia, convirtiendo esta última en el ducado de Neopatria. Ambos territorios fueron puestos voluntariamente bajo el vasallaje nominal de los reyes de Sicilia, sus señores iniciales. Era un lento final de trayecto, los almogávares buscaban la estabilidad que nunca habían tenido pero sus vecinos griegos, los barones francos y el mismísimo papado los continuaban viendo como unos intrusos indecorosos. Todos ellos no estaban dispuestos a dar las antiguas disputas por resueltas y,

lentamente, los almogávares fueron perdiendo pedazos de su territorio.

Por paradójico que pueda parecer, en 1380 el rey aragonés Pedro IV el Ceremonioso, en virtud de su matrimonio con Leonor de Sicilia, proclamó la incorporación perpetua de los ducados de Atenas y Neopatria a la Corona de Aragón. Por entonces, la bandera catalano-aragonesa ya sólo ondeaba en la Acrópolis de Atenas, definida por el monarca como «la joya más preciada del mundo, tanto que difícilmente todos los reyes cristianos juntos podrían construir otro igual».

Pero pronto la situación se hizo insostenible, las tropas florentinas del duque Nerio Acciaioli asediaron durante quince meses el castillo de Cetines, la fortaleza medieval que englobaba los templos del Partenón y el Erecteo. Tras una resistencia agónica y abandonada por Pedro IV de Aragón a su suerte, finalmente, la ciudad capitulaba el 2 de mayo de 1388 y el ducado de Atenas dejaba de existir. Neopatria caería dos años después: era el final de la epopeya almogávar en Oriente y el de uno de los episodios más sorprendentes de la historia militar medieval.

EVOLUCIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA DURANTE LA EXPANSIÓN

El siglo XIII y los primeros años del XIV significaron para la Corona de Aragón el cénit de la expansión demográfica y económica en el mundo rural. Esta tendencia fue acompañada paralelamente por un crecimiento urbano que progresivamente se impuso como centro de poder político, social y cultural.

A pesar de no disponer de datos fiables que permitan aportar cifras exactas, hay un cierto consenso entre los historiadores al afirmar que a finales del siglo XIII la Corona de Aragón tenía una población que rondaba el millón de habitantes.

Según estos estudios, Cataluña sería el territorio más poblado con quinientos mil habitantes y en ella florecían prósperas ciudades como Barcelona, Perpiñán, Gerona, Lérida o Tortosa. Por entonces, la capital catalana albergaba alrededor de cincuenta mil almas, una cifra muy respetable si la comparamos con otras grandes ciudades mediterráneas como Venecia, que hospedaba unas setenta mil.

La demografía aragonesa estaría alrededor de los doscientos cincuenta mil individuos, con una población urbana inferior a la catalana pero que rondaría el 15 % del total. Sobresalían núcleos como Zaragoza, Huesca, Teruel, Calatayud, Daroca o Monzón con un gran desarrollo mercantil que contrastaba con amplias zonas desérticas en el valle medio del Ebro.

En cuanto a Valencia, con toda probabilidad, no superaba los doscientos mil habitantes, y presentaba un elevado grado de movilidad debido a la repoblación del territorio con gente procedente de las tierras del norte de la Corona. Por lo que respecta a las Baleares, la totalidad de su demografía no era superior a los cuarenta mil individuos, en su mayoría concentrados en la ciudad de Mallorca.

Desde el punto de vista étnico y religioso, minorías como la población judía estuvieron presentes en las principales villas de la Corona de Aragón con cifras que algunos autores han situado entre el 3 y el 4 % del total de habitantes. A menudo, los judíos, recluidos en barrios separados llamados *aljamas* o *calls*, ocuparon cargos relevantes en la administración regia como administradores del patrimonio de la corona. Su fama de buenos gestores y la necesidad del monarca de acceder a

créditos rápidos para financiar su política exterior les confirieron un papel significativo.

Durante el siglo XIV la comunidad judía también destacó en Cataluña por tener una importante escuela de iluminación de manuscritos. Concretamente destacaban las *Haggadah* o libros utilizados por los judíos durante las cenas de Pascua. Entre sus obras más sobresalientes podemos destacar la *Golden Haggadah*, con quince suntuosas miniaturas y actualmente conservada en el Museo Británico de Londres, o la *Kaufmann Haggadah*, hoy custodiada en la Academias de las Ciencias de Budapest. Pero sin duda, la más famosa de todas es la *Haggadah de Sarajevo* cuyas miniaturas ilustran la vida y las costumbres de los judíos catalanes a mediados del siglo XIV. Esta joya de la literatura medieval llegó a los Balcanes tras la expulsión de los sefardíes en 1492, y sobrevivió tanto a la avaricia de los nazis como a la guerra de Bosnia de principios de la década de 1990.

En el segundo tercio del siglo XIV, coincidiendo con la crisis bajo medieval, creció la animosidad de los cristianos contra la comunidad judía, considerada entonces la causante de todas las desgracias. Sin embargo, el odio hacia los judíos ya había empezado a manifestarse en tiempos de Pedro III el Grande, cuando en el Privilegio de 1283 prohibió que los judíos ocuparan cargos de gobierno por encima de los cristianos, cediendo a las presiones de la nobleza aragonesa. Pronto empezaron a difundirse calumnias de crímenes rituales, como la falsa noticia de que en Zaragoza los judíos habían dado muerte a un niño cristiano y le habían arrancado el corazón y el hígado en 1294. Incluso las autoridades municipales llegaron a contratar a un mago para que encontrara al niño, hecho duramente recriminado por el rey Jaime II cuando se demostró la falsedad de las acusaciones. La ola antisemita alcanzó su cota máxima con el asalto a las juderías de 1391, pero de ello hablaremos con más detenimiento en el próximo capítulo.



La *Haggadah de Sarajevo* escapó a las garras de los servicios secretos nazis gracias a un bibliotecario que, arriesgando su propia vida, la sacó del Museo Nacional de Sarajevo. Durante la guerra de Bosnia sobrevivió a las bombas al ser custodiada en la caja acorazada de un banco. En la primera página de este precioso manuscrito del siglo XIV podemos apreciar el escudo de los reyes de la Corona de Aragón.

Otro grupo minoritario fue el de los mudéjares o musulmanes que siguieron viviendo en la Corona de Aragón después de la conquista cristiana. Estos se concentraban en la franja sur del Ebro, las cuencas de los ríos Jiloca o Jalón y sobretodo en el tercio meridional del reino de Valencia. De inicio, la práctica del islam fue tolerada y ejercida públicamente gracias a los pactos de la población musulmana con Jaime I el Conquistador y sus descendientes. Pero las revueltas de los mudéjares valencianos crearon una tensión social de difícil solución que culminó con expulsiones y deportaciones forzadas.

Durante el reinado de Jaime II, coincidiendo con la cruzada contra Almería, se vivieron algunos episodios violentos contra los mudéjares en el reino de Valencia. En 1309 fue asaltada la morería de la capital del Turia, fruto sin duda de esta animosidad ejercida contra las minorías religiosas. A ello hay que añadir los sucesos de Elche en 1316, cuando un grupo de jóvenes cristianos, ante el rumor de un ataque nazarí, incitaron a la población cristiana de la villa a lanzarse contra la morería al grito de «al raval, al raval». Los hechos motivaron una carta muy dura de Jaime II exigiendo al gobierno municipal de Elche la protección de sus vasallos musulmanes. Pero la animadversión era mutua pues los habitantes de Cocentaina, una ciudad del norte de la actual provincia de Alicante, se alarmaron al oír cómo los niños musulmanes jugaban al grito de «mueran estas sabandijas, mueran los cristianos». Por fortuna, las autoridades locales pudieron contener el asalto a la morería en 1331.

Las ciudades fueron el crisol donde se fundieron estas minorías religiosas con una oleada de campesinos llegados de las zonas rurales en busca de una vida mejor. Aunque en los siglos XII y XIII las ciudades todavía tenían un aspecto muy rústico, rodeadas de campos, huertos y viñas, fue entonces cuando empezó el imparable ascenso de la burguesía urbana. Aprovechando su posición privilegiada, esta aristocracia urbana impulsó la institucionalización de los municipios, haciéndose con el control de su gobierno. Durante el reinado de Jaime I, un reducido grupo de ciudadanos, perteneciente a los linajes más influyentes, copó los cargos del Consell de Cent o Consejo de Ciento en la ciudad de Barcelona. Esta institución de autogobierno de la capital catalana debe su nombre a sus cien miembros, aunque el número fue variando con el paso del tiempo.

Ahora bien, el grueso de la población urbana la integraban los menestrales, que se dedicaban a elaborar todo tipo de productos de forma artesanal. El trabajo se realizaba en la planta baja de los edificios y normalmente de cara al público. En el resto de plantas de la casa vivía la familia del maestro, que en algunas ocasiones hospedaba a los aprendices o los esclavos. A partir de la segunda mitad del siglo XIII, los artesanos de un mismo oficio se agruparon en cofradías para dar solución a problemas comunes. Cada asociación tenía un santo patrón y los cofrades pagaban una cuota con fines básicamente asistenciales. Pero con el paso del tiempo, estas corporaciones evolucionaron hacia la defensa de sus intereses económicos y la regulación de la práctica laboral.

El desarrollo urbano creó tensiones sociales hasta entonces desconocidas pero muy ligadas al abastecimiento de productos de primera necesidad. Si a las hambrunas en tiempos de crisis añadimos los abusos de poder del patriciado que gobernaba las ciudades, podemos entender que las clases populares fueran las primeras en sublevarse. Así sucedió en marzo de 1285 cuando los menestrales de Barcelona, liderados por Berenguer Oller, se alzaron contra los patricios que controlaban el gobierno municipal. Tras unos días de incertidumbre, el alzamiento fue sofocado y Oller, junto a otros líderes rebeldes, fue ejecutado y arrastrado por las calles.



La fachada gótica del ayuntamiento de Barcelona, sede del *Consell de Cent*, es obra del maestro Arnau Bagués, en 1399. Sin embargo, el arco de la puerta principal de esta joya arquitectónica actualmente está doblado debido a la reforma del edificio que, a mediados del siglo XIX, proyectó una nueva fachada neoclásica que daba a la plaza San Jaime. Las protestas ciudadanas consiguieron evitar el derribo de la fachada gótica pero quedó mutilada para siempre.

Quizás uno de los aspectos más visibles del dinamismo urbano de la Corona de Aragón fue la ampliación de las rutas comerciales. Los itinerarios más habituales unían los puertos de Barcelona, Valencia y Mallorca con el norte de África para la compra de oro y esclavos, Sicilia y Cerdeña para el transporte de cereales y sal, el Imperio bizantino para el comercio de algodón y especias, las ciudades de ultramar de Damasco, Tiro o Alejandría para la importación de los lujosos productos de la ruta de las especias, y las ciudades del Atlántico norte hasta Brujas donde se redistribuían los productos llegados de Oriente.

Para defender los intereses comerciales de los catalanes, en 1279, el rey Pedro III el Grande concedió a la ciudad de Barcelona el privilegio del Consulado del Mar. Esta institución era un instrumento para que los mercaderes pudieran defender sus intereses comerciales ante un tribunal con jurisdicción penal sobre causas marítimas y mercantiles. Al poco tiempo los tribunales del Consulado del Mar se ampliaron a otras ciudades portuarias de la Corona de Aragón como Valencia (1283), Mallorca (1326), Tortosa (1363) o Gerona (1385).

De todos modos, a pesar del auge de las ciudades, la inmensa mayoría de la población continuaba siendo campesina, aunque con significativas novedades respecto épocas anteriores. Cabe destacar que la incorporación de nuevos territorios como Valencia, Mallorca o el bajo Ebro favoreció la migración de colonos cristianos en busca de condiciones de vida más ventajosas. Pero esta tendencia alertó a la nobleza catalana y aragonesa, que incrementó el control sobre sus vasallos para evitar fugas sin recibir compensación alguna.

En este cambio de coyuntura, los señores feudales asentaron su poder en los derechos sobre la propiedad de la tierra cultivada, pero también practicaron una descarada usurpación de las funciones públicas que hasta entonces había venido ejerciendo el Estado. En la práctica, la nobleza coaccionaba a los campesinos sometiéndoles a diferentes grados de subyugación para conseguir su adscripción a la tierra y que no pudieran emigrar hacia las nuevas conquistas en busca de una vida mejor.

A partir del siglo XII, en Cataluña y el reino de Aragón los señores feudales sometieron a sus vasallos a abusos desmedidos con toda impunidad. Además, las comunidades campesinas quedaron totalmente desprotegidas cuando, en 1202, las Cortes de Cervera aprobaron el privilegio del *ius maletractandi*, que reconocía a la nobleza el derecho de maltratar a sus vasallos. Este aplastante poder quedó reflejado en las Observancias del reino de Aragón, es decir, las recopilaciones de los foristas basadas en la costumbre, que se expresaban en estos duros términos: «Según costumbre del reino de Aragón, los nobles y otros señores de lugares, que no son de iglesia, pueden libremente tratar bien o mal a sus vasallos y quitarles sus bienes sin posibilidad de apelación. Y en estos asuntos no puede entrometerse el señor rey». Estas servidumbres contrastaban con las mejores condiciones que los campesinos consiguieron en la colonización del bajo Aragón, la Cataluña Nueva, Valencia o Mallorca durante los siglos XII y XIII al amparo del poder real.

En definitiva, se puede afirmar, sin lugar a dudas, que la expansión de la economía aportó cambios profundos en las estructuras sociales de la Corona de Aragón. La díscola nobleza que se había

enfrentado al joven Jaime I o a Pedro III parecía apaciguada tras reafirmarse sus derechos con el Privilegio General y las cortes de 1283; a la vez que se desahogaba con las conquistas de Mallorca y Valencia. Por su parte, la Iglesia había encontrado en la lucha contra el infiel y la voluntad divina el argumento perfecto para seguir aumentando sus rentas. Sin embargo, estos dos estamentos ahora estaban amenazados por una floreciente burguesía mercantil apoyada, a su vez, por la realeza, que pretendía poner fin a las ambiciones nobiliarias.

CRONOLOGÍA

1279 d. C.	Pedro III el Grande concede a la ciudad de Barcelona el privilegio de crear el Consolado de Mar.
1282 d. C.	Revuelta de las «Vísperas Sicilianas» contra la ocupación francesa de la familia de los Anjou.
1283 d. C.	Concesión del Privilegio General a la nobleza aragonesa. Cortes de Barcelona, donde se institucionaliza el pactismo como sistema político.
1285 d. C.	Cruzada contra la Corona de Aragón dirigida por el rey francés Felipe el Atrevido.
1285-1286 d. C.	Alfonso III el Liberal ocupa la isla de Mallorca en manos de su tío Jaime como represalia por su colaboración con los cruzados franceses.
1287 d. C.	Alfonso III invade la isla de Menorca y se la arrebata a los musulmanes.
1291 d. C.	Prematura muerte del rey Alfonso III el Liberal que deja en papel mojado el Tratado de Tarascón.
1295 d. C.	Paz de Anagni por la que Jaime II restituye Sicilia a la Santa Sede y el reino de Mallorca a su tío.
1302 d. C.	Tratado de Caltabellota que pone fin a las hostilidades en la isla de Sicilia.
1303 d. C.	Los almogávares entran en Constantinopla para ponerse al servicio del emperador bizantino Andrónico II Paleólogo.
1305 d. C.	Asesinato de Roger de Flor y sus capitanes en Andrinópolis.
1307 d. C.	El rey francés Felipe IV el Hermoso ordena la detención de todos los caballeros templarios.
1311 d. C.	Batalla del río Cefís, donde los almogávares vencen a la poderosa caballería franca del duque Gualterio de Brienne.
1312 d. C.	El Concilio de Tarragona absuelve a los templarios de la Corona de Aragón, que reciben una pensión vitalicia.
1323 d. C.	Una flota dirigida por el infante Alfonso, futuro Alfonso IV el Benigno, parte rumbo a Cerdeña.
1324 d. C.	Victoria de Lucocisterna contra los pisanos en la lucha por el dominio de la isla de Cerdeña.
1327 d. C.	Muerte del rey Jaime II el Justo, que es enterrado en el monasterio de Santa María de Santes Creus junto a su esposa Blanca de Anjou.
1380 d. C.	Pedro IV incorpora los ducados de Atenas y Neopatria a la Corona de Aragón.
1388 d.	Conquista de Atenas por los florentinos, mientras que Neopatria resistió hasta 1391. Era el

C. fin del dominio de los reyes de la Corona de Aragón sobre estos territorios.

Los inicios de la decadencia: los reinados de Alfonso IV el Benigno y Pedro IV el Ceremonioso

Antes de morir, el rey Jaime II tuvo la fortuna de encontrar en el tercer hijo de su unión con Blanca de Anjou a un valioso heredero. El infante Alfonso, más tarde Alfonso IV el Benigno y héroe en la conquista de Cerdeña, era un hombre maduro de veintiocho años que de su primer matrimonio con Teresa de Entenza ya había obtenido cuatro hijos varones que le garantizaban el futuro de sus dominios.

De este primer matrimonio del entonces infante Alfonso, se afirma que fue uno de los más estables y felices de cuantos hubo en la dinastía de los reyes de la Corona de Aragón. El mismísimo Ramón Muntaner no dudó en agasajar en su crónica a Teresa de Entenza con estas palabras: «El infante Alfonso tuvo por mujer una las más gentiles mujeres de España que hija de rey no era [...] y fue de las más sabias mujeres del mundo, que de su sabiduría se podría hacer un gran libro, y fue muy buena cristiana, e hizo mucho bien en su vida y honor a Dios». Sin embargo, no todo fueron alegrías y el infortunio se cebó sobre Teresa de Entenza que murió el 28 de octubre de 1327, cinco días antes de poder coronarse reina.

A pesar de la aflicción por la muerte de su esposa, Alfonso IV fue investido rey de la Corona de Aragón en la ciudad de Zaragoza con una espléndida ceremonia. No se escatimaron recursos en las celebraciones, tal y como lo narra el antes mencionado Ramón Muntaner, que asistió al evento en calidad de delegado de la ciudad de Valencia, «tomaría [Alfonso IV] la corona bendita y venturosa con la mayor solemnidad y fiesta con que lo haya verificado jamás rey alguno en España, ni en otras provincias, que yo sepa».

Acto seguido, en 1329, Alfonso IV decidió contraer un nuevo matrimonio con Leonor de Castilla, la misma mujer que años atrás su hermano Jaime había plantado en el altar para tomar los hábitos monacales. Esta unión pretendía reparar las maltrechas relaciones con la vecina Castilla y preparar una expedición conjunta para conquistar el reino de Granada. Para financiar la campaña que se avecinaba, se solicitó ayuda al papado, y a la ansiada cruzada se unieron varios príncipes europeos. Sin embargo, el proyecto nunca llegó a prosperar pues, en 1331, Castilla y Granada firmaron la paz sin contar con el beneplácito del rey aragonés. Este hecho fue muy criticado por voces extranjeras como la del cronista Richard Lescot, un monje del monasterio francés de Saint Denis, cerca de París, quien recordaba cómo «muchos nobles, príncipes y barones, [...] se preparaban para partir al reino de Granada en auxilio de los cristianos, pero, a pesar de ser empujados por el fervor de la fe, fueron engañados porque el rey de España había concedido treguas a los musulmanes, las cuales muchos dicen que se habían concedido corrompidas por el dinero», en clara alusión a la actitud del rey castellano Alfonso XI.

Los preparativos de la fallida cruzada contra Granada impidieron al rey ocuparse de otro asunto que también reclamaba su atención: la rebelión de los sardos alentada por la República de Génova. En 1325 las ciudades de Sassari y Cáller se levantaron en armas contra la autoridad del monarca

aragonés por el mal gobierno y los abusos de los funcionarios reales. Detrás del motín estaba la mano negra de las republicas italianas de Pisa y Génova, que querían minar los intereses de la Corona de Aragón en el Mediterráneo occidental. El conflicto fue reprimido de forma sangrienta por Alfonso IV, que arrasó las ciudades insurrectas, expulsó a la mayoría de su población y las repobló de catalanes, valencianos y aragoneses. Los problemas no acabaron aquí, como veremos más adelante, los sardos nunca aceptaron el dominio catalano-aragonés y la isla se convirtió en una pesada carga, desde el punto de vista económico y humano.

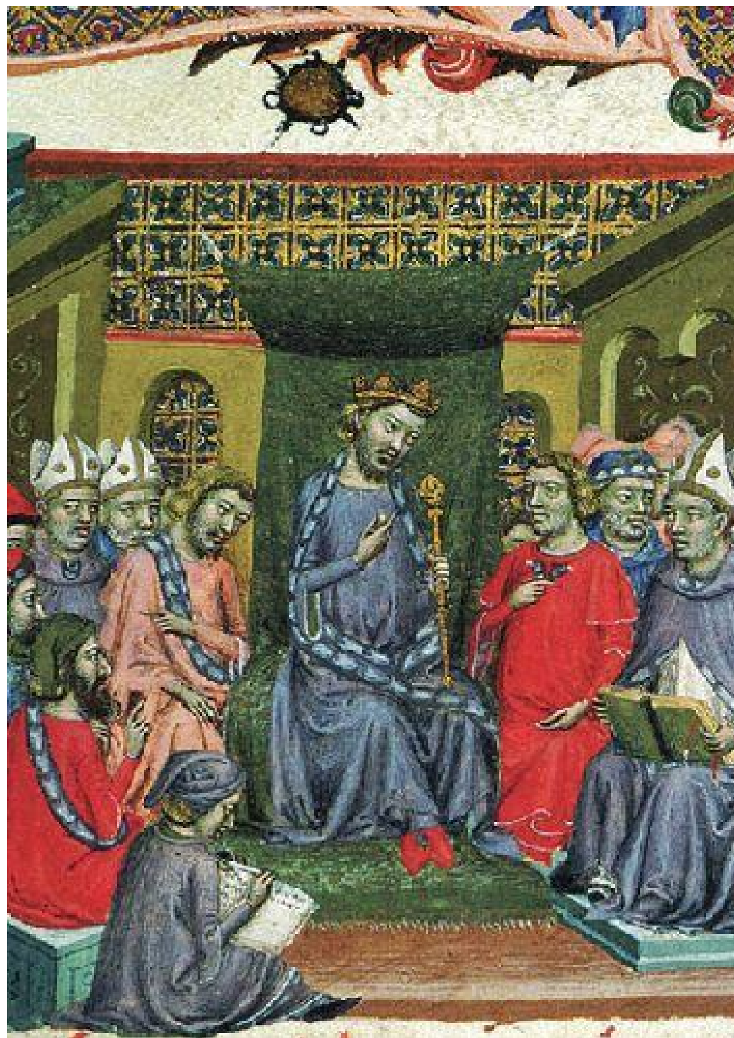
Mientras tanto, su segunda esposa, Leonor de Castilla, se mostraba como una mujer dominadora y autoritaria. Tras alumbrar a dos hijos varones, la reina presionó a Alfonso IV para que les cediera importantes dominios en el reino de Valencia. Esta decisión no gustó al heredero Pedro, hijo del primer matrimonio con Teresa de Entenza y futuro Pedro IV el Ceremo-nioso, ni a las villas afectadas, que se quejaron enérgicamente al monarca recordándole que «cada uno de nos somos tanto como vos, pero todos juntos mucho más que vos».

En 1333, ante la amenaza de una insurrección popular valenciana el rey claudicó inmediatamente en sus intenciones. Pero Leonor de Castilla, visiblemente irritada, le recriminó que «esto no lo consentiría el rey Alfonso de Castilla, nuestro hermano, porque él los degollaría a todos», en alusión al diferente trato que habrían recibido los rebeldes en el vecino reino peninsular. La respuesta de Alfonso IV no se hizo esperar y ha sido interpretada por los historiadores como un testimonio de la política pactista de la monarquía aragonesa hacia sus súbditos:

> Reina, reina, nuestro pueblo es libre, y no está sojuzgado como el pueblo de Castilla, porque ellos me tienen a mí como a Señor y nosotros a ellos como buenos vasallos y compañeros.

Otro elemento conflictivo en el reino de Valencia era la dualidad de los fueros, es decir, las normas que rigen la vida común y el ordenamiento del territorio. En este episodio, la voluntad de la Corona era extender el fuero de Valencia como una ley única para todo el reino, pero topó con la oposición de parte de la nobleza que no estaba dispuesta a renunciar al fuero de Aragón. Las Cortes de 1329 y 1330 no solucionaron definitivamente el asunto, pues el rey Alfonso IV reconocía el fuero de Valencia como universal para todos los habitantes del reino, pero también reconocía el derecho a mantener el fuero de Aragón a aquellos que no quisieran renunciar a él. Esta actitud conciliadora buscaba evitar enfrentamientos con la poderosa nobleza aragonesa, todo un preludio de lo que pasaría años más tarde en tiempos de Pedro IV el Ceremonioso.

Resumiendo, a Alfonso IV el Benigno le había tocado ceñir la corona en unos tiempos de profunda convulsión política y económica. Su delicada salud le arrebató la vida en plena juventud y murió en Barcelona el 27 de enero de 1336. Dos meses antes de la muerte del rey, su segunda esposa, Leonor de Castilla, le había abandonado huyendo hacia Castilla junto a sus dos hijos, escapando de las posibles represalias de Pedro IV, ahora nuevo rey de la Corona de Aragón.



Miniatura de Alfonso IV el Benigno presidiendo las Cortes en la tarraconense villa de Montblanc (1333). Las Cortes establecidas por Pedro III el Grande en 1283 han sido consideradas un modelo de parlamento medieval a pesar de que no estaban representadas todas las capas sociales.

Años atrás, nadie hubiera creído que aquel infante sietemesino y de poca estatura, bautizado como Pedro, pudiera sobrevivir a sus hermanos y acabara convirtiéndose en el sucesor de su padre al frente de la Corona de Aragón. Aunque acomplejado por su constitución enfermiza, a los dieciséis años ya gobernaba con autoridad los destinos de un reino plagado de dificultades. Por desgracia, el panorama no era nada halagüeño, las relaciones con los vecinos reinos de Mallorca y Castilla eran tensas y, en 1333, tras una pésima cosecha, había aparecido el hambre causando una gran mortandad: era la antesala de la crisis bajomedieval que tan duramente azotó la Europa del siglo XIV.

Pero la mala coyuntura no arrugó la ambición de Pedro IV el Ceremonioso durante los primeros años de su reinado. Obsesionado con recuperar la integridad territorial de la Corona de Aragón, perdida tras el testamento de Jaime I setenta años atrás, lanzó sus garras sobre el reino insular de Mallorca, entonces en manos de su cuñado Jaime III. El rey aragonés aprovechó la primera ocasión que pudo para desposeer a Jaime III de sus territorios, que también incluían los condados de Rosellón y Cerdaña al norte de Cataluña.

Pretextando que su cuñado había incumplido sus deberes de vasallaje, Pedro IV invadió el reino insular en 1343, sin encontrar demasiada resistencia, y obligó a Jaime III a arrodillarse ante él, besándole la mano. Lejos de aceptar la derrota, Jaime III se refugió en el último dominio que le quedaba, la villa de Montpellier, que fue empeñada al rey de Francia para reunir el dinero suficiente

con el que reclutar un nuevo ejército. En 1349, Jaime III desembarcaba en el mallorquín puerto de Pollensa con una hueste de mercenarios sin saber el trágico final que le esperaba. El 25 de octubre de ese mismo año, el rey mallorquín murió decapitado por un almogávar en la batalla de Llucmajor. Era un trágico final para una dinastía mallorquina que sólo había durado tres generaciones, y el reino de Mallorca se incorporaba definitivamente a los dominios de la Corona de Aragón.



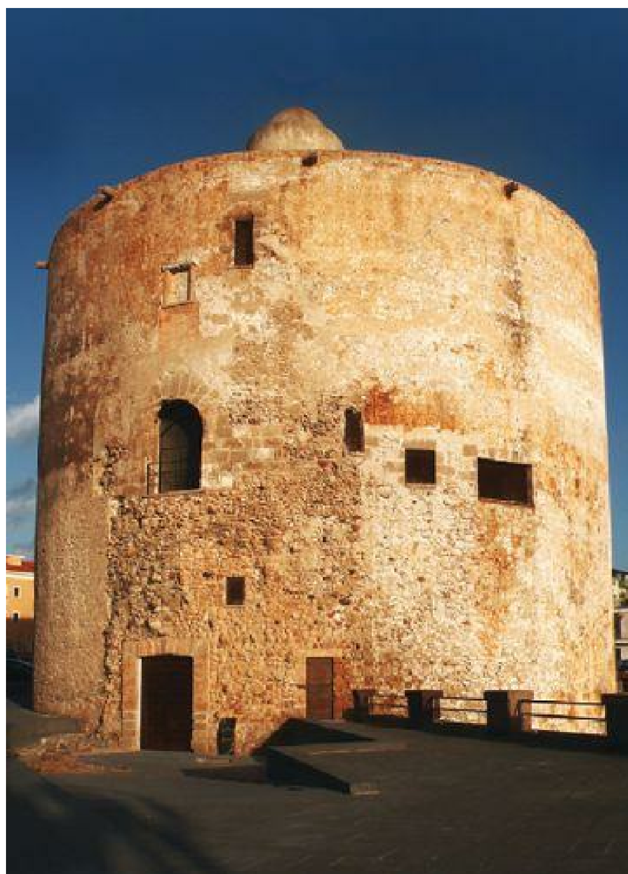
Óleo sobre lienzo de la batalla de Llucmajor, obra del pintor mallorquín Fausto Morell Bellet en 1902. Después de la batalla fue capturado Jaime IV de Mallorca, hijo y heredero de Jaime III con sólo once años de edad. El rey aragonés decidió encerrarlo en los castillos de Bellver y Játiva pero Jaime IV consiguió escapar en 1362. El resto de sus días intentó en vano recuperar el reino de su padre, hasta morir en extrañas circunstancias camino de Soria en 1375.

A la campaña de Mallorca siguieron diversas expediciones para sofocar las incesantes revueltas de la isla de Cerdeña. En 1347, la familia de los Doria, señores de la ciudad del Alguer, habían derrotado a las tropas catalano-aragonesas en la batalla de Turdo con la ayuda de los genoveses. Acto seguido, un resentido Pedro IV el Ceremonioso arrojó más leña al fuego aliándose con Venecia y el emperador bizantino contra la pendenciera Génova. Como cabía esperar, el 13 de febrero de 1352, tuvo lugar una gran batalla naval en el estrecho del Bósforo entre la flota genovesa de un lado y los navíos venecianos, bizantinos y catalano-aragoneses de otro. De resultado final incierto pero igualmente desastroso para ambos bandos, sabemos que tras todo un día de combates el almirante de la flota catalana murió de las heridas y sólo regresaron a puerto diez de las treinta galeras enviadas. Sin duda un peaje demasiado elevado para la ya desvalorizada política mediterránea del rey aragonés.

La lucha continuaba en Cerdeña, pero el antagonismo que sentían los sardos hacia la dominación catalano-aragonesa era irremediable y hacía la convivencia imposible. Tuvo que ser el mismo Pedro IV quien dirigiera la campaña para recuperar la ciudad de El Alguer, que sucumbió tras un largo asedio en 1354. Entonces, el rey decidió repoblar la ciudad de catalanes pero continuaba teniendo enormes dificultades para mantener su dominio sobre el resto de la isla. Poco después, en 1355, la situación dio un vuelco inesperado cuando Pedro IV decidió pactar una reconciliación con el juez de Arborea, la autoridad local sarda de entonces. A juicio del rey aragonés, la actitud hostil del rey

castellano Pedro I el Cruel aconsejaba regresar lo antes posible a los dominios peninsulares. Pero la paz sarda fue efímera y las constantes revueltas venideras sólo confirmaron, por un lado, la incapacidad de asegurar el control de la isla, cuyo gobierno se reducía a las ciudades de El Alguer y Sassari, y por otro, la imposibilidad de hacer rentable su explotación económica, prácticamente reducida al comercio de la sal.

Regresemos ahora a la península ibérica, donde la Corona de Aragón estaba a punto de vivir una de las guerras más sangrientas de la Edad Media de cuantas tuvieron lugar en lo que hoy es España. El enfrentamiento con Castilla, conocido como la *Guerra de los dos Pedros* porque enfrentaba al rey Pedro I el Cruel de Castilla y Pedro IV de la Corona de Aragón, fue largo y atroz, hasta llegar a límites insospechados. Hoy todavía es difícil saber con certeza quién empezó, pero al parecer la chispa que encendió la mecha saltó cuando Pedro I el Cruel exigió una reparación a los daños causados por el asalto catalán a unos navíos que transportaban mercancías genovesas al municipio gaditano de Sanlúcar de Barrameda. Ante la negativa del rey aragonés a compensar el agravio, los castellanos no tardaron en reunir sus tropas y abalanzarse sobre las Baleares y Tarazona.



Bastión de la ciudad sarda de El Alguer. A finales de 1354 su población había quedado muy reducida por el hambre y un largo asedio. Pedro IV el Ceremonioso decidió expulsar a los resistentes y repoblar la ciudad con colonos catalanes del Penedés y el campo de Tarragona. Actualmente la lengua catalana cuenta con el reconocimiento específico de las autoridades locales.

En realidad, los castellanos, que se sabían más fuertes, nunca habían digerido que Murcia y Alicante pertenecieran a la Corona de Aragón desde tiempos del rey Jaime II el Justo, y querían consolidar una salida al mar Mediterráneo que, creían, les pertenecía. Por su parte, Pedro IV el Ceremonioso, estimulado por sus éxitos recientes en Mallorca y Cerdeña denunciaba las ansias imperialistas sin escrúpulos de su vecino. Sin duda, ambos reyes sobreestimaban sus recursos y posibilidades en el inicio del conflicto en 1356.

Puede que los dos Pedros actuaran condicionados por una profecía apocalíptica del médico Arnau de Vilanova que hizo fortuna en aquellos tiempos. Según el vaticinio del *Vae mundum in centum annis*, compuesto entre 1297 y 1301, los reyes de la Península se enfrentarían entre ellos hasta la aparición del *nouvus David*, o 'nuevo David', que unificaría España, expulsando a los musulmanes, subyugaría África y conquistaría Jerusalén. Al parecer, el mensaje caló hondo en el imaginario del rey aragonés Pedro IV, pues este era un gran aficionado a los oráculos y, como resultado de sus visiones, escribió varios de ellos llegando a pronosticar la destrucción de su patria.

En un primer momento, las hostilidades se decantaron hacia el lado de Pedro I el Cruel, que puso en evidencia las limitaciones demográficas, económicas y militares de la Corona de Aragón. Pese a la escasez de referencias, sabemos que a finales del siglo XV Castilla tenía aproximadamente seis millones de habitantes frente al millón de la Corona de Aragón. Un desequilibrio de población que se antojaba decisivo en el desenlace final del conflicto.

Durante el transcurso de la guerra, numerosas fuentes atestiguan que se cometieron todo tipo de barbaridades. En algunos casos, para dificultar el abastecimiento del enemigo, ambos ejércitos se dedicaron a quemar cosechas, derrumbar puentes o molinos y a talar grandes extensiones de árboles que tardaron años en rehacerse. Además, los hombres y mujeres que caían prisioneros debían pagar cuantiosos rescates para ser liberados. Pero puede que el más salvaje de los legados de esta guerra fuera la legión de soldados mutilados, de manos o pies, por las filas enemigas sólo para evitar que estos pudieran volver a enrolarse.

A todo ello, la Guerra de los dos Pedros transcurrió a ritmo de treguas y tratados de paz incumplidos por ambos monarcas, siempre aprovechando la debilidad del contrincante. El uno y el otro procuraron alimentar con astucia rebeliones en el bando contrario: Pedro I el Cruel se alió en un primer momento con los infantes Fernando y Juan, hermanastros del rey aragonés. Por su parte, Pedro IV el Ceremonioso contaba con la ayuda de aspirantes a la corona castellana como Enrique de Trastámara, hermano bastardo de Pedro I el Cruel, o el infante Fernando, su hermanastro que se pasó de bando en 1357.

Uno de los momentos más dramáticos se vivió cuando la flota castellana asedió la ciudad de Barcelona, en julio de 1359, con la voluntad de infringir un castigo ejemplar a los catalanes. Sin embargo, Pedro IV se había preparado para lo peor movilizando a todos los ciudadanos y gente de los alrededores, tras invocar el *usatge* del *Princeps namque*, una potestad que tenía el rey de convocar a sus vasallos en caso de invasión del territorio. Por lo que se refiere al bando castellano, el mismo rey Pedro I el Cruel lideró la flota de treinta galeras que atacó Barcelona el 10 de julio. Los combates se prologaron dos días, y en el momento culminante del asedio las bombardas catalanas, armas de fuego prácticamente desconocidas hasta entonces, tuvieron un papel decisivo causando el pánico y el caos entre los castellanos que desistieron del cerco.

Entre 1362 y 1364, los dos contendientes reclutaron para su causa a las principales potencias europeas protagonistas de la Guerra de los Cien Años. El rey aragonés, consciente de que «aquello que había tardado en conquistar quinientos años lo podía perder en quince días», selló alianzas con las Compañías Blancas francesas de Bertrand du Guesclin. Mientras tanto, Pedro I el Cruel firmó acuerdos con los ingleses de Eduardo de Woodstock, apodado *el Príncipe Negro* por el color de su armadura. De esta forma, el conflicto peninsular se ligaba a la pugna europea iniciada en 1337.

La pugna fratricida castellana entre Pedro I el Cruel y el antes mencionado bastardo, Enrique de Trastámara, favoreció los intereses del rey aragonés. Al final, el 14 de marzo de 1369, las tropas de Pedro I el Cruel fueron derrotadas por su hermanastro en la batalla de Montiel, acontecida en la actual provincia de Ciudad Real. Al parecer, mientras se negociaba la paz en el mismo campo de batalla, una disputa entre los dos hermanos acabó con el asesinato de Pedro I a manos de Enrique de Trastámara. La guerra terminaba aquí, pero la paz no se firmaría hasta 1375, cuando Pedro IV llegó al acuerdo de renunciar a las zonas ocupadas por los castellanos, entre ellas Murcia, a cambio de ciento ochenta mil florines y mantener la integridad territorial aragonesa. Acto seguido, el acuerdo fue rubricado con la boda de la infanta Leonor de Aragón con Juan, hijo del Trastámara, un matrimonio de gran trascendencia histórica para los años venideros como veremos más adelante. En cualquier caso, esta guerra, más que nunca, había sido un conflicto inútil sin vencedores ni vencidos.

Recapitulemos ahora en el tiempo y fijemos nuestra atención en el turbio panorama interior con el que Pedro IV tuvo que lidiar hacia 1347. Por entonces, su primera esposa, María de Navarra, sólo había alumbrado niñas y el impaciente rey aragonés decidió proclamar heredera al trono a su hija Constanza, contraviniendo así la costumbre que excluía a las mujeres de la sucesión. Entre los afectados por la precipitada decisión estaba su hermano Jaime, que albergaba la esperanza de poder heredar la corona algún día. Con tal de presionar al rey, Jaime se alió con los nobles aragoneses, resucitando una renovada Unión de Aragón, aquella coalición que tantos quebraderos de cabeza había dado a los antecesores de Pedro IV. Un movimiento parecido, pero con una base más popular, se extendió por el reino de Valencia, donde fue seguido por la mayoría de las ciudades.

En agosto de 1347, el rey acudió a una convocatoria de Cortes en Zaragoza que resultó ser una encerrona. Los capitostes de la unión aragonesa apresaron a Pedro IV que, coaccionado, transigió en revocar los derechos sucesorios de su hija, conceder privilegios a los rebeldes y rehabilitar a su madrastra Leonor de Castilla. La crispación fue máxima cuando el impulsivo carácter del rey tildó de traidor al infante Jaime y lo desafió a un combate singular. Sin embargo, gracias a las gestiones del consejero regio Bernardo de Cabrera, el rey pudo volver a Cataluña y, tras unas semanas tan difíciles, alabó su regreso a «una tierra bendecida, poblada de libertad».

Aparentemente el rey aragonés se había resignado a aceptar el poder de las Uniones, pero todavía no había pasado la peor de las tormentas. En noviembre de 1347, el rey celebró sus terceras nupcias con Leonor de Portugal, a las que asistió el díscolo infante Jaime. Curiosamente, al día siguiente, su hermano murió en extrañas circunstancias que todavía se desconocen. Se ha especulado con la hipótesis de que fuera envenenado por el rey, pero cabe la posibilidad de que falleciera víctima de la peste negra, enfermedad que tantos estragos tenía que causar en la Corona de Aragón.

Acto seguido, los unionistas ofrecieron el liderazgo de la rebelión al hermanastro del rey, Fernando, que contaba con el beneplácito del monarca castellano. Mientras, la guerra civil se extendía y el bando realista sufría varias derrotas en territorio valenciano. El calvario se repetía cuando en la primavera de 1348 Pedro IV y su esposa eran presos en la capital del Turia contra su voluntad. El rey se vio obligado a reconocer al bastardo Fernando como heredero y consentir la creación del Justicia de Valencia, siguiendo el modelo aragonés. Llegados a este punto, la peste se sumó a las calamidades de la insurrección y se extendía como un reguero de pólvora por la ciudad de Valencia. Los unionistas, temerosos de poner en peligro la salud del rey, decidieron liberarlo y este huyó sorteando la pestilencia hasta la ciudad aragonesa de Teruel, donde le esperaba un ejército

comandado por el fiel noble aragonés Lope de Luna.

Sediento de venganza, el rey se abalanzó con su ejército sobre los unionistas aragoneses, que fueron derrotados el 21 de julio de 1348 en la batalla de Épila, en el llano de Plasencia, cerca de Zaragoza. Exultante de rabia, Pedro IV sacó su puñal con la intención de rasgar el pergamino de los privilegios aragoneses, con tan mala suerte, que se cortó sangrando abundantemente. Tras el accidente, el rey sentenció irónicamente que un privilegio que tanta sangre había costado no se podía romper sin derramar más. Con este resentido gesto también se ganó el sobrenombre de Pedro el *Punyalet*.

Vencida la unión aragonesa, el rey pudo enfrentarse a los unionistas valencianos, que también fueron derrotados el 9 de diciembre de 1348 en la batalla de Mislata. Acto seguido, Pedro IV castigó a los líderes sediciosos con una dureza legendaria. Un caso estremecedor fue el del capitoste Juan Sala, a quien, tras arrastrarlo por las calles de Valencia, le cortaron los puños y la lengua obligándole a beber el cobre fundido de la campana que los rebeldes tenían como símbolo. Cínicamente, el rey justificó la acción porque «era cosa justa que aquellos que la habían hecho construir, bebieran de su licor cuando fue fundida». Finalmente, en 1350 nació el infante Juan, futuro rey de la Corona de Aragón. De este modo, el problema de la sucesión, semilla del conflicto, quedaba resuelto.

Los últimos años del reinado de Pedro IV el Ceremonioso también estuvieron llenos de dificultades. Tras enviudar por tercera vez, en 1377 el rey tomó como nueva esposa a Sibila de Fortiá, una joven de veintisiete años perteneciente a la pequeña nobleza ampurdanesa que sedujo al monarca aragonés hasta el punto de casarse embarazada. El fuerte carácter de la nueva reina consorte volvió a sembrar la discordia en la corte, provocando disputas entre Pedro IV y los príncipes Juan y Martín que se negaron a asistir a la coronación de Sibila en 1381 o a las bodas de oro de Pedro como rey en 1386.

Al poco tiempo, el 5 de enero de 1387, el rey murió en Barcelona abandonado por todos. Incluso la intrigante reina Sibila de Fortiá había huido al castillo de San Martín Sarroca, en el alto Penedés, temerosa del primogénito Juan, que la odiaba con todas sus fuerzas. Sin duda volvía a repetirse el drama de la muerte del rey abandonado por sus más allegados, como sucedió con Alfonso IV el Benigno.



Retrato de Pedro IV el Ceremonioso atribuido al pintor valenciano Gonçal Peris en 1427 y actualmente conservado en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC). El rey aragonés también fue un hombre refinado, estudioso de la astrología y admirador de la arquitectura gótica. En 1359 mandó construir el Salón del Tinell, la sala de ceremonias del palacio mayor de Barcelona, bajo la dirección del arquitecto Guillermo Carbonell. Sabemos que consultó a los astrólogos para que la primera piedra fuera colocada en la fecha propicia.

En cualquier caso, los últimos años de Pedro el Ceremonioso también trascurrieron entre inauguraciones de edificios y mecenazgos literarios. El rey patrocinó la construcción de la iglesia gótica barcelonesa de Santa María del Mar, la ampliación de los astilleros de la capital catalana, la fortificación del monasterio de Poblet, convertido en panteón real con la presencia de los mejores artistas, o la ampliación del perímetro de las murallas de la ciudad de Barcelona, entre otros muchos ejemplos.

Así pues, a pesar de su carácter impulsivo y violento, Pedro IV también fue un hombre culto, orgulloso de sus obligaciones públicas. A él le debemos la redacción de la última de las cuatro grandes crónicas medievales catalanas, que bajo el nombre de *Crónica de Pedro el Ceremonioso* trata los asuntos centrales de su reinado sin callar las derrotas o humillaciones sufridas. Pero no solo eso, sensible al mundo de la cultura, también patrocinó la traducción de las obras del médico judío Maimónides o encargó al erudito franciscano Francesc Eiximenis la redacción de *Lo Crestiá*, (El Cristiano), un tratado de teología en lengua vulgar escrito entre 1379 y 1386 que ha consolidado al escritor catalán como uno de los más leídos, copiados y traducidos en su lengua.

Por último, su incesante actividad diplomática y militar disparó las necesidades pecuniarias regias para financiar sus campañas. Atenazado por el sistema parlamentario de la Corona de Aragón, que obligaba al rey a convocar Cortes para obtener dinero de sus vasallos a cambio de privilegios, en 1359 Pedro IV dotó de carácter permanente a la Diputación del General, una institución encargada de recaudar los tributos que las Cortes otorgaban al rey y velar por el cumplimiento de los acuerdos. Este organismo no sustituyó a las Cortes, pero sí que consolidó su carácter permanente en 1365 al recaudar nuevos impuestos, llamados *generalidades*, de aquí el nombre del órgano que actualmente gobierna las comunidades autónomas de Cataluña y Valencia.



Las *Drassanes* o Atarazanas Reales de Barcelona son un conjunto gótico de arquitectura civil del siglo XIII, ampliado durante el reinado de Pedro IV el Ceremonioso. Desde sus inicios se destinó a la construcción de galeras para la Corona de Aragón, y en su máximo apogeo fue capaz de albergar doce naves a la vez. Actualmente son la sede del Museo Marítimo de Barcelona.

EL HAMBRE Y LA PESTE NEGRA EN EL CAMPO Y LAS CIUDADES

Los tiempos en la Corona de Aragón estaban cambiando, y a juzgar por las dificultades que veremos a continuación, las cosas sólo podían ir a peor. Una de las primeras adversidades fue un ciclo de malas cosechas que disparó los precios del trigo en las ciudades y provocó alborotos populares ante la escasez de abastecimiento.

En Cataluña, el cronista contemporáneo Guillem Mascaró definió gráficamente el año 1333 como «*lo mal any primer*», es decir, 'el primer año en que las cosas se torcieron'. Concretamente, en la ciudad de Barcelona, la carestía de 1333 hinchó los precios del trigo hasta el punto que los representantes del gobierno municipal fueron atacados y los almacenes saqueados. La situación se calmó cuando llegaron al puerto naves cargadas de trigo, pero los responsables del tumulto, diez hombres, fueron ajusticiados.

Sin embargo, la pandemia más destructiva de la historia medieval europea estaba todavía por llegar: la temida peste negra, también conocida como la *muerte negra*. Esta terrible enfermedad infecciosa procedente de las estepas de Asia central se propagó por Europa a un ritmo vertiginoso a mediados del siglo XIV. Se rumoreaba que había llegado a occidente traída por comerciantes genoveses y pisanos cuyos barcos transportaron a las ratas y pulgas infectadas que tantos estragos

causaron entre la población.

Al parecer, el apelativo de *negra* se refería a las manchas oscuras que aparecían en la piel de los afectados debido a hemorragias subcutáneas. El transmisor más común de la infección fue la rata negra o ratón de campo, un roedor afable que tendía a vivir en casas o barcos, cuyas pulgas infectadas contagiaban a los seres humanos.

Entre las variantes más comunes de la peste negra se encontraba la peste bubónica, que se transmitía por el contacto directo con las ratas o la picadura de las pulgas, nunca por la respiración de los infectados, como falsamente se había hecho creer. El nombre de *bubónica*, en este caso, procede de los bubones o ganglios linfáticos que, acompañados de fiebre y vómitos, causaban mortandades de entre el 60 y el 90 % de los contagiados. Otra variante espantosa fue la peste pulmonar cuyos síntomas más habituales eran las dificultades para respirar, aparición de coloraciones azuladas por el cuerpo y expectoraciones sanguinosas. Se calcula que con la peste pulmonar las tasas de defunción alcanzaron el 95 % de los afectados.

En 1348 el mal de la peste negra llegó a la Corona de Aragón. Era el inicio de un cambio de tendencia que todos los historiadores han coincidido en definir con la palabra *crisis*. Una etiqueta que ha hecho fortuna para explicar la perplejidad y la angustia con que la población afrontó unas transformaciones demográficas, agrarias y económicas tan repentinas. De la enorme virulencia de la peste negra han quedado testimonios aterrorizados que la definían como «una enfermedad contagiosa que nuestro señor Jesucristo quiso enviar, por culpa de nuestros pecados, a algunas provincias y partes del mundo». Incluso el rey Pedro IV el Ceremonioso, que se hallaba en Valencia cuando estalló la pandemia, relataba cómo «creció tanto que, antes de mediados de junio, cada día morían trescientas personas». Ninguna clase social sorteó sus garras: El monarca aragonés escapó por los pelos en Valencia y estuvo cambiando constantemente de residencia para evitar las poblaciones afectadas. Menos fortuna tuvo su segunda esposa, Leonor de Portugal, que murió cerca de Jérica, en la actual provincia de Castellón.

En esta coyuntura depresiva, las calamidades se sucedían una tras otra en intervalos aproximados de ocho a diez años. Muestra de ello fue la nueva epidemia acontecida en 1363 y bautizada como la *mortaldat dels infants* o 'mortandad infantil'. Acto seguido, en 1371, llegó otro brote conocido por la *mortaldat dels mitjans* que afectó principalmente a los adultos.

A todo este cúmulo de desgracias le siguieron los estragos de la naturaleza. En julio de 1357 una plaga de langosta destruyó todas las cosechas comiéndose incluso los arbustos. Los habitantes de la tarraconense villa de Tortosa recuerdan que «ayunaron rezando a Dios que cesaran las langostas que eran en las partes de Castilla, Valencia y ahora en Tortosa, que devoraban los sembrados». Acto seguido, en 1373, un terremoto sacudió las poblaciones catalanas de Tortosa, Cervera, Perpiñán o Barcelona con una virulencia tal que «las naves eran levantadas por las aguas y se derrumbó el campanario de Santa María del Mar [Barcelona]». Y por si fuera poco, en agosto de 1358 la ciudad de Valencia vivió una inundación en la que «vino el río tan grande que derrumbó los puentes y cerca de mil casas y murieron unas cuatrocientas personas».

De este modo, la coincidencia en el tiempo de tantas fatalidades disparó la carencia de grano en toda la Corona de Aragón y apareció una desnutrición generalizada sobre la que se cebaron más las enfermedades. Esta debilidad disparó la mortandad en ciudades como Barcelona que contó diez mil

muertos de una tacada, cuando entonces rondaba sólo las cincuenta mil almas. Pese a la escasez de referencias demográficas exactas, las pérdidas de población oscilaron entre el 30 y el 60 %, según el territorio.



El triunfo de la muerte es una de los óleos más conocidos del pintor holandés Pieter Brueghel, considerado uno de los maestros del siglo XVI. Esta panorámica de la muerte, satírica y moralizante, refleja múltiples escenas apocalípticas con un alto grado de detalle. Al verlo, es inevitable pensar en la epidemia de peste que azotó Europa en el siglo XIV. Sin embargo, el autor incluye detalles de humor cáustico como la pareja de enamorados, en la parte inferior derecha, absorta de lo que sucede a su alrededor.

Cataluña fue el país de la Corona de Aragón que más sufrió, en 1300 tenía aproximadamente quinientos mil habitantes que se vieron reducidos a doscientos veinticuatro mil en 1497, con pérdidas del 55 % de la población. El declive mallorquín también fue considerable, pues pasó de sesenta y dos mil a 34.390 habitantes entre 1329 y 1444. En el caso del reino de Aragón, al parecer, hubo una redistribución de la población en beneficio de núcleos urbanos como Zaragoza que vieron aumentado su número de almas. La excepción positiva fue la ciudad de Valencia que, a pesar de las carestías, no dejó de crecer gracias a la llegada de inmigrantes en busca de mejorar su estatus. Muchos de los recién llegados eran campesinos en busca de un salario mejor y más estable, atraídos por la demanda de mano de obra.

Sin duda, los estragos de la peste negra dejaron en evidencia los conocimientos médicos de la época y, a su vez, la falta de preparación de los contemporáneos para afrontarla. Ignorando los mecanismos de transmisión de la enfermedad, en muchas ocasiones se encendían pilas de hierbas aromáticas para sanear la presunta putrefacción del aire o, en el peor de los casos, se buscaba un chivo expiatorio como sucedió con los judíos en 1391. Ante la dificultad de encontrar explicaciones razonables a este cúmulo de desgracias mucha gente buscó la respuesta en las supersticiones. Incluso los reyes se aferraron a ellas, Pedro IV el Ceremonioso y su hijo Juan I el Cazador eran grandes aficionados a la astrología, y este último tenía una gran fe en la *piedra betzar*, un antídoto natural contra venenos y hechicerías que el monarca recomendaba a sus allegados.

En el campo, la nobleza feudal tampoco quedó indemne a la crisis bajomedieval y tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias. Para paliar el descenso de sus rentas, motivado por la mortandad de la peste negra y la migración de los campesinos hacia las ciudades en busca de un salario fijo, adoptó soluciones diversas según el territorio de la Corona de Aragón. Así, en Cataluña

los señores revisaron los censos a la baja ofreciendo contratos ventajosos a sus vasallos, pero ni con estas pudieron evitar el éxodo a los suburbios urbanos. Por el contrario, en Aragón la presión señorial trató de sujetar a los campesinos a la tierra castigando su huida.

Cabe destacar, finalmente, la severidad con que el encarecimiento de la vida afectó a lo rural. Fruto de ello se endureció la presión señorial sobre los campesinos, con extorsiones amparadas en nuevos abusos arbitrarios llamados *malos usos* de los que ya hemos sabido en capítulos anteriores. Estos abusos y el empobrecimiento generalizado de la población fueron la base de los conflictos que, de forma violenta, quebraron la convivencia en el siglo XV. Pero de ellos hablaremos bastamente en el próximo capítulo.

LA INDIFERENCIA DE JUAN I EL CAZADOR

A la muerte de Pedro IV el Ceremonioso la Corona de Aragón estaba exhausta, las guerras habían secado las arcas del tesoro y los rebrotes rítmicos de la peste amenazaban a todo el mundo, incluso a la familia real. Ante tan adversa coyuntura, el infante Juan no parecía el hombre adecuado para cambiar el rumbo de la situación. Cuando en enero de 1387 se enteró de la muerte de su padre, el futuro rey estaba convaleciente de una grave enfermedad, posiblemente epilepsia. La persistencia de la extraña dolencia alimentó las sospechas de que el nuevo rey hubiera sido embrujado. Ante la extrema gravedad de la situación, su esposa, Violante de Bar, mandó llamar a Barcelona a los mejores expertos en medicina entre los cuales había astrólogos, nigromantes y sabios venidos de París o Aviñón. Incluso, en un momento de máxima desesperación, la reina Violante prometió no llevar más perlas ni joyas preciosas en las vestiduras si Juan I sobrevivía a los presuntos sortilegios. Mientras, el rey también sacaba fuerzas de flaqueza para peregrinar al santuario de Montserrat y encomendarse a la Virgen. Superada por los hechos, la mencionada reina también estudió el libro de nigromancia *Cigonina*, escrito por el obispo de Barcelona Jaime Sitjó, en busca de un remedio.

En otoño de 1387 Juan I el Cazador sanó de su enfermedad, pero en los nueve años de su corto reinado no mostró un especial interés por gobernar, dejando estos asuntos en manos de su esposa. El monarca se entregó a la música, la literatura, las artes, la astrología, la alquimia y sobre todo a su gran afición… la caza. Sin embargo tuvo que hacer frente a los problemas heredados de la política expansionista de su padre.

Es difícil hablar bien de la mayoría de actuaciones de Juan I. Contravino el testamento de su padre al romper la posición neutral de la Corona de Aragón en el Cisma de Occidente, una escisión que durante treinta y nueve años dividió el catolicismo entre dos papas rivales establecidos respectivamente en Roma y Aviñón. El rey aragonés, de costumbres afrancesadas y aviñonista, se decantó por el papa Clemente VII y reafirmó su posición cuando resultó elegido sucesor de éste el cardenal aragonés Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, más conocido como Papa Luna. La Corona de Aragón, como veremos en breve, se mantuvo fiel a Benedicto XIII hasta su cese en 1416.

No obstante, el peor de los horrores aún estaba por llegar. Las clases populares buscaban una válvula de escape a su miserable situación y la encontraron en la comunidad judía. Sobre esta pesaban acusaciones de ser la propagadora de la peste, sumado a antiguos recelos por su acaudalada situación como prestamistas reales. Por todo ello, en 1391 una terrible oleada de violencia

antisemita sacudió la península ibérica.

Todo empezó en Castilla, cuando en junio de ese mismo año los sevillanos enfurecidos atacaron la judería de la ciudad, saqueando las casas y matando a más de cuatro mil judíos. En julio la agitación llegaba a Valencia, donde un malentendido desembocó en una multitudinaria invasión de la judería que culminó con el asesinato de doscientos cincuenta judíos y el bautismo forzoso del resto. Al parecer, el desencadenante fue un juego de niños cristianos que simulaban con cruces la llegada del arcipreste de Sevilla y la conversión de los judíos. Estos, asustados, cerraron las puertas de la aljama y entre los cristianos corrió la voz de que parte de sus niños se habían quedado dentro del recinto hebreo.

El furor antisemita se esparció por todo el reino de Valencia con bautismos masivos en Játiva, Alcira o Liria. A continuación, los alborotos llegaron a Cataluña, donde la noche del 5 de agosto, festividad de santo Domingo, el *call* o aljama judía de Barcelona fue saqueado causando trescientas víctimas. Por lo que respecta a Zaragoza y otras ciudades aragonesas, se libraron de los disturbios debido a la presencia del rey. Pese a la complicada situación, Juan I el Cazador intentó proteger a los judíos y poner fin a la violencia. Pero tras el asalto de 1391 a las aljamas, el judaísmo en la Corona de Aragón estaba herido de muerte.



Detalle de una de las joyas de la cartografía medieval europea obra de los judíos mallorquines Abraham y Jehuda Cresques. Este mapamundi, popularmente conocido como el *Atlas Catalán*, muestra el mundo como era conocido en Occidente hacia 1375, con el Mediterráneo como eje central. Sus autores frecuentaron las cortes de los reyes Pedro IV, Juan I y Martín I, donde realizaron diversos trabajos cartográficos a pesar de sus raíces judías.

En cualquier caso, la adversidad volvió a cebarse con el monarca aragonés cuando el 19 de mayo de 1396 sufrió un accidente de caza en el bosque de Orriols, cerca de Foixá, en la actual provincia de Gerona. Se divulgó que había padecido un ataque de epilepsia o un infarto que le hizo descabalgar, pero también circulaba la versión de que había sido asesinado por sus propios hombres. ¿Qué había pasado realmente?

Sospechosamente, pocos días después de la muerte de Juan I se destapó una gran trama de corrupción entre los consejeros más influyentes que rodeaban al rey, los cuales fueron imputados por malversación de fondos públicos. Casualidad o no, el monarca aragonés murió al día siguiente de ser informado de tan graves delitos.

Mientras el infante Martín, hermano del rey y ahora heredero de la corona, regresaba de Sicilia, se formó un consejo de regencia presidido por su esposa, María de Luna, que se encargó de investigar los hechos. Empezaron a aflorar documentos que revelaban la emisión de facturas falsas, cobro de comisiones, tráfico de bulas papales y desfalcos monetarios. No había ninguna duda de que el entorno de Juan I era corrupto y fueron encarcelados treinta y siete hombres de su máxima confianza, entre los cuales destacaba el escritor Bernat Metge, considerado uno de los mejores prosistas y representante del humanismo catalán.

Aparentemente, la camarilla de Juan I presionó al rey para que incrementara la presión fiscal sobre el territorio con la excusa de financiar los gastos de su coronación. También se apropiaron de los fondos que el Papa le envió para financiar una expedición a Cerdeña que nunca se llegó a realizar. Incluso se compincharon con la reina viuda, Violante de Bar, para que difundiera el embuste de que estaba embarazada y si nacía un niño este sería el nuevo rey en lugar de Martín I: una treta más para ganar tiempo.

Sin embargo, este gran escándalo de corrupción quedó en agua de borrajas cuando, el 7 de diciembre de 1398, Martín I el Humano absolvió a todos los consejeros en un gesto de concordia. Para colmo, el gran intelectual Bernat Metge escribió su obra maestra titulada *Lo somni* (El sueño), cuando salió de la prisión en 1399. Más allá de las pretensiones literarias, Metge aspiraba a exculpar sus acciones y ganarse el favor de Martín I el Humano, que le incorporó a su entorno más íntimo.

El veredicto de los historiadores coincide en juzgar a Juan I como un rey culto pero indeciso, frívolo y amante del lujo. Puede que el principal reproche a su gestión sea el haberse rodeado de colaboradores corruptos que dejaron unas arcas empobrecidas. El desastre financiero llegó al extremo de difundir rumores como que algunos días el rey «no tenía nada para comer», con la consecuente pérdida de prestigio de la Corona de Aragón.

La extinción de una dinastía y el Compromiso de Caspe

Tras la desgraciada muerte de Juan I el Cazador en 1396, la corona aragonesa recayó en su hermano Martín a la edad de cuarenta y dos años. Sabemos que ambos hermanos estaban muy ligados afectivamente, pero a su vez tenían caracteres muy diferentes. Las fuentes describen a Martín I como una persona prudente, afectuosa, piadosa y amante de las letras y la historia, de aquí el sobrenombre del Humano. En 1372, el futuro rey había casado con María de Luna, hija del noble aragonés Lope de

Luna y una de las mujeres más ricas de Aragón. Se puede decir que su matrimonio fue un enlace de adolescentes, pues el infante Martín entonces tenía dieciséis años y su prometida catorce, un hecho habitual en las cortes europeas medievales.

Cuando Martín fue proclamado rey de la Corona de Aragón hacía años que vivía en Sicilia intentando apaciguar ese inhóspito territorio. Por ello, mientras el nuevo monarca no regresaba a los territorios peninsulares, se hizo cargo de la situación, como ya vimos, un consejo de regencia presidido por su esposa María de Luna. La nueva reina tenía dotes de mando excepcionales pero a la vez sobresalía por su caridad y sentido de la justicia. Siempre dio la sensación de compenetrarse perfectamente con su esposo Martín, al que estuvo muy unida. La firmeza de su carácter se complementaba perfectamente con la indecisión del rey en algunos aspectos. Durante su matrimonio, María de Luna alumbró a cuatro hijos, pero sólo el primogénito, Martín, sobrevivió a la infancia.

Al regresar de Sicilia, Martín I el Humano hizo un alto en Aviñón para visitar a Pedro de Luna, quien ya sabemos era más conocido como el antipapa Benedicto XIII o Papa Luna. Era un momento delicado porque todo el mundo entendía que el cisma de la Iglesia católica debía terminar, pero un obstinado Benedicto XIII se aferraba al cargo ante las presiones del rey de Francia, de aquí el dicho popular «siguió en sus trece». Así pues, la llegada del rey aragonés se presentaba como un bálsamo para Benedicto XIII, muy preocupado por la mengua de sus partidarios. Consciente del afecto que le procesaba Martín I, este le agasajó de obsequios para obtener su soporte incondicional. El Papa Luna sabía muy bien lo que se traía entre manos.

Sin más dilación, Martín I el Humano desembarcó en el puerto catalán de Badalona el 22 de mayo de 1397. Hacía casi un año que su hermano había muerto y fue recibido en loor de multitudes por los catalanes. Consigo traía un trozo del *Lignum Crucis*, el madero sobre el cual supuestamente había sido crucificado Jesús de Nazaret, que donó a las parroquias barcelonesas de San Justo y Santa María del Pi. Poco después, el rey pasó a Zaragoza, donde juró mantener los fueros confirmados por su padre Pedro IV el Ceremonioso y fue coronado en la seo zaragozana el 13 de enero de 1399.



Efigie del Papa Luna a los pies del castillo de Peñíscola. El monumento fue inaugurado en 2007 y es obra del arquitecto bilbaíno Sergio Blanco, también cantante de los grupos musicales Mocedades o Sergio y Estíbaliz. El antipapa Benedicto XIII murió en este antiguo castillo templario a la edad de noventa y seis años. Sin embargo, no hay que confundirlo con el obispo italiano Pietro Francesco Orsini, que fue nombrado pontífice en el siglo XVIII con el nombre de Benedicto XIII.

Pero no todo eran satisfacciones, a su llegada Martín I pudo conocer de primera mano el problema de las banderías que afectaban gravemente el territorio aragonés, valenciano y, con menor intensidad, a Cataluña. Al frente de los viejos linajes aragoneses luchaban los Luna contra los Urrea, y algo similar ocurría en Valencia con los enfrentamientos entre los Soler, los Vilaregut y los Centelles. Por desgracia, el carácter irresoluto de Martín I no favorecía encontrar una solución a este arduo problema interno, le faltaba la rabia de su padre Pedro IV, y nunca consiguió imponer la paz entre las banderías.

En política exterior, las islas de Sicilia y Cerdeña continuaban presentado problemas importantes, pero una lastrada economía real y las dificultades para obtener ayudas de las Cortes impedían cualquier actividad. Puede que el principal éxito fuera el matrimonio celebrado en 1392 entre el príncipe heredero Martín el Joven y la reina María de Sicilia.

Sin embargo, los zarpazos más terribles del reinado de Martín I el Humano aún estaban por llegar. En 1406 falleció su esposa María de Luna, a la edad de cuarenta y ocho años, muy por encima de la esperanza de vida de su tiempo. Un ataque de apoplejía se había llevado a una formidable reina que la historiografía moderna no ha dudado en calificar como «la Grande» por la firmeza de su carácter. Sin ella Martín estaba más solo que nunca ante los tristes acontecimientos que iban a suceder.

Al poco tiempo, en 1407, los sardos se revelaron por enésima vez ayudados por los genoveses. Nada nuevo en el panorama de la sediciosa isla a no ser porque el heredero a la corona aragonesa, Martín el Joven, decidió reprimir a los insurrectos desde Sicilia sin esperar la ayuda de su padre. Había que actuar con rapidez porque entonces la Corona de Aragón sólo controlaba las dispersas plazas de Cáller, Alguer y Longosardo.

El 30 de junio de 1409 aconteció la decisiva batalla de Sanluri, donde las tropas sardas, ayudadas por las temidas compañías de ballesteros genoveses, fueron derrotadas por el ejército de Martín el Joven. Pese a la escasez de referencias, sabemos que el ejército sardo fue dividido en dos y cuando huyó del campo de batalla los catalanes les cerraron el paso masacrándolos por centenares. Al poco tiempo, el rey Martín el Humano recibía la buena nueva en su residencia barcelonesa al grito de «victoria, victoria, Aragón y San Jorge».

Nada hacía presagiar la tragedia que se mascaba en Cerdeña. El príncipe Martín el Joven enfermó repentinamente de malaria y murió un fatídico 25 de julio de 1409, dejando a la Corona de Aragón sin su único heredero. Una leyenda sarda atribuye la muerte de Martín el Joven a los excesos sexuales con una lugareña que la tradición ha bautizado como *la bella di Sanluri*. Al parecer, el heredero tuvo relaciones carnales con esta joven sarda a principios de julio, poco antes de morir de malaria. Cuajó de este modo un mito parecido a la fogosidad de su ancestro Pedro II el Católico que, agotado por los excesos amorosos, también murió al día siguiente en la batalla de Muret.

A la desesperada, el rey Martín I el Humano contrajo un nuevo matrimonio, a los cincuenta y un años de edad, con el único objetivo de alumbrar un hijo varón que le pudiera suceder al frente de la Corona de Aragón. Pero su enlace con Margarita de Prades en 1409 no dio fruto alguno, sólo chismorreos crueles sobre la delicada salud del rey que le acusaban de «no poder copular con mujeres, ni con la ayuda de médicos o artefactos mecánicos de todo tipo». Finalmente, Martín I enfermó y murió el 31 de mayo de 1410 sin pronunciarse con claridad sobre quién debía sucederle y dejando el reino abierto a las apetencias de los diversos pretendientes. A pesar de su inteligencia y amor por la cultura, Martín I el Humano arrastró consigo la falta de energía política hasta el fin de sus días, como puede verse en el problema sucesorio.

Por primera vez en la historia de la Corona de Aragón se planteaba un vacío de poder, y como cabía esperar, las últimas horas de Martín I estuvieron llenas de artimañas de los aspirantes al trono aprovechando la indecisión del rey moribundo. La noche antes de morir, su consejero Ferrer de Gualba se dirigió a las estancias reales acompañado de un notario para preguntarle: «¿Señor, le place a usted que la sucesión de los dichos reinos y tierras, después de su muerte, sean heredados por aquél que, por justicia, deba?», a lo que el rey respondió agónicamente con un «hoc», o sea, ‘sí’. No era una pregunta ingenua, era una maniobra política que permitiría examinar los derechos sucesorios de los diferentes candidatos y entrar en un proceso donde las presiones internacionales jugarían un papel fundamental.

Ninguno de los aspirantes que capitalizaron la cuestión sucesoria disponía de la fuerza militar y los apoyos suficientes para imponerse al resto, cosa que agudizó las banderías en el seno de los diferentes estados. Entre febrero y septiembre de 1411 los aragoneses se reunieron, en Calatayud primero y Alcañiz después, para hallar una solución al contencioso. De igual modo obraron los catalanes en Tortosa y los valencianos en Vinaroz. Ambos territorios se intercambiaron embajadas durante el invierno de 1411 buscando una final de consenso.

Finalmente, el antipapa Benedicto XIII presionó para que se formara una comisión de nueve compromisarios, con tres representantes de cada estado, para designar el nuevo rey. El elegido debía ser escogido por una mayoría cualificada de seis votos y al menos uno de cada estado. Así fue como personajes de indudable prestigio, como el predicador Vicente Ferrer o el letrado Berenguer de

Bardají, se reunieron en la villa aragonesa de Caspe supuestamente para examinar los derechos de los siete pretendientes: Jaime de Urgel (bisnieto por línea masculina de Alfonso IV el Benigno), Luis de Anjou (nieto por parte materna de Juan I el Cazador), Federico de Luna (hijo bastardo de Martín el Joven), Alfonso de Gandía (nieto por línea masculina de Jaime II el Justo), Juan de Prades (hermano pequeño del candidato Alfonso de Gandía), Isabel de Aragón (hija de Pedro IV el Ceremonioso con Sibila de Fortiá pero descartada automáticamente por ser mujer) y Fernando de Antequera (nieto por vía femenina de Pedro IV el Ceremonioso).

Pero no se trataba tanto de examinar los derechos sucesorios de los candidatos sino de conseguir los respaldos políticos necesarios para tener una posición de fuerza. Así pues, mientras no se pronunciaba la sentencia, parecía que los dos aspirantes mejor colocados para suceder al difunto rey eran el prestigioso infante castellano Fernando de Antequera y el conde catalán Jaime de Urgel, que antes ya había ocupado el cargo de gobernador general, la más alta magistratura de la Corona de Aragón y tradicionalmente unida a la figura del sucesor.

En cualquier caso, Fernando de Antequera aventajaba a todos sus contrincantes al contar con el apoyo incondicional del antipapa Benedicto XIII, su principal valedor. A cambio, Fernando se comprometió a garantizar la obediencia de las coronas hispánicas en un momento que peligraba el pontificado aviñonés. Otro aliado incondicional fue el dominico valenciano, y futuro santo, Vicente Ferrer, uno de los nueve compromisarios de Caspe, que siempre vio en Fernando de Antequera a un colaborador eficaz en sus sermones antisemitas.

Era un excelente guión que sólo cabía poner en escena aunque ya se supiera el desenlace de la obra. Así fue como el 24 de junio de 1412 se procedió a una votación oral a puerta cerrada y sin testimonios. Después de la sesión entraron tres notarios que levantaron acta del resultado favorable a Fernando de Antequera, que obtuvo seis de los nueve votos posibles: los tres aragoneses, los valencianos de los hermanos Vicente y Bonifacio Ferrer, y el del catalán Bernat Gualbes.

Finalmente, el 28 de junio se hizo pública la sentencia tras un solemne oficio religioso en la iglesia de Santa María de Caspe. El sermón y la lectura de la proclamación se dejaron en manos de Vicente Ferrer que «en medio de una ansiedad expectante, y con la voz alta y trémula de emoción, empezó a leer el documento, inmerso en un denso silencio». Después de difundir el nombre de Fernando de Antequera como elegido, «aún con lágrimas en los ojos», el dominico acabó de leer la sentencia y todo el mundo de rodillas cantó el *Te Deum laudamus*, uno de los primeros himnos cristianos entonado en momentos de celebración.

El llamado *Compromiso de Caspe* ha sido enjuiciado de forma dispar por la historiografía y en absoluto es un debate zanjado. La entronización de una dinastía de origen castellano ha sido interpretada, en algunos casos, como una pérdida de autonomía de la Corona de Aragón. Además, el nacionalismo catalán asocia la entronización de los Trastámara a los cimientos de la posterior unidad dinástica con el reino de Castilla. Sin embargo, lo que no se planteó en ningún momento en Caspe fue la ruptura de la Corona de Aragón, que debía permanecer «siempre estable e indivisa» siguiendo los preceptos de Jaime II en 1319. No obstante, al calor de los nuevos tiempos que vivimos, seguro que saldrán nuevas interpretaciones que renovarán un debate historiográfico que aún sigue en pie.



Óleo sobre lienzo titulado el *Compromiso de Caspe*, obra del pintor Dióscoro Teófilo de la Puebla, de 1867, y actualmente expuesto en el madrileño edificio del Congreso de los Diputados. Todavía hoy las calles y plazas del municipio aragonés se engalanan cada año para representar teatralmente este hito histórico fundamental del siglo XV.

Cronología

1333 d. C.	Época de escasez y malas cosechas conocida como *lo mal any primer* o ‘el primer mal año’.
1336 d. C.	Muerte del rey Alfonso IV el Benigno.
1347 d. C.	Uniones en Aragón y Valencia. Revuelta de los Doria en Cerdeña.
1348 d. C.	Epidemia de peste negra. Pedro IV derrota a las uniones nobiliarias.
1349 d. C.	Batalla de Llucmajor entre las tropas de Pedro IV el Ceremonioso y el rey Jaime III de Mallorca. Tras la victoria catalano-aragonesa, el reino de Mallorca se reincorpora definitivamente a la Corona de Aragón.
1352 d. C.	Batalla naval del Bósforo entre la flota genovesa de un lado y los navíos venecianos, bizantinos y catalano-aragoneses de otro.
1356 d. C.	Inicio de la Guerra de los dos Pedros que enfrenta a la Corona de Castilla con la Corona de Aragón.
1357 d. C.	Plaga de langosta que arrasa los cultivos.
1359 d. C.	Pedro IV dota de carácter permanente a la Diputación del General, futura Generalitat.
1363 d. C.	Gran carestía que se ceba con los más jóvenes, conocida por la *mortaldat dels infants*.
1371 d. C.	Nueva epidemia que afecta a los adultos, denominada la *mortaldat del mitjans*.
1373 d. C.	Terremoto que asola ciudades como Barcelona, Cervera o Tortosa.
1375 d. C.	Fin de la Guerra de los dos Pedros.
1387 d. C.	Muerte del rey Pedro IV el Ceremonioso.
1391 d. C.	Oleada de antisemitismo en la península ibérica y asalto a las principales juderías.
1394 d. C.	Elección del antipapa Benedicto XIII, más conocido como Papa Luna.
1396 d. C.	Muerte del rey Juan I el Cazador. Al poco de fallecer se destapó un gran escándalo de corrupción entre sus más estrechos colaboradores.
1409 d. C.	Fallece el príncipe heredero Martín el Joven en la isla de Cerdeña.
1410	Muerte del rey Martín I el Humano sin pronunciarse sobre quién debía sucederle al frente de la

d. C. Corona de Aragón.

1412 d. C. Compromiso de Caspe y elección de Fernando de Antequera como nuevo rey de la Corona de Aragón.

FERNANDO DE ANTEQUERA, EL PRIMER TRASTÁMARA

Con Fernando I se introdujo la dinastía castellana de los Trastámara en la Corona de Aragón sustituyendo así a la extinguida estirpe iniciada, en el siglo IX, por el conde Wifredo el Velloso. Ahora bien, el nuevo rey aragonés también era el segundo hijo del rey Juan I de Castilla y de Leonor de Aragón, hermana del difunto rey aragonés Martín I el Humano. Así pues, y con estos antecedentes, no es de extrañar que Fernando I siguiera albergando en el fondo de su corazón la posibilidad de ocupar el trono castellano. Esperanzas todavía más alimentadas por la escasa salud de su hermano Enrique, el primogénito castellano, aquejado a menudo de enfermedades como el tifus o la viruela, lo que le valió el apodo de «el Doliente». Para afianzar sus aspiraciones, Fernando I se casó con su tía Leonor Urraca de Alburquerque, más conocida por «la Ricahembra». Sin embargo todo se vino al traste al nacer un heredero varón a la corona castellana en 1405, un año antes de la muerte de Enrique III el Doliente: el futuro Juan II de Castilla.

Al morir su hermano Enrique III, el testamento estableció que durante la minoría de edad del heredero, Juan II, la regencia del reino de Castilla fuera asumida por Fernando y Catalina de Lancaster, viuda y madre del príncipe. Como regente de Castilla, Fernando sobresalió por las campañas contra el reino nazarí de Granada y la conquista de la malagueña ciudad de Antequera, en septiembre de 1410, heroicidad que le valió su apelativo más famoso: «el de Antequera».

Tras el Compromiso de Caspe y espoleado por su buena fama, el nuevo rey Fernando I tomó las riendas de la Corona de Aragón en el verano de 1412, pero no fue hasta enero de 1414 cuando fue coronado solemnemente en la catedral de Zaragoza, tras una ceremonia envuelta de pompa y esplendor. A pesar de su corto reinado, pues falleció bruscamente en abril de 1416 cuando apenas contaba 36 años de edad, ha pasado a la historia con el apelativo de «el Justo» o «el Honesto» por sus dotes de equidad.

Al ocupar el trono, Fernando I encontró graves deudas y una crisis económica galopante. Situación agravada por las promesas del soberano aragonés a determinados prohombres a cambio de apoyar su causa cuando él aún era candidato. Sin ir más lejos, si fijamos nuestra atención en los ingresos ordinarios de la Corona, estos ascendían a veintiséis mil florines anuales y, en cambio, los gastos en pensiones reales por si solas sumaban alrededor de treinta y siete mil florines. A las estrecheces de la Hacienda real había que añadir la sangría económica que suponía el enfrentamiento con Jaime de Urgell, antiguo aspirante a la Corona de Aragón y desposeído de legitimidad tras el Com- promiso de Caspe. En este sentido, la raquítica economía de la Corona pudo respirar momentáneamente gracias al crédito de cincuenta mil florines concedido por las Cortes al rey en 1412.

En los escasos cuatro años que reinó Fernando de Antequera tuvo que lidiar con las aristocracias urbanas que defendían sus intereses particulares ante el bienestar general. Tras las Cortes catalanas de 1413, el rey había cedido a las pretensiones de la oligarquía catalana aceptando la perennidad de la Generalitat y que los privilegios reales en ningún caso podrían atentar contra la legalidad de las constituciones aprobadas previamente por las Cortes. Era un nuevo triunfo del pactismo, un sistema político con una larga tradición que seguía coaccionando el ejercicio del poder regio.

Puede que el ejemplo más ilustrativo de la consolidación de este patriciado urbano oligárquico fuera el enfrentamiento del *vectigal* en la ciudad de Barcelona. En 1416, el rey pretendió quedar libre del pago de este controvertido impuesto y el *Consell de Cent*, la institución de gobierno de la capital catalana, envió al rey una comisión liderada por el consejero Juan Fiveller «decididos a darle antes su vida que la libertad». Nuevamente, Fernando I sucumbió a las presiones de la aristocracia urbana. Esta cauta actitud del rey aragonés buscaba favorecer la reconciliación nacional y consolidar la nueva dinastía tras unos años de incertidumbres.

A las limitaciones en el ejercicio de la soberanía real hubo que sumar la rebeldía del antes mencionado Jaime de Urgel, que en 1413 se había levantado en armas. Su disconformidad con la sentencia de Caspe condujo al díscolo noble catalán a prometer el reino de Sicilia al heredero del trono inglés a cambio de un ejército formado por mil peones y tres mil arqueros. Pero rebelarse cuando las Cortes catalanas estaban reunidas en Barcelona fue un grave error, ya que los notables del principado no estaban dispuestos a volver al desasosiego de años anteriores y ofrecieron soporte incondicional al rey. Tras varias derrotas, Jaime se refugió en el castillo de Balaguer a la espera de una intervención inglesa, pero el bastión se rindió el 31 de octubre de 1413 y Jaime fue severamente juzgado, siendo desposeído de sus bienes y condenado a prisión perpetua.



Óleo sobre lienzo titulado *Juan Fiveller y Fernando de Antequera*, obra del pintor catalán Ramón Tusquets Maignon, de 1885. La historiografía ha presentado al acaudalado patricio barcelonés Juan Fiveller como un defensor de las libertades municipales frente al autoritarismo real. Para evitar más tensiones, el rey Fernando I acabó cediendo en el conflicto del *vectigal*, un impuesto sobre la carne del que los compradores de la casa real pretendían quedar exentos.

Otro frente que reclamaba una pronta solución era el cisma de la Iglesia en Occidente. Fue precisamente el emperador alemán Segismundo quién en 1414, apoyado por la mayoría de los monarcas de la cristiandad, reunió un concilio en la ciudad alemana de Constanza para restablecer la deseada unidad bajo un único papa. De este modo, se impuso el criterio de la necesaria abdicación de los tres papas que había entonces, entre los cuales se hallaba el aragonés Benedicto XIII, y la elección de un nuevo pontífice en cónclave. Ante este cambio de coyuntura, el 6 de enero de 1416 el futuro santo Vicente Ferrer leyó un documento por el que la Corona de Aragón se sustraía de la obediencia a Benedicto XIII. Pero el terco antipapa aragonés, lejos de aceptar la nueva realidad, se refugió en el castillo de Peñíscola donde permaneció hasta su muerte en 1422. Allí acabaría abandonado por todos y declarado hereje por el nuevo papa Martín V. Así pues, tras casi cuarenta años de disputas, el gran cisma de Occidente llegaba a su fin.

No sucedió lo mismo con la ola de antisemitismo desatada en la Corona de Aragón. Aquí el predicador Vicente Ferrer, famoso por sus dotes de oratoria, fue un arma arrojadiza que implacablemente iba población por población convirtiendo almas al lema de «bautismo o muerte». Llegados a este punto, entre febrero de 1413 y noviembre de 1414, tuvo lugar uno de los debates interreligiosos, entre judíos y cristianos, más trascendentales de la historia de la Corona de Aragón: la disputa de Tortosa. Su objetivo no era otro que forzar a los rabinos, que debían acudir obligatoriamente bajo duras penas en caso de no hacerlo, a reconocer errores doctrinales ante sus correligionarios y forzar así la conversión al cristianismo. Incluso el nuevo papa Martín V firmó las bulas *Contra Judeos*y *Etsi Doctoris Gentium* que motivaron la quema de libros semitas y la separación física de judíos y cristianos. Un golpe demasiado duro para una comunidad muy castigada los últimos años.

Por desgracia, la muerte sorprendió pronto al joven monarca que no pudo madurar todos sus proyectos como le hubiera gustado. Irónicamente, había pasado de ser un rico príncipe castellano a convertirse en un pobre rey aragonés aquejado por la debilidad de sus finanzas. En varias ocasiones, Fernando I se lamentó de que la Corona de Aragón no fuera una monarquía sino una *procuratio* o administración donde las Cortes tenían demasiado poder. Puede que no le faltara razón, como veremos a continuación.

UNA CRÓNICA NAPOLITANA. EL REINADO DE ALFONSO V EL MAGNÁNIMO

Tras la muerte de Fernando I en abril de 1416, quedó al frente de la Corona de Aragón su primogénito Alfonso V, popularmente conocido como «el Magnánimo». El nuevo monarca siguió ampliando la esfera de influencia de la Corona de Aragón en el Mediterráneo a lo largo de su dilatado reinado. Al poco de acceder al trono, Alfonso V ya mostró un gran interés por seguir la política imperialista de sus ancestros y dejó los asuntos de los estados peninsulares en un segundo plano que fueron gestionados por su esposa María de Castilla o su hermano Juan de Navarra, el futuro rey aragonés Juan II el Grande. Otra prueba irrefutable de que las cuestiones mediterráneas centraban completamente la atención de Alfonso V son los veintinueve años de su reinado, de un total de cuarenta y dos, que transcurrirían en tierras italianas.

Si bien es una leyenda que carece de fundamento, el historiador valenciano de origen alemán Pere

Antoni Beuter difundió en el siglo XVI un posible argumento de la prolongada ausencia del monarca. Según Beuter, el rey Alfonso V mantenía un idilio amoroso con una dama del séquito de su esposa María de Castilla. Cuando la reina descubrió el romance, montó en cólera ehizo envenenar a la presunta amante. Su pérdida conmocionó al rey, que roto de dolor, abandonó Cataluña y juró no volver jamás al lado de la reina.

Sea como fuere, en los primeros años de su reinado ya partió rumbo a Sicilia para sofocar las ansias independentistas de los lugareños. Acto seguido, en mayo de 1420, zarpó de nuevo hacia Cerdeña, al mando de veinticuatro galeras, con la intención de someter algunas ciudades rebeldes que se rindieron sólo con ver la escuadra real. A continuación, Alfonso V se dirigió hacia Córcega, donde conquistó la ciudad de Calvi y asedió la de Bonifacio, dividida entre los partidarios genoveses y los de la Corona de Aragón. Pero una empresa de mayor envergadura estaba a punto de reclamar toda su atención: la conquista del reino de Nápoles.

Así fue como, en enero de 1421, una facción de la nobleza napolitana llamó a la puerta del rey aragonés suplicando su intervención en los asuntos del reino de Nápoles. Por entonces, el sur de Italia era un territorio poco poblado formado por grandes latifundios dedicados a la producción de cereal. Frente a esta sociedad rural, monopolizada por la nobleza, sobresalía la próspera ciudad de Nápoles con alrededor de ciento cincuenta mil habitantes. Como la reina Juana II carecía de descendencia, una parte de la aristocracia local con el apoyo de Génova pretendía que la sucesión recayera en un pariente lejano: Luis III, conde de Provenza y duque de Anjou.

Alfonso V el Magnánimo intervino a favor de Juana II derrotando a sus oponentes a cambio de ser nombrado heredero y lugarteniente del reino de Nápoles. Era una oportunidad inmejorable para continuar la expansión mediterránea de la Corona de Aragón y así alimentar el sueño imperialista del joven rey. Sin embargo, no todo fueron alegrías, pues desaparecida la amenaza angevina (seguidores de los Anjou), la reina temía ser suplantada por la fuerte personalidad de Alfonso V, que había establecido su residencia en la capital napolitana.

Pronto la situación fue insostenible, Alfonso V ordenó arrestar a Sergianni Caracciolo, el nuevo amante de Juana II, y esta como venganza alentó una revuelta liderada por el condotiero italiano Muzio Attendolo Sforza. En mayo de 1423, tras una lucha sangrienta en el interior de la capital, las tropas catalanas de Alfonso V huyeron a la fortaleza napolitana de Castel Nuovo hasta la llegada de refuerzos que les permitieran recuperar de nuevo Nápoles. Mientras, la reina Juana II había revocado la adopción de Alfonso V y nombrado nuevo heredero al ambicioso Luis de Anjou. Decepcionado por los acontecimientos, en noviembre de 1423, el rey aragonés decidió regresar a los territorios peninsulares, no sin antes saquear el puerto de Marsella que era posesión de su acérrimo rival, Luis de Anjou. De todas formas, pese a que esta primera expedición se saldó de forma negativa, había quedado demostrado que el gran sueño de Alfonso el Magnánimo era el Mediterráneo.

Pero tuvieron que pasar casi diez años atendiendo los complejos asuntos ibéricos para que el monarca aragonés retomara el propósito de conquistar por las armas el codiciado reino de Nápoles. A finales de mayo del año 1432, el rey Alfonso zarpó de Cataluña para no volver jamás. No es pues de extrañar que su prolongada ausencia haya sido juzgada por parte de la historiografía catalanista con duros calificativos como «apátrida mediterráneo». Sabemos que la llegada de Alfonso V alteró los precarios equilibrios políticos en el territorio napolitano y, por ello, cuajó una poderosa alianza

contra sus aspiraciones, de la cual formaban parte Venecia, Florencia, Génova y Milán. Todas ellas lideradas por el prestigioso condotiero milanés Felipe María Visconti.

Mientras, los acontecimientos se precipitaban sin dilación. En 1434 falleció el candidato Luis de Anjou y al poco, en febrero de 1435, le seguía la reina Juana II de Nápoles, que dejaba su trono en manos del joven Renato I, el nuevo titular del condado de Provenza y el ducado de Anjou. Consciente de que había llegado la hora de actuar, Alfonso V movilizó su flota pero, el 5 de agosto de 1435, sufrió una humillante derrota contra la escuadra genovesa en la batalla de Ponza.

Durante la batalla, los astutos genoveses utilizaron la niebla para sorprender a la flota aragonesa. Sólo una nave escapó del descalabró y el rey, junto a dos de sus hermanos y numerosos barones, fue preso por el condotiero Felipe María Visconti. Cuando la noticia llegó a los reinos peninsulares causó una gran conmoción. Incluso la reina madre Leonor de Alburquerque, acongojada por los hechos, murió de tristeza al conocer el cautiverio de sus hijos. Inmediatamente se convocaron unas Cortes en la aragonesa localidad de Monzón para reunir la suma que reclamaban los secuestradores. Nadie imaginaba la posibilidad que el rey no regresara. Pero las cosas estaban a punto de cambiar radicalmente.

Al mismo tiempo que sus súbditos se extenuaban para recaudar el rescate reclamado, Alfonso V disfrutaba de un retiro dorado al lado de su raptor Felipe María Visconti. Tal fue su amistad que el condotiero abandonó la causa angevina y pactó con el rey aragonés el reparto de sus conquistas italianas. La guerra por el reino de Nápoles se alargó seis años más hasta que, tras largas campañas militares, el 2 de julio de 1442 Alfonso V entró triunfalmente en la capital napolitana aclamado como un libertador. Años más tarde, el Magnánimo ordenó construir un arco de triunfo conmemorativo en la entrada del castillo Maschio Angioino con la inscripción *Alfonsus rex hispanus, Siculus, Italicus, pius, clemens, invictus*, equiparándose así a los emperadores romanos.



A la izquierda Arco de triunfo dedicado a Alfonso V en el castillo napolitano de Maschio Angioino, obra del arquitecto mallorquín Guillermo Sagrera (hacia 1468). Sobre estas lineas, detalle del Arco de triunfo. El resultado es una interesante mezcla de reminiscencias góticas con arte renacentista gracias a la colaboración de destacados escultores italianos como Francesco Laurana, Domenico Gagini o Pietro di Martino da Milano. En el relieve aparece el rey Alfonso V entrando a la ciudad sobre un carruaje cubierto por un palio y acompañado por un séquito de trompetas y guerreros, imitando la tradición romana.

Al parecer, una vez conquistado Nápoles, Alfonso V estaba dispuesto a regresar a los reinos ibéricos pero las complejas luchas por el dominio de la península itálica le envolvieron en sus redes. En 1447, tras la muerte de Felipe María Visconti sin descendencia masculina, el Magnánimo expresó su deseo de aspirar al ducado de Milán. Sin embargo, la confusión sucesoria fue aprovechada por un grupo de nobles milaneses para proclamar la República Ambrosina ante las apetencias francesas y catalano-aragonesas.

Ante todo este maremágnum de acontecimientos cabe preguntarse qué sentido tuvo para la Corona de Aragón la aventura napolitana de Alfonso V. El rey aragonés creía que su política imperialista era beneficiosa para los intereses de la clase mercantil y no entendía que sus actos no fueran secundados entusiastamente por la Cortes. Por contra, los estamentos discutían este imperialismo agresivo del rey, más cuando lo realizaba sin consultarlos y a su vez pretendía que lo financiasen.

En cualquier caso, durante su estancia en Nápoles, Alfonso V el Magnánimo se rodeó de destacados intelectuales humanistas de la talla del filósofo Lorenzo Valla, el historiador y poeta Giovanni Pontano o el erudito Antonio Becadelli, más conocido como «el Panormita». Su devoción por los clásicos le ha valido la imagen de un príncipe renacentista sumamente interesado en las artes. Según el Panormita, «jamás salía al campo sin llevar consigo los comentarios de César» y el propio rey reconocía que «los libros son, entre mis consejeros, los que más me agradan, porque ni el temor ni la esperanza les impiden decirme lo que debo hacer». Sin ir más lejos, el panegirista Panormita avalaba que Alfonso sanó de una enfermedad al leer unas páginas de la biografía de Alejandro Magno escritas por el historiador romano Quinto Curcio Rufo.

Regresemos ahora a la península ibérica para abordar cómo Alfonso V gestionó los estados de la Corona de Aragón durante su reinado. En 1416, nada más acceder al trono, el nuevo rey convocó Cortes en Barcelona dirigiéndose en su alocución a la oligarquía del Principado en lengua castellana, hecho que disgustó y agrandó profundamente las manifiestas diferencias con los estamentos privilegiados catalanes. Ante este cambio de coyuntura, el arzobispo de Tarragona, en representación de la oligarquía catalana, advirtió al rey *si vis amaris, ama* ('si quieres ser amado, ama') en una clara alusión a la necesidad de respetar la lengua y las instituciones, como lo habían hecho sus predecesores, si quería recibir un trato recíproco. Tras este tenso episodio, Alfonso V rectificó y en la siguiente convocatoria ya se dirigió a sus vasallos en catalán, leyendo él mismo el discurso. Al año siguiente, 1417, el rey celebró Cortes en la ciudad de Valencia donde se comprometió a respetar los fueros del país a cambió de un generoso donativo de 189.000 florines. En cambio, las Cortes aragonesas no se celebraron hasta siete años después de su llegada al trono y las presidió en 1423 su esposa y lugarteniente María en medio de las protestas de los brazos por la delegación.

La ausencia prolongada del monarca fue desastrosa para los estados ibéricos. A pesar de la sagacidad política de su esposa María de Castilla, mujer de paciencia y fidelidad admirables, la Corona de Aragón fue vulnerable a la endémica rivalidad que la nobleza mantenía con la monarquía para afianzar sus privilegios. Así pues, el Magnánimo sólo regresó a la península ibérica en 1423 para enzarzarse en la lucha que mantenían sus hermanos contra el noble castellano Álvaro de Luna, valido del rey Juan II de Castilla. Este período constituye un sinfín de intrigas que costaron la vida al infante Enrique, hermano de Alfonso V, y no reportaron ningún beneficio a la Corona de Aragón más allá de su agotamiento financiero.



Aspecto del puerto de Nápoles en la segunda mitad del siglo XV. Óleo sobre tabla conocido como la *Távola Strozzi*, presuntamente obra de Francesco Rosselli, de hacia 1472, y actualmente conservado en el napolitano Museo de Capodimonte. La flota aragonesa dirigida por Fernando I, hijo bastardo de Alfonso V, entra triunfalmente en Nápoles después de la batalla de Ischia el 12 de julio de 1465.

Por entonces Cataluña todavía sufría los efectos del declive del mundo rural y un abrupto descenso de la población debido, en primer lugar, a la peste negra y también a los duros conflictos militares, como la guerra de los dos Pedros en tiempos de «el Ceremonioso». Otro ejemplo sintomático del ocaso catalán era la ciudad de Barcelona, que en tiempos de Alfonso V hospedaba a veinte mil vecinos, pero tan solo cien años atrás había albergado alrededor de cincuenta mil almas.

Este estancamiento de la capital catalana se tradujo en graves trastornos sociales como el conflicto de la Biga y la Busca, dos bandos que dividían a los comerciantes catalanes. Hasta entonces, los *ciutadans honrats* o 'ciudadanos honrados' habían controlado el poder municipal a través del ya mencionado *Consell de Cent*. Eran los sectores más próximos a la Biga y se oponían a las reformas económicas que proponían los sectores más vinculados a la economía productiva como menestrales, pequeños mercaderes y artistas, tradicionalmente encuadrados en la Busca.

Desde Nápoles, el rey Alfonso V mantenía una postura ambigua ante el conflicto, ya que necesitaba el dinero de la Biga para financiar sus campañas militares pero deseaba, al igual que la Busca, acabar con el poder de la oligarquía urbana de Barcelona. En 1452 la Busca se agrupó alrededor del sindicato de los Tres Estamentos y Pueblo de Barcelona con el objetivo de proteger sus intereses y aspirar al poder municipal.

En seguida la Busca dio un golpe decisivo cuando, en noviembre de 1453, consiguió llegar al gobierno municipal aplicando algunas deseadas medidas proteccionistas como la devaluación de la moneda, la disminución de los sueldos de los funcionarios o la investigación de escándalos de corrupción relacionados con la Biga. No obstante, al no obtener los resultados espectaculares que muchos esperaban, sus miembros pronto perdieron el apoyo del pueblo llano. Desaliento que fue aprovechado por la Biga para reforzarse y plantar cara a la monarquía que había desafiado sus privilegios. Era la simiente de la futura Guerra Civil catalana, un conflicto que estalló en 1462 y del que hablaremos en breve.

Paralelamente, en la isla y reino de Mallorca, las epidemias de peste negra también habían diezmado a la población dejando la isla en tan solo treinta y cinco mil habitantes. A las dificultades demográficas había que añadir la pésima gestión de los fondos públicos hecha por la oligarquía mallorquina que prevaricaba con los impuestos a su antojo. A finales de julio de 1450 la situación era límite y los *forans*, o habitantes de las villas, marcharon en masa sobre la capital al grito de «¡hacia la ciudad!».



Bajo relieve de Alfonso V obra del escultor italiano Mino da Fiesole, en el siglo XV, actualmente conservado en el parisino Museo del Louvre. El rey aragonés fue insensible a las necesidades de sus súbditos peninsulares, sólo se sentía unido a ellos debido a las necesidades financieras de la corona. Por contra, fue un amante de las letras y la cultura renacentista. Este retrato lo presenta cual emperador romano.

A pesar del éxito inicial, los *forans* fueron rechazados y sus primeros líderes ejecutados. Además, el gobernador Berenguer d'Oms les obligó a pagar una cantidad anual de dos mil libras, cifra que les condenaba a una servidumbre perpetua. Pero lejos de amedrentarse, en abril de 1451, los *forans* se sublevaron de nuevo capitaneados por Jaime Cadell. Tras derrotar a las tropas del gobernador en la localidad de Muro, asediaron de nuevo la capital. Sin embargo, Alfonso V estaba dispuesto a acabar con el conflicto y en 1452 envió una legión de temibles mercenarios italianos conocidos como los *saccomani*, que derrotaron definitivamente a los rebeldes en Inca el 31 de agosto de ese mismo año. A continuación se desató una despiadada represión contra los *forans*: sus líderes fueron ejecutados, pero antes les condenaron a pagar la mitad de la soldada de los *saccomani*, indemnizar a las ciudades y una cuantiosa multa de ciento cincuenta mil libras. Estas medidas agudizaron el abandono y la decadencia de las zonas rurales, situación que fue aprovechada por la oligarquía urbana para hacerse con la mayoría de propiedades de la isla.

Al poco tiempo, la cristiandad sufría uno de los golpes más duros de su historia cuando el 29 de mayo de 1453 la ciudad de Constantinopla, capital del Imperio bizantino, caía en manos del sultán turco Mehmed II. Tras este episodio, el Magnánimo, que se consideraba un paladín del cristianismo, envió varias cartas amenazando al sultán otomano, una muestra más de su vocación por crear un imperio mediterráneo.

Finalmente, la muerte sorprendió al rey Alfonso V el Magnánimo en Nápoles el 27 de junio de 1458. Aunque falleció sin descendencia de su matrimonio con María de Castilla, durante su aventura italiana dio sobradas muestras de una gran afición por las mujeres. De su relación con la napolitana

Giraldona de Carlino nacieron tres hijos bastardos, y cuando ya tenía casi sesenta años se entregó al amor senil de la platónica Lucrecia Alagno, una hermosa joven napolitana que frecuentaba los círculos humanísticos de su corte. Casualmente, su sufrida esposa falleció dos meses más tarde, siendo el destacado médico y escritor valenciano Jaume Roig quién certificó su muerte.

ENFRENTAMIENTO DE JUAN II CON LA OLIGARQUÍA CATALANA: LA GUERRA CIVIL

Al morir sin hijos legítimos, Alfonso V el Magnánimo fue sucedido en los reinos peninsulares por su hermano Juan, convertido ahora en Juan II, que ya gozaba de una amplia e ingrata carrera como lugarteniente y administrador en ausencia del difunto rey. Por contra, la recién incorporada corona napolitana fue testada en favor de Ferrante, hijo bastardo del Magnánimo con la antes mencionada Giraldona de Carlino.

Ahora bien, cuando Juan II fue proclamado rey de la Corona de Aragón estaba casi ciego y tenía sesenta años, una edad nada habitual en aquellos tiempos. Cuentan las crónicas que el nuevo soberano aragonés era una persona gruesa, de mediana estatura, cabellos castaños y nariz pequeña. Su figura ha sido objeto de juicios encontrados, pues algunos historiadores han destacado sus cualidades como buen político y militar, pero por contra, otros no han dudado en calificarle de monarca intrigante, ambicioso y avaro. Por si fuera poco, la historia nos ha dejado epítetos bastante desagradables hacia su persona: los catalanes le apodaron *Juan Sin Fe* por su turbulento reinado y falta de escrúpulos, mientras que el rey francés Luis XI le bautizó como la *vieja vulpeja* debido a su fama de cizañero.

Nacido en la vallisoletana Medina del Campo, Juan estuvo vinculado a los asuntos de Estado desde muy joven. En 1419, a los veintidós años de edad, casó con la infanta Blanca de Navarra, convirtiéndose así en rey consorte de Navarra, aunque entonces apenas intervino en los asuntos públicos. Años más tarde, en 1436, ocupó la lugartenencia de Aragón, Valencia y Mallorca y, desde 1456, también la de Cataluña. Cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano puede que, a pesar de ser un magnate de origen castellano, en el fondo se alegrara de pasar de ser un segundón a convertirse en rey de la Corona de Aragón, no sin antes coronarse en la seo de Zaragoza como mandaba la costumbre.

Mientras tanto, en 1441 falleció su primera esposa, Blanca. En el testamento, la difunta reina dejaba la corona navarra en manos de su primogénito Carlos de Viana pero este debía contar con el beneplácito de Juan para poder ser rey. Como en tantas ocasiones cuando hay un cetro en juego, pronto surgieron abruptas diferencias entre padre e hijo que envenenaron su relación. Estas disputas conectaron rápidamente con las rivalidades existentes entre la nobleza Navarra, dividida a su vez entre beamonteses o ganaderos de la montaña, que apoyaron al príncipe Carlos de Viana, y agramonteses o agricultores de la plana, que respaldaron a Juan.

El conflicto navarro alcanzó el amargo rango de guerra civil entre 1451 y 1456. Mientras, la situación se complicaba aún más cuando en 1447 Juan casó en segundas nupcias con Juana Enríquez, una joven doncella perteneciente a una de las familias más destacadas de la nobleza castellana. Del enlace nació en 1452 un hijo de nombre Fernando, futuro rey católico, que abría nuevas

posibilidades sucesorias a Juan. Por su parte, la consorte Juana Enríquez resultó ser una mujer terrible dispuesta a las intrigas más truculentas para encumbrar a su vástago en detrimento del príncipe de Viana.

Como ya se ha dicho anteriormente, al morir Alfonso V el Magnánimo, en 1458, su hermano Juan le sucedió como rey de la Corona de Aragón y automáticamente Carlos de Viana se convirtió en el heredero al ser el primogénito. Sin embargo, el nuevo rey se oponía a reconocer los derechos del príncipe Carlos, reservando el deseado estatus de heredero para el infante Fernando, hijo de su segundo matrimonio. De esta forma la crisis navarra se extendía hacia Cataluña, donde las actuaciones de Juan como lugarteniente ya lo habían enfrentado a la oligarquía y las instituciones catalanas. Rápidamente crecieron en el Principado las simpatías por Carlos de Viana, que se convirtió en el sím-bolo de la defensa de las leyes de la tierra y la vieja política pactista.

Cataluña estaba a punto de convertirse en el epicentro de las turbulencias de la Corona. En este ambiente tormentoso, la mecha que encendió el polvorín fue el multitudinario recibimiento del príncipe Carlos de Viana en Barcelona, a finales de marzo de 1460. Aquel acto disgustó profundamente a Juan II y, tras algún intento fallido de reconciliación, el príncipe fue arrestado en Lérida a finales de aquel mismo año acusado de conspirar contra la corona.

Acto seguido, la herida abierta entre Carlos y Juan II fue aprovechada por los opositores al monarca aragonés para crear un frente común que exigía la inmediata liberación del prisionero. Como cabía esperar, el empecinado Juan II se negó en redondo. Pero la aristocracia catalana dio un paso al frente y proclamó a Carlos de Viana heredero de Cataluña. Simultá-neamente, en el vecino reino de Aragón también se organizaban grupos de partidarios a favor de la causa del príncipe.



Óleo sobre lienzo titulado *El Príncipe de Viana* obra del pintor malagueño José Moreno Carbonero, actualmente conservado en el Museo del Prado. Este bellísimo ejemplo de pintura romántica de 1881 respira la soledad del protagonista y absorbe al espectador en un ambiente de abandono que transmite la melancolía del príncipe tras ser repudiado por su padre.

Asustado por la marcha de los acontecimientos, Juan II recapacitó y el 25 de febrero de 1461 liberaba al primogénito Carlos. Pocos meses después, el 21 de junio de ese mismo año, el rey firmaba la Concordia de Villafranca, que ha sido considerada por la historiografía catalana como el triunfo los estamentos por encima del poder real y una pieza fundamental en la historia del pactismo. Ciertamente, el acuerdo incorporaba disposiciones tan radicales como que el rey no podía entrar en Cataluña sin el beneplácito de las instituciones representativas del país. A su vez, Juan II delegaba sus funciones a un lugarteniente que sería Carlos de Viana, o el infante Fernando en caso de que el primero no pudiese.

Carlos de Viana apenas tuvo tiempo de saborear su nuevo estatus pues el 23 de septiembre de 1461 moría supuestamente de tuberculosis en Barcelona. Su pérdida conmocionó a Cataluña, que acusó a la intrigante reina Juana Enríquez de envenenar a Carlos para favorecer la herencia de su hijo, el infante Fernando. Pronto el difunto príncipe de Viana se convirtió entre los catalanes en un objeto de culto que representaba la resistencia al autoritarismo monárquico. Con el tiempo se forjaron falsas leyendas, como la que aseguraba que la taciturna alma del príncipe se quejaba de noche por las calles de Barcelona o el culto a *Sant Carles de Catalunya*, institucionalizado el día del fatal acontecimiento por el folclorista catalán del siglo XX Joan Amades.

En cualquier caso, los restos mortales de Carlos de Viana yacen en el monasterio de Poblet, panteón de los reyes de la Corona de Aragón. Ahora bien, investigaciones recientes han demostrado que los despojos atribuidos al mitificado príncipe fueron falseados para seguir alimentando este mito del nacionalismo catalán. Los estudios de ADN realizados en 2008 han demostrado que los huesos no se corresponden con el personaje histórico. Al parecer, entre 1932 y 1935, la momia se reconstruyó intencionadamente con los despojos de tres personas diferentes y, por si fuera poco, la columna contaba más vértebras lumbares de las que tiene el cuerpo humano. Entonces, cabe preguntarse: ¿qué ha sido de los verdaderos restos del Príncipe de Viana? Puede que esta pregunta no halle respuesta hasta que se abran todos los sarcófagos de Poblet y se analicen sus restos de ADN.

A partir de la muerte del príncipe Carlos de Viana los sucesos se precipitaron. Pocos días después del óbito, Fernando, hijo del rey Juan II y Juana Enríquez, fue jurado como nuevo heredero de la Corona de Aragón. A continuación, en noviembre de ese mismo año, el citado infante, de tan solo nueve años, llegaba a Barcelona tutelado por su madre en medio de un clima próximo a la guerra civil. Mientras, la oligarquía catalana, enaltecida por sus recientes éxitos políticos, adoptaba drásticas medidas para acabar con las reivindicaciones sindicales de los payeses de remensa, muy castigados por la crisis demográfica y económica que arrastraba el país desde tiempo atrás.

Con este explosivo caldo de cultivo, los campesinos catalanes tomaron las armas en febrero de 1462 capitaneados por Francesc Verntallat: había estallado la guerra civil. El conflicto catalán enfrentaba a dos bandos antagónicos: la nobleza, los mercaderes y el patriciado urbano representante del tradicional pactismo, por un lado, y la monarquía con el sostén de los payeses de remensa, la Busca y las clases más populares que esperaban romper con el techo de los privilegios, por otro.

Ante la gravedad de la situación, el rey aragonés pactó con Luis XI de Francia recibir ayuda

militar a cambio de pagar la exorbitada cifra de doscientos mil ecus. Mientras no se desembolsara dicha cantidad el rey francés se apropiaría de los ingresos y los castillos del Rosellón y la Cerdeña en el norte de Cataluña. Todavía más importante para la causa realista fue el matrimonio del infante Fernando con Isabel de Castilla en 1469, suceso que analizaremos con más detenimiento en breve. Por su parte, la Generalitat ofreció el gobierno catalán primero al rey Enrique IV de Castilla, que lo aceptó hasta que los fracasos militares le indujeron a renunciar en 1463. Tras él, recibió la oferta el condestable Pedro de Portugal, un descendiente de Jaime de Urgel que murió en 1466. Después, la proposición recayó en el francés René de Anjou, que cedió los derechos a su hijo, pero este, a pesar de algún tímido éxito militar, falleció en 1470.

Llegados a este punto, las victorias militares de Juan II se sucedieron en un país roto por la guerra civil. Pese a los éxitos, cabe señalar que el rey aragonés siempre fue indulgente en las diversas capitulaciones que firmó, ofreciendo un perdón sin recriminaciones a las villas sediciosas. Llevadas por el optimismo, las tropas reales iniciaron el cerco de Barcelona, que capituló en octubre de 1462. Con ello, por fin terminaba una guerra civil catalana que había creado tantos problemas como los que había solucionado.

Finalmente, la rendición quedó plasmada en la Capitulación de Pedralbes firmada en el monasterio barcelonés el 16 de octubre de 1472. Sin embargo, a pesar de haber logrado la paz y la clemencia de Juan II con los rebeldes, Cataluña estaba hundida en una convulsa situación económica tras dilapidar el patrimonio real en una guerra inútil.



Retablo gótico de San Abdón y Senén. Obra del pintor catalán Jaume Huguet entre 1459-1460 y actualmente conservado en la iglesia de Santa María de Tarrasa, hoy provincia de Barcelona. A pesar que ambas figuras se caracterizan por sus delicadas vestiduras y una actitud elegante, estas representan a los patronos de la agricultura antes de la difusión en época barroca del culto a San Isidro.

Mientras tanto, aún seguía pendiente resolver la delicada situación del Rosellón y la Cerdaña, en manos del rey francés Luis IX. A finales de enero de 1473, el vigoroso monarca aragonés, a pesar de su avanzada edad, cruzó los Pirineos liderando las tropas que debían liberar los condados catalanes. Pero, los esfuerzos del veterano rey no hallaron recompensa y habría que esperar al reinado de su hijo Fernando para una solución definitiva.

Juan II murió pacíficamente a la edad de ochenta años el 19 de enero de 1479. Sus últimas palabras fueron unos sabios consejos dirigidos a su hijo y heredero Fernando:

> Levad siempre ante los ojos el temor de Dios [...] la justicia sobre todas las cosas sea el espejo de vuestro corazón [...] los regnos e súbditos conservad en paz, sin injuria del próximo, evitando quanto al mundo podáys de guerras y discusiones.

Ciertamente, no se puede culpar a Juan II de todos los desórdenes ocurridos bajo su mandato, pero su tenacidad política contrastaba con la precaria situación financiera de la Corona, que en el momento de la muerte del monarca tuvo que empeñar sus joyas para pagar el funeral.

EL «TANTO MONTA» DE FERNANDO II EL CATÓLICO

Fernando II tenía 27 años cuando falleció su padre, el rey Juan II. Pero a pesar de su juventud ya gozaba de una amplia experiencia política y estaba sobradamente preparado para dirigir los destinos de la Corona de Aragón. En palabras del informador real Gómez de Figueroa, el futuro rey «faze lo quel buen cirugiano, que primero en la yaga pone cosas blandas y sy con aquellas no puede, cura con fuego y hierro». En Cataluña lo consideraban «el Vespertilion que están esperando los reynos de Espanya», refiriéndose a la profecía *Vae mundo in centum annis* del médico Arnaldo de Vilanova que vaticinaba la llegada de un rey capaz de unificar España y expulsar a los musulmanes, redimiendo así la supuesta traición del conde don Julián. Otra muestra de la fervorosa expectación profética que despertaba Fernando es la frase de un poeta anónimo que en 1472 deseaba a España «un Dios en el cielo y un rey en la tierra». No cabe duda que sobre sus jóvenes espaldas se depositaban muchas esperanzas tras demasiados años de sufrimiento.

Nadie olvidaba que el infante Fernando había nacido un año antes del fatídico 1453, fecha en la que el Imperio bizantino y su capital Constantinopla cayeron en manos otomanas. Así pues, sobre la nueva estrella peninsular también recaían todas las profecías que auguraban la llegada de un *rex Hispanie* que uniría al cristianismo frente al avance islámico. Sabemos que Fernando conocía el contenido de ese mesianismo y no cabe duda que supo aprovecharlo para que jugara a su favor.

Regresemos por un momento al reinado de Juan II cuando este se hallaba enzarzado en la guerra civil catalana. Por aquel entonces, el rey aragonés decidió potenciar una alianza con el vecino reino castellano al prometer a su hijo Fernando con la princesa Isabel, hermana del rey Enrique IV de Castilla. Con este enlace Juan II esperaba superar las enormes dificultades que pasaba la corona aragonesa, así como mantener sus aspiraciones al trono castellano, pues la casa de los Trastámara gobernaba en ambos reinos.

Por su parte, en la corte castellana circulaban rumores sobre quién sucedería a Enrique IV en el trono. El monarca había tenido una hija de su segundo matrimonio de nombre Juana. No obstante,

Enrique IV, sospechoso de homosexualidad, no parecía ser su padre y corría el bulo entre sus allegados de que Juana era hija del favorito del rey, Beltrán de la Cueva, de ahí el sobrenombre de «la Beltraneja», como se conoce habitualmente a la princesa castellana. Mientras tanto, Isabel también aspiraba a ocupar el trono castellano y se entrevistó con su hermano Enrique. En septiembre de 1468, ambos pactaron, «por el bien y el sosiego del reyno», el acuerdo de los Toros de Guisando, por el cual se reconocía a Isabel como heredera, dejando a Juana en un segundo plano. A cambio, Isabel sólo podría casarse con el consentimiento previo de su hermano y tres magnates de la oligarquía castellana.

Pero, a principios de 1469, para Isabel sólo había un pretendiente posible: Fernando de Aragón. Entonces el amor todavía no había surgido entre los dos adolescentes, diecisiete años él y dieciocho ella, pero el enlace ya era una cuestión de Estado o, si se quiere, de la erótica del poder.

Sin más dilación, en marzo de 1469, se firmaron las Capitulaciones de Cervera, donde Fernando claudicaba a todas las peticiones de la ambiciosa Isabel. En primer lugar, reconocía a Isabel su condición de soberana en Castilla. Fernando también se comprometía a residir en Castilla, rubricar conjuntamente la documentación oficial y no enajenar el patrimonio real. A su vez, la corte aragonesa dotaría los esponsales con jugosas donaciones que debían pagarse a los cuatro meses de consumarse el matrimonio. Y por si faltara alguna cosa, también garantizaba el apoyo aragonés con cuatro mil lanzas a la causa isabelina, más veinte mil florines de oro y un collar de rubíes que había sido propiedad de Juana Enríquez. Ciertamente, algunas cláusulas parecían impagables, pero Juan II y Fernando apostaban fuerte buscando el auxilio castellano en la ya eterna guerra civil catalana.

Quedaba un escollo por salvar que no era un problema menor: Isabel y Fernando eran primos y, al existir tal grado de consanguinidad, necesitaban una dispensa papal para consumar el enlace. Al parecer, Isabel tenía «su conciencia saneada» y mantenía serios escrúpulos a casarse sin la autorización papal. Por ello, los eclesiásticos de confianza que la rodeaban falsearon una bula para que nadie dudara de la validez del matrimonio. Más adelante, ya habría tiempo de solucionar estos embrollos gracias a la concesión de la auténtica bula en 1471.

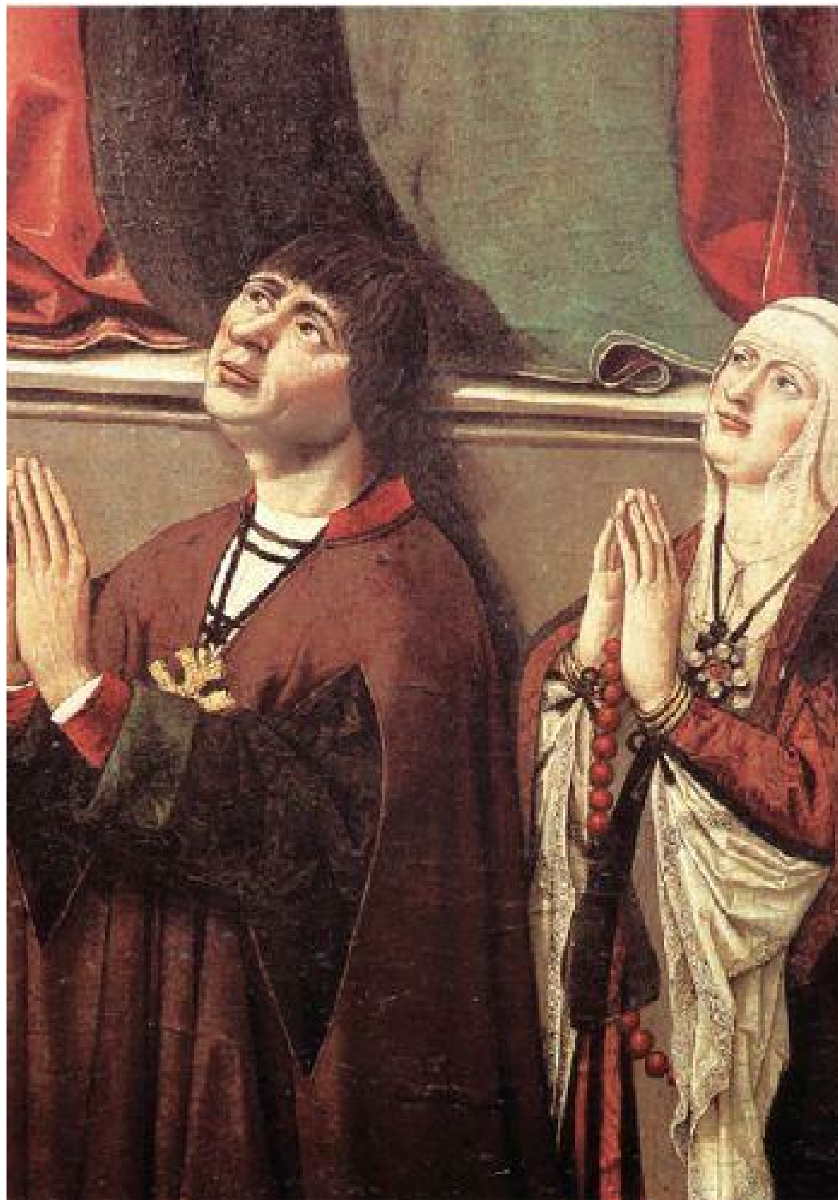
Después de tantas vicisitudes, Fernando e Isabel se encontraron por primera vez en Valladolid el 14 de octubre de 1469. Aquel sábado de otoño Fernando entró en la casa de Juan de Vivero, donde le esperaba su futura esposa. Entonces, el noble Gutierre de Cárdenas susurró en voz baja a la oreja de Isabel la célebre frase «ese es, ese es», señalando al príncipe aragonés que nunca había visto. Con el tiempo y en recuerdo de aquel trascendental momento, Isabel dispuso que dos 'eses' figuraran en el escudo del linaje de los Cárdenas.

Por fin, el jueves 19 de octubre de 1469 tuvo lugar el solemne acontecimiento en el altar mayor de la iglesia románica de Santa María la Mayor de Valladolid. Aquella noche los novios consumaron el matrimonio y, para que nadie dudara de su validez, Fernando enseñó a la multitud de cortesanos la sábana del tálamo manchada de sangre como garantía de la pérdida de virginidad de la princesa castellana. Empezaba así el destino común de una pareja unida por razones de Estado pero cuyos miembros acabarían sintiendo un profundo amor y respeto a lo largo de su vida. A juzgar por los documentos, la pasión amorosa de Isabel llegó incluso al extremo de los celos. En este sentido, la futura reina cuando «sentía que [Fernando] miraba a alguna dama o doncella de su casa con señal de amores, con mucha prudencia buscaba medios y maneras con que despedir tal persona de su casa».

No había para menos, pues Fernando ya tuvo relaciones previas al matrimonio de las que habían nacido dos hijos bastardos y, como relata el cronista Hernando del Pulgar, el rey aunque «amaba mucho a la reina su mujer, dábase a otras mujeres», despreciando así a Isabel, a pesar de que las fuentes la describen como una mujer de bellas proporciones y hermoso cabello rubio.

En cualquier caso, la pareja ha trascendido a la historia con el archiconocido nombre de Reyes Católicos, pero contrariamente a lo que mucha gente cree, no se trata de un apelativo de origen popular. Fue el papa Alejandro VI quien, el 19 de diciembre de 1496, dictó la bula *Si Convenit* premiando a los cónyuges por su difusión del catolicismo. Para bien o para mal, el matrimonio tomó la cruz por bandera y prohibió todo culto que no fuera la fe católica, persiguiendo los herejes a sangre y fuego cuando fue necesario. De ello hablaremos con detalle enseguida.

Apenas habían pasado cinco años del enlace cuando, el 14 de diciembre de 1474, el rey castellano Enrique IV murió repentinamente al regresar de una jornada de caza. Al día siguiente, sin más dilación, Isabel se proclamaba reina soberana de Castilla luciendo atributos hasta entonces reservados a los hombres como la Espada de la Justicia, símbolo del poder guerrero. Entonces, un atisbo de desconfianza asaltó a don Fernando, que había estado ausente en la solemne ceremonia. A su juicio, su figura había sido arrinconada, y partió inmediatamente de Zaragoza para aclarar cuál sería su papel en el reino castellano.



Unos jóvenes Reyes Católicos rezando a Santa Elena y Santa Bárbara. Óleo sobre tabla obra del maestro de Manzanillo (siglo XV), conservado en el museo Lázaro Galdiano de Madrid. En la representación, ambas figuras aparecen ricamente ataviadas a la moda de finales del siglo XV.

Después de minuciosas discusiones con la nobleza castellana, el 15 de enero de 1475 se firmó la Concordia de Segovia, que reconocía la exigida dignidad de Fernando. Ambos consortes acordaron que en todos los documentos emitidos figuraría primero el nombre del rey, en calidad de marido y varón, seguido del de la reina. Por contra, en los emblemas, el de Castilla se colocaría delante de la Corona de Aragón al ser este reino más extenso, poblado y próspero. Con esta fórmula se salvaba un abismo que podría haber separado a los dos monarcas, aunque cabe matizar que entonces Fernando solamente era príncipe de la Corona de Aragón.

Durante poco más de cuatro años Fernando compartió la corona de Castilla con la primogenitura aragonesa, centrando su atención sobre todo en los asuntos castellanos, arrinconando así los menesteres de los reinos de la Corona de Aragón. Cuando el rey aragonés Juan II falleció el 19 de enero de 1479, le sucedió su primogénito Fernando, que al fin aunaba ambas coronas sobre su sien. Sin embargo, su esposa Isabel no pudo ser proclamada reina aragonesa, pues la ley sálica lo impedía, y tuvo que conformarse con la distinción de reina consorte. Ahora bien, para compensar el desaguisado, Fernando redactó una carta donde nombraba a su mujer «corregente, gobernadora, administradora» y «otro yo» en los territorios recién heredados, garantizando así la igualdad jurídica entre ambos cónyuges. Este documento ha suscitado acaloradas controversias entre los historiadores sobre cuál fue el papel de Isabel en la jurisdicción de la Corona de Aragón. Algunos ilustres investigadores lo han interpretado como una lógica respuesta a la paridad acordada en la Concordia de Segovia, mientras que otros han querido ir más allá, viendo un papel destacado de Isabel I en la Corona de Aragón, equiparable al que pudo tener Fernando II en Castilla.

A partir de entonces, los dos principales reinos de la península ibérica estaban gobernados por los mismos soberanos, pero se trataba de una unión dinástica, en ningún caso territorial. No obstante, hay que reconocer que en este nuevo proyecto la Corona de Aragón quedó relegada a un segundo plano y fue Castilla, con el 65 % del territorio y seis millones de habitantes, quien se convirtió en el centro de gravedad de un país en plena expansión.

Prueba del peso que tenían los fueros en la Corona de Aragón y cómo estos limitaban la autoridad real es la frase atribuida a Isabel la Católica: «Aragón no es nuestro, menester es que vayamos de nuevo a conquistarlo». Esta desafortunada expresión se produjo en un momento de enojo de la reina ante la negativa de las Cortes zaragozanas de 1498 a aceptar a la infanta Isabel como heredera del reino, aplicando así la ley sálica que excluía a las mujeres del trono. Por desgracia, la infanta Isabel murió de parto mientras se debatía la cuestión, y tan triste noticia afectó al estado de salud de la reina, que jamás volvió a ser la misma.

Donde los Reyes Católicos sí consiguieron vencer las reticencias forales fue con la implantación de la temible Inquisición en la Corona de Aragón. En 1478 la bula *Exigit sinceras devotionis affectus* del papa Sixto IV autorizaba la creación del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en el reino de Castilla. Esta institución controlada por la monarquía era la encargada de reprimir las herejías y mantener la ortodoxia de la religión católica. Pronto el pánico se apoderó de las ciudades cuando sus habitantes asistieron estupefactos a actos de fe públicos que a menudo acababan bajo un fuego *purificador*. Tales atrocidades tenían un mensaje moralizador que judíos y musulmanes

entendieron a la perfección: para salvarse sólo cabía la conversión.

Hoy sabemos que Fernando fue un inflexible defensor de la Inquisición, mientras que Isabel dudó varias veces de los resultados de esta potente arma política y religiosa que acababan de crear. Las extralimitaciones de los inquisidores, la frágil defensa de los encausados y el anonimato de los denunciantes empujaron al mismo papa Sixto IV a denunciar que «muchos verdaderos y fieles cristianos, por culpa del testimonio de enemigos, rivales, esclavos y otras personas bajas y aún menos apropiadas, sin pruebas de ninguna clase, han sido encerradas en prisiones seculares, torturadas y condenadas como herejes relapsos, privadas de sus bienes y propiedades, y entregadas al brazo secular para ser ejecutadas". Pero no había marcha atrás, Fernando disponía de un arma demasiado poderosa al servicio de sus intereses y no estaba dispuesto a perderla. Curiosa postura la del Rey Católico, pues por sus venas corría sangre judeoconversa heredada de los antepasados su madre Juana Enríquez.

Al rey no debió importarle mucho su pasado remoto cuando el 17 de octubre de 1483 dio un paso más nombrando al dominico fray Tomás de Torque-mada inquisidor general de Aragón, Valencia y Cataluña, a la vez que de Castilla. Lo cierto es que la Inquisición ya existía en la Corona de Aragón desde el siglo XIII, pero había reducido mucho su actividad ante la falta de amenazas procedentes de herejías exteriores, como habían sido los cátaros en su momento. Ahora, Fernando II aprovechaba el peligro que, a su entender, suponían la comunidad judía y morisca para revitalizar esta institución y consolidar de paso la autoridad real. No obstante, la oposición fue intensa desde un primer momento en Valencia y Aragón, con conatos de rebelión en ciudades como Teruel. Sin embargo, el asesinato del inquisidor Pedro de Arbués mientras rezaba en la catedral de Zaragoza, el 13 de septiembre de 1485, y su inmediata mitificación como mártir de la tumba de la cual «brotaba la sangre azia arriba des del suelo, y con esto se tuvo una gran maravilla», dio un vuelco a la opinión pública que se manifestó en contra de los conversos.

A pesar de que la coexistencia entre judíos y cristianos había sido una realidad durante siglos, el fin de las juderías estaba próximo. De este modo, el 31 de marzo de 1492, tres meses después de la conquista del reino nazarí de Granada, los Reyes Católicos firmaban el Decreto de la Alhambra por el que los judíos de la península ibérica tenían hasta el 31 de julio de ese mismo año para convertirse al catolicísimo o abandonar el país. Algunos de los más reputados rabinos fueron bautizados pero la mayoría de los judíos prefirió el camino del exilio. No importaron las protestas de algunos municipios, la desestabilización de la moneda o el hundimiento de algunos sectores comerciales. Sin duda, la uniformización religiosa era una gloriosa empresa de la que la monarquía entonces se sentía plenamente orgullosa.

Por lo que se refiere a Cataluña, las tensiones inquisitoriales quedaron en segundo plano ante la nueva revuelta de los payeses de remensa. Hacía casi un siglo que sus antepasados se habían alzado en armas al grito de «el tiempo de la servidumbre ya ha pasado», y ahora se sentían nuevamente traicionados por Fernando cuando este declaró anticonstitucional la suspensión de los polémicos malos usos en 1481. Así empezaba el último auto de la rebelión de los remensas catalanes que, liderados por Pere Joan Sala y Francesc de Verntallat, mantuvieron en jaque al rey aragonés entre 1484 y 1486, forzando el arbitraje real en el conflicto. Finalmente y gracias a la mediación de Fernando, cuajó el 21 de abril de 1486 la Sentencia Arbitral de Guadalupe que suprimía de un plumazo los abusos señoriales a cambio del pago de diez sueldos por cada mal uso, sesenta en total.

A su vez, todos los castillos ocupados por los campesinos debían ser devueltos a sus señores feudales y se obligaba a los remensas a pagar una multa de cincuenta mil libras en concepto de indemnización. En esta ocasión Fernando II salía reforzado del principado catalán.

Mientras, los progresos territoriales de los Reyes Católicos en el sur peninsular eran espectaculares. Naturalmente, tras los primeros éxitos militares, en el bando cristiano nadie dudaba que las campañas contra el reino nazarí de Granada fueran coser y cantar. Por ello, pronto resurgieron renovadas profecías que veían en el rey Fernando un mesías que sojuzgaría toda África hasta la ciudad santa de Jerusalén. Pero nada más lejos de la realidad, pues los nazaríes estaban dispuestos a defender con uñas y dientes sus ciudades.

Así, por ejemplo, en 1487, la inexpugnable ciudad de Málaga resistió todos los envites cristianos gracias a la férrea disciplina militar de su líder Hamet el Zegri, arropado por una corte de guerreros negros apodados los *Gomeres*. Ni las gigantescas máquinas de asedio, conocidas como las *Jimenas*, que bombardeaban a diario las murallas de la ciudad consiguieron minar la moral de los defensores. Finalmente, fueron el hambre y las enfermedades quienes obligaron a los malagueños a capitular a principios de agosto de ese mismo año. Pese a la victoria, Fernando se mostró inflexible y once mil supervivientes fueron reducidos a la esclavitud como castigo ejemplar y moraleja para aquellos musulmanes que todavía pensaran en resistir.

Llegados a este punto, la base de operaciones se trasladó a la actual provincia de Almería, donde las tropas de Fernando conquistaron con facilidad las plazas de Vera, Vélez Rubio, Vélez Blanco o Tabernas. Sólo la localidad de Baza opuso una tenaz resistencia hasta diciembre de 1489, pero fue reducida tras una visita sorpresa de Isabel al campamento real para insuflar la moral de unas tropas agotadas. Al poco, capitulaban Almería, Guadix o Almuñécar. Eran los últimos coletazos de una guerra que tocaba a su fin. Entonces, los dominios del sultán nazarí Boabdil se reducían a poco más que la ciudad de Granada.



Rendición de Granada obra del aragonés Francisco Pradillo Ortiz, de 1882. Según una leyenda no contrastada, cuando Boabdil tomó el camino del exilio giró la cabeza para ver su amada ciudad por última vez y lloró amargamente. Entonces, su madre Aixa lo censuró con la célebre frase «llora como mujer lo que no supiste defender como hombre».

Todavía harían falta dos años más para doblegar la resistencia granadina. Pero en esta ocasión los

Reyes Católicos sólo tenían por rival al débil sultán Boabdil que anteriormente ya había jurado vasallaje en dos ocasiones al rey Fernando. Sin víveres ni suministros y desasistidos por sus hermanos del norte de África, los musulmanes granadinos no tenían otra solución que negociar la rendición si querían evitar una carnicería. Así fue como el 2 de enero de 1492, el último rey musulmán de la península ibérica entregaba las llaves de Granada a los Reyes Católicos y dijo: «Toma, señor, las llaves de tu ciudad, que yo y los que estamos dentro somos tuyos».

Durante aquel glorioso 1492 aún quedaba por llegar uno de los capítulos más trascendentales de la historia de España: el descubrimiento de América. Mientras los portugueses avanzaban hacia Asia rodeando el continente africano, el navegante Cristóbal Colón ofrecía una alternativa atractiva para alcanzar la ruta de la especies: Según sus cálculos, podía llegarse a la India navegando hacia el oeste basándose en antiguas teorías de matemáticos griegos, como Eratóstenes, que argumentaban que la tierra era esférica y no plana.

Tras peregrinar por diferentes cortes europeas, Cristóbal Colón expuso su proyecto a los Reyes Católicos, que inicialmente lo rechazaron al no ofrecer suficientes garantías. Sin embargo, después de largas negociaciones, el 17 de abril de 1492 se firmaron las Capitulaciones de Santa Fe que otorgaban a Colón los títulos de almirante, virrey y gobernador general de todos los territorios que descubriera, así como una décima parte de los beneficios. Poca cosa si el sueño de aquel iluso marinero resultaba ser cierto.

Finalmente, tres embarcaciones: la *Niña*, la *Pinta* y la *Santa María*, con un presupuesto de dos millones de maravedíes, principalmente sufragados por Isabel de Castilla, y ciento cinco marinos a bordo zarparon del puerto onubense de Palos de la Frontera destino a uno de los hallazgos más importantes de nuestra historia.

El mal denominado descubrimiento de América, pues hay evidencias que atestiguan la presencia de los vikingos mucho antes, aconteció el 12 de octubre de 1492 cuando Cristóbal Colón llegó a una isla de la Bahamas llamada Guanahani. Quiso el azar que, cuando todos los cálculos de aquel viaje a lo desconocido habían fallado, el grumete Rodrigo de Triana desde la proa de la *Pinta* gritara «¡tierra a la vista!». Tras setenta y dos días de viaje y varios conatos de motín, los marinos por fin pisaron tierra firme pensando que habían llegado a Cipango, actual Japón. Pero la realidad era que no estaban en el continente asiático sino en lo que se denominaría el *Nuevo Mundo*.

De regreso a la península ibérica, en abril de 1493, Cristóbal Colón se dirigió a Barcelona para informar a los Reyes Católicos del magnífico hallazgo. Como prueba de sus gestas llevaba consigo a seis indígenas que fueron bautizados en la catedral catalana apadrinados por los propios reyes y el infante Juan. El éxito del primer viaje permitió a Colón efectuar otros tres en 1493, 1498 y 1502, siempre convencido de que había llegado a las costas orientales de Asia. Por ello el Nuevo Mundo era conocido como las *Indias* hasta que el navegante italiano Américo Vespucio sugirió que aquellos territorios habían sido desconocidos por los europeos hasta entonces.

En la actualidad, el origen de Cristóbal Colon es objeto de un acalorado debate entre los historiadores. A la creencia tradicional de que Génova era su tierra natal se han unido diferentes hipótesis que le vinculan a unas raíces catalanas, portuguesas, gallegas o incluso judías. Como en tantas ocasiones, la confusión por la falta de pruebas concluyentes, la falsificación de documentos y a veces intereses más políticos que historiográficos auguran que la polémica sobre su origen todavía

está lejos de resolverse.

Sin embargo, no todo fueron alegrías aquel fabuloso 1492: el 7 de diciembre todo estuvo a punto de torcerse para Fernando II. Al mediodía, el rey descendía con su séquito por las escaleras de la capilla de Santa Ágata, en la actual plaza del Rey de Barcelona. Entonces, un embravecido payés de remensa se abalanzó sobre él, cuchillo en mano, y de un tajo le sesgó el cuello mientras el rey gritaba: «¡Oh, qué traición!». Había sido un terrible atentado que hizo temer por la vida del monarca, por ello, sin más dilación, entraron su cuerpo ensangrentado a palacio donde intentaron reanimarle con un poco de vino.

Acto seguido el regicida Juan de Cañamares fue detenido y torturado sin piedad para averiguar si formaba parte de alguna conspiración. Según sus declaraciones «lo hizo por el bien común», aunque también confesó estar inspirado por el diablo y el Espíritu Santo. Como castigo fue atado a un palo y paseado en carro por diversas calles barcelonesas mientras le descuartizaban a cada parada para disfrute de los asistentes. Numerosas referencias atestiguan cómo «le cortaron la mano derecha con quelo fizo e los pies con que vino a lo fazer, e sacáronle los ojos con quelo vido e el corazon con quelo pensó». Por último, antes de librar su cuerpo a la muchedumbre para que lo apaleara y quemara, tuvieron el detalle de «ahogarle primero por clemencia y misericordia de la Reyna».



Detalle del monumento a Cristóbal Colón en la parte baja de las Ramblas de Barcelona. Este conjunto escultórico, inaugurado en plena Exposición Universal de Barcelona el 1 de junio de 1888, se ha convertido en uno de los iconos de la ciudad. El dedo índice del almirante señala hacia el mar, pero el continente americano está justo en sentido opuesto: una posible explicación a esta aparente contradicción sería que la estatua indica la ruta hacia la India, lugar donde Colón quería llegar. Otro argumento esgrime que el dedo señala Génova, presunta ciudad natal del navegante.

Afligida por los acontecimientos, la reina Isabel escribió a su confesor, fray Hernando de

Talavera, unas emotivas líneas donde reflexionaba «muy reverendo y devoto padre: pues vemos que los reyes pueden morir de cualquier desastre, como los otros, razón es de aparejar a bien morir. […] Hay una gran diferencia de creerlo y pensarlo a gustarlo». Afor-tunadamente, el rey de Aragón sanó por completo de sus heridas tras recuperarse en el monasterio badalonés de San Jerónimo de Murtra, cerca de la capital catalana.

A partir de entonces, Fernando el Católico centró su actividad principalmente en Italia y el norte de África. Y es que su vinculación con el Mediterráneo ya venía de antaño, pues durante el reinado de su padre había sido rey y corregente del reino de Sicilia. Así pues, durante su gobierno, Fernando tuvo que lidiar con las pretensiones francesas de anexionarse el reino de Nápoles y Sicilia. Durante el consiguiente conflicto militar los Reyes Católicos contaron con los brillantes servicios del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, un genio militar temido por los franceses que tras ser derrotados varias veces por las tropas españolas afirmaron «no haber combatido con hombres sino con diablos».

Mientras, en el norte de África, los Reyes Católicos expandían el cristianismo más allá de los límites de la península ibérica. Pronto conquistaron Melilla en 1497 y otras ciudades o regiones como Orán, Trípoli y Argel. Pero Fernando todavía aspiraba a más, soñaba con conquistar Alejandría y atacar Estambul aprovechando la debilidad del sultán turco Bayaceto II y tratando de cumplir así una de las voluntades de Isabel, difunta en 1504, que en testamento insistió en «que no cese la conquista de África». Sin embargo, todo se esfumó en agosto de 1510 tras la humillante derrota de la isla de Yerba, situada en el golfo de Gabés, cerca de Túnez. Allí, bajo un sol abrasador, murieron en una emboscada más de cuatro mil soldados españoles y el pragmatismo del rey Católico enterró de una tacada el proyecto africano.

Por desgracia, como acabamos de preludiar, Isabel había fallecido el 26 de noviembre de 1504 a la edad de cincuenta y tres años. Aquejada por fuertes fiebres y consciente de que su hora estaba próxima, hizo testamento unos meses antes intentando solucionar los problemas que planteaba su sucesión. De nuevo, Isabel confió en Fernando y le nombró gobernador del reino de Castilla pero la oposición de importantes sectores de la nobleza obligó al monarca aragonés a abandonar el reino en favor de su yerno Felipe el Hermoso.

No obstante, un remolino de infortunios empujaron a Castilla a pedir a Fernando que volviera «lo más brevemente que pudiese a los gobernar y amparar» pues él era el «señor y padre verdadero destos reynos». Entre los principales motivos de aquel cambio de opinión estaba la súbita muerte de Felipe el Hermoso en 1506, la demencia de su esposa Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos y protagonista del siguiente capítulo, y un ciclo de malas cosechas acompañado por una fuerte epidemia de peste. Ante este vacío de poder, Fernando regresó a Castilla a mediados de julio de 1507 para tomar de nuevo las riendas del país. Curtido durante años en el arte de la guerra, todavía llevaría a cabo brillantes acciones militares como la conquista de Navarra en 1512.

A pesar de sus cincuenta y tres años, Fernando volvió a casarse por segunda vez, el 19 de octubre de 1505, con la doncella Germana de Foix, sobrina del rey Luis XII de Francia. Aparte de su alta alcurnia y juventud, tenía dieciocho años el día de la boda, Germana de Foix no estaba a la altura de la difunta Isabel. De constitución más bien rolliza, Germana destacaba más por su afición a las fiestas y la buena mesa que por su intelecto. Incluso su maduro esposo reconocía en privado que las

verdaderas razones del enlace eran políticas y la voluntad de tener un hijo varón con una joven fértil. Cosas del destino, tras un parto difícil, Germana alumbró un hijo varón llamado Juan en mayo de 1509. Pero por desgracia, el recién nacido falleció y con él la esperanza de dotar de un heredero a la Corona de Aragón. Tras el penoso parto, la infeliz reina quedó estéril, desapareciendo así la esperanza de alumbrar a otro hijo en el futuro.



Óleo sobre lienzo titulado *Desembarco en Valencia de Fernando el Católico y Germana de Foix*, obra del pintor valenciano José Ribelles y Helip, en el siglo XIX. Tras la muerte de Fernando, este dejó en testamento unas rentas anuales de cincuenta mil florines a Germana que quedarían anuladas en caso de contraer nuevo matrimonio. A su vez, escribió a su nieto, el futuro Carlos I, encomendándole la viuda «pues no le queda, después de Dios, otro remedio sino sólo vos».

En los últimos años de su existencia, Fernando arrastró una delicada salud mientras perseguía su ideal de «paz para los cristianos y guerra contra los infieles». Finalmente, enfermo y fatigado, el rey falleció un miércoles 23 de enero de 1516 en la extremeña aldea de Madrigalejo, con toda probabilidad debido al abuso de remedios afrodisíacos a base de testículos de toro que tomó intentando obtener un nuevo hijo varón.

Paradójicamente, como dijo el humanista italiano Pietro Martire d'Anghiera, cuando se aproximaba la hora «el señor de tantos reinos, el adornado de tantas palmas, el propagador de la religión católica y el vencedor de tantos enemigos, murió en una miserable casa rústica. […] Si bien, quizá en esos momentos era el más poderoso de todos». Su pérdida conmocionó no sólo a lo que ya era costumbre denominar *España*, sino a Europa entera. Había desaparecido un *rey de reyes* que difícilmente se podría sustituir.

Cronología

1414 d. C.	Coronación de Fernando I de Antequera en la catedral de Zaragoza.
1416 d. C.	Conflicto del *vectigal* en la ciudad de Barcelona entre el rey y la oligarquía catalana. Muerte de Fernando I.
1422 d. C.	Fallece el antipapa Benedicto XIII, más conocido como el Papa Luna, en el castillo de Peñíscola a los 96 años de edad.
1436 d. C.	El infante Juan, hermano del Magnánimo y futuro rey aragonés, se encarga de la lugartenencia de Aragón, Valencia y Mallorca.
1442 d. C.	El rey Alfonso V el Magnánimo entra triunfalmente en la ciudad de Nápoles.
1444 d. C.	Fallece Blanca de Navarra, primera esposa de Juan de Aragón. El testamento dejaba Navarra al primogénito Carlos de Viana, que debía gobernar con el beneplácito de su padre.
1447 d. C.	Segundas nupcias del infante Juan con la doncella castellana Juana Enríquez.
1450 d. C.	Revuelta de los *forans* de Mallorca.
1452 d. C.	Los *forans* son derrotados por los *saccomani*, unas tropas mercenarias italianas.
1453 d. C.	La Busca accede al gobierno municipal de la ciudad de Barcelona.
1456 d. C.	El infante Juan es nombrado lugarteniente de Cataluña.
1458 d. C.	Fallece sin descendencia legítima el rey Alfonso V el Magnánimo. Le sucede al frente de la Corona de Aragón su hermano, ahora Juan II.
1460 d. C.	El príncipe Carlos de Viana es retenido por su padre en la ciudad de Lérida.
1461 d. C.	Los estamentos catalanes obligan al rey a liberar a su hijo Carlos de Viana y a firmar la Concordia de Villafranca. En septiembre de ese mismo año Carlos de Viana muere de tisis en Barcelona.
1462 d. C.	Primera rebelión de los payeses de remensa e inicio de la guerra civil catalana.
1469 d. C.	Matrimonio en Valladolid del infante Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, futuros Reyes Católicos.
1472 d. C.	Capitulación de Pedralbes que pone fin al conflicto catalán.
1478 d. C.	Creación del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en el reino de Castilla.
1479	El rey aragonés Juan II muere en la ciudad de Barcelona a los ochenta años de edad. Le sucede

d. C.	su hijo Fernando II.
1486 d. C.	Sentencia Arbitral de Guadalupe que elimina los malos usos en el campo catalán y pone fin a la segunda guerra remensa.
1492 d. C.	Fin del reino nazarí de Granada, los musulmanes ya no dominan rincón alguno en la península ibérica. Decreto de la Alhambra que expulsaba a los judíos de los territorios bajo control de los Reyes Católicos. Primer viaje de Cristóbal Colón al continente americano.
1504 d. C.	Muerte de la reina Isabel la Católica en el Palacio Real de Medina del Campo, Valladolid.
1506 d. C	Segundas nupcias de Fernando el Católico con la doncella Germana de Foix.
1512 d. C.	Conquista de Navarra por Fernando el Católico.
1516 d. C.	Muerte de Fernando el Católico en Madrigalejo, situado en la actual provincia de Cáceres.

PACTISMO FRENTE A ABSOLUTISMO: DE CARLOS I A FELIPE III

El día antes de morir, Fernando el Católico había dictado su tercer y último testamento. En él declaraba heredera de los reinos hispánicos y las Indias Occidentales a su hija Juana I de Castilla, que con el paso de los años sería más conocida por el sobrenombre de Juana la Loca. Así pues, el viejo monarca aragonés sabía que Juana estaba incapacitada para gobernar y, por ello, también nombró gobernador del reino a su nieto Carlos de Gante, el futuro Carlos I y entonces un adolescente de tan solo dieciséis años de edad. En 1516, mientras este no llegaba de Flandes a los territorios peninsulares, el cardenal Cisneros tomaría las riendas en Castilla, y Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza e hijo bastardo del Católico, haría lo propio en los estados de la Corona de Aragón.

Por lo que respeta a Juana, en la corte por todos era conocida la obsesión que tenía por su difunto esposo Felipe el Hermoso. En diciembre de 1506, la trastornada mente de la reina había ordenado desenterrar el cadáver de Felipe para trasladarlo hasta la catedral de Granada y enterrarlo junto a Isabel la Católica. Durante más de dos años, Juana y un numeroso séquito fúnebre vagaron por tierras castellanas sin que ella se separara ni un momento del féretro. Andaban por la noche porque «una mujer honesta debe de huir de la luz de día, cuando ha perdido a su marido que era su sol», y de vez en cuando abrían el ataúd para que Juana pudiera besar la cara de su amado Felipe. Era evidente lo que eufemísticamente se denominaba la «indisposición de la Señora Reyna», y para subsanarlo, en 1509, fue encerrada por su padre en el vallisoletano castillo de Tordesillas hasta el fin de sus días. No obstante, Juana la Loca nunca fue declarada incapaz por la Cortes castellanas ni tampoco se le retiró el título de reina. Pero su padre Fernando, y después su hijo Carlos de Gante, la mantuvieron oculta temerosos de que su figura pudiera avivar las voces de la oposición en Castilla.

Así pues, tras un cúmulo de circunstancias, Carlos de Gante, a partir de ahora Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, pasaba a gobernar un vasto imperio. Bajo su corona se aunaba la herencia centroeuropea de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano de Habsburgo, la borgoñona de su abuela paterna, María, y la procedente de su madre Juana que comprendía los estados hispánicos y las Indias Occidentales. Nacía así la dinastía española de los Austrias, o casa de Habsburgo, llamada a gobernar durante los siglos XVI y XVII una monarquía hispánica donde cada reino continuaba teniendo sus propias instituciones, leyes e intereses propios. En consonancia con esta realidad, el principal reto de Carlos I consistió en hacer frente a todas estas particularidades manteniendo unos lazos en común.

Sin embargo, el nuevo rey de la Corona de Aragón jamás había pisado la península ibérica ni conocía las lenguas y costumbres de sus nuevos súbditos. Además, Carlos había nacido en Flandes y había sido educado en la corte imperial de su abuelo Maximiliano I. Quizás por ello en España le consideraban un rey extranjero y algunos sectores de la nobleza hubieran preferido a su hermano, el infante don Fernando, que sí había recibido su educación en territorios hispanos.

Durante su primer viaje a la península ibérica, Carlos I convocó las Cortes castellanas en la ciudad de Valladolid donde fue jurado como rey el 9 de febrero de 1518. Después le tocó el turno a las aragonesas, celebradas en Zaragoza para mayo de ese mismo año. Tras ocho meses de intensas

deliberaciones, el nuevo rey se desplazó hacia Cataluña, donde reunió las Cortes en enero de 1519. Estando en Barcelona, Carlos I fue informado de la muerte de su abuelo Maximiliano I, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Sin más dilación, decidió suspender su viaje a Valencia en pro de la candidatura imperial.

Para entonces, los súbditos valencianos vivían angustiados por la presencia de piratas berberiscos en sus costas y la noticia de una flota turca, avistada en aguas de Cerdeña, agravó aún más la ansiedad de la población. Ante la pasividad de Carlos I, concentrado en promocionar su candidatura imperial, las autoridades valencianas decidieron armar a los gremios para enfrentarse al posible desembarco pirata. Por si fuera poco, en 1519, un nuevo brote de peste negra diezmó la capital del Turia, creando una situación de alta tensión cuando los dirigentes de la ciudad huyeron para salvar sus vidas.



Coronación del emperador Carlos V en la ciudad italiana de Bolonia, obra del pintor flamenco Juan de la Corte, del siglo XVII y actualmente conservado en el Museo de Santa Cruz de Toledo. Tras ser coronado en Aquisgrán, Carlos V también necesitaba de la dignidad papal para ungirse emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Así, el 22 de febrero de 1530, rodeado de las mejores familias de la nobleza europea, Carlos V se convertía en el hombre más poderoso del momento. Durante el fastuoso desfile, el pontífice Clemente VII y el nuevo emperador cabalgaban en paralelo como símbolo de su amistad mientras entre el público se escuchaban clamores de «Imperio» y «España».

Ante la ausencia de oficiales reales, los gremios valencianos crearon el 25 de noviembre de 1519 la Junta de los Trece, un organismo formado por trece síndicos encargados de dirigir la corporación municipal y las fuerzas armadas. Acaudillados por el *pelaire* Juan Llorens, bautizado por las crónicas como el *oráculo del pueblo*, los Trece pregonaban la necesidad de organizar la defensa del reino contra los berberiscos pero también del pueblo contra la nobleza. Por ello, Llorens defendía la

creación de un régimen comunal a imitación de la república italiana de Venecia. Así empezaron las Germanías, un conflicto armado que tuvo lugar entre 1519 y 1522, paralelo a la revuelta de los comuneros castellanos y que ponía en jaque los privilegios de la oligarquía urbana y la nobleza.

Durante el verano de 1520, la revuelta de las Germanías se extendió por otras ciudades del reino de Valencia como Alcira, Játiva, Peñíscola, Villarreal o el valle de Morvedre. A medida que el movimiento se ampliaba también se fue radicalizando, surgieron nuevos líderes como el terciopelero Vicente Peris, y pronto se perdió la unidad por fuertes discrepancias internas. Por su parte, los estamentos privilegiados, en especial la nobleza, aceptaron costear un ejército bajo la autoridad del rey para acabar con el alzamiento. Como era de esperar, los agermanados sufrieron varias derrotas militares que devolvieron el control desde Alicante hasta Onteniente a las tropas reales.

A finales de 1521 únicamente Játiva y Alcira permanecían en manos de los agermanados, liderados por la misteriosa figura de «el Encubierto». Este impostor afirmaba ser el infante Juan, hijo de los Reyes Católicos y con supuestos derechos a heredar los diferentes reinos de España. Pero el mítico personaje sólo sirvió para hacer soñar durante un tiempo a un pueblo oprimido por la tiranía de la nobleza. Hasta tres «Encubiertos» aparecieron los últimos años de las Germanías que se fueron sucediendo a medida que las autoridades reales mataban al anterior. Finalmente, en noviembre de 1522, con Carlos I de nuevo en la península ibérica, los últimos núcleos sublevados fueron derrotados con la llegada de refuerzos procedentes de Castilla.

No obstante, las secuelas de las Germanías se dejaron notar durante mucho tiempo en el reino de Valencia. Por un lado, se habían malbaratado cerca de ciento noventa mil ducados para sofocar la revuelta, dinero reunido gracias a préstamos que ahora había que devolver. Por otro, la nueva virreina Germana de Foix, viuda de Fernando el Católico, castigó a las ciudades insurrectas con el pago de fuertes multas económicas y la ejecución de los principales líderes agermanados.

A pesar de la represión, la simiente de la rebelión germinó de nuevo en otros territorios de la Corona de Aragón como la vecina Mallorca, donde en 1521 adoptaron la *Tretzena*, al igual que en Valencia, como forma de gobierno. Solo Alcudia permaneció fiel al rey y los agermanados dominaron el resto de la isla durante año y medio. Sin embargo, en octubre de 1522, desembarcó una flota para acabar con los insurrectos mallorquines. La represión fue brutal, en Pollensa la iglesia fue incendiada con la población que se había refugiado en su interior. Acto seguido, en marzo de 1523, las tropas reales entraban en Palma de Mallorca en plena epidemia de peste y más de doscientas personas fueron ejecutadas sin proceso. Por último, todas las villas, excepto Alcudia, tuvieron que pagar fuertes impuestos para sufragar los gastos de la campaña. Por consiguiente, muchos campesinos no pudieron pagar y perdieron lo poco que tenían convirtiéndose en jornaleros. Llegados a este punto, tras el fracaso de las Germanías, las clases menos afortunadas asumieron su derrota, no habría más revoluciones para pedir un cambio social profundo, ahora se imponía un nuevo modelo de subsistencia basado en las acciones individuales. Entre las más habituales en la Corona de Aragón estaría el bandolerismo, del que hablaremos a continuación.

Antes que nada, hay que matizar que el término *bandolero* puede tener dos acepciones distintas: en primer lugar, podría ser un vulgar malhechor o salteador de caminos y, por otro lado, también se asocia a las *banderías* o guerras privadas entre familias de la nobleza para defender sus intereses. En sus orígenes, las banderías nobiliarias eran perfectamente legales y las familias de la aristocracia

podían llegar a reclutar auténticos ejércitos que superaban el centenar de reclutas, entre parentela y vasallos, para dirimir sus rencillas. Todo empezaba con el acto de *deseiximent* o 'desafío', una declaración que impedía la intervención real. A continuación, empezaba una lucha intestina entre ambos bandos que sólo terminaba cuando uno de los dos había conseguido su objetivo.

En este contexto apareció el temido Antonio Roca, un sacerdote procedente de una familia catalana acomodada, que pronto se convirtió en el bandolero profesional más famoso de Cataluña y un quebradero de cabeza para los virreyes del emperador Carlos I. Capaz de arrasar la Cerdaña en una semana, se movía impunemente con su cuadrilla por las comarcas catalanas de Urgel, Osona y la zona del Vallés. Incluso el virrey Francisco de Borja lo declaró «enemigo público de Cataluña», reconociendo que «ahora nos da mucho trabajo Antonio Roca en este Principado, haciendo las bellaquerías que puede». Pero sus fechorías terminaron cuando en 1546 varios hombres de su confianza lo traicionaron sobornados por las autoridades reales. Como cabía esperar, tuvo un castigo ejemplar: después de ser desposeído de sus hábitos por la Inquisición, Antonio Roca fue paseado sobre una carreta por las calles y plazas de Barcelona para finalmente ser degollado, no sin antes haberle cortado las orejas. Acto seguido, el verdugo descuartizó su cuerpo, que fue colgado en las puertas de entrada a la ciudad, advirtiendo a aquellos dispuestos a seguir este mal camino del destino que les esperaba.

Entretanto, la frontera pirenaica se había convertido en una amalgama de bandoleros y contrabandistas de caballos que a veces actuaban conjuntamente, o así lo creían las autoridades. Hay que tener en cuenta que en época moderna el equino era considerado un arma de guerra y tenía prohibido su mercadeo. Pero, por contra, el comercio ilegal de este animal a través de la frontera francesa suponía una importante fuente de ingresos para las familias del Pirineo, muy castigadas por la dureza del clima y los escasos rendimientos de sus explotaciones agrícolas. Aunque el fenómeno del bandolerismo fue común en todo el Mediterráneo a lo largo del siglo XVI, tuvo una especial incidencia en las zonas montañosas y de frontera, sobre todo debido al clima, la orografía y los motivos que acabamos de reseñar.

En una sociedad acongojada por la violencia, el bandolerismo se convirtió en una plaga durante el reinado de Felipe I de Aragón, que ocupó el trono de España a partir de 1556 y es el monarca más conocido por su denominación *hispana*: Felipe II. A las conocidas banderías nobiliarias se añadieron «vagabundos y belitres» que a menudo actuaban como «ladrones y delincuentes, de los cuales el reino está gravemente inquieto». Así pues, en Cataluña los virreyes se pasaban el tiempo persiguiendo a estos bandidos «porque tenemos entendido que andan tantos bandoleros y hombres de mala vida, cometiendo cada día homicidios, asesinatos, robos y otros males, que no se puede andar por él sin notorio peligro de la vida».

No había para menos, la proliferación a mediados del siglo XVI del pedreñal, un arma de fuego ligera y fácil de esconder, convirtió a los bandoleros en auténticas máquinas de matar. Así pues, a la monarquía no le quedó más remedio que extender varias medidas de control entre las que destacaban la prohibición de llevar armas encima o el juego en las tabernas, lugar habitual de encuentro de los bandoleros. Sin embargo, fueron más resolutivos los brutales e indiscriminados castigos físicos que oscilaban desde los azotes a la pena de muerte. Asimismo, el pacto también fue una vía de reinserción y muchos malhechores se enrolaron en los tercios españoles para redimir sus actos. Incluso algunos de ellos llegaron a ser nombrados capitanes, como el caso del bandolero catalán

Perot Rocaguinarda.

Sea como fuere, el bandolerismo nos ha legado nombres legendarios como el catalán Juan Sala Ferrer, más conocido como «Serrallonga», que durante el primer tercio del siglo XVII se granjeó la admiración popular al saquear los convoyes monetarios que transportaban la plata indiana hacia Génova. Con el tiempo, estos saqueadores han pasado a formar parte del imaginario colectivo, mitificados por las plumas de ilustres escritores como Miguel de Cervantes, Tirso de Molina o Lope de Vega, entre muchos otros.

Otra de las problemáticas de la Corona de Aragón durante todo el siglo XVI fue la protección del litoral frente a los constantes ataques de los piratas berberiscos del norte de África. Desde luego, el peligro turco no era algo nuevo, pues ya se había puesto de manifiesto en época de los Reyes Católicos, pero ahora la amenaza era mayor, ya que el corsario Jeireddín Barbarroja se había convertido en una verdadera pesadilla para las desamparadas costas del imperio español.

En la cabeza del emperador Carlos I siempre estuvo mejorar las fortificaciones de todas las villas y ciudades del litoral mediterráneo. En el reino de Valencia, entre las reformas más notables que se llevaron a cabo durante la primera mitad del siglo XVI estaban la modernización de las murallas de Peñíscola, Villajoyosa, Alicante o la ciudad de Valencia. Por otro lado, en Cataluña, la monarquía también financió en parte las defensas de Sitges, Cambrils, Cotlliure y construyó un importante centro estratégico en Rosas.

Además, para aminorar la presión de los piratas berberiscos, en 1535, un centenar de naves de la flota imperial con treinta mil soldados de infantería y caballería desembarcó en la Goleta, el puerto de la ciudad norteafricana de Túnez. Tras una dura batalla, donde el calor fue peor enemigo que los musulmanes, la plaza de Túnez cayó en manos de Carlos I. De este modo, y a pesar de que Barbarroja había conseguido huir, la gran ofensiva africana culminaba con un brillante triunfo que ampliaba los vastos dominios del emperador.

Espoleado por sus recientes éxitos, en octubre de 1541, Carlos I concentró de nuevo los tercios en los puertos de Palma de Mallorca y Menorca con el objetivo de conquistar la indómita ciudad magrebí de Argel. Durante la travesía, una impresionante tormenta dispersó la flota española, dificultando el desembarco. A pesar de los contratiempos, el emperador siguió confiando en su buena estrella. No obstante, las persistentes lluvias torrenciales y unos fuertes vientos huracanados acabaron por abatir el improvisado campamento de los sitiadores y hundieron más de un centenar de naves cargadas de víveres y municiones. En vista de la dramática situación, finalmente, a finales de octubre de ese mismo año, el emperador Carlos I decidió levantar el asedio de Argel y retirarse, despreciando la petición del veterano Hernán Cortés, el conquistador de México, que sólo le pedía un puñado de soldados para acabar de conquistar la plaza.

Después de la desastrosa retirada de Argel, los ataques de los piratas contra el litoral peninsular fueron otra vez constantes. Además, los habitantes de las costas sabían que estas incursiones eran estacionales y normalmente se concentraban desde el inicio del verano hasta mediados de otoño. Así pues, en 1543, la escuadra del pirata Salah Rais se pasó impunemente por el litoral de la Corona de Aragón saqueando a destajo primero la costa catalana, después las islas de Ibiza y Formentera, para finalmente atacar las localidades valencianas de Benidorm y Villajoyosa, entre otras. Años más tarde, en 1550, la flota del corsario Dragud volvió a sembrar de nuevo el terror al despojar diversos

enclaves de Mallorca y Valencia.

Tuvieron que pasar treinta años después de la humillación argelina para que los turcos conocieran, durante el reinado de Felipe II, la derrota que tanto anhelaba la dinastía de los Austrias: la efeméride no es otra que la célebre batalla naval de Lepanto, donde la flota turco otomana fue derrotada por una coalición cristiana, el 7 de octubre de 1571, frente a la ciudad griega de Naupacto. De la contienda sólo escaparon unas treinta galeras turcas y fallecieron más de treinta mil soldados, toda una carnicería que dejó «el mar envuelto en sangre, sepulcro de muchísimos cuerpos que movían las ondas, alteradas y espumeantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de artillería».

Exhausto de tantas guerras y conflictos, en 1556, desde Bruselas, el emperador Carlos I legó el Sacro Imperio Romano Germánico a su hermano Fernando y los reinos peninsulares de Castilla y la Corona de Aragón, junto con los territorios americanos, a su hijo Felipe. Después tomó rumbo a España para retirarse en el monasterio de Yuste, en la comarca extremeña de la Vera, donde permaneció hasta su muerte en septiembre de 1558.



El Santo Cristo de Lepanto es una de las obras más célebres de la catedral de Barcelona. Según la tradición oral, esta imagen presidía la galera del almirante Juan de Austria durante la batalla de Lepanto contra la flota otomana en 1571. Una falsa leyenda atribuye el giro que presenta el cuerpo a un movimiento realizado durante la contienda para esquivar un proyectil enemigo. Con toda probabilidad, la hipótesis más plausible es que la estatua estaba hecha de madera joven y tomó esta forma con el paso del tiempo.

Cuando Felipe II accedió al poder ya contaba con una amplia experiencia de gobierno como regente a pesar de tener tan solo treinta y un años de edad. Su reinado podría definirse como la última tentativa de imponer el autoritarismo regio sobre el pactismo medieval de los estados de la Corona de Aragón. Durante sus primeros años, el nuevo rey tuvo que enfrentarse a un cúmulo de importantes dificultades como fueron la revuelta de los moriscos en las Alpujarras o la insurrección protestante de los Países Bajos. A partir de entonces, la monarquía hispánica de Felipe II se erigió en

la máxima defensora de la fe católica, bien secundada por un formidable instrumento de represión como fue el tribunal eclesiástico del Santo Oficio de la Inquisición, creado por los Reyes Católicos tal y como vimos en el capítulo anterior.

Un buen ejemplo de este estricto control ideológico fue la prohibición, en 1568, a todos los súbditos de la Corona de Aragón de ir a estudiar al extranjero por miedo al contagio de las doctrinas protestantes, tan extendidas por Francia y el norte de Europa. Por si fuera poco, las necesidades financieras de la monarquía acabaron enfrentando al rey con la Generalitat de Cataluña por el cobro del *excusado*, un impuesto otorgado por el papa Pío V para financiar las campañas imperiales contra los rebeldes calvinistas en Flandes. No es pues de extrañar que en 1569, ante la negativa de los diputados catalanes a contribuir en el pago del controvertido impuesto, estos fueran encarcelados por el Santo Oficio acusados de herejía. No obstante, debido al peligro de una sublevación popular, el asunto fue dejado en manos de las Cortes catalanas que, en 1585, decidieron no pagarlo y pusieron a los diputados en libertad.

Pero se puede afirmar, sin lugar a dudas, que el asunto más grave durante el reinado de Felipe II en la Corona de Aragón fueron las denominadas *Alteraciones de Aragón*. Todo empezó en abril de 1590, cuando el antiguo todopoderoso secretario real Antonio Pérez huyó de Madrid a Zaragoza y, apelando a sus orígenes aragoneses, reclamó el cobijo del justicia de Aragón. Esta figura, nacida a finales del siglo XII, era la encargada de moderar las pugnas entre el rey y la nobleza aragonesa poniendo especial hincapié en la defensa de las leyes del territorio, las cuales el monarca estaba obligado a cumplir. Con el tiempo, el justicia de Aragón se convirtió en un cargo hereditario asociado a algunas familias aristocráticas como los Lanuza. En la actualidad, es el nombre histórico con el que se designa el defensor del pueblo de la comunidad autónoma de Aragón y supervisa la actividad de la Administración a través de recomendaciones e informes sobre las materias de su competencia.

Pero regresemos a las *Alteraciones de Aragón*, donde no cabe duda que Antonio Pérez se comportaba como un retorcido burócrata de dudosa moralidad que, tras conspirar contra la figura de Felipe II y ser condenado a muerte por asesinato, consiguió granjearse la amistad de algunas autoridades locales en el reino de Aragón.

Llegados a este punto, los partidarios de Antonio Pérez y los fueristas, defensores de los privilegios aragoneses, se negaron a entregarlo a los oficiales del rey, acusando al propio monarca de injerencia política. En estas circunstancias, Felipe II ordenó actuar al temido tribunal del Santo Oficio, que acusó formalmente a Antonio Pérez de herejía. Sin embargo, el 24 de mayo de 1591, cuando los inquisidores se disponían a trasladar al acusado a las prisiones del palacio zaragozano de la Aljafería, la tensión saltó a la calle y varios grupos de exaltados no dudaron en enfrentarse a las autoridades reales ante lo que consideraban una violación del derecho foral.

A pesar de la crispación, finalmente, el traslado de Antonio Pérez se realizó el 24 de septiembre de 1591. Para evitar otro motín, el gobernador de Aragón dispuso dos mil hombres por todo el trayecto y cerró todas las bocacalles. Pero la sublevación estaba cantada y pronto los insurrectos se adueñaron de la situación, causando una desbandada entre las tropas del incauto gobernador, el cual salvó la vida milagrosamente tras varios impactos de bala que sí mataron a su caballo. Mientras duraba el motín popular, Antonio Pérez aprovechó la confusión para escapar primero a Francia y más

tarde a Inglaterra, donde continuó conspirando y escribió algunas de sus obras más famosas que alimentaron la leyenda negra de los Austrias.

Entretanto, en octubre de ese mismo año, Felipe ordenó a sus tropas cruzar la frontera para invadir el reino de Aragón. Había llegado el momento de ajustar las cuentas, pero los diputados y el nuevo justicia de Aragón, Juan de Lanuza V el Mozo, estaban dispuestos a resistir al invasor castellano «como protectores y defensores de los fueros y libertades del reino».

Todo hacía presagiar el peor de los escenarios, pero los insurrectos se disgregaron ante la superioridad numérica de los quince mil infantes y caballeros castellanos que, dirigidos por Alonso de Vargas, ocuparon la capital aragonesa sin oposición. Acto seguido, el rey inició una brutal represión contra los líderes de la revuelta para que nadie volviera a discutir jamás su autoridad. A pesar de su juventud, el justicia de Aragón, Juan de Lanuza V, fue decapitado sin proceso previo el 20 de diciembre de 1591. Durante la infame ejecución la ciudad entera se «envolvió en silencio y luto. Sus habitantes se encerraron todos en sus casas. Ninguno quiso ser testimonio de aquella infeliz tragedia y Zaragoza presentaba el aspecto de una ciudad desamparada y desierta ocupada por un ejército enemigo». Además, hubo varios autos de fe donde algunos de los sediciosos perecieron bajo las llamas y otros fueron castigados a galeras o fuertes multas económicas. Finalmente, en 1592, el proceso contra el desaparecido Antonio Pérez culminó con las acusaciones de hereje, traidor, sodomita y descendiente de los judíos, y una estatua suya ardió en su ausencia. Ese mismo año, el rey Felipe II convocó unas Cortes en Tarazona donde no suprimió ninguna institución aragonesa, pero limitó el poder de los fueros.



El palacio zaragozano de la Aljafería fue construido por los musulmanes en el siglo XI, pero con el paso del tiempo ha ido fusionando varios estilos de época medieval y moderna. A partir de 1593, en tiempos de Felipe II, el ingeniero italiano Tiburcio Spanchi diseñó los planos para transformarlo en un fuerte militar como muestra de la autoridad real frente a las revueltas de la población aragonesa. Recientemente, en 2001, la Unesco declaró Patrimonio de la Humanidad el arte mudéjar de Aragón, incluyendo este bello monumento.

Los últimos años del reinado de Felipe II fueron un desastre: la Hacienda real estaba en su tercera bancarrota tras declarar otra suspensión de pagos en 1597 y los impuestos para financiar la sangrante política militar tenían exhausta la población. Incluso los castellanos empezaban a cuestionar las acciones exteriores de su monarca, hartos de tantas guerras en Europa que sólo traían gastos y miserias. Al fin, tras varios días de agonía, el 13 de septiembre de 1598, el monarca más poderoso

de la tierra falleció a la edad de 71 años en el madrileño monasterio de San Lorenzo del Escorial. Todavía estaban por llegar períodos de grandes dificultades, y así lo temía Felipe II cuando poco antes de morir confesó a su hombre de confianza, Cristóbal de Moura, la desazón que sentía por su hijo Felipe:

> Dios, que me ha concedido tantos reinos, no me ha dado un hijo capaz de gobernarlos. Temo que me lo gobiernen.

Bajo el aparentemente tranquilo reinado de Felipe III (1598-1621), hijo y sucesor de Felipe II, la monarquía hispánica alcanzó su máxima extensión territorial. Pero el agotamiento de los recursos financieros de Castilla y la disminución de las cantidades de metales preciosos que llegaban de América obligaron al rey a incrementar la presión sobre los territorios de la Corona de Aragón.

Carente de un programa de gobierno, el monarca dejó los destinos del reino en manos de Francisco Sandoval Rojas, duque de Lerma, un personaje de alta alcurnia que se había granjeado la amistad y confianza de Felipe III gracias a su fidelidad y algunos regalos personales. Tras convertirse en el hombre más poderoso de España, el duque de Lerma se dedicó a incrementar su patrimonio a partir de favores y dudosas operaciones inmobiliarias, cosa que le valió duras acusaciones de corrupción.

Sin embargo, una de las decisiones más polémicas y trascendentales del reinado de Felipe III fue la expulsión de los moriscos el 9 de abril de 1609. Estos descendientes de los musulmanes, convertidos al cristianismo en tiempos de los Reyes Católicos, constituían un tercio de la población en el reino de Valencia y sumaban alrededor de sesenta mil individuos en el valle del Ebro y sus afluentes. A pesar de estas cifras nada desdeñables, el rey sospechaba de la connivencia de los moriscos con la amenaza turca y, además, no estaba dispuesto a que en sus territorios se practicara otra religión que no fuera el catolicismo. El duque de Lerma, en un escrito dirigido al vicecanciller de Aragón, justificó la controvertida decisión «para que todos los reynos de España queden tan puros y limpios desta gente como conviene».

La falta de integración de la minoría morisca, que mantenía sus costumbres y practicaba la *algarabía* para hablar entre ellos, fue determinante en la decisión final. Así pues, entre 1609 y 1614, se calcula que unos doscientos cincuenta mil moriscos de la Corona de Aragón abandonaron sus hogares, cifra que representa entre el 20 y el 25% de la población. Este éxodo sin precedentes fue especialmente dramático en el reino de Valencia, donde las deportaciones masivas diezmaron las economías locales y provocaron las quejas de la nobleza, preocupada por perder los ingresos que estos generaban.



Óleo sobre tela que representa el embarque de los moriscos en el puerto de Denia. Esta obra del pintor Vicente Mestre, de 1613, representa la alegría que sintieron los primeros moriscos al embarcar, satisfechos por poder marchar a una tierra donde pensaban que podrían practicar sus tradiciones. Las mujeres danzaban al son del laúd y el tamboril mientras que los hombres practicaban juegos de lucha en la playa. Al fondo la alcazaba de Francisco Sandoval Rojas, I duque de Lerma y V marqués de Denia.

Todos los moriscos hubieron de dirigirse a los puertos dispuestos para el embarque en el plazo de tres días, bajo pena de muerte en caso de incumplimiento. El trayecto al norte de África era gratuito y se les garantizaba «que se les proveerá en ellos del bastimento que fuere necesario para su sustento durante la embarcación». Además, podían llevar consigo todos los bienes muebles que pudieran portar, prohibiéndose la destrucción de las haciendas o las cosechas que debían entregar a sus señores.

No obstante, por desgracia, durante el éxodo también se cometieron muchas tropelías. Algunos moriscos fueron asaltados por los cristianos viejos o sus propios vecinos cuando se dirigían hacia la costa. Del mismo modo, varios moriscos ricos también fueron robados y, en el peor de los casos, asesinados por la tripulación que los portaba. Todos estos delincuentes, codiciosos de los bienes que portaban los indefensos viajeros, sabían que podían expoliarlos con toda impunidad ante la fría mirada de las autoridades.

Al parecer, la mayoría de los moriscos buscaron cobijo en el Magreb, entre Marruecos y Túnez. Sin embargo, la prohibición de llevar consigo a los hijos menores de siete años si se iba a *tierra de infieles* porque, según las autoridades españolas, todavía eran *inocentes*, propició que algunas familias tomaran el camino hacia Francia, aunque al poco tiempo también fueran obligadas a emigrar a la plaza española de Orán, en el noroeste de la actual Argelia.

Cuando los moriscos llegaron a Berbería no todos fueron bien recibidos. Estas malas noticias corrieron como la pólvora entre los que aún se preparaban para el destierro. A las dificultades para desprenderse de sus haciendas y las vejaciones de los cristianos viejos ahora cabía sumar la incertidumbre del lugar de destino. Empujados por la desesperación, muchos se negaron a embarcar, originándose varias revueltas violentas. Pero de nada sirvieron las protestas, que fueron aplastadas por los Tercios traídos de Italia para la ocasión.

A la muerte de Felipe III, acontecida en 1621, los viejos problemas persistían. Al eterno conflicto del bandolerismo se unían, por un lado, la desestabilización económica provocada por la expulsión

de los moriscos, y por otro, las tensiones entre la monarquía y las instituciones de la Corona de Aragón, motivadas sobre todo por las necesidades bélicas y financieras de los Austrias. Estaba a punto de empezar uno de los episodios más dramáticos de la historia de la Corona de Aragón dentro de la monarquía hispánica.

EL REINADO DE FELIPE IV. LA GUERRA CON FRANCIA Y EL TRATADO DE LOS PIRINEOS

Felipe IV de Austria, llamado el Grande o el Rey Planeta, fue un monarca mucho más enérgico que su predecesor. No obstante, al ser entronizado a los dieciséis años de edad continuó bajo la influencia de los validos: en primer lugar ostentó ese cargo el cortesano Baltasar de Zúñiga y tras su muerte, en 1622, el título recayó en Gaspar Guzmán de Fonseca, tercer conde de Olivares y primer duque de Sanlúcar la Mayor, más conocido como el conde-duque de Olivares.

Ahora bien, el conde-duque de Olivares no se parecía en nada al duque de Lerma. El nuevo valido de Felipe IV había cursado estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca y se vanagloriaba de tener una de las bibliotecas privadas más importantes de Europa. Llevado por el sentido de la responsabilidad, en 1624 presentó al joven monarca, que apenas tenía veinte años, un programa de reformas llamado el *Gran Memorial*. Con él pretendía encauzar la desbocada economía de la monarquía obligando a todos los reinos a contribuir en función de sus recursos. En suma, buscaba un sistema más igualitario para mantener la grandeza alcanzada por la dinastía de los Austrias. Para ello, según Olivares, era necesario reducir la pluralidad de los reinos y sus respectivas instituciones al molde de las leyes de Castilla. Así de diáfano lo explicaba el Gran Memorial:

> No se contente vuestra Majestad con ser rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabaje y piense con consejo maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España a las leyes de Castilla […] que si Vuestra Majestad lo alcanza será el príncipe más poderoso del mundo.

Deseoso de crear un país unido, sin aduanas ni fronteras interiores, Olivares estaba dispuesto a utilizar todos los recursos que estuvieran en sus manos para realizar sus ambiciosas ideas. Pocos años después del Gran Memorial, en 1626, presentó la *Unión de Armas:* una reforma militar que pretendía crear un ejército de reserva con ciento cuarenta mil soldados al servicio del rey, donde cada reino contribuiría en función de su demografía. Según los cálculos de Olivares, Cataluña debería contribuir con dieciséis mil almas, Aragón con diez mil, mientras que Valencia y las islas del Mediterrá-neo, que incluían Mallorca, aportarían seis mil soldados cada uno.

Asimismo, el conde-duque pensaba que «lo que se pide no es pecho, ni contribución ni cosa contra fuero, sino conforme a todos los reinos». Incluso el valido estaba dispuesto a pactar el proyecto con las Cortes correspondientes, como sucedería con algunos reinos de la Corona de Aragón. Pero como en anteriores ocasiones, la novedosa reforma pretendida por Olivares fue entendida como un atentado a las tradiciones de los diferentes reinos. Sin embargo, estamentos como las Cortes aragonesas y valencianas acabaron claudicando en 1626 después de arduas negociaciones. Por el contrario, en Cataluña, las Cortes se opusieron de pleno a estas medidas, colmando la paciencia de

Felipe IV que declaró a los catalanes «enemigos suyos y de su corona a ellos y a todos sus descendientes perpetuamente; porque el Rey dice que su poder y terquedad es de sedición».

Seguramente la cuota catalana a la Unión de Armas había sido mal calculada ya que para entonces la población de Cataluña no superaba los quinientos mil habitantes. Ante la oposición de la Cortes, Olivares intentó canjear los soldados por una aportación económica de doscientos cincuenta mil ducados anuales durante quince años, hecho que todavía escandalizó más a los notables catalanes. Harto de discusiones inútiles, Felipe IV abandonó las Cortes de 1626. Tampoco resolvió nada una nueva convocatoria celebrada en 1632 que escenificó el evidente divorcio entre el monarca y las instituciones catalanas. Era el preludio de la revuelta de 1640.

Mientras tanto, en Europa se libraba la guerra de los Treinta Años (1618-1648), un conflicto devastador que ha sido considerado por los historiadores como la primera guerra moderna por el uso masivo de la artillería y el sufrimiento de la población civil, reducida a la mitad en algunos estados centroeuropeos. En este apocalíptico escenario debía dirimirse la hegemonía de Europa que se disputaban los Austrias españoles y los Borbones franceses.

En mayo de 1635 la Francia de Luis XIII, liderada por el cardenal Richelieu, se alió con Holanda y declaró la guerra a España. Como era de esperar, Olivares exigió un esfuerzo supremo a todos los territorios y Cataluña se convirtió en campo de batalla al ser una zona de fricción natural entre las dos superpotencias. Inmediatamente los Tercios acudieron a defender la frontera, alojándose en casas particulares cuando los cuarteles no eran lo suficientemente grandes.

Pronto surgieron los previsibles roces de convivencia entre las tropas y los campesinos, sobre todo en invierno, cuando los combates solían pararse por la adversidad del clima. Según las normas vigentes, cada casa debía proporcionar a los soldados cama, mesa, velas, sal, agua y vinagre. No obstante, a menudo, los soldados se libraban a excesos robando, maltratando e incluso abusando sexualmente de las mujeres e hijas de los moradores.

A todo ello se sumaban las tensas relaciones entre la monarquía y las instituciones catalanas. Sin duda, Olivares despreciaba leyes del país como el *Princeps Namque*, que le impedía reclutar hombres para empuñar las armas a no ser que fuera para defender el principado de Cataluña. Su correspondencia con el conde de Santa Coloma así lo delataba: «que lleve el diablo a las constituciones, y a quien las guarde también».

Fijemos ahora nuestra atención en la frontera pirenaica, donde la guerra tomó un rumbo preocupante para los intereses españoles cuando la fortaleza de Salces cayó en manos francesas el 19 de julio de 1639. Este imponente bastión, reconstruido en tiempos de los Reyes Católicos y con muros de diez metros de grosor, era, según el comandante francés Henri de Campion: *la meilleure de l'Europe*. A pesar de las tensiones sociales y políticas del momento, se impuso la necesidad de una acción conjunta para recuperar Salces y la monarquía española levantó un ejército de treinta mil infantes, bien secundado por aproximadamente unos trece mil soldados catalanes. Era el comienzo de un duro y largo asedio que culminó en una autentica carnicería en ambos bandos. Primero atacaron los soldados catalanes al grito de *A carn! A carn!*, '¡A carne! ¡A carne!', pero el principal enemigo de los sitiadores acabó siendo una descontrolada epidemia de peste con un balance desolador: entre siete mil y ocho mil víctimas. Finalmente, el mariscal francés Espenan rindió la plaza en enero de 1640. El precio por recuperar Salces había sido demasiado alto pero todavía estaban por llegar los

años más cruentos del conflicto.

Lejos de calmarse el ambiente, la tensión se elevó hasta límites insospechados cuando unos nueve mil soldados de los Tercios españoles se alojaron en casas particulares de la comarca pirenaica del Rosellón y sus alrededores. Mientras los diputados de la Generalitat catalana Pau Claris y Francesc Tamarit denunciaban los ataques perpetrados por las tropas castellanas contra la población autóctona, entre abril y junio de 1640, la situación se volvió insostenible y varios municipios se amotinaron contra las tropas reales.

La revuelta alcanzó su clímax el 7 de junio de 1640, día del Corpus, cuando centenares de rudos e inflamables segadores acudieron a la capital catalana al grito de «¡Viva la tierra, muera el mal gobierno!». A ellos se sumaron las clases más populares y Barcelona vivió sumida en la anarquía durante cuatro días. Pese a la escasez de referencias, sabemos que fueron asesinados una veintena de funcionarios reales, entre los que destacó la muerte de Dalmau de Queralt y Codina, virrey de Cataluña, que tras una accidentada fuga por la montaña de Montjuic, murió de una cuchillada en el vientre.

Ante estos preocupantes sucesos Felipe IV ordenó al ejército invadir Cataluña. Paralelamente, Pau Claris, y otros destacados dirigentes catalanes negociaban contra reloj con el cardenal Richelieu una alianza con Francia, muy interesada en debilitar a la Monarquía Hispánica. Pero las cosas no pintaban nada bien para los catalanes, pues aquel otoño treintamil soldados españoles, comandados por el marqués de Vélez, entraban por el sur de Cataluña a sangre y fuego, amenazando a los rebeldes con que perderían «todos sus fueros, *usatges,* privilegios y sus rentas, y que han incurrido en perpetua infamia, en cuyo testimonio se derribarán las casas públicas y no les quedará nombre ni forma de villa, ni ciudad, ni boto en cortes». Cabe destacar, como una macabra lección, la carnicería acontecida en la tarraconense villa de Cambrils, donde seiscientos defensores fueron degollados después de rendirse.

Paralelamente, los Tercios seguían avanzando con paso firme hacia Barcelona. Así pues, en enero de 1641 los dirigentes catalanes sólo tenían una opción si querían resistir: someterse al reino de Francia y convertir a Luis XIII en el nuevo conde de Barcelona. Tras la polémica decisión, el 26 de enero de ese mismo año, la alianza franco-catalana obtuvo su primera victoria militar en la batalla de Montjuic, donde mujeres y religiosos «que iban con el arcabuz en una mano y el Cristo en la otra» también participaron en la defensa de la ciudad.

A pesar de la victoria de Montjuic, la alianza con la todopoderosa Francia fue salir del fuego para caer en las brasas. La guerra se extendió por todo el territorio catalán y las tropas francesas se entregaron a los mismos excesos que en el pasado habían cometido los Tercios españoles. Por el camino fallecieron destacados protagonistas como el dirigente catalán Pau Claris, envenenado en septiembre de 1641; el cardenal Richelieu, sustituido por el cardenal Mazzarino a finales de 1642; y el rey francés Luis XIII, sucedido por Luis XIV, que tan solo tenía cinco años de edad.



El *Corpus de Sangre*, obra del pintor sabadellense Antonio Estruch, de 1907. En el mes de junio, la ciudad de Barcelona acostumbraba a concentrar multitud de temporeros a la espera de ser contratados para la siega. Estas incómodas huestes siempre provocaban algún altercado, pero el año 1640 fue especialmente caliente por las constantes vejaciones que los Tercios de Felipe IV habían infringido a los campesinos catalanes.

Afortunadamente para los intereses de Felipe IV, Francia también tuvo que atender sus revueltas internas viéndose obligada a retirar tropas de Cataluña. Este contexto favoreció el avance del ejército castellano que en agosto de 1651 iniciaba el asedio de la ciudad de Barcelona. Durante un año la capital catalana sufrió el castigo de los Tercios y la peste que provocaron alrededor de ocho mil víctimas.

Después de doce años de guerra, en octubre de 1652, las tropas de Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, entraron en Barcelona y también en la mayoría de villas catalanas, volviendo así al cauce de la Monarquía Hispánica. A pesar del «perdón general» concedido por Felipe IV, su hijo Juan José de Austria tenía claro que «en lo poco que he podido comprender de la condición de los catalanes es más poderoso con ellos el cuchillo que la razón o el [h]alago».

Entonces sólo quedaba sellar la paz con Francia y de ello se encargaron los negociadores Mazzarino, por parte francesa, y Luis de Haro, en representación española. Finalmente, el 7 de noviembre de 1659 ambas monarquías firmaron el Tratado de los Pirineos en la isla de los Faisanes, un islote sobre el río Bidasoa. Por aquella paz, Felipe IV cedió los dominios del Rosellón, el Conflent y una parte de la Cerdaña justificando que «los Montes Pyrinèos, que havian dividido antiguamente las Galias de las Españas, harian tambien en adelante la division de estos dos mismos Reynos». Asimismo, el tratado también preveía la boda entre el rey francés Luis XIV y María Teresa

de Austria, hija de Felipe IV. Este enlace tendría una trascendencia vital en la Guerra de Sucesión Española, tal y como veremos poco más adelante.



Tapiz fabricado en lana, seda, oro y plata que representa la *Entrevista de Luis XIV con Felipe IV en la isla de los Faisanes*. El punto 42 del Tratado de los Pirineos estableció los límites territoriales entre los dos reinos. Pronto los territorios segregados notaron el centralismo de la monarquía francesa, que prohibió el uso del catalán en los actos oficiales.

Vayamos ahora al vecino reino de Aragón, donde por esos mismos años aconteció uno de los episodios más oscuros de su historia moderna, nos referimos a la llamada *conspiración del duque de Híjar*, en 1648. Un episodio de intrigas y ambiciones que demuestra el descontento que se respiraba en España debido a la política de Felipe IV.

Dentro de este ambiente hay que situar a Rodrigo Sarmiento de Silva, quinto duque de Híjar por su boda con Margarita Fernández de Híjar. Este enigmático personaje, que había destacado como militar en la guerra contra Portugal, iniciada también en 1640, pronto se vio envuelto en una misteriosa intriga palaciega aprovechando la debilidad de la monarquía.

Siguiendo lo planeado, el duque de Híjar debería de sustituir a Luis de Haro como valido de Felipe IV. En caso de fallar en el intento, el mencionado duque se coronaría rey de Aragón con la ayuda francesa que, a modo de recompensa, recibiría la Navarra española, el Rosellón y la Cerdaña. En los utópicos planes de los conjurados se pensaba en segregar Cataluña, vender Galicia a Portugal y, con el dinero obtenido, atacar conjuntamente, catalanes y aragoneses, al reino de Castilla.

Todo se descubrió cuando un criado delató a los conjurados, que tuvieron un trágico destino. Sin embargo, el duque de Híjar jamás reconoció su participación en la trama, en unas enigmáticas declaraciones sólo admitió saber la pretensión de «hazer al rey una traizion». Por ello fue condenado

a prisión perpetua en León y todos sus bienes quedaron confiscados. Quince años después murió en el olvido reiterando su inocencia.

Durante los últimos años de Felipe IV, la monarquía continuó deteriorándose. Mermada de recursos, tuvo que hacer frente a la agresividad del rey francés Luis XIV, cuya hostilidad se prolongó durante el reinado del sucesor del cuarto de los felipes, Carlos II. En este deplorable estado falleció, un 17 de septiembre de 1665, aquel que aspiraba a ser el más grande de los Austrias.

LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LOS DECRETOS DE NUEVA PLANTA

Tras la muerte de Felipe IV, fue jurado como nuevo rey su hijo Carlos II, de tan solo cuatro años de edad. De constitución enfermiza y escasa salud física, el nuevo monarca representaba el agotamiento biológico de la dinastía de los Austrias, extenuada por los constantes matrimonios endogámicos, tan habituales en aquella época. A pesar de que nadie le pronosticaba demasiados años de vida, gozaría de un largo reinado hasta fallecer a los 39 años de edad.

A Carlos II la mayoría de los historiadores lo han descrito con los adjetivos más amargos debido a su deplorable estado físico y la incapacidad de concebir un heredero para la Corona. Durante su reinado ya se le conocía popularmente con el sobrenombre de «el Hechizado». Incluso, en 1699, se le llegó a practicar un ritual de exorcismo para solucionar sus problemas de paternidad.

Cuando se hizo evidente que el monarca moriría sin descendencia, la corte se convirtió en un hervidero de intrigas y especulaciones. Se había activado un juego diplomático que implicaba, directa o indirectamente, a todos los estados europeos. En juego estaba mantener el equilibrio de poderes entre las principales potencias. Por ello, estas se fueron postulando a favor de alguno de los candidatos: José Fernando de Baviera, Felipe de Anjou o el archiduque Carlos de Austria.

Al principio, el candidato José Fernando de Baviera se presentaba como un aspirante de consenso y fue nombrado heredero por el rey Carlos II en los testamentos de 1696 y 1698. Sin embargo, a pesar de tener tan solo siete años de edad, José Fernando de Baviera murió prematuramente en 1699, reabriendo el debate sobre quién debía heredar la apetitosa corona española.

Tras el fatal acontecimiento, los mejor colocados a suceder al monarca español eran Felipe de Anjou, nieto del todopoderoso rey francés Luis XIV, y el archiduque Carlos de Austria, segundo hijo de Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y representante de la rama alemana de los Habsburgo. No obstante, en octubre de 1700, un mes antes de fallecer, Carlos II dictó su último testamento donde reconocía como heredero universal de todos sus territorios a Felipe de Anjou.

La proclamación de un Borbón como rey de España hizo saltar las alarmas en todas las cortes europeas, asustadas por el inmenso poder que podían aunar la monarquía hispánica y Francia. Desde luego, sus temores estaban perfectamente justificados, como lo demuestran los consejos del rey francés Luis XIV a su nieto cuando este recibió la corona española en el palacio de Versalles: «Sed buen español, ese es ahora vuestro primer deber, pero acordaos que habéis nacido francés».

Llegados a este punto, se creó una coalición denominada la Gran Alianza de La Haya, formada por Inglaterra, Austria, las Provincias Unidas de los Países Bajos y Dinamarca, que declaró la guerra a España y Francia en mayo de 1702. Tan solo un año después, se incorporaron a la coalición los

estratégicos estados de Saboya y Portugal. Era el inicio de un conflicto que sobrepasaba los límites de la península ibérica, había empezado la guerra de Sucesión Española.

Mientras, Felipe V de Borbón buscaba afianzar las bases de la nueva dinastía en la Corona de Aragón. Para conseguirlo viajó hasta Zaragoza, donde juró los fueros ante el justicia el 17 de julio de 1701. Entre los diversos festejos destacó una corrida de toros a orillas del Ebro, una visita privada a la basílica del Pilar y varios paseos a caballo por la ciudad. A continuación, ese mismo año, Felipe V también se desplazó a Barcelona para convocar Cortes, buscando restablecer las deterioradas relaciones entre el rey y las instituciones catalanas. Entre las generosas concesiones del monarca sobresalía el permiso de comerciar con América, enviando dos navíos al año, o la creación de un puerto franco en Barcelona. Por contra, en el vecino reino de Valencia, a pesar de las expectativas abiertas por la nueva coyuntura política, Felipe V nunca celebró Cortes ni juró los fueros.

Pero la deseada unidad borbónica fue un espejismo debido al odio contra los franceses que todavía sentía buena parte de la población y a la presión de los aliados para que la Corona de Aragón cambiara de bando. Así pues, el 26 de mayo de 1704, una flota de cincuenta buques ingleses, comandados por el príncipe Georg von Hessen-Darmstadt, apareció frente las costas de Barcelona, pero el ataque fracasó por la falta de complicidad de las instituciones catalanas.

Sin embargo, la represión desmedida del gobierno borbónico sobre los insurrectos sirvió para que el movimiento austricista ganara aún más adeptos entre los catalanes. De esta forma, en junio de 1705, con la firma del Pacto de Génova, Cataluña entraba de pleno en la Guerra de Sucesión apoyando la candidatura del archiduque Carlos de Austria, una traición que Felipe V de Borbón no olvidaría jamás.



Óleo sobre lienzo titulado *La batalla de Almansa*, obra del pintor español Ricardo Balaca, de 1862, y actualmente conservado en el Congreso de los Diputados, en Madrid. El ejército borbónico infligió una derrota mayúscula en ese combate a las tropas aliadas causando más de seis mil bajas, capturando diez mil prisioneros, apoderándose de toda la artillería y buena parte de las municiones.

Esta vez sí, el 12 de agosto de 1705, la flota aliada desembarcó en el municipio valenciano de Altea y pocos días después el archiduque Carlos de Austria se proclamaba rey de Valencia en Denia con el nombre de Carlos III. Acto seguido, los austricistas también tomaron la capital catalana con diecisiete mil soldados y seis mil rebeldes venidos de la plana de Vic. De nuevo Carlos III era

proclamado rey en Barcelona, el 7 de noviembre de 1705, jurando respetar las leyes catalanas y mejorando las concesiones que había hecho Felipe V. Esta vez, el nuevo monarca prometía a los catalanes poder enviar cuatro navíos al año al continente americano, además de impulsar leyes que favorecieran el comercio local.

Por lo que respecta al reino de Aragón, la entrada de tropas francesas para frenar el avance austricista desencadenó un motín al grito de «mueran los gabachos y vivan los fueros», a finales de diciembre de 1705. Todo iba viento en popa para los intereses del archiduque Carlos de Austria que, a pesar de las penurias de la guerra, era recibido con todos los honores en Zaragoza el 15 de julio de 1706.

No obstante, en el frente peninsular la contienda dinástica estaba a punto de dar un vuelco definitivo. Todo empezó el 25 de abril de 1707, en la plana de Almansa, actual provincia de Albacete, cuando las tropas de Felipe V, magistralmente dirigidas por el duque de Berwick, humillaron al ejército aliado en la decisiva batalla de Almansa. Sus consecuencias negativas todavía hoy se recuerdan en la Comunidad Valenciana y Cataluña con dichos populares como *el mal d'Almansa a tots alcança*, 'el mal de Almansa a todos alcanza'.

Era el principio del fin para los austricistas de la Corona de Aragón. Después de la batalla de Almansa, las tropas borbónicas se lanzaron a una conquista voraz con episodios tan brutales como la represión sufrida por la ciudad valenciana de Játiva, que en junio de 1707 ardió bajo las llamas durante ocho días. Pero la resistencia del reino de Valencia no culminó hasta el 19 de abril de 1709, cuando capituló el castillo alicantino de Santa Bárbara. Para Felipe V los fueros de Valencia y Aragón quedaban abolidos «por justo derecho de conquista».



El retrato de Felipe V cuelga boca abajo en Játiva como venganza por decretar el incendio de la ciudad. Además, durante la represión borbónica, se derruyeron cerca de cuatro mil casas, sus habitantes fueron deportados a Castilla y el nombre de la ciudad se cambió por el de San Felipe, en honor al rey conquistador. Desde entonces sus habitantes son conocidos con el apelativo de *socarrats*, es decir, 'chamuscados'.

Sin embargo, ese mismo año 1709, el rey francés Luis XIV, que llevaba el peso de la guerra del bando borbónico en el centro de Europa, abrumado por los reveses militares de Lille (1708) y Malplaquet (1709), quiso convencer a su nieto de que abandonara sus pretensiones sobre la corona española. A lo que Felipe le contestó «Francia abandonándome no conseguirá que deje una corona que sólo Dios puede quitarme».

Mientras en Europa se preparaban sigilosamente las negociaciones de paz, el conflicto bélico continuaba con toda su intensidad en la península ibérica. Entre 1710 y 1711, el bando austricista, dirigido por el bravo mariscal austríaco Guido von Starhemberg y el general británico James Stanhope, obtuvo importantes victorias en las batallas de Almenar, Monte Torrero o Prats de Rei, todas ellas acontecidas en Aragón o Cataluña. Al parecer, el pánico cundió entre el ejército de los borbones y Felipe V estuvo a punto de ser preso en varias ocasiones. Tras la derrota de Monte Torrero, el 20 de agosto de 1710, Felipe V consiguió escapar disfrazado de soldado raso con la ayuda de un molinero. Un día después, su rival, el archiduque Carlos III, entraba en Zaragoza dejando atrás un monte con más de diez mil víctimas, hecho que le ha valido el lúgubre nombre del *barranco de la muerte*.

Pese a los éxitos militares de la ofensiva aliada, la guerra no se decidiría en el campo de batalla. En esta ocasión, Felipe V se vio favorecido por la nueva coyuntura internacional. En primer lugar, le

benefició el ascenso del partido conservador de los *tories* al gobierno de Inglaterra, deseosos de sellar la paz con Francia. Al parecer, la campaña contra la guerra fue liderada por dos nombres ilustres de la literatura inglesa: Jonathan Swift, autor de *Los viajes de Gulliver*; y Daniel Defoe, creador de *Robinson Crusoe*. Pero el motivo decisivo fue la muerte inesperada de José I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el 17 de abril de 1711. Al quedar el trono imperial vacante lo ocupó su hermano, el archiduque Carlos de Austria, bajo el nombre de Carlos VI.

Para entonces, las cosas también podrían haber ido de otra forma en el bando borbónico, porque la muerte de tres candidatos a la corona francesa colocó a Felipe de Anjou en una situación privilegiada, sólo precedido por un enfermizo niño de dos años llamado Luis, el futuro Luis XV. Pero el entonces rey de Francia Luis XIV tenía claro que para ganar la guerra había que mantener el frágil equilibrio político con los diferentes estados europeos. Por ello, tras arduas negociaciones, el 11 de abril de 1713 se firmó el Tratado de Utrecht que zanjó el conflicto internacional.

Gracias a este acuerdo Felipe V fue reconocido como rey de España y mantuvo sus posesiones en Ultramar. Pero a cambio concedió importantes contrapartidas a los británicos que se hicieron con Gibraltar, Menorca, la bahía de Hudson, Acadia y Terranova en América del Norte, y la isla de San Cristóbal en las Anti-llas. Del mismo modo, el archiduque Carlos de Austria, ahora Carlos VI, también sacó tajada del tratado al retirar su candidatura al trono español. A cambio recibió el reino de Nápoles, Cerdeña, el ducado de Milán y parte de los Países Bajos católicos. Por su parte, Portugal ampliaba sensiblemente sus dominios en Brasil, Prusia se adueñaba del Gelderland en Flandes y obtenía el reconocimiento como reino y, finalmente, Saboya se hacía con una parte del ducado de Milán y Sicilia.

Aunque parecía que el archiduque Carlos de Austria no iba a abandonar a sus súbditos catalanes, Inglaterra y el resto de potencias europeas retiraron sus tropas de Cataluña tras la firma del tratado de Utrecht. En las diferentes cancillerías empezaba a hablarse del «caso de los catalanes» como un problema de difícil solución. Desde luego los ingleses eran conscientes de que su abandono era una traición en toda regla, ya que ellos habían arrastrado a los catalanes a la guerra cuando estos fueron el primer territorio español en reconocer al archiduque. Pero el destino final de Cataluña era una cuestión innegociable para Felipe V que se mostró inflexible al afirmar que «de ninguna manera se den oídos a proposición de pacto que mire a que los catalanes se les conserven sus pretendidos fueros».

Viéndose abandonada, la Generalitat catalana convocó una asamblea para decidir si continuaba resistiendo o por el contrario se rendía a los pies del Borbón. Conscientes del trágico final que les esperaba, los catalanes apostaron por la resistencia a ultranza aunque nadie creía que la victoria fuera posible. Mientras, simbolizando este espíritu rebelde, en el castillo de Montjuic ondeaba una bandera negra con el lema: «Muerte o nuestros privilegios conservados».

Durante los primeros meses de 1714 las tropas borbónicas del duque de Pópuli asediaron la ciudad de Barcelona sin demasiado éxito. La escasez de efectivos no pudo impedir que llegaran víveres y refuerzos procedentes de Mallorca, que también se oponía a Felipe V. Todo cambió en julio de ese mismo año con la llegada del duque de Berwick al frente de cuarenta mil soldados. Por contra, los defensores de Barcelona, comandados por el general Villarroel, contaban con escasamente cinco mil quinientos combatientes procedentes de los gremios locales. Todos los

hombres mayores de catorce años habían sido reclutados e incluso sacerdotes y mujeres participaban de la defensa de la ciudad.

Después de un demoledor bombardeo, el asalto definitivo tuvo lugar la madrugada del 11 de septiembre de 1714. Los sitiados defendieron obstinadamente los muros de su ciudad, llegando a recuperar hasta once veces el baluarte de San Pedro. A pesar de que Barcelona estaba medio derruida, la lucha continuó cuerpo a cuerpo en las casas cercanas a la muralla. Años más tarde, en sus memorias, el duque de Berwick reconoció que «la obstinación de estos pueblos era algo más que sorprendente».

En el tramo final del asedio, Rafael Casanova, *conseller en cap* o 'consejero jefe' de la ciudad, recibió un disparo en el muslo mientras ondeaba la bandera de Santa Eulalia, patrona de la ciudad. A su vez, el general Antonio Villarroel también era herido en la plaza del Born y decidió capitular hacia las dos de la tarde de aquel sangriento día. Al negociar las condiciones de rendición, Berwick prometió a los defensores que se respetarían sus vidas y no habría pillaje pero durante las negociaciones también fue taxativo al afirmar que «de rey a vasallo no hay capitulación, por lo tanto [Barcelona] debe someterse sin dilación alguna, pues de lo contrario mandaré el avance de mis tropas, entregándola a saco y cuchillo». Finalmente, las tropas de Felipe V desfilaron por la ciudad de Barcelona el 13 de septiembre de 1714.

El último reducto austricista catalán en caer fue el castillo de Cardona, que capituló siete días después de Barcelona, tras una intensa batalla que destrozó buena parte de sus murallas. Al poco tiempo, en julio de 1715, las tropas borbónicas también ocuparon Mallorca: La guerra había llegado a su fin.

Sabiéndose claro vencedor, el nuevo rey Borbón fue implacable con los sediciosos. Felipe V ordenó construir una nueva ciudadela en Barcelona para mantener un férreo control sobre la población y así evitar futuras sublevaciones. La construcción de esta imponente fortaleza fue encargada al joven ingeniero flamenco Próspero de Verboom que derrumbó más de tres mil casas del barrio de la Ribera para poder levantarla. A fecha de hoy, sólo se conserva una capilla, el palacio del gobernador, convertido en un instituto de enseñanza secundaria, y el arsenal o polvorín, sede actual del Parlamento de Cataluña. El resto de construcciones, empezando por la prisión militar de la torre de San Juan, fueron derruidas entre 1868 y 1878 gracias su cesión a la ciudad de Barcelona decretada por el general Juan Prim.



Representación del *Once de Septiembre de 1714*, obra del pintor catalán Antoni Estruch Bros, de 1909. Aprovechando el caos de la capitulación, el *conseller en cap* Rafael Casanova mandó quemar sus papeles y, tras lograr que sus familiares le consiguieran un certificado de defunción, abandonó Barcelona disfrazado de fraile. En 1980 el Parlamento de Cataluña declaró institucionalmente la fecha como fiesta nacional, conmemorando los catorce meses de asedio de la ciudad.

Pero la represión tuvo un alcance más profundo. Las autoridades borbónicas decretaron «que en Cataluña se derriben las torres que llaman masías o casas de campo y que se les obligue a formar lugares, porque además de que se cría gente fiera, son receptáculos de bandidos, no siendo fácil averiguar los delitos, ni castigarlos». Asimismo, una nueva estructura política quedó plasmada en 1716 con los Decretos de Nueva Planta que ya habían sido impuestos en el resto de territorios de la Corona de Aragón (Valencia en 1707, Aragón en 1711, Mallorca 1715). Estas disposiciones dictadas por Felipe V abolieron las instituciones propias de todos los territorios proclamando el poder absoluto del nuevo monarca. A partir de ahora la administración borbónica estaría presidida por el capitán general, que representaba la primera autoridad política y militar en el territorio. Bien secundado por la Real Audiencia, encargada de administrar justicia, y los bailes o corregidores.

La represión no fue sólo política sino también cultural y lingüística, con instrucciones precisas a los corregidores de «prevenir el cuidado de introducir la lengua castellana en aquel país [Cataluña] a cuyo fin dará las providencias más templadas y disimuladas, de manera que se consiga el efecto sin que se note el cuidado». Asimismo, las seis universidades catalanas fueron clausuradas, centralizando la enseñanza superior en la villa de Cervera, premiando así su fidelidad durante el conflicto.

Era el final de la Corona de Aragón. El absolutismo de los Borbones había liquidado la monarquía

hispánica plurinacional y empezaba un proceso homogeneizador que daría paso al concepto contemporáneo de *España*, formada por un conjunto de territorios que compartían un único modelo político y cultural. Felipe V cumplió con su palabra al «reducir aquellos vasallos a la obediencia y sujeción que importa».

Cronología

1518 d. C.	El rey de Castilla y de Aragón Carlos I convoca Cortes en Valladolid y Zaragoza donde es jurado como rey. El año siguiente haría lo mismo en Cataluña.
1519 d. C.	Inicio del conflicto de las Germanías en el reino de Valencia. Mientras Carlos es coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en la ciudad italiana de Bolonia.
1521 d. C.	La rebelión de las Germanías se extiende a Mallorca.
1522 d. C.	Fin y brutal represión de las Germanías.
1535 d. C.	Expedición para castigar a los piratas berberiscos del norte de África que culmina con la conquista de Túnez.
1541 d. C.	La flota española fracasa en la conquista de la ciudad magrebí de Argel.
1571 d. C.	Victoria en la batalla de Lepanto de una coalición cristiana contra la flota turco otomana.
1591 d. C.	Conflicto entre los defensores de los fueros aragoneses y Felipe II conocido como las *Alteraciones de Aragón*.
1609 d. C.	Expulsión de los moriscos durante el reinado de Felipe III.
1624-26 d. C.	El conde-duque de Olivares presenta los proyectos del *Gran Memorial* y la *Unión de Armas* a Felipe IV.
1635 d. C.	La Francia de Luis XIII declara la guerra a España. Surgen problemas con el alojamiento de los Tercios españoles en casas particulares en la zona fronteriza.
1640 d. C.	Revuelta de los segadores catalanes en Barcelona conocida como el *Corpus de Sangre*.
1648 d. C.	*Conspiración del duque de Híjar* que pretendía coronarse rey de Aragón con la ayuda francesa.
1659 d. C.	Firma del Tratado de los Pirineos que pone fin a la guerra entre España y Francia.
1700 d. C.	El rey Carlos II muere sin descendencia iniciando un conflicto sucesorio que implicó a las principales potencias europeas. En su último testamento nombraba heredero al francés Felipe de Anjou.
1702 d. C.	Una gran coalición llamada la Alianza de La Haya se postula para favorecer al candidato Carlos de Austria y declara la guerra a España y Francia.
1713 d. C.	Tratado de Utrecht que zanja el conflicto internacional a favor de Felipe V de Borbón.
1714 d. C.	La ciudad de Barcelona capitula ante el ejército borbónico.

1707-1716 d. C.	Los Decretos de Nueva Planta reflejan la nueva estructura impuesta por los Borbones en la Corona de Aragón.

Bibliografía

ALBAREDA SALVADÓ, Joaquim. *La Guerra de Sucesión de España* (1700-1714). Barcelona: Crítica, 2010.

ALONSO GARCÍA, David. *Breve historia de los Austrias*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2009.

ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente Ángel. *Historia de España de la Edad Media.* Barcelona: Ariel, 2007.

BELENGUER CEBRIÁ, Ernest. *La Corona de Aragón. El poder y la imagen de la Edad Media a la Edad Moderna.* Valencia: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior (SEACEX), Generalitat Valenciana y Ministerio de Cultura de España-Lunwerg, 2006.

—, *La Corona de Aragón en la Monarquía Hispánica. Del apogeo del siglo xv a la crisis del siglo xvii.* Barcelona: Ediciones Península, 2001.

—, *Història de la Corona d'Aragó.* Barcelona: Edicions 62, 2007.

—, *Jaime I y su reinado.* Lleida: Milenio, 2008.

—, *Reyes y reinas de Aragón.* Zaragoza: Gobierno de Aragón-Heraldo de Aragón, 2006.

BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (dir.). *Historia de Aragón. De condado a Reino.* Tomo 4. Zaragoza: Guara, 1985-1987.

CANELLAS LÓPEZ, Ángel (dir.). *Aragón en su Historia.* Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 1980.

CATLOS, Brian A. *Vencedores y vencidos: cristianos y musulmanes de Cataluña y Aragón, 1050-1300.* Valencia: Universidad de Valencia, 2010.

CINGOLANI, Stefano María. *Historia y mito del rey Jaime I.* Barcelona: Edhasa, 2008.

COLÁS LATORRE, Gregorio. *La Corona de Aragón en la Edad Moderna.* Madrid: Arco Libros, 1998.

DE MELO, Francisco Manuel. *Historia de los movimientos de guerra y separación en Cataluña.* Madrid: Castalia, 1996.

DUALDE SERRANO, Manuel; Camarena Mahiques, José. *El compromiso de Caspe.* Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1980.

DURÁN GUDIOL, Antonio. *Los condados de Aragón y Sobrarbe.* Zaragoza: Guara, 1988.

EDWARDS, John. *La España de los Reyes Católicos, 1474-1520.* Barcelona: Crítica, 2001.

ELLIOT, John. *La revuelta catalana 1598-1640.* Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy. *Historia de Aragón.* Madrid: La esfera de los libros, 2008.

HINOJOSA MONTALVO, José. *Jaime II y el esplendor de la Corona de Aragón.* San Sebastián: Nerea, 2005.

LACARRA, José María.*Alfonso el Batallador.* Zaragoza: Guara, 1978.

LEMA PUEYO, José Ángel. *Alfonso el Batallador,rey de Aragón y Pamplona (1104-1134).* Gijón: Trea, 2008.

LERALTA, Javier. *Apodos reales, historia y leyenda de los motes regios.* Madrid: Sílex, 2008.

MIRA, Joan F. *Almansa 1707, después de la batalla.* Alzira: Bromera, 2006.

RYDER, Alan Frederick. *Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia, 1396-1458.* Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo: Diputación de Valencia, 2008.

RODRÍGUEZ PICAVEA MATILLA, Enrique. *La Corona de Aragón en la Edad Media.* Tres Cantos, Madrid: Akal, 2000.

RUBIO CALATAYUD, Adela. *Historia de la Corona de Aragón.* Zaragoza: Delsan, 2009.

SARASA SÁNCHEZ, Esteban. *La Corona de Aragón en la Edad Media.* Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada, 2001.

SESMA MUÑOZ, José Ángel. *La Corona de Aragón: una introducción crítica.* Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada, 2000.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Fernando el Católico.* Barcelona: Ariel, 2004.

VALDEÓN BARUQUE, Julio. *Los Trastámaras, el triunfo de una dinastía bastarda.* Madrid: Temas de Hoy, 2001.

VOLTES, Pere. *Barcelona durante el gobierno del archiduque Carlos de Austria (1705-1714).* Barcelona: Instituto Municipal de Historia de Barcelona, 1963-1970.

BREVE HISTORIA de la...

CORONA DE ARAGÓN

David González Ruiz

Descubra las claves de la formación, expansión y decadencia de la Corona de Aragón. La historia de los hombres y mujeres que forjaron su esplendor uniendo los intereses de distintos territorios bajo la corona de un mismo soberano.

Un riguroso y ameno estudio que nos adentra en la apasionante época de la creación de un gran imperio mediterráneo, sus dificultades para superar la crisis bajomedieval, la guerra civil catalana que asoló el territorio durante diez años o las causas de la unión dinástica con la Corona de Castilla, con protagonistas tan sonoros como Jaime I el Conquistador, Ramón Llull, Roger de Flor, Fernando II el Católico y tantos otros.

